

"A UNO DE TANTOS"

Cartas apologéticas
escritas por

F. Miguel de Paeplona
o. m. c.

(PRIMERA SERIE)

IMP. CAPUCHINOS
PAMPLONA

1931

NIHIL OBSTAT
LIC. PAULUS VELILLA DEL RINCON.
Censor.

Pampilonae, 24 Augusti 193

IMPRIMATUR

† Thomas, Episcopus Pampilonensis.

NIHIL OBSTAT
P. PIUS AB ESTELLA.
Censor Ord.

IMPRIMATUR

Fr. Carmelus ab Iturgoyen
MIN. PROV.

“A UNO DE TANTOS,”

BOYKAT JO GYU A

REINTEGRO IONA SONYO

1952

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Publicado por el Ministerio de Educación y Ciencia
Buenos Aires

1952



1952

Ministerio de Educación y Ciencia



Bajo el pórtico



AQUI estoy, mi querido lector, sentado a la sombra del pórtico de este librito, que buenos deseos lo engendraron y almas amigas lo han pedido. Acércate, pues, un poquito, que quiero decirte unas cuantas cosas al oído antes de que te lances a navegar por este mar de páginas, que no sé si te han de gustar.

Ante todo tienes en tus manos un libro; lo cual nada es de extrañar, ya que los lectores no escasean y los autores abundan, por aquello de que «cada maestrillo tiene su librito»; pero como yo sabía que, al decir de Giusti

*Il fare un libro e meno che niente
Se il libro fatto non rifá la gente* (1)

he querido presentarte reunidas una porción de cartas que la necesidad me obligó a escribir en nuestra revista «*Verdad y Caridad*», con el único fin de patear el nido a los incrédulos pedantes y llevar la luz a las almas de buena voluntad.

Es este, por lo tanto, un libro de apologética religiosa y si bien es cierto que en cuestión de apologética no esperamos a ningún Cristóbal Colón, creo sin embargo que algún bien ha hecho y algún bien ha de hacer.

(1) Escribir un libro es cosa de poco valor, si el libro no mejora a la gente.

No pienses, tampoco, que por ser este un engendro mío, a pesar de lo mucho que he espigado en campos ajenos, me forje la ilusión de que en él se ha de repetir aquello de

*A un panal de rica miel
Diez mil moscas acudieron,*

pues en cuanto a esto me atengo al consejo que da Horacio a los escritores:

*... neque tu, ut miretur turba labores,
Contentus paucis lectoribus... (1)*

Sé que, por desgracia, hay pocos que se interesan por estas grandes cuestiones y son muchos los que al decir del Apóstol Santiago «blasfeman de lo que no conocen». Sé que no todos poseen conocimientos y fuerza de intuición suficiente para seguir el hilo de un razonamiento filosófico y profundizar en la investigación de la verdad; pero como tanto se jalea y se levanta el banderín de la ciencia y de la razón, para atacar nuestras creencias y justificar la vida materialista e irreligiosa que hoy está de moda, he querido salir al encuentro de los valientes, acicateado por unos cuantos amigos desconocidos, que me exponían las dudas que torturaban sus conciencias y a los cuales quise ayudar contestando en estas cartas.

Claro es que a la célebre frase de Víctor Hugo, «*Ceci tuera cela*» pronunciada en favor de la ciencia contra la religión, podemos contestar con la otra, no menos célebre, del P. Combalot a los Lyoneses: «*Las ratas no se comerán el monte Blanco.*» Cuando el árabe se interna en el desierto y llega al pie de las pirámides, golpea con su cayado la base de aquella inmensa mole de piedra, mordida inutilmente por los siglos. La pirámide permanece inmóvil; la esfinge ni siquiera se digna volver la cabeza para mirar con sus ojos de piedra al imbécil que con el ruido de sus golpes profana el augusto si-

(1) No escribas para el vulgo. Conténtate con pocos lectores.

lencio de aquel mar de arena. Así es la verdad de la Iglesia católica frente a los golpes y los gritos de sus adversarios.

Y es que la verdad, en cualquier orden de ideas que se la considere, es eterna, como Dios, de quien es un rayo. Por eso, cuando una afirmación científica, social, filosófica o religiosa se baña en la luz de ese rayo, no temáis por su existencia. Como la ola que avanza, impulsada por el viento, sobre la inmensidad del océano, sin hacer caso ni del molusco que vive en las profundidades, ni del navío que surca su superficie, marchará siempre adelante, sin que puedan obstaculizar su empuje, ni las persecuciones de sus enemigos, ni la cobardía de sus defensores. En la lucha entre la verdad y el error, entre la eternidad y el tiempo, entre Dios y el hombre, no son ciertamente ni el hombre, ni el tiempo, ni el error los que han de vencer. Es un hecho de razón filosófica y de experiencia científica.

Claro es también que la defensa de la Religión la han hecho voces más autorizadas y plumas mejor cortadas que la mía. El químico Chevreul decía el 14 de Septiembre de 1874 en una de las sesiones de la Academia de Ciencias de París.

«Yo me he preguntado si en una época como la nuestra en la que más de una vez se afirma que la ciencia lleva al materialismo, no era un deber para un hombre como yo, que ha pasado su vida en medio de los libros y entre los trabajos e investigaciones de un laboratorio de química, buscando la verdad, el protestar contra una opinión diametralmente opuesta a la mía, afirmando que no he sido jamás ni escéptico ni materialista, sino que he tenido siempre la convicción de la existencia de un ser divino, creador de una doble armonía, la que rige al mundo inanimado, revelada por la mecánica celeste y la ciencia de los fenómenos moleculares, y la que gobierna el mundo orgánico viviente. Yo no he sido, pues, materialista en ninguna época de mi vida, porque nunca he podido creer que esa doble armonía, así como el pensamiento humano, sean efectos de la casualidad.»

Y por su parte el inmortal biólogo Pasteur, en su discurso de recepción de la Academia francesa, decía el 27 de Abril de 1882.

«Yo me pregunto en nombre de qué nuevos descubrimientos, filosóficos o científicos, se pretende arrancar del alma humana sus profundas preocupaciones, que son eternas, porque el misterio que envuelve al universo y del que ellas no son sino una consecuencia, lo es. Se cuenta que el ilustre físico inglés Faraday, en las lecciones que daba en el Instituto Real de Londres, no pronunciaba jamás el nombre de Dios, a pesar de ser profundamente religioso. Cierta día lo pronunció sin darse cuenta y se produjo en el auditorio un movimiento de simpatía. Faraday lo notó y dijo: «Acabo de sorprenderos pronunciando aquí, ante vosotros, el nombre de Dios. Si hasta ahora no me había sucedido semejante cosa, es que, en mis lecciones, no soy sino un representante de la ciencia experimental, pero la noción y el respeto que tengo de Dios llegan a mi alma por caminos tan seguros, como los que nos conducen a verdades de orden físico.» Así habló Pasteur.

Mas como todo esto no empece para que los que se creen la personificación de la ciencia, vayan paseando por las cátedras y los libros, con aires de suficiencia, su solemne armazón cargado de ridículo, he querido escribir estas cartas a fin de que los espíritus avisados tengan el buen humor de deshinchar globos, saludándolos a carcajadas.

Yo, por mi parte, he procurado caracterizarme con el héroe de «*Caballería*» de Félix de Ugarteche y como él

*Sobre el bridón, calada la visera,
Por mi honor, por mi nombre y por mi fama
Aquí y allí y allá y donde quiera
Proclamo la hermosura de mi dama.*

*Amadises, Quijotes, Galaos,
Honra de la sin par caballería,
Vuestras damas, con ser de las mejores,
Nunca valdrán lo que la dama mía.*

Sí, mi amable lector; ni la ciencia con todos sus descubrimientos, ni la industria con todo el confort que produce en la vida, ni los códigos humanos con todas sus leyes, ni la enseñanza con todos sus métodos modernos, podrán nunca sustituir a la religión para producir el ennoblecimiento de los individuos y la paz, el orden y la civilización de los pueblos. Veinte siglos de existencia de Cristianismo nos atestiguan que combatir, arrojar y perseguir la religión, es lo mismo que destapar la mitológica caja de Pandora, donde se escondían todas las calamidades humanas, y volver a ser tan salvajes como el hombre de las cavernas.

Tal vez se me dirá que la religión no deja de tener objeciones bien difíciles de resolver. ¡Claro que las tiene! Pero la objeción más que un punto débil, es un punto oscuro y la religión, por lo mismo que es divina, ha de tener muchos puntos oscuros, ya que lo finito y limitado nunca podrá contener a lo infinito y sin límites y empeñarse en ello es lo mismo que pretender poner a un recién nacido los pantalones de su padre. Precisamente por esa falta de proporción entre la razón y la divinidad, existen los misterios y se hace necesaria la revelación por parte de Dios y la fe por parte del hombre.

Algunas de esas objeciones y otras más pueriles que hacen el orgullo y la ignorancia, he pretendido resolver en estas cartas. Replicarán que eso es un peligro para la fe de los sencillos, porque se les abre los ojos frente a un campo de controversias y disputas que ellos ignoran y al oír la objeción, quedan más impresionados de ella, que convencidos de la solución que a veces no entienden. A lo cual he de contestar, que este reparo estaría muy bien en boca de nuestros enemigos, a a los que conviene mucho se ignore la contrarréplica que tienen las objeciones que ellos lanzan como verdades inconcusas; pero está muy mal en boca de nuestros amigos y correligionarios, que tal vez lloran como el rey de Granada sobre a ciudad, perdida precisamente por haber dejado a los contrarios maniobrar a su gusto, sin nadie que les saliera al pa-

so y sin nadie que supiera contestarles. Que por eso dijo uno de los últimos Pontífices que la Iglesia más teme a la ignorancia de sus hijos, que a la ciencia de sus enemigos. Es necesario que se sepa que sus objeciones tienen respuesta y que sus afirmaciones encierran casi siempre un sofisma. Lo que tanto ha socavado la fe y arruinado las almas es, el haber permitido lanzar al público en nombre de la ciencia, del progreso, de la civilización y de la libertad, toda una nube de mentiras, de calumnias y de ignorancias, que han impresionado las conciencias, porque no vieron a su lado quien desenmascarara el error que contenían. Pensar lo contrario es cerrar los ojos a la realidad.

Y de esto que te digo surge otra cosa bien amarga para nosotros y que, los que hemos vivido lejos de nuestra patria, en tierras de misión, la hemos visto con nuestros ojos y palpados con nuestras manos. Es incuestionable que españoles e italianos son los dos pueblos que más fama llevan de cristianos, católicos y creyentes. Italia, centro del catolicismo, por tener en su capital al sumo Pontífice, representante de Jesucristo en la tierra; España, la católica, por su fe inmovible y su adhesión inquebrantable al Soberano Pontífice, la cual tiene en su haber ocho siglos de luchas épicas, desde Covadonga a Granada, contra los enemigos de la Religión y la Patria.

Pues bien, te he de decir que he pasado los mejores años de mi vida en tierras lejanas, donde existe una fuerte corriente inmigratoria de italianos y españoles, las dos grandes colonias que casi ahogan con su número a los hijos del país y durante esos años he presenciado un fenómeno tan curioso como amargo. Es el olvido, el desprecio y la deserción de la fe y las prácticas religiosas, de la mayoría de los inmigrantes europeos y eso al muy poco tiempo de pisar aquellas playas. Gentes que, aquí en sus pueblos, creían a pie juntillas y practicaban la religión y recibían con frecuencia los Sacramentos, a los tres meses de estar en aquellas tierras, ape-

nas si creen en Dios. Su religión ha desaparecido como por encanto y lo curioso es que viven tan tranquilos y todavía dicen con aires de satisfacción, tan grande como su ignorancia: «Aquí se vive. Allí, los curas nos tenían con los ojos cerrados.»

¿Cómo explicar este fenómeno? ¿No levanta esto un problema angustioso a todos los educadores de religión? ¿No nos dice que es necesario rectificar algo y que hemos padecido un error pedagógico, por no cambiar de método, emprendiendo otros caminos que los trillados? Porque no hay que echar toda la culpa al ambiente materialista que en aquella tierra se respira, ni al «*auri sacra fames*» que pone en vértigo las ruedas de sus inmensas ciudades y sus campos como mares. No. La influencia del medio no es fatal sino en los débiles, en los enfermos y en los mal formados y la prueba está en que hay allí también honrosísimas excepciones, que saben reaccionar contra el ambiente y se mantienen inflexiblemente lógicos en sus creencias, siendo la gloria y el honor de las colonias.

Pero hay más todavía, porque no es solamente allá, en las almas transplantadas por la emigración, donde se nota esa apostasía y deserción de la fe y la moral cristiana; es también aquí en Europa, donde se acusa un descenso alarmante del nivel religioso en los pueblos y un alza escandalosa y repugnante de la incredulidad y la indiferencia.

Y yo me pregunto, pero toda esa gente de allí y de aquí, que con tal naturalidad vuelve sus espaldas a la Religión, ¿no han sido instruídos cristianamente? ¿No son hijos de familias cristianas? ¿No han sido educados en colegios de religiosos y religiosas o, a lo menos, en escuelas cristianas, donde era obligatoria la enseñanza de la Historia Sagrada y de la Religión? ¿No han acudido al catecismo de la parroquia? ¿No han oído cientos y miles de sermones? ¿No han vivido en un medio ambiente saturado de 20 siglos de Cristianismo? Mientras han estado en su pueblo ¿no han practicado la religión hasta con frecuencia? ¿Cómo se explica, entonces, el

que se conviertan de la mañana a la noche en prófugos y traidores a la fe de su Patria y de sus padres y se adapten tan fácil y naturalmente a una vida, no solo indiferente, sino prácticamente atea y lleguen a despreciar y reirse de lo que un día creyeron y practicaron? Y esta pregunta es tanto más dolorosa, cuanto el extraño y triste fenómeno se toma como la liberación de una tiranía y la llegada de una nueva luz, tras veinte o treinta años de oscuridad.

Voy a serte claro, lector. Para mí, esto no tiene otra explicación sino el confesar, y reconocer, por triste y vergonzoso que sea, que la fe y la religión de la mayoría de nuestros pueblos, no es sino superficial, de barniz; obran por tradición, por costumbre, por imitación, porque así lo han visto hacer y nada más. No es fe y religión de convencidos; no es fe y religión de conquista, sino de herencia; no es fe y religión vital sino de transmisión. No tienen esa fe y esa religión razonada, hija del convencimiento; no es el «*rationabile obsequium*», el obsequio y culto racional que debiéramos poseer, como racionales que somos, sino el calco inconsciente del animal de imitación; fe y religión de máquinas, no de hombres libres. Y solo así se explican esas deserciones en masa de las creencias religiosas, ese apagarse la fe apenas cambia el ambiente de fuera. Fe gregaria, religión de rebaño. ¿Quién de nuestros cristianos es capaz de razonar sus creencias, de contestar a una objeción, de cerrar la boca a un sofista?.. Este es desgraciadamente nuestro estado y nuestro mal. El no tener ideas fijas, razonadas y bien arraigadas de nuestras creencias; el sufrir una falta profunda de verdadera instrucción religiosa.

De aquí ese cambiar constante de nuestras ideas y ese quedarnos con la boca abierta ante cualquier barbaridad que contra la Religión se oye. De aquí que cuando la Iglesia sufre una persecución más o menos solapada y se lanzan desde las alturas del poder leyes y decretos, contra los bienes de la Iglesia, contra la enseñanza de la religión, contra la indisolubilidad del matrimonio, contra los derechos de Dios en los in-

dividuos y la sociedad y se proclaman la libertad de conciencia y de cultos, en países profunda y netamente católicos, atropellando derechos inalienables, por una minoría insolente materialista y atea, apenas produzcan impresión en la gran masa del pueblo y no falten muchos que piensen y creen que semejantes errores y atropellos, están legitimados por una libertad, un progreso y una civilización, que distan mucho de serlo.

Hoy ya no le basta al cristiano «*la fe del carbonero*», no le basta con aprender de memoria el catecismo. Se necesita algo más en estos tiempos de lucha de ideas, de pasiones exaltadas y de odios religiosos. Y ese algo es el conocimiento serio de nuestra religión y del por qué de nuestras creencias. Quien ha de vivir en las modernas sociedades y no lleve a bordo esta ancla que le mantenga fijo en medio de tanto fluctuar de ideas y pasiones, ha de naufragar necesariamente, acallando los gritos de la conciencia que protesta, y haciendo concesiones inmorales a los enemigos, que se ríen y se envalentonan ante una debilidad de creencias hijas de la ignorancia.

Y este es nuestro pecado; el de todos! El no haber sabido formar un ejército de cristianos, convencidos fuertemente de la razonabilidad de su fe y de su Religión, capaces de sostener sus creencias frente a las acometidas de charlatanes, vividores y viciosos, para quienes la fe y la religión son un estorbo, porque, como la voz del Bautista, gritan sin miedo el «*non licet tibi*» no te es lícito, que detiene el carro lleno de flores y amarga las dulzuras del banquete, recordando al hombre que es un peregrino que pasa por el escenario del mundo y nada más; un gusano que se arrastra penosamente entre dos abismos eternos: la nada de donde viene y el más allá de la tumba.

Instaurar y orientar a los espíritus sinceros, detener el carro a los que atropellan con gestos de conquistador, pedir a todos lo que siempre ha pedido la verdad y la religión, «*ne*

ignorata damnetur», (1) esto es lo único que he pretendido con mi trabajo.

Sé que se han criticado y se han de criticar estas cartas. Unos dirán que me apoyo demasiado en la razón y las ciencias humanas, olvidando en estas cuestiones religiosas los argumentos tradicionales de la Iglesia; pero tratando con racionalistas y filósofos, para quienes poco o nada valen esos argumentos, me he vestido yo de racionalista y filósofo, para acorralarlos en nombre de la razón y la filosofía, y atacarlos con las mismas armas, cumpliendo aquello de «el que a hierro mata, a hierro muere». A otros les sonará a pedantería el uso y abuso de tantos y tan distintos versos. Pero ¡qué le voy a hacer! Es una manía como tantas otras. He creído dar así más fuerza y amenidad a la lectura. A estos descontentos no tengo sino recordarles aquel.

*O voi, che avete gl'intelletti sani
Mirate la dottrina che s' asconde
Sotto il velame degli versi strani.* (2)

Ya vé si soy incorregible.

En fin, muchos se han entretenido en decir, que estas cartas eran cortas, otros que eran largas, estos que eran oscuras, aquellos que no se leerían, los de aquí que no tenían estilo, los de allí que en vez de atraer al enemigo, le ofenden, los del otro lado que no exployo bien los argumentos, en una palabra, mi querido lector, que es más fácil tirar al ruedo tres mil almohadillas desde el tendido de una plaza de toros, que hacer una verónica en el redondel ante las astas de un miura o de un carriquiri.

No han faltado tampoco adversarios sinceros, que han bendecido estas cartas, mientras otros, al verse descubiertos y acorralados, se han desatado en insultos y criticas llenas

(1) Que no se la condene sin oirla.

(2) Vosotros los que tenéis buenas entendederas, fijáos en la doctrina que se esconde bajo la capa de los versos.

de ramplonerías avinagradas. A estos últimos nada tengo que decirles, sino aquello que leí, no recuerdo dónde y que lo repito en otra parte:

*Tu crítica majadera
De las cartas que escribí,
¡Pedancio! poco me altera.
Más pesadumbre tuviera
Si te gustaran a tí.*

Y no teniendo más que decirte, aquí te dejo a solas con estas cartas que para tí he escrito, pensando en que todos tenemos en la vida horas de nostalgia, durante las cuales dirigimos nuestra mirada a lejanías que se esfuman entre el ruido y los vapores de una existencia febril y materializada, llevándonos a regiones de misterio, que nos atraen sin darnos cuenta. Verdaderas clarinadas de ultratumba, que oye el alma llamando a la resurrección de los muertos y al despertar de los dormidos.

Si su lectura te ilumina los caminos de la vida y te hace creer, amar, y obedecer a Dios, se dará por muy satisfecho

El Autor.





CARTA PRIMERA

Las causas de un naufragio

MUY señor mío y desde ya querido amigo: La claridad con que me escribe, esa claridad que, según se ha dicho, es la buena fe de los filósofos, me ha predisposto desde el primer momento en su favor, y buena prueba de ello es, que apenas recibida la suya, aquí me tiene lanza en ristre, dispuesto como el buen Quijano a «*desfacer entuertos y defender doncellas*»; que entuerto es y no pequeño el que sufre su espíritu y ofensa grande la que llora su alma. Por esto comprenderá que me decido a entablar esa correspondencia que me pide «*con un naufrago, más aún, con un cadáver, que flota en el mar de las ideas religiosas,*» como V. mismo se llama. Y ¿cómo no había de aceptar, si mi única aspiración es el lema «*Verdad y Caridad*», llevar luz a las almas que viven en las tinieblas y paz a los corazones que sufren? Claro que me espanta el pensar en la responsabilidad que con ello contraigo, máxime cuando poniendo en mí su última esperanza, me dirige aquellas palabras, que *Dante* dirigió a *Virgilio*:

«*Tu Duca, tu Signore e tu Maestro.*»

No, mi querido amigo, el conductor, el amo y el maestro de mis escritos va a ser otro a quien Vd. ha olvidado y yo venero.

Y ante todo, voy a disipar los temores que en su carta me expone. Dice que teme encontrar en mí el «*dogmatismo y la intransigencia inquisitorial con que la Iglesia pretende esclavizar el pensamiento.*» Qué poco nos conocen Vds, mi querido amigo y cómo se tragan Vds. con los ojos cerrados

toda esa fraseología huera y gastada que ya no sirve sino para oradores de café! Ya tendrá ocasión de ver cuánto le han engañado los que tales cosas le han dicho. Ha de ver que los católicos somos, en el verdadero sentido de la palabra, más librepensadores y más racionalistas que nuestros adversarios, ya que no doblegamos la razón sino ante verdades demostradas, y que si nos llaman «*dogmáticos e intransigentes*» es precisamente porque tenemos la suficiente libertad para no seguir coreando a la turba de charlatanes de la Ciencia y la filosofía, que pretenden monopolizar la dirección del pensamiento humano. Ni tema que al encontrarme con un incrédulo prorrumpe en ayes y lamentaciones y me escandalice y toque el cielo con las manos. No, mi amigo, Vds. los incrédulos se dan demasiada importancia. Soy ya perro viejo, y he comido pan de muchos hornos para dedicarme a espantos y sentimentalismos, no por que no sea impresionante el espectáculo de un alma vacía y huérfana de Dios, sino porque malo es que el médico empiece impresionándose ante el enfermo, que lo llama y sobre todo, porque estoy convencido de que no es ése el estilo que conviene para tratar con espíritus erráticos, como el suyo, que sufren, por falta de consistencia ideológica, el arrastre del ambiente en que se han desarrollado. Aparte de que la experiencia me ha enseñado, que a los hombres hay que tomarlos como a los alfileres, por la cabeza. Y en cuanto al ruego que me hace de no economizarme, de tomar con interés y paciencia la dirección de una nave que marcha a la deriva y teme haber perdido el camino, esté seguro de que no he de hacer yo lo que el avaro a quien satirizó Aguilera cuando dijo:

Antes de hacerle la caja
a un avaro midieron,
y el tunó encogió las piernas
para que costara menos.

Y deshechos así sus temores, entro en el asunto.

Empieza Vd. contándome la evolución que ha sufrido su espíritu hasta llegar a ese estado de negación frente a ideas, costumbres y creencias, que un día fueron también las suyas. Cómo llegó con su fe de niño a los umbrales de la Universidad, donde la novedad del estudio, la libertad de la vida, las burlas y sonrisas de Profesores y condiscipulos y el ambiente de alegre despreocupación en que se deslizaba su vida, fueron abriendo até sus ojos un mundo de ideas y costumbres completamente ignorado, más amplio, más libre, de mayores horizontes, que empezó a borrar en su conciencia la idea de Dios y de la Religión, con todas sus derivaciones teóricas y prácticas. Cómo, terminados sus estudios universitarios, viajó mucho por el extranjero y pudo observar de cerca la gran diversidad de creencias religiosas, que existe en los pueblos, teniéndose cada cual por la única verdadera y acusándose mutuamente de error; y vió la variedad más grande de interpretaciones en la manifestación de ese espíritu religioso, desde el indo que, obedeciendo al aforismo de sus libros sagrados «*¡entra dentro!*», practica el «*nirvana*» con el estoicismo del *fakir*, para percibir en la inmovilidad casi absoluta de su ser el aleteo de sombras divinas, hasta el misionero católico, que en cumplimiento del «*¡sal fuera!*», que le impone el altruismo de su religión, se entrega a una actividad incansable, muy parecida al movimiento continuo; mientras al margen de todas estas divergencias encontró siempre a los hombres de estudio, a los intelectuales, a los sabios, verdaderos bienhechores de la humanidad, trabajando tranquilamente por el progreso de los pueblos, sin preocuparse lo más mínimo de esas ideas religiosas, que han creado entre los hombres profundos antagonismos. Y sigue contándome, después de parrafillo tan sabroso, cómo excitado por la curiosidad que todo éso le producía, dióse a leer obras de autores muy en boga, reconocidos por cumbres del pensamiento, y que esa lectura en vez de darle la solución del inquietante problema, no hizo sino precipitarlo en el escepticismo filosófico, convencido de que nadie sabe

dónde está la verdad, pues mientras unos le decían que a la derecha, los otros gritaban que a la izquierda, como cocheros en la puerta de una estación. Cuando éstos afirmaban que, «todo es Dios,» aquellos respondían que «nada es Dios» y si los de aquí sostenían que el mundo no es sino materia y fuerza regidas por leyes matemáticas, los de allí le contestaban que ni siquiera sabemos si el mundo existe fuera de nosotros. En fin, que después de viajar mucho, de leer mucho y meditar mucho, ha sacado en consecuencia, que el mundo es un ovillo del que todos tiran, sin lograr desenredarlo y terminó por no creer en nada, mejor dicho, creyendo que cada pueblo ha formado su Dios, su Religión y su Filosofía, según sus necesidades propias y que por lo tanto, no iba del todo desacertado el positivista *Littré*, cuando afirmaba en la «*Revue des deux mondes*» que «las preocupaciones religiosas son una verdadera enfermedad y lo mejor es no pensar en ellas.»

«Sin embargo,—añade—una sensación de vacío, un hambre de verdad, un deseo continuo de descifrar el enigma, me sigue persiguiendo desde hace algún tiempo; y no es sin cierto sobresalto inexplicable, que recuerdo muchas veces estos versos de Andrade que me hicieron declamar cuando niño en el Colegio.

Pasáronse las flores del verano.
 El otoño pasó con sus racimos.
 Pasó el invierno con sus nieves cano;
 Las hojas que en las altas selvas vimos
 Cayeron, y nosotros a porfía
 En nuestro engaño inmóviles vivimos...

¡Cuántas veces al pensar en ese episodio trivial de mi niñez, no he podido menos de preguntarme: pero ¿será cierto que nosotros, los que nos llamamos intelectuales, los hombres de ciencia, los incrédulos, que Vds. dicen, vivamos engañados en el error? ¿Será cierto que esas ideas de Dios y alma con sus consecuencias de inmortalidad, responsabilidad, mis-

terios y milagros, premios y castigos de ultratumba, con prácticas tan humillantes e indignas de un hombre, como la confesión, ante las cuales nuestra razón protesta, porque las cree productos elaborados por la humanidad, a través de siglos de ignorancia, para dar un consuelo y una explicación a sus dolores y fracasos, será cierto, que en esas ideas y prácticas, que nosotros desechamos, se halle la verdad, la solución exacta del mundo y de la vida.?

Tal es mi estado de espíritu, Rdo. Padre. ¿Qué piensa? ¿Qué me dice de él?»

* * *

Pues, mi querido amigo, lo que le digo es, que podía muy bien haberse ahorrado toda esa descripción, aunque se la agradezco. En el espíritu, como en el cuerpo, hay enfermedades tan sintomáticas, que basta se exterioricen, para conocer todo el progreso de su formación. Lo que ha Vd. le ha pasado, es lo mismo que pasó a *T. Jouffroy* y a *F. Coppé* y a tantos otros intelectuales, incluso *Littré* que Vd. me cita. Lo que me cuenta, parece una página arrancada de las «*Misceláneas filosóficas*» del primero, o de «*La bonne souffrance*» del segundo. En ellos, como en Vd., el mismo «vacío misterioso», la misma «sed de verdad», y en todos, indigestión de cabeza, mil veces peor que la de estómago. En fin, que el suyo es un caso de patología espiritual muy común en las sociedades modernas racionalistas y materializadas, que viene a demostrar una vez más, cómo el hombre que piensa, no puede cerrar impunemente en su alma la ventana que da a lo infinito, porque se asfixia sin remedio y tiene que gritar como *Goethe* moribundo: «¡Luz, más luz!,» que es el grito de todas las almas reflexivas, cuando tocan el dintel de las tinieblas.

Sí, mi querido amigo, de aquellos polvos, vienen estos lodos. Andamos jugando con todo lo que tiene de más serio y sagrado la vida. Aquel arrojar por la borda el lastre tan necesario de nuestras creencias, herencia aquilatada por veinte si-

glos de cristianismo; aquel entusiasmanos sin reflexión ante las ideas mal comprendidas de libertad y de ciencia; aquel gritar ridículo contra la tiranía de la Iglesia, con una audacia tan grande como la ignorancia de donde nació; aquel viajar con la boca abierta, entusiasmados por ideas y costumbres, que admitimos sin examen, teniéndolas por mejores que las nuestras; aquel leer sin criterio libros, cuyos erróneos conceptos tragábamos, como dogmas incuestionables; aquel contornearnos y darnoslas de libres, de independientes, de espíritus fuertes, porque habíamos sacudido de nuestras creencias el yugo de la opresión clerical, según decíamos; en una palabra, toda esa pedantería y superficialidad en que se desarrolla la inteligencia de los jóvenes, es la nube de polvo que nos envuelve, produciendo la noche en el cerebro, el vacío del alma, las caídas del corazón y llega el momento en que Dios, asqueado de tanta ignorancia y de tanto orgullo, se retira de nosotros, y tenemos que repetir con el antiguo romance:

«Con la grande polvareda—perdimos a D. Beltrane.»

Y menos mal si en esos momentos trágicos de la vida, nos queda la suficiente dosis de sentido común, para ver con espanto apagada la lámpara del santuario, porque ha desaparecido del alma ese conjunto de verdades transcendentales, que tanto necesita el hombre. ¡Feliz el que entonces, se detiene en el camino y, exclamando como *Dante* en el hermoso terceto con que da comienzo a su «*Divina Comedia*»

Nel mezzo del camin di nostra vita
Mi ritrovai per una selva oscura
Che la diritta via era smarrita, (1)

se dispone, como Vd., a pasar revista a sus ideas, para someterlas al examen de una crítica severa e imparcial y no ahoga, como el autor (2) de «*Tres meses en el país del ar-*

(1) En la mitad del camino de mi vida—me encontré en una selva obscura—por haber extraviado el recto sendero.

(2) Blasco Ibáñez.

te» cuando visitaba una de las catedrales de Italia, el aleteo de esas verdades que despiertan de su sueño.

Resumiendo. Mi diagnóstico, respecto a su estado de alma, es el siguiente: Un incrédulo por indigestión de ideas, que no ha podido digerir; un buen sabio o al menos un hombre de estudio, cubierto por la capa de un mal filósofo; un cristiano sin convicciones, que ha vendido la fe de veinte siglos, que era la fe de su madre, por un plato de lentejas averiadas, que le ofrecieron los charlatanes de la ciencia, el progreso y la libertad. Sin embargo no es un caso desesperado, antes bien tengo motivos para confiar que ha de volver la luz a su inteligencia y la tranquilidad a su corazón, dadas las buenas disposiciones en que se encuentra. Ya su carta misma me demuestra que la negación del incrédulo empieza a transformarse en la duda del escéptico, y ésto es ya un gran paso en el camino que hemos de recorrer juntos. Vd. ha perdido la fe y es necesario recobrarla. Vd. vive hoy en un mundo de ideas científicas-filosóficas, como si no hubiera nada más que éso, y yo he de demostrarle con la ayuda de Dios, en quien firmemente creo y confío, la profunda verdad que encierran las palabras de Shakespeare:

«The'are more things in heav'n and earth, Horatio,
Than are dreamt of in your phylosophy». (1)

Y nada más por hoy. Pongamos manos a la obra, mi querido amigo, que el tiempo es oro y el trabajo mucho. Queda a sus órdenes su affmo. y s. s.

Francisco de Paula
ome.

(1) Horacio, en el cielo y en la tierra hay más cosas, que las que soñais en vuestra filosofía.



CARTA SEGUNDA

Conflictos que no existen.

MUY señor mío y amigo; Ahora sí que puedo exclamar con el mensajero de «*Macbeth*».

«The wood began to move; (1)

pero ¡de qué manera! Meditando estaba en el efecto que mi carta habría podido producirle y al recordar las buenas disposiciones, que en la suya me manifestaba, bendecía de corazón al Señor, que nunca abandona del todo a sus criaturas, sino que siempre

Il laisse au dessus de l'abîme
Quelque rayons sur une cime,
Quelques veritès sur une front, (2)

cuando recibo la suya, que por las intenciones parece un toro bravo con dos astas como torres de catedral y por su tono, el silbido de una víbora, a quien han pisado la cola. ¡Y yo, que recordando al «*náufrago*» al «*cadáver*» de su carta, paladeaba, lleno de optimismo, aquellos versos del poeta argentino Obligado:

Suena el preludio de un canto
sobre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto!

(1) El bosque empieza a moverse.

(2) Deja sobre el abismo—algunos rayos en la cumbre—algunas verdades en la frente.

¡Buen preludeo y buenas gotas tenemos! Voy a copiar textualmente:

«Su carta, Rdo. P., me ha llenado de alegría y confianza, aunque viene a demostrarme que Vd. y yo somos dos antípodas del pensamiento. Yo soy un intelectual, un hombre de mi tiempo; Vd. es un hombre de fe, que vive atrasado de dos siglos por lo menos, sin darse cuenta, al parecer, de que ha pasado la Edad Media con su ignorancia y sus supersticiones. El mundo progresa, Reverendo Padre, evoluciona, a impulsos de la razón y la ciencia, hacia un «*devenir*» lleno de sorpresas, y ante esa marcha triunfal de la humanidad, siguen ustedes aferrados al pasado y con la inteligencia encajonada por los dogmas. Por mucho que les duela, el hombre moderno no cree. La ciencia es atea, porque, sin necesidad de Dios, va poco a poco explicando ese cúmulo de verdades y fenómenos, que la ignorancia de los tiempos habían elevado a la región tenebrosa de los dogmas y milagros, que la Religión necesita para mantener su autoridad. Con razón dijo A. Comte, que «*la Ciencia va conduciendo a Dios hasta las últimas fronteras del Universo.*» Sí, Rdo. P., la ciencia es hija de la razón, que es luz, mientras la fe es un producto del obscurantismo. Por éso, en esa lucha entre el pasado y el presente, entre la fe y la ciencia, un hombre que sepa pensar, no puede ser creyente. Le digo ésto, porque aparte de ser una de mis convicciones más arraigadas, me ha molestado de veras el desprecio con que en la suya trata a los sabios y la Ciencia, que son los grandes héroes y la gran conquista de nuestro siglo. Bien podía darse cuenta de cómo la Iglesia va quedando tan solo con las mujeres y los niños, seres todos de débil cerebración».

A la verdad, mi querido amigo, que no me esperaba el ataque por este lado, ya que con ello empieza a desbaratar el plan estratégico que me había formado. Pero en fin, al enemigo hay que atacarlo por donde viene. Voy, pues, a contestarle con tranquilidad sobre esa pretendida oposición entre la ra-

zón y la fe, con que Vds. los intelectuales quieren justificar su incredulidad, esperando que para cuando reciba mi carta, se le habrá pasado la exaltación nerviosa con que me escribe. Pero antes he de rogarle vuelva a leerla para que no me haga decir cosas, que estoy muy lejos de pensar. Amo la ciencia y admiro a los sabios como el que más; pero no transijo con los charlatanes y los pedantes, con los que, deformando los conceptos de Fe y Ciencia, les dan proporciones que no tienen o les atribuyen afirmaciones que no hacen, produciendo así una serie de conflictos aparentes, que solo existen de puertas adentro, es decir, en sus pobres cerebros, oscurecidos por la ignorancia y las pasiones religiosas.

* * *

Ante todo, mi buen amigo, Vd. no vive en la realidad; no sigue el movimiento producido de veinte años a esta parte en los espíritus que saben filosofar sobre las doctrinas y los acontecimientos. La lista de los que abandonan sus viejas ideas, para refugiarse en un idealismo más que deísta, cristiano, es ya larga y la literatura a este respecto abunda en las librerías. (1) Hoy, todo éso de los conflictos entre la Religión y la ciencia, ha pasado ya de moda y sólo se ocupan de ello los atrasados y las medianías. De modo que no está Vd. muy siglo XX que se diga, sino que vive bajo la impresión del XVIII y parte del XIX, que es cuando las ciencias empiezan a mostrar sus cuerpos arregladitos, alborotando a los sabios de segundo orden. Porque es entonces, al descubrir Lavoissier las primeras leyes químicas y la Física sus síntesis matemáticas y Cuvier sus primeros fósiles; al sorprender el significado de las capas geológicas y la existencia de las células en los organis-

(1) Me permito citar para los que lo deseen, entre otras muchas, la «Colección Saulo (de grandes convertidos) publicada por la Editorial Voluntad», y entre los cuales se encuentra Ernesto Psychari, nieto de Renán, que se convierte al catolicismo y muere durante la gran guerra, apretando entre sus manos la cruz de un Rosario.

mos; al perfeccionar la industria los instrumentos de visión, haciendo que el hombre pudiera acercarse a los astros y avizorar el mundo de lo infinitamente pequeño; en una palabra, cuando las ciencias despliegan sus conquistas, como abanico fantástico, ante la admiración de los estudiosos, es entonces cuando los advenedizos, los parásitos, creyeron tener en sus manos la llave de todos los misterios y echándose las de filósofos, proclamaron que al hombre le bastaba la ciencia, la razón, y que todo eso de Dios, de Religión y de fe estaba de sobra en el mundo y para perpetuar la inmensa vaciedad de sus cerebros, compusieron la célebre «*Enciclopedia*» que es la charca, a donde han ido a beber sus sofismas todos los incrédulos y todos los revolucionarios. Y la Enciclopedia está mandada retirar entre la gente seria hace ya mucho tiempo.

Yo que admiro como el que más, todas las conquistas y todos los progresos de las ciencias, me pregunto; pero ¿hubo motivo para tanto ruido y tanta algazara y sobre todo para establecer ese divorcio absoluto entre la razón, instrumento de la ciencia, y la fe? ¿Entre la Iglesia que actúa sobre las almas y el progreso que actúa sobre la materia? No, mi amigo. Aquello fué una borrachera de primera hora que fué pasando poco a poco en los cerebros bien organizados, hasta dejar las cosas donde debían estar, sobre todo cuando se vió que el pueblo, con ese instinto que tiene de la realidad, no supo representar mejor al nuevo Dios que le ofrecían, que con una mujerzuela de arrabal, carne de cabaret, a quien colocaron sobre el altar de la Iglesia de Nuestra Señora, llamándola «*la diosa razón.*» Epílogo vergonzoso que debió sonrojar a más de un sabio. Pero en fin a tales adoradores, tales dioses.

Me querrá decir, mi buen amigo, ¿qué oposición, qué argumentos serios, qué hechos concretos, bien observados y experimentados, se aducen para demostrar esa incompatibilidad entre la razón y la fe? Le desafío a que me presente uno solo, que no haya sido refutado cien veces. Yo no sé claramente todavía qué idea tiene Vd. de Dios, aunque me lo fi-

guro; pero, si hubiéramos tratado antes esa cuestión fundamental, como yo lo esperaba, podría ahora demostrarle hasta la evidencia, cómo siendo el objeto de la fe «*Dios hablando*» y el de la Ciencia «*Dios creando*», no puede haber oposición alguna entre la palabra y la obra de Dios. Podría hacerle ver cómo la razón y la fe son dos focos luminosos, que tienen el mismo origen y están destinados al mismo fin de iluminar verdades y que por lo tanto, no pueden ser incompatibles, como no pueden serlo, ni dos luces, ni dos verdades. La verdad nada tiene que temer de la verdad. Y la ciencia es la verdad y la fe es la verdad. Y comprendería Vd. entonces que la única diferencia que entre la razón y la fe existe, es una diferencia de potencia iluminativa, algo así como la que existe entre los potentes telescopios y los humildes gemelos de teatro. ¡Sería humorístico proclamar los conflictos entre los anteojos de un miope y las ecuatoriales de Gautier! Entonces se daría cuenta de cómo la fe no hace sino ampliar el campo de visión de nuestra inteligencia, ya que, como dice Portalis: «La fe ocupa el lugar que la razón deja vacío» y deduciría en consecuencia, que en vez de ser la fe una humillación, o una tiranía de la razón, es su más hermoso complemento, ya que por ella encontramos solución a problemas insolubles para la ciencia, como son todos los problemas de los orígenes y adquirimos conocimientos en que jamás hubiéramos soñado. Aparte de que mediante la fe el hombre se pone en contacto con un mundo suprasensible de ideas y de afectos del que cantó admirablemente San Juan de la Cruz:

El que allí llega de vero
de sí mismo desfallece.
Cuanto sabía primero
mucho bajo le parece,
y su ciencia tanto crece,
que se queda no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.

Figúrese, mi querido amigo, una altísima montaña a cuya base se encuentra todo ese conjunto de conocimientos y ciencias naturales, que brotan de la observación de la materia y sus propiedades, provocando los nobles esfuerzos de la razón. A medida que ascendemos por sus escarpados senderos, nos vamos encontrando con las ciencias racionales, con el campo de la Filosofía. El hombre pasa de la observación y experimentación de las primeras al razonamiento de las segundas, que investigan las causas y el porqué de las cosas y los fenómenos. Aquí el horizonte visible de la inteligencia se ensancha, la luz se acrecienta y la razón admira las últimas relaciones que existen entre leyes y fenómenos que creía independientes. En esta región el entendimiento hace un trabajo de síntesis. El pensamiento pierde en extensión pero aumenta en profundidad. El hombre sigue subiendo y llega a la región de la Teología. Ya en esa altura la razón empieza a vislumbrar verdades que no alcanzaba a ver desde el llano. Para caminar por esas regiones, donde a la razón empiezan a faltarle ya las fuerzas y se marear y sufre de vez en cuando el vértigo de las alturas, necesita apoyarse en la autoridad y la revelación, necesita ir atada y conducida por los guías, como van los alpinistas por las cumbres heladas de las grandes montañas para no desorientarse ni caer en los abismos que en su alrededor se abren, hasta que subiendo de claridad en claridad, de cumbre en cumbre, llega el hombre al punto más alto donde la razón cae sin fuerzas y desmayada y muestra Dios al hombre verdades y horizontes de luz sin límites, que en vano hubiera intentado descubrir desde la base. Eso es la ciencia y éso la fe. Por éso decía Selgas que la fe con los ojos cerrados ve mucho más que la razón con los ojos abiertos.

Y ¿qué le diré de esa oposición que Vd. ve entre el progreso de la ciencia y la inmovilidad de la fe? No se le debe ocultar que, si la ciencia evoluciona y progresa, es porque no posee la verdad integral y la va buscando y tras ella se mueve sin descanso, de modo que la mayor prueba de lo débil de

nuestra razón y de la imperfección de la ciencia es esa misma movilidad y desasosiego. La fe ni se mueve ni progresa, porque está en posesión de la verdad, que de suyo es inamovible y eterna, ya que viene

«Dal sereno che non si turba mai» (1)

es decir, de Dios; siendo esta estabilidad de nuestras creencias religiosas, en medio del cambiar continuo de sistemas filosóficos y de teorías científicas, lo que ha hecho mudar de vida a muchas almas pensadoras, como a G. Papini, el último de los conversos italianos, del que sin duda habrá oído hablar, al menos por su original *«Historia de Cristo.»*

Pero lo que sobre todo me sulfura y me harta, es ese énfasis y esa prosopopeya con que Vdes. afirman que la incredulidad es la característica de la ciencia y de los sabios y que el progreso de los pueblos va realizándose al margen de la Iglesia, todo lo cual supone una ignorancia vergonzosa de la Historia o una mala fe, más vergonzosa todavía. ¿Por qué no leen Vds. la obra de Zanh *«Ciencia católica y sabios católicos»* o la famosísima de Denner, a cuya aparición callaron y se zambulleron en la charca las ranas croadoras de la Enciclopedia y se convencerían de que los únicos que están perfectamente solos y de espaldas a la realidad, son los incrédulos? Todos los grandes creadores de ciencias han sido creyentes. No voy a copiar la aplastante lista, pero ¿puede Vd. negar el valor científico de Leibnitz, creador del cálculo infinitesimal, de Newton, descubridor de la misteriosa ley de la gravitación de los astros; de Cauchy, gigante de las matemáticas, que llevaba en uno de sus bolsillos la *«Imitación de Cristo»* y en el otro la *«Mecánica analítica de Lagrange»* y que dejó escritas estas palabras: *«Mis creencias no son fruto de preocupaciones infantiles, sino de una profunda meditación. Las verdades religiosas en que creo son más incontestables»*.

(1) Del Tranquilo, que nunca se inmuta.

bles que el cuadrado de la hipotenusa y el teorema de Maclaurin»; de Leverrier, que sin necesidad de telescopio, por simple cálculo matemático, descubre la existencia de Neptuno y sobre la pizarra en que desarrollaba las complicadísimas fórmulas, tenía un Crucifijo, para descansar, como él decía, del estudio del mundo; de Laplace y La Faye que con sus teorías sobre la formación de los mundos, sorprenden a Dios en el acto de la creación? Y me callo a Cuvier, el de la Paleontología y a Haüy el de la Cristalografía y a Mendel, que explica las leyes misteriosas de la herencia y a Schwan y Schleiden, descubridores de las células, y toda una pléyade luminosa de cumbres del pensamiento científico, como Lavoisier y Gay Lussak y Hert y Rontgen y Mariotte y Volta y Oersted y Frasnell y Faraday, creyentes todos como el grande fisiólogo C. Bernard, quien decía que la ciencia no había autorizado ni justificado jamás, las negaciones del ateísmo, y como el inmortal Pasteur, sobre cuya tumba se puede leer todavía esta frase: «Dios, ideal de la ciencia.»

De aquí comprenderá que no existe de hecho esa oposición radical que Vds. quieren ver entre la ciencia y la fe y que apoyarse en ella, para ser incrédulo, es apoyarse en los cuernos de la luna. Al menos tendrán que confesar que los creyentes vamos bien acompañados y que, como dice Balmes, «también los católicos examinamos, también nos engolfamos en el piélagos de las investigaciones, pero sin dejar la brújula de la mano, es decir, la fe, porque de día y de noche, queremos saber dónde está el polo, para dirigir, cual conviene, nuestro rumbo». Desengañese, mi querido amigo, no basta conocer algo de ciencia para pontificar en Religión, sobre todo, cuando se ha olvidado hasta el catecismo que se aprendió de niños. No se olvide nunca, de que el hombre no crea la verdad. La verdad está fuera de nosotros y todo el trabajo está en descubrirla y conquistarla. De aquí que muchos podrían aplicarse, parodiándolo, el epitafio de Feijóo:

Aquí yace un estudiante

de mediana pluma y labio,
que se quiso hacer el sabio
y murió siendo ignorante.

Y termino con este argumento. Si dos negaciones se hermanan tan íntimamente que pocas veces se les ve separadas, es señal de que las afirmaciones a que corresponden, deben tener al menos, muchos puntos de contacto. Más claro. Si dos medias al revés coinciden, coincidirán también al derecho. Ahora bien, si la ignorancia y la incredulidad, que son dos negaciones se juntan y coinciden con tanta frecuencia, es señal de que sus afirmaciones correspondientes, esto es, la ciencia y la fe, también se hermanarán. Pero ya sé yo que, a pesar de todos los argumentos de razón y de historia que puedan aducirse, los incrédulos siguen tan orondos y satisfechos, repitiendo impertérritos con las brujas de Macbeth:

«Fair is foul and foul is fair» (1)

lo que viene a demostrar que la ignorancia no es, ni el único, ni el mayor factor de la incredulidad.

¡Ah, mi querido amigo! Si el hombre fuera más racional y por lo tanto más humilde, para confesar que lo que sabe es una gota y lo que le falta un Océano y que aun en esa gota, que cree conocer, son muchos los actos de fe científica que tiene que realizar, a causa de las obscuridades que hay en ella; si el hombre fuera más sincero y por lo tanto más independiente, quiero decir, si muchos que hablan y escriben y enseñan no necesitaran tomar ciertas aptitudes, exigidas por el ambiente en que actúan, para sostener su posición social y la falsa aureola de su nombre; si muchos que Vd. y yo conocemos, tuvieran un alma transparente y un corazón tranquilo y una vida sin tacha, entonces vería cómo la ciencia y la fe pueden y deben abrazarse, como estoy seguro nos hemos de entender Vd., representante de la ciencia y yo, humilde pero convencido representante de la fe.

(1) Lo hermoso es feo y lo feo es hermoso.

¡Ojalá que así sea para verlo pronto salir de entre aquellos a quienes Dante llama

. le genti dolorose
Ch'hanno perduto il ben dello intelletto. (1)

Es lo que desea su affmo. y s. s.

Fr. Miguel de Semplover
o. u. c.

(1) Gentes dignas de lástima, que han perdido el don de la inteligencia.



CARTA TERCERA

Incrédulos intelectuales

MUY señor mío y amigo: Por la suya, que acabo de recibir en este momento, me doy cuenta del efecto que mi carta ha producido en su espíritu, al vislumbrar el sofisma tras el cual se parapetan los que, como Vd., pretenden profesar una incredulidad razonada. Sí, mi amigo, me lo esperaba. El argumento de «*facto ad posse*» que decimos los filósofos viejos, es siempre de una fuerza aplastante, por la sencilla razón de que el movimiento se demuestra andando. De sobra me sé yo que ésto es una perogrullada, pero convéznase de que hay muchos que ni siquiera estas perogrulladas comprenden. Bastaría en efecto, la existencia de un solo sabio creyente para demostrar que la fe no es incompatible con la ciencia y que por lo tanto, ésta no probará jamás con ninguna clase de argumentos, ni lo irracional de nuestras creencias, ni la falsedad de nuestros dogmas. Ya el gran Newton, aquel hombre que admiró al mundo con sus descubrimientos científicos, escribía a su amigo Arnauld: «He leído todas las objeciones contra la religión y he escuchado con curiosidad a todos los librepensadores y te he de decir que lejos de quebrantar mi fe, no han hecho sino confirmarla». Por donde comprenderá Vd. que los que esa oposición defienden, ni han sentido la fe, ni han profundizado la ciencia y con todo el ruido que meten, no hacen sino ocultar la vaciedad de sus cerebros tras las bambalinas de una filosofía barata, que ya Brunetiére se tomó el trabajo de clavar en la picota del ridículo con su famoso libro «*La bancarrota de la ciencia*», que se lo recomiendo eficazmente, a

fin de que vaya leyendo algo que valga la pena. Y ésto sin contar la ignorancia religiosa en que todos Vdes. se encuentran y que los incapacita para rebatir con decoro una Religión que ño conocen, o que a lo menos han olvidado.

Convénzase, pues, mi amigo, de que no hay un solo descubrimiento científico del que pueda valerse un hombre leal como arma contra la Religión. Y digo un hombre leal, porque la lealtad es precisamente lo que falta entre los incrédulos. Ejemplo ese mismo E. Haeckel, cuyo monismo tanto a Vd. le entusiasma, el hombre más pedante y más cínico que yo he encontrado en el campo de la filosofía científica y de cuyo libro «*Los Enigmas del Universo*» que Vd. me cita, ha dicho el Prof. Paulsen, Decano de la Facultad de ciencias de Berlín: «Lo he leído ñon asco y lo que más me avergüenza es que ese libro haya salido de nuestras Universidades.» Ese mismo Haeckel, mientras se atreve a afirmar rotundamente que con su Monismo ha enterrado los tres dogmas fundamentales de la Religión, Dios, la inmortalidad y la libertad, se entretenía muy tranquilo en falsificar clichés, añadiendo en ellos lo que le convenía, barrando lo que le estorbaba, cambiándo los unos por otros, a fin de demostrar lo que tenía metido en su cabeza y cuando se descubrió su falta de moralidad científica y se le emplazó, en pública conferencia, a que contestara, se hizo el sueco y siguió paseando, como si tal cosa no hubiera pasado, su solemne armazón de orgulloso y de ignorante, que es la combinación más ridícula y nauseabunda que conozco.

Y ahora, antes de contestar a su pregunta, voy a copiar alguno de los párrafos de su carta. Dice así: «Es verdad, Reverendo P., que su carta me ha impresionado hondamente dejándome en una posición difícil ante Vd., sin saber qué contestar a ese argumento de tanto sabio como me cita, cuyos nombres aprendí a venerar desde niño, pero cuyas ideas al respecto ignoraba por completo. Sin embargo ¿no le parece extraño el que, a pesar de todo éso, existan y hayan existido siempre incrédulos, no solo entre los intelectuales, sino en to-

das las clases de la sociedad, y que de tal manera vaya creciendo su número que Vdes. apenas si pueden contar con los viejos, las mujeres y los niños? ¿A qué se debe este fenómeno? ¿Será que la fe es un ingerto que no prende a la luz de nuestro progreso y civilización o será que, como Vd. parece insinuar, hay otras fuentes de incredulidad, que nada tienen que ver con la ciencia? Si S. R. me aclara este punto, tendré que confesar sinceramente mi equivocación».

Y ¿cómo no he de aclarárselo, mi querido amigo? Empecemos.

Ante todo, nada tiene para mí de extraño esa legión de incrédulos de que Vd. me habla. Los católicos poseemos vistas muy amplias de la Historia y conocemos muy a fondo el corazón humano y sabemos que esa tendencia a sacudir el yugo es en el hombre una verdadera enfermedad, que va transmitiéndose por herencia. Dotado como está de un foco de luz que es la razón y de un principio dinámico, que es la voluntad, creyó desde el primer momento que con esa luz podía verlo todo y que con esa fuerza todo le era lícito, sin darse cuenta de que por muy noble y perfecto que sea, no es sino una rueda, más o menos importante, en el complicado engranaje del Universo y que por lo tanto, debe someterse a esa Ley suprema que tiende a mantener cada categoría de seres en su campo de acción correspondiente. Si Vd. no hubiera olvidado el catecismo, que aprendió de niño, recordaría cómo el primer traspies, de los muchos que va dando el hombre a través de los siglos, fué el haberse levantado contra una Ley, que para hacerle comprender el lugar que le correspondía en la escala de los seres, le exigía un acto de fe, que limitaba su razón y al mismo tiempo un acto de obediencia, que limitaba su voluntad. Y desde entonces, ya lo ve, los hijos no hemos escarmentado y vamos viviendo en un estado constante de protesta, obsesionados con las luces de nuestra razón y la independencia de nuestra voluntad. De modo que los católicos no podemos extrañarnos de lo que presenciábamos en nuestros días,

cuando sabemos de sobra que la historia del hombre, desde su primera caída, no es sino una serie de afirmaciones, de dudas y negaciones, que repitiéndose sin cesar a través de los siglos, han dado lugar a ese fenómeno que se llama *«movimiento pendular de la Historia»* y que demuestra por un lado lo inconsistente y débil de la razón y la voluntad humanas, y por otro, la necesidad que tiene el hombre de la fe y de la ley, como puntos fijos, inmóviles que lo orienten en su marcha a través de la existencia. Y cuando uno se coloca sobre estas alturas para contemplar el andar fatigoso de la humanidad ¡qué claro se ve que hay una mano invisible que la va llevando, como a empellones, hacia sus misteriosos destinos y que por lo tanto tenía mucha razón el autor de *«Odes et Balades»* (1) cuando dijo:

«Aveugle qui ne voit dans les destins du monde,
Que le combat des flots sous la lutte des vents.»

Como tampoco nos extraña el que Vdes. se crean seres excepcionales, los únicos normales y equilibrados y nos crean a los demás algo así como el «Pitecántropo de Java» descubierto por Dubois. ¿A qué viene sino el decirme, por segunda vez, que nos vamos quedando reducidos a viejos, mujeres y niños, cosa que si Vd. no vive en la luna, debe saber es completamente inexacta, pues tenemos nutrida representación de jóvenes y hombres maduros, cada uno de los cuales vale por cien de Vdes. desde el punto de vista cívico y moral; y aquello otro de si la fe será algo así como un ingerto que no prende a la luz? ¡Ah, mi querido amigo! Donde la fe no prende es en otras cosas que se las voy a decir enseguida, para que se dé cuenta del porqué de esa extensión de los incrédulos, que tanto a Vd. le llama la atención.

Y tras este preámbulo largo y enojoso, pero necesario, entro en lo que conceptúo el punto principal de esta carta. Las fuentes de la incredulidad.

(1) Es ciego el que no ve en el movimiento del mundo otra cosa sino el combate de las olas bajo el furor de los vientos.—Víctor Hugo.

Delicada tarea, amigo mío, la que Vd. me impone; porque ¿quién será capaz de conocer todas las guaridas que esconde el corazón humano, siempre misterioso como el mirar de la esfinge? Tarea más fácil es investigar las fuentes del Nilo o del Amazonas, que sorprender el origen de donde brotan las negaciones del incrédulo. Voy sin embargo a intentarlo.

Dejando a un lado los muchos grados de incredulidad que existen, desde la incredulidad absoluta, que rechaza todo el orden sobrenatural, es decir, la existencia de Dios con todas sus consecuencias teóricas y prácticas, hasta la parcial que, aunque sea un absurdo dada la íntima trabazón que existe entre las verdades de fe, niega algún dogma aislado y, suponiendo conocido el que los incrédulos, de cualquier grado que sean, convienen todos en vivir en un olvido completo de sus deberes religiosos, fenómeno muy significativo en el asunto que vamos a tratar, yo descubro cuatro fuentes principales de la incredulidad moderna, la primera de las cuales paso a exponerle en esta carta.

Es el orgullo racionalista de la inteligencia. Hay en efecto un corto número de incrédulos, que podríamos llamar «*intelectuales*» por ser todos ellos hombres de estudio, amigos de lectura, como Profesores, Médicos, Abogados, Periodistas, etc., quienes, preocupados por el problema religioso, han hecho algunas escursiones en los campos de la Filosofía. Conocen las afirmaciones krausistas y hegelianas; han leído a Kant en su doble crítica de la razón; han tratado de cerca a los aristócratas del panteísmo, Vacherot y Espinosa, sin desdenarse de trabar alguna y más que alguna conversación con los defensores del materialismo Buchner, Hœckel y La Mettrie; no ignoran las doctrinas del agnosticismo positivista de Comte, Spencer y Huxley, grandes catalogadores de fenómenos y ni siquiera se han olvidado de Nietzsche con su profético «*Also sprach Zarathustra*», de ni Schopenhauer, el jefe del pesimismo alemán; y cargados con este híbrido bagaje de doctrinas, que sea dicho de paso, no arraigan sino en espíritus

decadentes de falsa cimentación, se han internado por la «Filosofía de la Historia» y la «Historia de las Religiones» y aquí es donde al contemplar esa variedad casi infinita de manifestaciones del espíritu religioso, unas distintas de otras, y no reconociendo otra fuente de verdades que la razón, porque la fe y la revelación son ya un elemento religioso que ellos no pueden admitir, se pierden, se marean en medio de ese mar inmenso de razas, religiones y doctrinas que van, vuelven, se cruzan, se dividen en una extersión de sesenta siglos, y ante ese movimiento al parecer confuso que se realiza en todas direcciones, se agotan y desorientan sus cerebros y con la desorientación se produce la obscuridad de la noche y entonces sucede, mi querido amigo, que como de noche todos los gatos son pardos, terminan por convencerse de que todas las religiones son iguales, a pesar de sus divergencias fundamentales, creyéndolas producto del subjetivismo colectivo de los pueblos. Y de esa igualdad y ese subjetivismo, que ellos fabrican, caen fatalmente en la incredulidad teórica, pozo sin luz, ni aire, donde muere asfixiada la inteligencia, que por eso cantó el inmortal florentino:

Lume non é se non vien dal sereno
 Che non si turba mai: anzi é tenebre
 Od ombra della carne o suo veleno (1)

Tal es, si no me engaño el caso de Vd., aunque ésto no quiere decir, que el mal que tales incrédulos padecen no esté agravado por enchufes subterráneos, que los pone en comunicación con las otras fuentes de que he de hablarle. No diré yo que no haya algo de exageración en las bravatas que tales individuos lanzan por todas partes, pues es muy atinada la observación que hace Bayle al decir que en general «los incrédulos dicen más de lo que sienten. La vanidad tiene en sus negaciones mucha más parte que la ciencia». No hacen si-

(1) No es luz la que no viene del Tranquilo, que nunca se turba: más bien son tinieblas o sombras de la carne o veneno.

no repetir la hazaña de Erostrato, quien para llamar la atención quemó el templo de Diana, pues no hay duda que ante la turba de analfabetos viste mucho éso de gritar «¡Mientes!» ante la fe de sesenta siglos. Y Vd. sabe que

Por esa conveniencia
los hay el día de hoy en toda ciencia,
que ocupan igualmente acreditados
cátedras, academias y tablados,

que diría Iriarte.

No voy, mi querido amigo, a rebatir esas aberraciones, que sufren muchos hombres de estudio, creyendo que la filosofía y la teología se manejan lo mismo que el microscopio, las recetas o el bisturí, pues no hago sino enumerar las fuentes de la incredulidad moderna; pero no puedo menos de recordar a Vd. un ejemplo reciente, que no ha de poder rechazar y que demuestra cómo esa incredulidad intelectual no es otra cosa sino una falta de criterio científico, una incapacidad de digerir esas ideas que los hacen víctimas de mirages y espejismos filosóficos.

¿Recuerda Vd. la conversión del célebre Papini, de que le hablé en mi anterior? Es uno de los muchos casos del movimiento hacia el cristianismo integral de que también le hablaba. Ahí tiene Vd. un hombre «ateo, hijo de ateo, bautizado a escondidas y criado sin prédicas, ni misas», como nos cuenta él mismo en su obra «*Un uomo finito*». Filósofo y literato a la vez, de él se ha dicho que no hay zona del pensamiento que no haya intentado escudriñar. Ha pasado gran parte de su vida estudiando a fondo todos los sistemas filosóficos y todas las religiones. Hay que leer su «*Crepúsculo de los filósofos*» para ver con qué saña, con qué desprecio, con qué lenguaje áspero y agresivo arroja de sus falsos pedestales, sostenidos por sofismas y prejuicios, a todos esos ídolos de los marcados filosóficos, que gracias a la superficialidad e inconsciencia de

Muchos que se llaman sabios
 Son porque lo dicen ellos,

han ido formando la juventud de nuestras Universidades. El mismo nos lo dice en el «*Prólogo*». «Los he tomado uno a uno por la solapa y los he sacudido contra la pared con toda la fuerza de que soy capaz, sin miramiento y sin compasión».

Pues bien, este hombre extraño y enigmático, al contemplar cómo todas las filosofías y todas las religiones, después de una trayectoria más o menos larga, decaen y fracasan porque, no respondiendo a una realidad, la humanidad les hace el vacío, mientras la doctrina de Cristo, enseñada por la Iglesia es la única que combatida por todas, vence a todas y queda siempre llena de vida, dedujo que solo en ella está la verdad, porque solo ella es inmortal, como Dios, en quien se apoya. Y fruto de esta convicción fué su «*Historia de Cristo*» de que le hablaba y que también se la recomiendo.

¿Podría Vd. decirme ahora, mi querido amigo, por qué a Vdes. los aleja de la Religión católica lo mismo que a este hombre lo ha traído a ella, es decir, el estudio y la meditación? Yo no encuentro otra causa,—aparte de la gracia de Dios, porque la fe ante todo es una gracia, que Dios concede a los que la buscan con humildad,—que la diferencia de ilustración intelectual y de lealtad científica, que es, como le he dicho, lo que falta a muchos de nuestros incrédulos.

He sido largo, mi amigo, y como creo que éste es el punto que más de cerca le toca, dejo para mi próxima el estudio de las otras fuentes, que nos han de dar el mayor contingente de la incredulidad moderna.

Sabe no le olvida su affmo. y s. s.

Miquel de Pauplona
ome.



CARTA CUARTA

Incrédulos pasionales, ignorantes y miedosos

MUY señor mío y amigo: Voy a continuar, como le prometí en mi anterior, el estudio de las fuentes de nuestra incredulidad, con tanto más interés cuanto le veo ansioso por conocerlas, «aunque teme—dice—lo vaya a meter en un callejón sin salida.» Pero antes quiero aclarar el reparo que en la suya me hace.

«No digo—son sus palabras—que no tenga Vd. mucho de razón en lo que dice y hasta me atrevo asegurar que ha hecho en su carta un retrato bastante exacto de muchos de nuestros incrédulos intelectuales, pero no dejará de comprender que es muy gratuito el afirmar que todos leemos tan superficialmente como supone, aunque no lleguemos a esa profundidad que Vd. ve en Papini, y de quien no sé porqué se ha de creer,

«Che sopra gli altri com' aquila vola.» (1)

Esto, aparte de que el argumento basado en el cambio de ideas de un hombre puede mañana volverse contra Vds. Supóngase, por ejemplo, que dado el temperamento y la extraña psicología de ese filósofo-literato, vea en la Iglesia algo que no le gusta y arremeta contra ella como ha arremetido contra los filósofos. ¿Qué dirán Vds. entonces del argumento que hoy nos hacen? Por éso nunca han sido para mí de gran fuerza esas conversiones espectaculares que culminan en un

(1) Que vuela como águila sobre los demás.

librito que se lanza al comercio y donde los héroes nos cuentan con pelos y señales su fatigosa subida a las cumbres.»

Pues, mi querido amigo, siento mucho el tener que ratificar lo dicho en mi anterior; porque pretender que se han leído a fondo esas y otras obras tan en boga entre nuestros intelectuales y no haberse dado cuenta de los sofismas que encierran y de la vaciedad de las frases con que revisten conceptos que no responden a ninguna realidad objetiva y que a fuerza de ser oscuros parecen profundos, es demostrar hasta la evidencia la pobreza intelectual que se posee, ya que tan entusiasmados se quedan con esa filosofía de saltimbanquis, que tanto asco produjo a Papini. El ha visto lo que Vds. no vieron y por éso lo conceptúo superior. Frente a todos esos ídolos y adoradores está bien recordar aquella frase sangrienta pero exacta de Boileau:

«Un sot trouve toujours un plus sot qui l' admire.»

En cuanto al reparo que hace a mi argumento tiene usted en parte razón. Un hombre, mientras vive, no puede ser argumento de nada por su enorme volubilidad. No hay como los años para comprender la verdad de aquella frase de la Biblia. *«¡Maldito el que confía en el hombre!»* Pero ésto no quita para que el caso de Papini, haciendo abstracción de su persona, sea un argumento. Los ataques de mañana no debilitarán las razones de hoy y si éso sucediera, siempre podríamos decir que su conversión fué un momento de lucidez entre dos locuras.

Y resueltos así sus reparos, entro en materia.

Fácil es de comprender, mi querido amigo, que no es muy numerosa esta clase de incrédulos intelectuales, ya que no son muchos los hombres que llevan una vida intelectual intensa y se preocupan de los grandes problemas humanos. Es sin comparación mayor la de aquellos a quienes no es precisamente la razón ni la fe lo que estorba, sino el corazón, la moral, de modo que la suya es una incredulidad forzada, aparen-

te, fruto de sus costumbres más que de sus ideas. Yo los llamo incrédulos pasionales.

Porque ¿cómo quiere Vd. que crea en Dios con todas las consecuencias prácticas que dimanen de esa fe, el hombre cuya vida es la negación absoluta de la honradez y de la moralidad, y que más que una luz es un pozo de aguas negras por los vicios inconfesables que encierra? ¿Cómo ha de creer en Dios el libertino, que lleva estampada en su rostro la huella vergonzosa de sus desórdenes, ni el usurero que explota con toda frialdad la miseria y las lágrimas de sus prójimos, a los que envuelve y sujeta en sus redes bien calculadas, no soltándolos hasta que les ha chupado la sangre, como hace la araña con la mosca? ¿Cómo ha de querer que exista Dios y el alma y la sanción de la otra vida el hombre que realiza—empleemos un eufemismo—infiltraciones disimuladas de cantidades que no le pertenecen y que se le confiaron porque se le creyó honrado? ¡Ah, mi amigo! ¿Cómo han de creer en Dios y en la Iglesia, si Dios y la Iglesia se levantan ante ellos para decirles como el Bautista a Herodes: ¡No te es lícito, no puedes hacer eso? A esos hombres que así viven—y Vd. sabe bien que son muchos—no les queda otro remedio que, como Herodes, cortar la cabeza del Bautista para que no grite, y nada entonces más cómodo que proclamarse al exterior incrédulo, aunque al interior proteste la conciencia. Es lo que quiso hacer Roma con los cristianos, aquellos predicadores de una doctrina que era la condenación rotunda de la molicié y los vicios en que vivía aquella sociedad tan bien descrita por el novelista polaco en su «*Quo vadis?*» ¡Y éso que Roma rendía culto en su Panteón a todos los dioses de los pueblos conquistados!

¡Con cuánta razón se ha dicho que hay muchos incrédulos, que porque se suprimiesen dos de los diez Mandamientos, admitirían gustosos doscientos dogmas! Yo no sé si conocerá Vd. al poeta y filósofo inglés Shelley. Lea su vida y dígame después si podía lógicamente hacer otra cosa que

escribir su «*Necessity of Atheism*» y su «*Refutation of Deism.*» Poco importa que su amigo Byron dijera de él que fué el mejor caballero que había pasado por los salones, pues conocida es la fina ironía que encierra aquello de la zarzuela española

«Para ser caballero
se necesita
Un sombrero de copa
y una levita.»

Créame, mi querido amigo, pocas veces se ataca al dogma, si antes no está en ruinas la moral, que es lo que quiso decir Montesquieu en su «*Esprit des lois.*» «El creyente y el incrédulo hablan siempre de Religión. El uno de lo que ama y el otro de lo que teme.» Vd. que ha de conocer el mundo tan bien como yo, medite en ésto y se dará cuenta de lo exacto de aquellas palabras de San Agustín: «No niega a Dios, sino aquel que tiene interés en que no exista.»

Pero si el corazón maleado es fuente abundosa de incredulidad, lo es mucho más el atrevimiento ridículo y asqueante de la ignorancia. ¡Oh, los incrédulos ignorantes! ¿Quién no ha visto con repugnancia y compasión a la vez, la pedantería de esos jóvenes superficiales, estudiantes de Universidad y empleadillos de oficina casi todos ellos, que apenas les apunta el bozo, ya se las echan de incrédulos y todo lo niegan y todo lo desprecian con sonrisa mefistofélica, porque así se creen más hombres y más a tono con su enorme caudal científico? ¡Pues le parece a Vd. que viste poco eso de sacudir el yugo de atavismos y preocupaciones y hacer ascos y escupir por el colmillo cuando se pasa ante una Iglesia o se tropieza con un sacerdote! ¡Si éso da un postín enorme, aunque se lleve en la cara el sello de la idiotez o de los vicios y aunque su padre los trate de golfos y granujas, porque si son estudiantes aprueban a tropezones cada tres años uno y si son empleados andan rodando, por haraganes, de un sitio para otro,

como bolas de billar. ¿Qué les importa a ellos ni qué significan los veinte siglos de cristianismo con sus millones de Mártires, de Santos y Doctores, que han predicado con su sangre, su vida y su doctrina la idea religiosa? ¿Qué les importa lo que después de largos y profundos estudios han creído y enseñado aquellos cerebros gigantes, verdaderas antorchas del pensamiento, como Orígenes, Tertuliano, Agustín y Tomás de Aquino? Qué significa para ellos lo que escribieron hombres como Bossuet y Fenelón y Balmes y Pascal y toda esa lista de creadores de ciencias, que al mismo tiempo que sabían robar a la naturaleza sus secretos y sus leyes, sabían también inclinar su cabeza y doblar la rodilla ante Dios y su Iglesia? Para negarlo todo y reirse de todo, les basta sentarse unos cuantos ante la mesa de un café, sin darse cuenta de que no son más que furgones de cola, ridículos adalides de sobremesa. Sin embargo, uno que no los conozca, al oír el énfasis con que hablan y la seguridad con que manotean, tiene ganas de repetir aquello de

Ya se salen de Castilla
castellanos de gran saña.
Van a derribar los muros
de la vieja Calatrava.

Créame, mi amigo, que es una honra para nosotros el tener semejantes enemigos, que hacen el vacío de su inteligencia, no como Descartes, para reconstruir, sino para quedarse huecos como la cabeza de la fábula. Y cuanto más huecos, más ruido. Como los tambores. En fin, menguado fruto de los tiempos que no pueden aspirar a otra gloria que a la que los destina Espronceda cuando dice:

«Y espero que mi busto adorne un día
algún salón de café o peluquería.»

Me cargan de veras esos individuos que se han creído que con cuatro chistes se resuelve un problema, que ha preocupa-

do a todos los grandes pensadores y se destruye un edificio, que gravita sobre el corazón mismo de la humanidad. Globos hinchados de insuficiencia que no sirven más que para ir con las manos en los bolsillos del pantalón, tarareando a media voz el último «*chimmy*» o «*chárleston*» oído en un cabaret de arrabal.

Y si al lado de estos tres tipos bien definidos de incrédulos, que se multiplican de modo asombroso en nuestro ambiente social, como se desarrollan los insectos en una sustancia descompuesta, añada Vd. los inconscientes y los miedosos, es decir, los que sin ser ni intelectuales, ni viciosos, ni atrevidos, marchan arrastrados por el engranaje materialista del mundo, sin pensar, una vez siquiera, en el gran problema de su porvenir ultraterreno y a los cuales se podría referir la sentencia de muerte que dictó Cristina de Suecia para uno de sus cortesanos: «Córtenle la cabeza, que no le sirve para nada» y los que se fingen incrédulos por cobardía o por interés, tendrá reunidas las fuentes principales de donde brota esa incredulidad moderna, cuya extensión, más aparente que real, quiere oponerme como un argumento contra nuestras creencias religiosas.

Es verdad, mi buen amigo, aunque no del todo, que nos vamos quedando con solo los ancianos, las mujeres y los niños; pero Vd. no se ha dado cuenta de que ése es un gran argumento en nuestro favor, pues nos vamos quedando con lo único sano que existe en el mundo. Los ancianos, que desengañados por su largo vivir, ya no sufren los espejismos, que engañan y las ilusiones que mienten y parecen ir repitiendo en su andar vacilante los versos de Campoamor:

¡Oh, Rey sabio!, de todas tus verdades
 Es la mayor verdad,
 Que el mundo es vanidad de vanidades
 Y todo vanidad.

Las mujeres, de cerebración débil, como Vd. dice, pero lo

suficientemente fuertes para reirse de las payasadas que hacemos los hombres y conservar en sus almas el tesoro de esa fe que nosotros hemos perdido. Los niños, seres inocentes todavía, no envenenados por los miasmas que brotan del lodazal humano. En esos tres seres vive la fe en todo su esplendor, porque Dios sólo puede hacerla brillar en la inocencia de los niños, en el corazón de la mujer cristiana y en los desengaños del anciano. Y ¿qué sería del mundo sin niños, mujeres y ancianos ennoblecidos por la fe y la doctrina moralizadora de de Cristo?

Medite, mi querido amigo, en cuanto acabo de decirle; estudie bien a los incrédulos y verá con qué facilidad puede ir clasificándolos en los casilleros que le señalo, y cuando los tenga así catalogados, se dará cuenta de que los hay muy pocos que lo sean de verdad y de que ni aun con esos pocos tiene que ver nada la ciencia, por más que la quieran poner de cuña que sostenga un edificio inconsistente, que se desmorona por todas partes. Si Vd. con la inteligencia que posee y lo mucho que ha leído, consigue libertarse de esos prejuicios y dar a las cosas su verdadero valor, verá cómo ha de poder mantener su amor a la ciencia unido a una fe racional y profunda, a semejanza de aquel gran hombre de Estado, O'Connell, quien solía decir: «My faith is Rome's, my polythics is my own» (1)

Sabe desea siempre complacerle su affmo. y s. s.

Fr. Miguel de Pamplona
O. M. C.

(1) Mi fe es de Roma, pero mi modo de gobernar es personal.



CARTA QUINTA

Sin fe no puede vivir el hombre

MUY señor mío y amigo: Razón tiene Vd. al afirmar en la suya que vamos «desbrozando el camino,» ya que en asunto de tanta importancia como es el de la fe, lo único que puede hacer nuestra pobre razón es quitar obstáculos, desenmascarar sofismas y demostrar los motivos de credibilidad, o sea, las razones que tenemos para creer. Me alegro, pues, de que mi anterior haya servido para descubrirle las guaridas donde se incubaba y parapeta toda esa turba de incrédulos, que, salvo raras excepciones, ocultan bajo capa de reyes, ignorancias, vicios y atrevimientos de villanos. Y como los conozco muy bien y sé que no hemos de conseguir modificar su triste idiosincrasia, porque la incredulidad moderna, más que en la cabeza, tiene sus raíces en el corazón, vamos a seguir nuestro camino, recordando aquel adagio árabe, que no lo aplico a los que como Vd. buscan sinceramente la verdad, sino a los otros: «*Mientras ladran los perros, siga la caravana.*»

«Voy dándome cuenta—me dice—de que la fe es algo más serio de lo que yo pensaba. Una idea sin embargo se me ocurre. Si la incredulidad es una negación, puesto que consiste en no creer ciertas cosas que no comprendemos y otras que nos parecen irrazonables, ¿qué consecuencias puede tener en la vida del hombre? ¿Es que el hombre y la sociedad necesitan de la fe para progresar y ser lo que deben ser? ¿No vemos por ventura incrédulos perfectamente correctos en su

conducta, y por el contrario, creyentes cuyo nivel moral deja mucho que desear?»

Dejando a un lado, mi querido amigo, la contestación a ésta última pregunta, ya que se refiere a un hecho particular que obedece a causas, que nada tienen que ver con la fe, la cuestión que Vd. remueve es la de si el hombre necesita o no creer, y a ello voy a responder, no sin antes aclarar el error en que se encuentra.

Es verdad que la incredulidad, según como se la mire, es una negación. Consiste, como Vd. dice, en no creer. Pero no me negaré, que, aparte de la influencia enorme que las ideas, sean positivas o negativas, tienen en la vida del hombre, sucede muchas veces, que a un concepto negativo de nuestra inteligencia, corresponde fuera de nosotros una realidad muy positiva. Sabe Vd. muy bien que el frío, la obscuridad, el reposo, son científicamente conceptos negativos. Imagínese sin embargo a la tierra sumergida cinco años en la obscuridad y a 20° bajo cero y dígame si serían positivas y reales las transformaciones que se operarían en su superficie. Vería Vd. cómo desaparecería toda vida y cómo la rica vegetación de los trópicos no llegaba siquiera a los líquenes y musgos de los ventisqueros de los Alpes. Detengamos, veinticuatro horas tan solo, la marcha de los astros y verá cómo se rompe el equilibrio cósmico y saltan los mundos hechos pedazos. Y ¿no recuerda Vd. ya, que tanto en gramática como en matemáticas, la unión de dos negaciones afirman y tienen consecuencias positivas? Pues por aquí podrá Vd. deducir lo que sucede en el individuo y en la sociedad cuando en ellos arraiga esa negación de la incredulidad, que afecta a la parte más delicada de nuestro ser, la inteligencia, cuya misión es iluminar con la verdad los caminos de la vida.

¿Que si el hombre necesita de la fe? Pues ya lo creo, mi querido amigo, y tanto, que sin ella no puede vivir. No voy a hablarle de la necesidad que de ella tenemos para llegar a nuestro último fin, ya que sólo el preguntar si es necesaria

supone el olvido en que Vd. vive de todo el orden sobrenatural. ¿Cómo he de hablarle yo de que sin la fe el hombre no pasa de ser el animal más perfecto y no llegará nunca a la posesión de esa vida ultraterrena en la que Dios conocido y amado, constituye la felicidad absoluta y el reposo de esas ansias de verdad, de amor y de goce que todos sentimos, si son cosas que, hoy por hoy, no tienen para Vd. significación alguna, por aquello que dice Balart:

Sabio que nunca te humillas
 Y estudias para negarlas
 Las celestes maravillas,
 A Dios se va de rodillas...
 Y tú no sabes doblarlas.

Voy a tomar el asunto más de tejas abajo, con razones que no me ha de negar.

El hombre, mi querido amigo, necesita de la fe porque está hecho para creer. Se lo pide su misma naturaleza y esa es la causa de que la fe se encuentre a la base de todas sus actividades. Yo no sé si Vd. se habrá fijado en ese fenómeno curioso, en esos tres mundos superpuestos que se presentan ante la actividad del hombre y cada uno de los cuales tiene su órgano de visión correspondiente. Ante sus ojos se ofrece el mundo de la naturaleza excitando su observación, base de las ciencias naturales. Ante su razón se explaya el mundo invisible de las leyes y las causas, excitando su investigación, que es la filosofía. Y por encima de estos dos mundos otro superior, el mundo sobrenatural de la fe. Y así como la razón corrige, rectifica y completa las deficiencias y errores de los sentidos, así la fe completa y rectifica las deficiencias y errores de la razón. Además, aun en los mismos sentidos tenemos zonas de limitación incontestables. Tome Vd. los ojos, la vista. ¿Quién no sabe que tiene respecto a su función, una zona de visión distinta, otra de visión confusa y una tercera de completa impotencia? ¿Quién que haya visitado la física ignora

que a ambos extremos del espectro solar tenemos dos zonas, a un lado la de los rayos ultravioletas, invisibles para los ojos, pero cuya existencia la acusan las placas fotográficas y al otro la de los rayos infrarojos, también invisibles, pero puestos de manifiesto por la pila termo-eléctrica? Y lo mismo tenemos en los sonidos. El oído tiene sus límites de percepción auditiva. Un sonido que pase de 48.000 vibraciones por segundo es tan imperceptible como otro que no llegue a 16 vibraciones en el mismo tiempo. Como ve hay zonas de luz y zonas de sonidos para los cuales somos ciegos y sordos. Ni en la retina, ni en el oído hay reflejos, no porque no existan vibraciones, sino porque las terminaciones nerviosas no se adaptan a ellas. Lo cual quiere decir que el hombre, aun en su constitución fisiológica, es un ser muy limitado.

Pues lo mismo sucede con la razón. Hay zonas de verdad para cuya percepción no está hecha. Por eso decía Tyndall que el mundo de la verdad es una serie de gamas musicales. La razón puede cantar algunas notas, muy pocas, terminadas las cuales, queda sumergida en un silencio infinito. Y Pascal, siempre tan exacto en sus observaciones, escribe: «¿Qué es el hombre en la naturaleza? Un nada comparado con el infinito; un todo comparado con la nada. Alejado infinitamente de los dos extremos, es incapaz de comprender el principio y el fin de las cosas, ocultas para él tras un velo impenetrable, que le impide ver el principio de donde viene y el fin a donde va.»

Todo ésto le demostrará la necesidad que el hombre tiene de la fe, aun para su vida ordinaria y que tan errados andan los positivistas al no admitir más que lo que se ve y se toca, como los racionalistas al contentarse con sola la razón. Y que ésto sea así nos lo demuestra la misma experiencia. Tome la ciencia, tome al sabio. ¿Qué es la ciencia sino un acto de fe en unas cuantas hipótesis y teorías, que a pesar de carecer de la consistencia incommovible de la verdad, sirven no obstante de sostén a todo el edificio científico que posee-

mos? ¿Sobre qué se basan la Física y la Química sino sobre la ignorancia en que todavía estamos acerca del origen y constitución de la materia? ¿Sobre qué edifican los sabios la Antropología, la Ética, el Derecho y la Sociología sino sobre la obscuridad del origen, de la causa y del fin de la existencia, que se ocultan al hombre como un misterio? Y ¿qué es a su vez el sabio sino un cazador de verdades, pero que incapaz de revisarlo y comprobarlo todo por sí mismo, hace un acto de fe inmenso en los siglos que han pasado y en los sabios que le han precedido; en la veracidad de sus escritos y en la exactitud de sus observaciones? Observe, mi amigo, al hombre en su vida de relación, es decir, el comercio, la amistad, la familia y dígame si la vida social sería posible sin creer en la lealtad de los que nos rodean. Tenemos fe en el comerciante que nos provee y en el médico que nos receta y en el abogado que nos defiende, y en los amigos que nos aconsejan, y en el maestro que nos enseña y en la mujer que nos ama y en ellos depositamos con confianza nuestra salud, nuestros intereses y nuestro honor. Si no hubiese en el hombre más que el acto de la razón, no habría más que individuos. La sociedad, como la ciencia, reposa sobre la fe que nos tenemos recíprocamente los hombres. Y ¿será necesario que el hombre haya de creer tanto y a tantos para poder vivir aquí abajo y no lo será que crea en algo, que está más arriba y que le habla de la conciencia y le levanta algo el velo de lo mucho que ignora? ¿Por qué la vida del espíritu había de ser una excepción de esa ley inexorable del hombre, que le obliga a creer, ya que ni ve ni puede verlo todo por sí mismo.

Y digo Ley inexorable porque el creer o no creer es algo que cae fuera de la libertad del hombre. Desengáñese, mi amigo, el hombre es creyente por naturaleza y por eso habrá notado que donde quiera que haya un hombre, allí brota ese «*Desesperado deseo de creer*» de que hablaba Huysmanns antes de su conversión. ¿Qué es, sino, esa multitud abigarrada de ídolos ante los cuales se prosternan las razas

más degradadas, sino la exteriorización de esa necesidad de creer y que por no conocer el verdadero objeto de la fe, lo crea a la medida de su pobre mentalidad obscurecida? ¿Qué es esa misma aberración vergonzosa que presenciamos en nuestros días y entre nosotros? Estamos en una franca decadencia de fe religiosa y sin embargo en pleno desarrollo de superstición. Nunca se ha creído menos y nunca se ha creído más. Fijese cómo aumenta el número de adivinos con sus cartas, sus sortilegios y sus horóscopos; cómo se acude a las sesiones de espiritismo donde se escucha con religioso silencio los golpeteos de una mesa y las palabras del «*medium*»; cómo la gente se conmueve ante las zalamerías de una gitana que les echa «*la buenaventura*» y cree a cierra-ojos en las manipulaciones de un curandero vividor. Fijese en el desarrollo que va tomando «*la mascota*». No creemos en la Religión, pero creemos en ella y la encontramos en las casas, en los autos, en los aeroplanos, en los barcos, en las expediciones al Polo y hasta sobre el pecho de las señoras y en el bolsillo de los caballeros. Un perro, un gato, un escarabajo, una figurilla cualquiera de trapo, de metal o de celuloide bastan para sostener la confianza de los desertores de la fe. Y ¿qué se ve en el fondo de todas estas aberraciones sino la necesidad ineludible que siente el hombre de creer en algo? Por eso, cuando no cree en lo que debe, cree en todas las sandeces imaginables. Con cuánta razón dijo Chateaubriand, que «*nunca está el hombre tan cerca de creerlo todo, como cuando afirma no creer en nada.*»

Todo esto nos manifiesta que la fe y la razón se perfeccionan mutuamente. Quite la razón a la fe y se llega insensiblemente a la superstición. Es lo que se nota en los pueblos incultos en que la tendencia a creer sin el control de la razón los lleva a mil aberraciones. Quite la fe a la ciencia y se cae lógicamente en el materialismo racionalista, que es lo que les pasa a los sabios. Por eso la verdadera posición del hombre está en la razón perfeccionada por la fe y en la fe custodiada

por la razón. La fe no es irracional. Por eso es mucho más difícil no creer que creer.

Por otra parte, la misma realidad de la vida se encarga de despojar al hombre de la máscara de incredulidad con que se cubre. Cuando se es joven y la salud abunda y la fortuna y el amor sonríen, haciendo que nuestra vida se deslice, sin sobresaltos, como una góndola sobre las aguas dormidas de un lago, el hombre no siente la necesidad de creer, porque todo va bien; pero cuando el escenario cambia y sentimos en pleno corazón el latigazo del dolor; cuando por ejemplo, la muerte nos arrebatara un ser querido, tal vez el único que teníamos, una madre, una esposa, un hijo; cuando la fortuna desaparece, sumiéndonos en la vergüenza y la miseria; cuando la baba corrosiva de la calumnia mancha nuestro honor; en fin, cuando por una causa cualquiera, más fuerte que nosotros, nos sentimos anonadados, ¡ah! entonces es cuando el hombre se olvida de todo lo postizo y levanta instintivamente sus ojos al cielo en busca de ese algo que se cierne sobre nosotros y bajo el cual vamos siempre a cobijarnos, cuando los grandes dolores de la vida nos hacen sentir la pequeñez de lo que somos y la impotencia de nuestro orgullo. Es lo que decía Musset:

«*Malgre nous, vers le ciel il faut lever les yeux.*» (1)

es lo mismo que dice Byron:

«*Bound to the hearth, he lifts his eye to heaven.*» (2)

¡A cuántos he visto, mi querido amigo, a quienes el dolor ha vuelto al Dios que desconocían y a la fe que habían olvidado!

De todo lo cual podrá Vd. deducir, que el hombre, desde cualquier punto de vista que se le considere, está pidiendo a gritos la fe y sobre todo la fe religiosa; y que privarlo de ella

(1) Sin darnos cuenta, los ojos se nos van al cielo.

(2) Atado a la tierra, clava en el cielo su mirada.

es privarlo del elemento de vida, que más necesita. Oiga lo que dice nuestro gran Balmes: «Si en esa fe no me mantuviera la autoridad de una Iglesia que lleva más de 18 siglos de duración; que tiene en confirmación de su divinidad su misma conservación a través de tantos obstáculos, la sangre de innumerables mártires, el cumplimiento de las profecías, infinitos milagros, la santidad de su doctrina, la elevación de sus dogmas, la pureza de su moral... los inefables beneficios que ha dispensado a la familia y a la sociedad, el ennoblecimiento que ha realizado en todos los países donde se ha establecido y la degradación que veo reinar allí donde ella no domina; si no tuviera todo este imponente conjunto de motivos para conservarme adicto a esa fe, haría un esfuerzo para no apartarme de ella, cuando no fuera por otra razón, por no perder la tranquilidad de mi espíritu.»

Pues bien, mi querido amigo, yo que quisiera verle libre de prejuicios y en la plenitud de toda su razón, yo que quisiera verle dirigir la proa de su nave hacia el puerto de esa tranquilidad de espíritu que en la fe se goza, me atrevo a dirigirle aquel ruego de Dante:

Mà tu, perche ritorni a tanta noia?
 Perche non sali al diletosso monte
 Ch'è principio e cagion di tutta gioia? (3)

En la cumbre de ese monte de la fe espera para abrazarle su afectísimo amigo y s. s.

F. Miguel de Sauplona
 ouc.

(3) Pero tú ¿por qué vuelves a tanto sinsabor?—¿Por qué no subes al monte deleitoso—donde está la fuente y el principio de toda alegría?

CARTA SEXTA

Una descarga en diferentes direcciones

MUY Sr. mío y amigo: Recibí con la suya la que me mandaba de su colega de A... y aunque me advierte que no se hace solidario ni de sus dudas, ni de sus opiniones, voy a contestarle, haciendo una excepción, pues no quisiera entorpecer la marcha de nuestra correspondencia. (1)

Empieza su amigo quejándose de que trato a los incrédulos de «tontos» y de que en vez de atraerlos los hiego con

(1) Muchas han sido las cartas que a lo largo de esta correspondencia, me han dirigido de varias partes, al parecer jóvenes estudiantes y empleados que se preocupan de estas cuestiones. Unos con pseudónimos, otros, plantando con valor sus firmas, me han expuesto sus dudas, sus negaciones, sus opiniones, pidiendo les ayudara a encontrar la verdad, a recuperar su fe. Cartas algunas de las cuales me han estremecido profundamente, verdaderos gritos de náufragos; otras insultantes, por la ridícula vanidad del que se cree maestro y lanza como irrefutables objeciones manidas de literatura barata y folletinesca. No hay que decir que estas las he arrojado al cesto de papeles, repitiendo aquello

Tu crítica majadera
De las cartas que escribí
Pedancio, poco me altera
Más pesadumbre tuviera
Si te gustáran a tí.

En cuanto a las primeras, mi conducta ha sido la siguiente: Ante la imposibilidad de seguir correspondencia con todos ellos, les he contestado en carta particular, dándoles algunos consejos como primer remedio a su estado de espíritu, y rogándoles siguieran leyendo estas cartas a medida que fueran apareciendo, donde en su lugar debido encontrarían la contestación a sus dudas y negaciones, que tenía buen cuidado de anotar. Este hecho demuestra que no han sido inútiles estas cartas y que no solo se han leído sino que han hecho pensar. Y esto es para dar gracias a Dios.

mi estilo algo despectivo. Por mis cartas anteriores comprenderá Vd. que la primera acusación no es exacta, ya que una cosa es «*ser tonto*» y otra muy distinta «*estar tonto o incapacitado*» para fallar en cuestiones que no se conocen a fondo, que es de lo que acuso al 95 % de los incrédulos «*intelectuales*.» Por lo demás he dicho lo que tenía que decir y no borro ni una coma.—Respecto a mi estilo, lo reconozco; es algo que no puedo remediarlo. ¡Si supiera lo cansado que estoy de luchar con enemigos llenos de prejuicios y de mala fe! Créame que muchas veces, al verlos cómo se quedan tan orondos y tan tiesos, después de haberlos dejado sin poder contestar una palabra, he pensado si no sufrirán de incapacidad crónica o si su cabeza será algo así como una escusa para llevar el sombrero. Por eso, si toda mi amistad y mi paciencia y mi dulzura son para las almas sinceras, que como Vd. y su amigo, buscan con ansia la verdad, mis ironías y mi desprecio son para esa turba de fariseos que en sus discusiones no aspiran a otra cosa que a encontrar una mancha en la túnica inmaculada de Cristo, o una falla en el cimiento indestructible de la Iglesia, no teniendo más armas de combate que el cinismo de su incultura y los chistes rastreros y hasta obscenos con que pretenden herir nuestras creencias. Y a estos individuos, si que quisiera darles una corrida en pelo, de esas de «Sevilla-Buenos Aires sin escala.»

Y entremos en agujas. La carta de su amigo viene a demostrarme una vez más que el mayor inconveniente, que tienen los incrédulos para llegar a la verdad, es el desorden y la inconexión que reina en sus ideas. Fijese en las cuestiones que me propone en poco más de una página:

1.^a) «¿En qué se diferencia la fe de un católico de la de un Protestante, un Mahometano o un Budista?» Cuestión que entra de lleno en aquella otra de si todas las religiones son iguales.—2.^a) «¿Por qué no hay ningún sabio que sea Santo y ningún Santo que sea sabio?» Cuestión que aparte de ser falsa, encierra un concepto erróneo de la santidad.—3.^a) «El

ejemplo de Arnaldo de Brescia» cuyos errores supongo sabrá su amigo fueron condenados en el Concilio de Letrán y que implican el estudio de las aberraciones místicas y reformadoras, que empezaron a aparecer por el siglo X y culminaron en el XVI con el Protestantismo.—4.^a) «Si es cierta la existencia y la inmortalidad del alma» y—5.^a) «Si hay pruebas que demuestren la existencia de ángeles y demonios.»

Como puede Vd. comprender, ésto no es posible. La conquista de la verdad es como el ataque de una fortaleza. Hay que hacerla con orden y sin apresurarse, a fin de que la convicción religiosa llegue a ser incommovible y forme un bloque único y bien trabado. Y ésto no se consigue sino poniendo orden en las ideas. Por eso, no voy a contestar sino a dos de las preguntas de su amigo, ya que las otras son ajenas al asunto de la fe que estamos tratando.

Dice, pues, así:....«*aún suponiendo que yo llegue a tener esa fe ciega, ¿en qué se diferenciaría mi fe de la que tiene un buen protestante, un buen mahometano o un buen budista? Porque no me negará Vd. que hay buenos entre las gentes que profesan esas religiones.*»—Ante todo dígame a su amigo, que yo no niego ni afirmo nada, tratándose de la conducta moral de las gentes, porque ¡se lleva uno cada chasco...! Por algo se dice: «*De dinero y santidad, la mitad de la mitad*» y tales suele haber en todas las religiones que, aunque muy cargaditos de fe, hay que tomarlos con pinzas, para no mancharse. Lo cual le hará ver que la cuestión que me pone su amigo no está entre la fe y las costumbres, sino entre la fe de unos y la de los otros.

Y siendo esto así, me extraña la pregunta en un hombre para quien—según él dice—es evidente la existencia de Dios. Porque si esto admite, debe también admitir a Jesucristo que es Dios humanado y admitiendo a Jesucristo debe admitir su obra, que no es otra que la Iglesia católica; y admitiendo esta Iglesia y perteneciendo tal vez a ella, me extraña no vea la diferencia que tendría su fe, de la de un protestante, un

mahometano o un budista, a no ser que sea de los que concibiendo a Dios como fuerza universal del cosmos, ponen a Jesucristo, a Buda, a Mahoma y a Lutero en la misma línea, como Reformadores de la sociedad.

La fe está a la base de todas las religiones, porque como le dije en mi anterior, la fe es una necesidad del hombre, y la fe siempre consiste en creer lo que no se ve. En esto todos somos iguales. Pero la diferencia resalta cuando uno medita en el objeto y en el por qué de esa fe.

Ante todo empecemos por decir que la fe católica no es una fe «ciega» en el sentido que parece darle su amigo, sino «racional» o «razonada» en lo que tiene de acto humano. Por eso resiste todos los ataques de la crítica sin inmutarse, mientras que ni el Protestantismo y mucho menos el Budismo y el Mahometismo pueden sostener ese ataque, sin descubrir las grandes deficiencias que encierran. Además, nuestra fe descansa en una verdad integral, absoluta, incommovible, mientras las otras descansan en verdades deficientes y adulteradas, o en un cúmulo de errores puestos mil veces en evidencia. Por otra parte, los católicos creemos en la palabra de Dios manifestada por la Revelación, confirmada por las profecías y los milagros y enseñada por el magisterio infalible de la Iglesia, mientras los otros se apoyan en las afirmaciones de hombres viciosos como Mahoma, paganos y casi legendarios como Buda, o tienen que arrancar páginas enteras de la Sagrada Escritura para ocultar la inconsecuencia de su credo, como los Protestantes. En fin, no le digo más, porque este punto entra de lleno en el estudio de las Religiones y allí lo hemos de tratar; pero creo que esto le ha de bastar para darse cuenta de la diferencia radical, que existe entre la fe de un católico y la de los otros. Y cuente que nada he dicho expreso de la fe como don de Dios y gracia infusa, sin la cual ni es posible agradar a Dios, ni salvarse.

Y paso a su segunda objeción.—«¿Cómo es que no hay ningún sabio, que haya sido Santo y ningún Santo que

haya sido sabio, de no ser en la ciencia teológica? ¿Es que está reñida la fe con la sabiduría?—Su amigo vuelve a confundir la fe con las costumbres, pues mientras en la primera pregunta pone en contraposición *la santidad y la ciencia*, en la segunda lo hace entre *la fe y la ciencia*, cosas que son muy distintas; y como a esta última objeción he contestado ya en mis anteriores, voy a hacerlo en lo que se refiere a la santidad.

No confundamos, mi amigo, al Santo con la peana. Digo esto, porque esa «S» mayúscula con que escribe la palabra Santo me hace sospechar que confunde la santidad y la canonización. Puede ser uno gran santo y carecer de esa aureola exterior que dan las mortificaciones sangrientas, los éxtasis que elevan y los milagros que admiran, todo lo cual no es consecuencia necesaria y nota inseparable de la santidad, sino efectos o gracias con que Dios corona muchas veces la virtud extraordinaria, llevada al heroísmo. Santo es el hombre que ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo por amor de Dios; el que impulsado por ese amor sabe someter su cuerpo a la razón y la razón a Dios; el que se esfuerza por obrar el bien y evitar el mal; en una palabra, santo es el hombre de vida moral íntegra, ennoblecida por la gracia.

Y santos así, al menos en lo que humanamente podemos juzgar, lo han sido sabios como Ozanán el filólogo, y Recamier el médico, y Manzoni el novelista, y Cantú el historiador. Y supongo que no pondrá su amigo en duda la santidad de vida del Papa León XIII, gran filósofo, gran humanista y gran sociólogo; ni la del Pontífice reinante Pío XI, uno de los paleógrafos más eminentes de nuestros días. Y ¿no sabe que en la Exposición Universal de París en 1900 se llevaron los Religiosos el 70 % de los premios adjudicados a la sección de enseñanza científica? Y creo que entre los miles de Religiosos, cuya actividad allí estaba representada, habría siquiera algunos, que trabajaban seriamente en su santificación. De modo que ya ve en que queda éso de que no hay ningún sabio que haya sido Santo.

Pero ya que su amigo quiere Santos con mayúscula, ¿cree que un San Agustín y un Santo Tomás y un San Buenaventura y muchos otros escribieron solo de Teología? Escribieron también de filosofía, de Sociología, de Política, de Astronomía, de Matemáticas de Historia, de Geografía, de ciencias físicas y naturales, almacenando en sus cerebros los escasos conocimientos que la humanidad poseía entonces en esas materias y apesar de la prevención con que se las miraba, pues no debe ignorar que al franciscano Rogerio Bacón se le acusó de magia, por haberse adelantado de varios siglos a todas nuestras grandes conquistas científicas.

Y ¿no recuerda al español San Isidoro? Este Santo desarrolla su actividad en las siguientes obras, que no son precisamente de teología. Escribió dos libros de «*Sinónimos*»; uno de «*Aritmética*»; otro sobre «*La naturaleza de las cosas*», y además sus famosas «*Etimologías*» que vienen a ser una especie de enciclopedia de todos los conocimientos humanos que poseía el mundo. Pero sobre todo recuerde que él fué el iniciador de aquellas célebres «*Escuelas Isidorianas*» que tanto nombre habían de alcanzar en Europa con su «*Trivium*» y «*Quatrivium*», y que Carlo Magno imitó más tarde en Aquisgrán al fundar su Escuela Palatina.

Y fundados por Santos, con *mayúscula*, son los Jesuitas y los Escolapios y los Hermanos de la Doctrina Cristiana y los Maristas, entre los cuales hay mucho sabio por su ciencia y mucho santo por su virtud. ¿Cree su amigo que los Fundadores iban a orientar la actividad de sus religiosos hacia la ciencia, si estuviera en oposición con la santidad? ¿Y no se ha enterado de que no hace todavía muchos meses se ha introducido en la Congregación Romana la causa de beatificación de uno de los Profesores más conspicuos de las Universidades de Italia?

En fin, que no sé cómo miran Vds. estas cosas para ver esos conflictos. Porque ¿qué es santidad? Amar. Y ¿qué es ciencia? Saber. ¿Hay alguna oposición entre saber y amar?

Yo, al menos, no la veo. De modo que ni como concepto, ni como realidad existe, ese antagonismo. Podrán encontrarse separadas, pero reñidas, nunca. Por el contrario, encontrará Vd. muchas veces, a la incredulidad muy del brazo con los vicios. Fijese en las nuevas generaciones, que se van formando y no se atreverá a negármelo.

Claro que no existen tanto Sabio-Santo, ni tanto Santo-Sabio como Yd. y yo desearíamos; pero ésto tiene una explicación muy sencilla, pues aparte del carácter materialista y ateo que tomaron las ciencias modernas desde su nacimiento, por haber aparecido en un ambiente de ideas filosóficas francamente antireligiosas, sucede, que para sobresalir en el campo de la santidad hay que dedicarse a ella de lleno y lo mismo para descollar en la ciencia, cada día más trabajada; y como el hombre es muy limitado en sus energías, resulta que los que se determinan a ser santos no se preocupan mayormente de las ciencias profanas, y los que aspiran a ser sabios no encauzan su actividad hacia el heroísmo y práctica constante de la virtud, que pide la santidad. De donde comprenderá que ciencia y santidad son dos campos distintos, pero no contrarios de la actividad humana. Es cuestión de especialistas, que enfocan sus esfuerzos en distinta dirección.

En fin, mi querido amigo, que estoy cansado de repetir estas cosas, que Vdes. no acaban de comprender, tal vez por miedo a la verdad, ya que de admitirlas, peligra el edificio de sus negaciones.

Que su amigo tenga esta por suya y Vd. sabe soy siempre s. s. y amigo.

J. Manuel de Pauplona
o.m.c.



CARTA SÉPTIMA

¿Pero existe Dios?

MUY Sr. mío y amigo: Por fin entra Vd. en la cuestión que tanto he deseado, ya que es la única base sólida de todo nuestro edificio religioso. Siempre he creído que el primer problema que debe resolver el hombre, que aspira a conocer el significado y orientación de su vida, es el de investigar si Dios existe, y si existe, buscarlo con sinceridad. Ya lo dijo Pascal en sus «*Pensamientos*»: «No hay más que dos clases de hombres razonables: los que aman a Dios, porque lo conocen y los que lo buscan, porque no lo conocen.»

«Dios» ¡Qué palabra tan sencilla, mi amigo, y no obstante, qué abismos de ideas y de consecuencias teóricas y prácticas se ocultan bajo esas cuatro letras! Todos los grandes pensadores se han detenido ante ella con respeto y le han rendido el tributo de su meditación.

Sin embargo, me dice Vd. en la suya... «Menos feliz que mi amigo, confieso que para mí no es evidente la existencia de Dios. Cuantas veces he querido resolver esta cuestión, que por otro lado me atrae, porque presiento en ella el punto de apoyo de una filosofía reguladora de la vida, he tenido que abandonarla, sin llegar a una conclusión.

Porque ¿qué es Dios? ¿Es la materia que evoluciona sin fin ni principio en un círculo cerrado de composiciones y descomposiciones, cuyo mecanismo escapa a nuestra inteligencia? ¿Es tal vez la energía que la vivifica y la mueve, manifestándose en mil formas diferentes? ¿No será el Universo un

sistema de fuerzas que, actuando en la materia, se destruye y se renueva sin cesar? ¿No será Dios todo eso junto, que con su enorme complejidad aplasta al hombre y el hombre reacciona, cristalizando su impresión en un concepto ilusorio de su razón, que luego aísla y personifica, gracias a la tendencia antropomórfica que posee y que le arrastra a concebirlo todo a su imagen y semejanza? ¡Dios! Pero ¿qué es Dios? ¿Es algo real, concreto, fuera de nosotros, o es algo que está sólo en mí, como producto de mi cerebro, de tal modo que el día que desaparezca el hombre desaparecerá Dios con todo el edificio de ilusiones, que de esa idea han nacido?.. Crea R. P. que esta cuestión me angustia y me inquieta y ante ella me vuelvo loco, de tanto darle vueltas a mi cabeza.»

¡Ah, mi querido amigo! Cómo se transparenta en sus palabras esa mezcla híbrida de panteísmo, materialismo y agnosticismo en que se forman la mayor parte de nuestros universitarios, gracias a las enseñanzas que reciben y a los libros que leen!

¿Quién que se preocupe un poco de estas cuestiones no conoce toda esa gama de filósofos que va desde el agnosticismo absoluto de Huxley, Taine y Littré afirmando que Dios está fuera de toda experiencia y que por lo tanto nada podemos saber de El, (recuerde que Harrison ha dicho que el agnosticismo es la tabla donde se refugian todos los naufragos de la fe) hasta el Ontologismo de Rosmini y Gioberti sosteniendo que el entendimiento puede ver en esta vida a Dios con vision natural y directa? ¿Quién no conoce el Excepticismo filosófico que proclama la duda como Ley intelectual, el Kantismo que defiende ser una ilusión todas las pruebas metafísicas, los Sentimentalistas que no admiten más pruebas de la existencia de Dios, que el presentimiento del corazón humano y el Fideísmo rígido de Lamennais y De Maistre para quienes sólo la Revelación puede decirnos que Dios existe?

Pero no hay por eso que angustiarse y volverse loco.

Para ver claro en esta cuestión, aun en medio del ruido que arman todos esos señores, basta un corazón recto y una inteligencia clara, que sepa discurrir con tranquilidad y con lógica. No diré yo que la existencia de Dios sea una intuición, como quiere el ontologismo de Rosmini y afirma el intuicionismo de Bergson, pero tampoco es una verdad solamente revelada, que sólo por la fe podamos tenerla, como pretende Boutain. La existencia de Dios es una verdad que «*se puede y se debe...*» demostrar científicamente. Y abundan de tal manera las pruebas de toda clase, que si cada una de por sí bastaría, juntas forman una argumentación tan aplastante, que no hay más remedio que o rendirse ante su evidencia o volverle la espalda, que es lo que muchos hacen.

Voy pues a ver si consigo llevar un poco de luz a su cerebro.

Ante todo, cuando decimos que Dios existe, queremos decir que hay fuera de nosotros y del Universo y por consiguiente, independiente de nuestras afirmaciones o negaciones, un Ser real, objetivo, necesario y superior a nosotros, que ha sido la causa y el origen de todo cuanto existe. Creo que en esto estaremos conformes.

Vea ahora un argumento de orden filosófico. Lo tomo de Balmes, quien a su vez lo tomó de Bossuet: «Si existe algo, existe Dios. Es así que existe algo. Luego existe Dios.» No negará Vd., mi querido amigo, que existe algo. Existo yo, que le escribo y Vd. que me contesta, y existe fuera de nosotros el mundo, aunque no hayan faltado filósofos excéntricos, que lo hayan negado. Pues eso me basta para afirmar que siempre ha existido algo, pues de lo contrario, hubiera habido un momento, en que nada existía y como de la nada no puede salir nada, nada existiría ahora. Pues bien, ese algo que siempre ha existido no puede ser el Universo con su materia y su energía, como nos lo demuestra, no solo la experiencia, sino la misma ciencia con sus Leyes de la «*degradación de la energía*» o *irreversibilidad... de las fuerzas* y la posterior de G.

Lebon sobre la «*desmaterialización*» las cuales dicen que el Universo pierde lentamente sus energías utilizables y camina hacia un equilibrio estable, hacia un punto muerto. De donde deduzco que siendo la cantidad de energía y materia del Universo algo limitado y mensurable por su misma naturaleza, no ha podido existir siempre, pues de lo contrario hubiera ya llegado al equilibrio, a ese punto muerto, por aquella sencilla razón de «*quita y no pon, se acaba el montón.*»

Permítame un ejemplo. Vd. conoce el «Radio» ese cuerpo elemental cuyo descubrimiento ha inmortalizado a los esposos Curie. Pues bien, el Radio procede del Uranio por desintegración lenta y a su vez el Radio se desintegra produciendo el Helio y el Plomo radioactivo. Tenemos pues aquí una cadena de cuerpos simples que se derivan unos de otros por desintegración de sus componentes. Y lo curioso es que esta desintegración, es decir, el paso de Uranio a Radio y de este a Helio y Plomo radioactivo se efectúa constante y naturalmente, sin que la ciencia pueda ni impedirlo, ni provocarlo. De modo que puede considerarse algo así como un cronómetro geológico que demuestra la no eternidad de la materia, porque si el Uranio y el Radio se desintegran constante y naturalmente por emisión de emanaciones, es evidente que en el transcurso de un tiempo, todo lo largo que se quiera, pero necesariamente limitado, como limitada es la materia, toda la masa de Uranio se habrá convertido en Radio y toda la masa de Radio se habrá trocado en Helio y Plomo. Si la materia fuera eterna, es decir, sin principio, para esta fecha habrían ya pasado esos miles o millones de siglos y aun mucho más, que se necesitan para esa transformación de los cuerpos radioactivos y hoy no existiría en el mundo ni Uranio ni Radio... Es así que existen... Luego hemos de concluir que la materia no es eterna. (1)

(1) Este argumento fundado en las sustancias radio-activas, es decir, en la desintegración de la materia, es el mismo que puede hacerse con la ley que Mayer llamó de «*la conservación de la energía*» en el universo y que

Tenemos pues, por un lado, que hay algo que ha existido siempre y por otro, que este algo no puede ser el Universo. ¿Qué es pues ese algo eterno y distinto del Universo? O es un ser necesario, que existe por sí o es un ser contingente, que existe por otro. Si lo primero, tenemos ya el «*Ser*

formuló Helmholtz diciendo que «*en todo momento la suma de la energía actual y de energía potencial es constante.*» De modo que en la naturaleza «*nada se crea y nada se pierde.*» Esta ley de la energía, que no pasa de ser una hipótesis, por otra parte muy verosímil ya que ha permitido explicar una porción de fenómenos antes inexplicables, ha sido refutada por Hirn y Clausius con la ley llamada de «*la degradación de la energía*» o de la «*irreversibilidad de las fuerzas.*» El Universo no es un sistema cerrado que va repitiéndose indefinidamente por efecto de choques recíprocos. El calor desarrollado por los choques nunca será igual al de la nebulosa inicial. El Universo va fatalmente hacia su fin. Es cierto que la suma total de energía en el Universo es siempre una, constante, pero dividida en dos sumandos: uno la energía útil, aprovechable y otro la energía desaprovechable o potencial, que se difunde por el espacio y tiende a producir el punto muerto, el equilibrio estable del Universo. La Astronomía nos lo demuestra al mostrarnos la petrificación de los astros; la Física al enseñarnos la imposibilidad del movimiento continuo; la Química al decirnos, que de una serie de combinaciones posibles siempre se produce la más estable, la de mayor desgaste de energía y si a ésto añadimos la ley de G. Lebon llamada «*Ley de desmaterialización*» según la cual la materia se disgrega lentamente y se convierte en eter, tendremos explicado ese fenómeno al parecer innegable para la ciencia, que el Universo camina lenta pero constantemente a su fin. De aquí que ni la materia, ni la energía puedan ser eternas, pues si lo fueran, habrían ya llegado a ese estado de desintegración y agotamiento, puesto que haría ya una eternidad que se estarían verificando esos fenómenos en la materia y la energía, que son de suyo finitas y limitadas. Es así que no han llegado a ese estado, luego es señal que no son eternas sino que han tenido un comienzo y si han tenido un principio la causa de su existencia forzosamente está fuera de ellas. Por eso la misma ciencia con sus leyes y sus hipótesis nos da pie para hacer este dilema que no tiene escape. O la materia es eterna o hay Dios. Es así que no es eterna. Luego hay Dios.

La teoría de Arrhenius afirmando que el choque violento de dos soles muertos produce una nebulosa espiral, que a su vez da lugar a un mundo de nuevas estrellas, cada una de la cuales será el centro de nuevos sistemas solares, aparte de no apoyarse en ningún dato, ni experiencia científica, no hace, como dice muy bien Poincaré, sino retardar la muerte calorífica del Universo; trasladar a otro punto la dificultad, sin resolverla. Porque de ¿dónde se han originado esos dos primeros soles muertos, que chocan? Caemos necesariamente en el vicioso circuito del sistema cerrado, que en Filosofía se llama: «*Petitio principii*»

necesario» que buscamos. Si lo segundo, me volveré a preguntar. Si existe por otro, este otro ¿por quién existe? Y caeremos fatalmente en el círculo vicioso del huevo y la gallina, uno de los cuales ha tenido que ser el primero. De modo que necesariamente hemos de llegar a un Ser que es principio sin principio y causa sin causa. Llámelo V. como quiera; yo le llamo Dios y reconozco en El,

«La gloria de Colui chi tutto muove» (1)

o como dice San Juan de la Cruz:

«Su origen no lo sé, pues no lo tiene;

Mas sé que todo origen de Ella viene.»

Esto, mi querido amigo, es razón, es filosofía sencilla, de sentido común; la única filosofía sana, equilibrada, sin divagaciones, ni sofismas.

Tenemos otro argumento. Vd. convendrá conmigo en que donde hay orden, hay una causa que lo produce y que por lo mismo, excluye la *«casualidad.»* Tengo sobre mi mesa un libro en cuya cubierta gris se lee: *«Mis meditaciones»* título que conviene perfectamente con el contenido del libro. ¿Admitiría Vd. por un solo momento el que de los 1.307 millones de maneras en que se pueden combinar esas 15 letras, ha sido el acaso, la casualidad, quien las ha colocado del único modo que expresan la idea del contenido de la obra..? No. Tenemos la certeza moral absoluta de que en su colocación ha actuado una inteligencia ordenadora. Levante ahora sus ojos al cielo donde millones de mundos gigantescos, de volúmenes y masas inconcebibles, bogan a velocidades atterradoras, separados por distancias que hay que medirlas por años de luz, que es el metro de los astrónomos. (Recuerde que la luz recorre 300.000 kilómetros por segundo y que la luz del sol no necesita más que 8 minutos para llegar a la tierra). La ciencia con sus enormes ecuatoriales y sus monstruosos telescopios no ha podido determinar el número de mundos que componen

(1) La gloria de aquel que todo lo mueve.

el Universo, y a pesar de los estudios de Easton y Schiaparelli, no sabe todavía ni siquiera la forma que tiene ese conjunto de materia cósmica diseminada por el espacio, y nos encontramos en cuanto a ésto, en el mismo sitio que cuando Milton escribía su *«Paraiso Perdido»* y nos pintaba a Satanás arrojándose en busca de la tierra por el espacio

«undetermined square or round.» (1)

Pues bien, mi querido amigo. El orden más estupendo reina en esa polvareda de mundos. Nuestro sol con toda su familia gira en derredor de la estrella Vega. Esta, con más de veinte millones de sistemas solares, gira en derredor de Alción, centro colocado a 192 años de luz; y Alción con todo su formidable cortejo de mundos se mueve en derredor de otro centro desconocido todavía para la ciencia; y así, todo el Universo forma una unidad fantástica en la que a velocidades vertiginosas van describiendo los astros elipses, circunferencias, espirales, parábolas, sin choque ni estorbos, con un orden, una armonía y una precisión, que llenan de estupor a matemáticos y astrónomos.

Dígame, mi querido amigo, si todo eso no está pidiendo a gritos una inteligencia soberana, que ha sabido realizar una obra de mecánica tan admirable. No me hable del acaso, ni de nebulosas, ni de sistemas cerrados, ni de combinaciones atómicas. No quiera resucitar en pleno siglo 20 el atomismo de Epicuro, porque toda esa palabrería no resuelve la cuestión del origen y del orden. El orden supone siempre un fin y el fin es algo ideal, algo futuro, que sólo puede existir en un ser inteligente. Ya lo decía Napoleón a sus generales: «Creéis en mi genio, porque veis mis victorias. Yo creo en Dios, porque veo los astros, ¿Qué significa mi mejor maniobra militar ante el ordenado movimiento de ese ejército de mundos, que

(1) Que no se sabe si es redondo o cuadrado.

ruedan sobre nuestras cabezas?» Y todos conocemos el argumento del satírico Voltaire:

L'Univers m' embarrase et je ne puis pas songer.

Que cette horloge existe et n' ait point d'horloger. (1)

¡Con cuánta razón pudo decir el Rey David: «Los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento nos muestra las obras de sus manos.»

Podía yo dirigirme al campo de la Biología y preguntar allí por el origen de la vida, que también pide una causa, ya que en la tierra, por su estado inicial de incandescencia, no siempre ha existido la vida, y me encontraría con el materialista Virchow, que en un momento de sinceridad exclama: «Si no quiero admitir un Creador, debo recurrir a la generación espontánea. La cosa es evidente. *Tertium non datur*». Y todos sabemos que Pasteur y Tyndall han sido los sepulcros de la generación espontánea. La ciencia ha dicho ya sobre esto su última palabra. Podría yo tomar al hombre en toda la armoniosa complicación de su organismo, compuesto de un cuatrillón de células organizadas, vivientes, cada una de las cuales es un misterioso laboratorio de química, que la ciencia no ha podido todavía profundizar. Podría tomar el ojo, el oído, órganos de construcción estupenda en los que es imposible no ver el paso de un artista, o los aparatos circulatorio y nervioso, sistemas de riego y comunicaciones, que jamás hubiera podido soñar y menos realizar el más hábil ingeniero. Podría yo tomar el funcionamiento misterioso de muchas glándulas, como la tiroides, situada delante de la laringe y que tanta influencia tiene en la vida cerebral; las suprarrenales, cuya supresión ocasiona la muerte en 30 horas, porque en ellas parece radicar el misterioso dinamismo del corazón; el todavía no comprendido cuerpo pituitario o hipofisis, colocado debajo

(1) El universo se me pone delante y es inútil pensar que este reloj exista sin relojero.

del cerebro y al nivel del paladar. Hay quien se ríe del Dr. Voronoff sin haberlo leído ni oído. Hay risas que nacen de la ignorancia. Yo no me río del Dr. Voronoff, apesar de sus excentricidades y sus utópicas esperanzas, porque en el fondo de sus ideales está el misterio de esas glándulas, que encierran para la medicina y para la humanidad problemas de proyecciones insospechadas. Voy a tomar una sola de las glándulas, el hígado por ejemplo, y mostrarle los 350 millones de células de que se compone, y las cuales se comunican entre sí por medio de filamentos nerviosos que ponen en actividad a más de 40 funciones distintas. No hay fábrica en la industria mundial que pueda compararse con el hígado, porque allí se elabora la fibrina y los glóbulos rojos y allí se acumula el hierro y se almacena el calor, y el azúcar se transforma en glucosa, y allí, con la acción antitóxica que posee, se neutralizan violentos venenos. En esa aduana por donde pasa la sangre cargada de alimentos de detritus, todo se revisa y se dosifica y de allí, más de 700 tubicos microscópicos se encargan de vaciar en el organismo los productos, cuidadosamente elaborados y revisados.

Puede Vd. explicarme por leyes ciegas, por la casualidad el que millones y millones de células vivientes con actividades tan distintas, procedentes todas de una célula madre, produzcan la armonía y el equilibrio de la vida? ¿No ve Vd. que no puede haber efecto sin causa, ni orden, ni finalidad sin alguien que los conciba y ejecute? No, no hay coincidencia fortuita; la razón se resiste a admitirlo, sino un plan sabiamente intencionado y admirablemente ejecutado, que pide a gritos un Ser inteligente, que ha sabido imprimir, en forma de Leyes, su voluntad soberana en todos los seres del Universo. Los filósofos del Paganismo previeron esta verdad, cuando dijeron:

«*Mens agitat molem.*» (1)

(1) Una inteligencia mueve al mundo.

Los estrechos límites de una carta me impiden ser más largo, pero recuerde que Dios es el más popular de todos los seres. La humanidad habrá podido equivocarse en cuanto a su ciencia, pero no se ha equivocado nunca en cuanto a su existencia. La humanidad ha sentido siempre hambre de Dios. Desde el hombre prehistórico de las cavernas con sus armas y utensilios de Silex toscamente tallados, hasta los Egipcios, Caldeos, Asirios y los pueblos del Asia con su doctrina religiosa de Zarathustra y su libro «Avesta» cosas tan del gusto de muchos modernos reformadores, que quieren ocultar su desnudez vergonzosa con el manto incomprendido de antiguos pueblos, todos han creído en un ser superior, en Dios. Y ante ese plebiscito de pueblos y siglos que lo proclaman, nada son y nada significan unos cuantos hombres, que por su número y calidad son una verdadera minoría. Fácil es negar a Dios. Lo difícil es explicar la existencia del Universo con sus múltiples manifestaciones sin una causa, cuya existencia no puede depender de nuestras afirmaciones o negaciones.

No sé lo que pensará V. de todo ésto. Yo por mi parte me contento con repetir aquellos versos de Amado Nervo:

«Si la ciencia engreida no te ve, yo te veo.

Si sus labios te niegan, yo te proclamaré.

Por cada hombre que duda, mi alma grita: ¡Yo creo!»

Y con cada fe muerta se agiganta mi fe.»

Queda siempre a sus órdenes su afmo. amigo y s. s.

Miquel de Pauplona
ome



CARTA OCTAVA

MUY Sr. mío y amigo: ¿Conque a Vd., hombre de carrera, acostumbrado al estudio, se le ha hecho difícil y le ha costado más de una hora penetrar la fuerza de la argumentación de Bossuet acerca de la existencia de Dios? Pues ¿qué dirán los niños, los jóvenes, los obreros, artesanos y mujeres, en fin el 90 por ciento de la humanidad que no tienen ni la comodidad, ni la inteligencia de Vd. para el estudio? Por aquí comprenderá lo racional y necesario que es el que ciertas verdades transcendentales y básicas, a pesar de ser científicamente demostrables, sean al mismo tiempo de fe para todos, pero de un modo especial para aquellos que por falta de instrucción, de tiempo o de costumbre no llegarían nunca a poseerlas por medio de la razón. Es un ahorro de trabajo que debemos agradecer a la autoridad doctrinal de la Iglesia, como agradecemos a un viajero que nos cuenta lo que él ha visto y nosotros no podemos ver. Pero al fin, me dice, que pudo conseguirlo y a través de dicha argumentación vió como en las Rimas de Becquer

Paisajes que aparecen
como a través de un tul

y exclamó con los trescientos de Jenofonte, cuando después de atravesar los desiertos de Arabia, divisaron a lo lejos la superficie del mar: «¡*Thalassa!*» «¡*Thalassa!*» ¡El Océano!
¡El Océano!

Sí, mi querido amigo. Dios existe. Es el Ser necesario,

que en su existencia encierra la razón de todo el Universo con sus causas y sus efectos, con sus fenómenos y sus Leyes. Sin El, todo es oscuro; con El, todo se hace claro y la Filosofía y las ciencias y la vida del hombre pueden desenvolver libremente su actividad sin chocar con ese problema insoluble para la razón, de los orígenes y los destinos. Es el ser,—permítame que se lo repita—que no necesita del hombre para existir y está por lo tanto muy por encima de lo que nosotros podamos afirmar o negar, de modo que la mejor contestación a la sandez de Vacherot afirmando que el día en que desaparezca el hombre desaparecerá Dios, son aquellos versos de Núñez de Arce:

«Si chocaran haciéndose pedazos
 los astros en horrible desconcierto.
 Si rotos ¡hay! de la atracción los lazos
 se desquiciara el Universo yerto.
 Si quedara a impulsos de tus brazos
 el espacio sin fin mudo y desierto
 y el tiempo con sus noches y sus días
 dejara de existir ¡Tú existirías!

Por otro lado, mi querido amigo, cuando el grito unánime de la humanidad llega hasta nosotros afirmando la existencia de Dios con toda la aristocracia del pensamiento a la cabeza; cuando con el Judaísmo, el Cristianismo y Mahometismo, las tres grandes religiones deístas, recordamos el altar al «*Dios desconocido*» que tenían los Griegos en Atenas y el «*Pantheon*» donde los Romanos coleccionaban todos los dioses de los pueblos conquistados, y el Panteísmo en que cayeron los grandes pensadores del paganismo y el exuberante Fetichismo de los pueblos que no han entrado todavía en las corrientes de la civilización: ¿qué nos pueden importar unos cuantos hombres que no crean en El? También hay ciegos en la humanidad y sin embargo nadie dirá que ellos son los superhombres y las cumbres del género humano, sino pobres seres

tarados y anormales que están al margen de los organismos bien constituidos. En cuanto a esa turba de seres desaprensivos que van por ahí jactándose de hacer buenas digestiones, a pesar de no creer en Dios, más vale que no hablemos de ellos. Los perros tampoco creen en Dios y hacen bien la digestión, pero siquiera tienen el talento de no gloriarse de ello.

Sí, mi amigo, Dios es la clave que cierra todos los arcos y bóvedas colosales del gran templo del universo y del que los mundos que giran por los espacios son otras tantas piedras inmensas unidas por las leyes misteriosas de la atracción. Bajo las arcadas de esa Basílica van pasando los hombres, unos puros, nobles, inteligentes, respetuosos, otros arrastrándose sin dignidad como gusanos de lodazal, asquerosos, insultantes, con una soberbia ridícula en su miserable pequeñez; porque ¿qué es el hombre frente al universo sino un átomo invisible que se debate en la red de sus pasiones con la pobre fosforescencia de su cerebro?

Si congojoso afán lo ofusca y ciega
 Y alguna vez, quizás, cuando le asombra
 La obscura soledad por do navega,
 No te ve, no te siente, no te nombra;
 Si en su aflicción te niega, ¿quien te niega?
 Un átomo, la sombra de una sombra
 En la inmutable eternidad perdida:
 Menos que sombra... ¡el sueño de una vida!

Y me pregunta con una sencillez, que me ha hecho temblar. ¿No querría decirme Vd. ¿que es Dios? ¿No querría concretarme más esa idea? Yo no puedo conformarme con lo que he leído en Spencer a saber: Que «toda afirmación acerca de Dios es impertinente, excepto esta: «Es». Creo que cuando el hombre llega a conocer la existencia de una cosa, tiene cierto derecho a investigar su naturaleza.»

Permítame, mi amigo, que le felicite, porque en medio del realismo naturalista de nuestro tiempo en el que bien po-

cos son los que se permiten el lujo de tener un ideal alto que los haga superiores al ambiente, le veo con esos deseos de remontarse a las regiones de lo infinito. Pero ¡ay! que como Ycaro tenemos alas de cera, que se derriten sin remedio al acercarnos al sol de la Divinidad y caemos sin poder lograr nuestro intento. Porque si no podemos ver dentro de un hombre ¿cómo vamos a ver dentro de Dios? ¿Cómo quiere que nuestra inteligencia tan limitada comprenda lo Eterno, lo infinito? Equivaldría a querer encerrar el mar en un vaso. No, el hombre no puede decir de Dios más de lo que cabe en su pobre cerebro y por eso, cuantas veces hablamos de El, no hacemos sino empequeñecerlo.

Razón tenía nuestro Zorrilla al escribir:

¿Quién es Dios? Nadie lo sabe.
 ¿Quién definirle pretende?
 Lo infinito, se comprende
 Que en la comprensión no cabe.
 Dios es Dios y por ser tal
 Ni puede ser comprendido,
 Ni puede ser definido
 En lengua alguna mortal.

Sin embargo, algo podemos balbucear acerca de su naturaleza. Pero antes quiero prevenirle de un error muy en boga entre los deistas intelectuales, quienes si por un lado, no pueden negar la existencia de Dios, no quieren tampoco admitirlo tal como lo presenta la Religión, es decir, como un Dios «personal» que ve, juzga y espera a los hombres; error del que, a juzgar por las preguntas que me hacía en su anterior, no se encuentra Vd. del todo libre. Para ellos, Dios es el Ideal del mundo, lo Inconsciente, como lo llama Hartmann, lo Impersonal, que dice Vacherot. Es la Causa de las causas, la Fuerza que actúa al Universo, el gran Todo de los panteístas. En fin que Dios es una realidad, pero una realidad filosófica, vaporosa, que si bien es necesaria para poder explicar el mundo,

nos puede tener sin cuidado a los hombres y nos permite vivir perfectamente, como si no existiera. Y créame, mi querido amigo, este fenómeno del pensamiento moderno, esta teoría de un Dios Impersonal es el esfuerzo más hábil que ha hecho el ateísmo para obscurecer la idea luminosa de Dios; es el asalto más cínico llevado contra Dios para destronarlo. Y desgraciadamente lo ha conseguido en muchos que se las echan de intelectuales y para los cuales siendo Dios todo, resulta que no es nada.

Y no, eso no puede ser. Porque si Dios, como hemos visto, es el Ser Necesario que tiene en sí mismo la razón de su existencia, el Ser que no depende de otro, debe ser eterno, siempre ha existido y siempre existirá. El tiempo y el espacio no cuentan para El. Y si es Eterno ha de ser libre, ya que no hay nada fuera de El que pueda coartar su actividad. Y por lo mismo tiene que ser Infinito, es decir, sin nada que lo limite y al mismo tiempo Inmutable, ya que mudarse implica perder algo que se tiene o adquirir algo que no se tiene. Y ese Ser que es independiente, porque siendo necesario de nadie necesita, y es Consciente, porque en todas sus obras se ve el paso de una inteligencia soberana, que por eso cantó Dante

Ció che non muore e ció che puó morire,
Non é che lo splendor de aquella idea
Che partorisce amando il nostro Sire; (1)

es al mismo tiempo inmaterial, porque siendo la materia esencialmente mensurable, es también limitada y Dios según hemos dicho es infinito.

Pues bien, mi buen amigo, ese Dios que es algo real, indivisible, libre e inteligente, tiene que ser un Dios personal, un Dios consciente de Sí mismo y libre de sus actos. Es el concepto que nosotros tenemos de persona y que al aplicarlo a Dios lo hacemos de una manera transcendente, sublimándolo-

(1) Lo que muere y lo que no muere, no es sino el resplandor de la idea que, al amar, brota de nuestro Señor.

lo, sin que por eso podamos comprender en qué consiste especialmente esa personalidad innegable de Dios y mucho más perfecta que la nuestra. Y esto no es antropomorfismo, querer hacer a Dios semejante a nosotros—que es de lo que nos acusan panteístas y positivistas—sino hablar del único modo que podemos.

Me dirá que de dónde saco yo estas cosas? Pues las saco sencillamente por analogía, ayudado de esa lógica de sentido común, pero que en su sencillez es peor que una catapulta, ya que se parece a esa arenilla que se mete entre las grietas de los viejos edificios ideológicos y los derrumba. «La personalidad, como dice mi amigo Deimiles, es el punto más alto de la perfección que la naturaleza ha realizado, es el grado de mayor perfección a que puede aspirar una substancia creada.» Y Dios que ha hecho al hombre persona ¿carecerá El de esa perfección? El que hizo al hombre libre y consciente ¿no lo será El? El que hizo el ojo, no verá las barbaridades, las tonterías, la vida asqueante que a veces llevan los hombres? El que hizo el oído ¿no oirá las sandeces, las majaderías y blasfemias que el hombre vomita en sus ridículos pujos de independencia?

Ahora comprenderá cuánto más acertado va un niño, quien al preguntarle: ¿Qué es Dios? responde con el Catecismo: «Dios es un espíritu purísimo, infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas; premiador de buenos y castigador de malos» que no esos filósofos trashumantes, el positivista Taine, por ejemplo, cuando escribe galimatías como éste: «En la cumbre suprema de las cosas, en lo más alto del eter luminoso e inaccesible se pronuncia el axioma eterno y la prolongada repercusión de está fórmula creadora compone, por sus inagotables ondulaciones, la inmensidad del Universo.» Y se queda tan orondo, como si hubiera dicho algo. Lo mismo que Hœckel cuando afirma en sus «*Enigmas*», que «todo es obra del acaso por virtud del imperio universal de la substancia eterna.» Y ¡tan contento!

En fin, mi querido amigo, que si hay hombres que no admiten más que un Dios impersonal, diluido, esfumado, impasible ante las actividades del universo, allá ellos. Señal que lo necesitan, pero siempre será verdad, que como dice Montaigne «l'homme se pipe, es decir, que el hombre para justificar sus desvaríos, se miente, se engaña, en una palabra, se fuma a sí mismo en pipa.

En cuanto a Vd. mi buen amigo, procure mantener su espíritu en estado de desear siempre que exista Dios y verá cómo no duda nunca de El, antes repetirá con Juan M. Valdés:

Do quiera que los ojos
inquieto torno en cuidadoso anhelo
Allí gran Dios presente
atónito mi espíritu te siente.

Que reciba en el centro de su ser el resplandor de esa Lámpara Eterna, que ilumina las obscuridades de nuestra inteligencia, es lo que desea su amigo y s. s.

Fr. Miguel de Guaploua
o. m. c.



CARTA NOVENA

Racionabilidad de los misterios

MUY señor mío y amigo: Fundamentales en verdad son, como Vd. dice, mis dos cartas anteriores sobre la existencia de Dios y su personalidad, ya que admitidas las verdades que en ellas le expongo, caen por su peso muchas de las dificultades que presentan los incrédulos, tales como las dos que Vd. me señala y ante las cuales dice «se detiene como espantado, sintiendo en su interior una repugnancia enorme a admitir cosas semejantes».

«*¡El misterio! ¡El milagro!*» Tiene Vd. razón, mi amigo. He ahí los dos fantasmas ante los cuales tiemblan y se alborotan y salen de sus casillas nuestros modernos intelectuales, por que creen ver en ellos la muerte del pensamiento y la tiranía de la Religión sobre las conciencias. Y esto es lo tremendo, lo inadmisibile, el despojar a la razón del cetro y la corona que le han puesto los demagogos de gabinete, quitándoselos a Dios. Todos los errores modernos, científicos, sociales, políticos, filosóficos y religiosos están unidos por la base y esta es el valor exagerado que se da a la razón del hombre, depri miendo y hasta negando la existencia del orden sobrenatural. Todo se reduce al racionalismo más ridículo, hijo del orgullo y de la ignorancia. Los derechos de la razón serán todo lo grandes e intangibles que se quiera, pero Dios tiene también derechos intangibles e inalienables y uno de ellos es el no poder ser comprendido totalmente por sus criaturas.

Vamos, pues, a ver si quitamos esos miedos y destruimos esos fantasmas. Y como estoy convencido de que admi-

tida la existencia y personalidad de Dios, el misterio y el milagro son tan naturales que resulta impertinente el discutirlos, me va a permitir le condense en un solo razonamiento el asunto de mis dos anteriores, para que Vd. pueda así afianzar mejor esas ideas.

El razonamiento es éste: Si en el Universo hay leyes a que obedecen los fenómenos observados por el hombre, hay necesariamente un legislador, ya que el Universo no ha podido imponérselas a sí mismo. Por la misma razón, si hay orden, hay un Ordenador. Y como toda ley y todo orden supone un fin y todo fin una intención y toda intención una conciencia y toda conciencia una persona, siguese que las leyes y el orden, innegables en el Universo, delatan la existencia de un Dios personal, ya que si no es personal no es nada, pese a los panteístas de todos los matices.

Y esto bien supuesto, tomemos ahora el misterio ante el cual se levanta toda la bullanguería de los incrédulos, afirmando que el hombre no debe degradarse hasta el extremo de admitir cosas que no comprende.

Desde el momento en que la razón se decide a pensar en Dios, debe suponer que ha de encontrar en El cosas profundas, inaccesibles para ella, ya que necesitaría, para que así no fuese, comprender a fondo la naturaleza de Dios con todas sus propiedades y sus múltiples manifestaciones, realizadas unas, posibles otras; y esto, mi querido amigo, es un absurdo, como lo es el querer encerrar la inmensidad del océano en la valva de un molusco. ¿No hemos visto que Dios necesariamente ha de ser infinito, inmenso, inmaterial; que Dios, por su misma naturaleza de primera causa y primer principio, está sobre el Universo y fuera de esos dos factores de limitación, el tiempo y el espacio? Pues ¿cómo no ha de haber en El un campo de verdades que trasciendan a nuestra razón y ante las cuales nuestra pobre inteligencia tan limitada se apague,

Como al contacto de la luz se apaga
El brillo sin calor de las luciérnagas?

Y digo tan limitada, porque Vd. sabe muy bien los muchos misterios con que tropieza la razón, aun dentro del campo de las ciencias, que le pertenece y que no son cinco, como los anunciados por Dubois Reymond, ni cinco mil, sino una infinidad, aunque el gran Berthelot nos diga en un momento de pedantería científica al escribir su Introducción a «*Les Origines de l'Alchimie*» que «el Universo no encierra misterios.»

Sin duda porque el Universo no encierra misterios es que Berthelot nunca quiso admitir otras teorías defendidas por otros químicos, como el sistema periódico de los elementos, la teoría atómica, la disolución electrolítica, etc. etc. Tan grande como él era Newton y sin embargo tenía la sinceridad de decir que se figuraba ser un niño que se entretiene en la playa buscando valvas y guijarros, mientras el océano inexplorado se extendía ante sus ojos.

Coloque, mi buen amigo, dos cuerpos, uno en presencia del otro. La razón, aplicando la Ley de Newton, determinará con facilidad la fuerza con que se atraen. Pero si en vez de dos pone tres, tiene ya un problema difícil de resolver. Y si en vez de tres son cuatro los cuerpos, la razón se declara en quiebra y no hay sabio capaz de resolver el problema. Y lo mismo digo de las ecuaciones. Una ecuación de 5.º grado agota sin resultado la inteligencia más privilegiada. Y ¿qué nos queda de todas las famosas teorías de la Mecánica, una de las ciencias mejor cimentadas, después de la innovación introducida por Einsteinein con su no menos famosa teoría de la «*relatividad*» que trae de cabeza a los sabios? Hipótesis, esfuerzos para hacer hablar a la esfinge y la esfinge sigue callada. Esto nos debiera bastar para darnos cuenta de que si dentro de la naturaleza hay misterios indescifrables a nuestra razón, necesariamente los ha de haber en Dios, que por su misma esencia cae fuera de la naturaleza.

Ni veo porqué ha de ser una humillación para el hombre el no comprender todo lo que hay en Dios, cuando esto pre-

cisamente es una de las mayores pruebas de la veracidad y divinidad de nuestra religión, ya que un Dios comprendido totalmente por la criatura no podría ser superior a ella.

¿Se da Vd. cuenta, mi querido amigo, cómo lo incomprendible del misterio no depende de él, si no de lo limitado de nuestra inteligencia, de la distancia que nos separa de Dios? Y si todo esto es tan claro, dígame qué debemos pensar de ese famoso Positivismo, hoy tan en boga, que proclama a boca llena que no hay, o al menos que no nos interesa, sino lo que se ve, se toca y se observa, es decir, materia, fuerzas, fenómenos, y del cual ha brotado el ridículo «no creo sino lo que veo». No vale la pena de refutarlo, aunque se ofendan Comte y Littré. Para mí, ese es el sistema de los miopes, del pancismo filosófico, de los topos, que niegan la existencia de las águilas, porque sus ojos, atrofiados en la obscuridad de las galerías donde vegetan, no ven las curvas majestuosas, que describen ellas sobre las nubes.

No ignoro la diferencia fundamental que existe entre los misterios científicos y los religiosos, pues mientras aquellos no son sino misterios *relativos*, esto es, misterios que, aunque hoy por hoy no se penetren, puede llegar un día en que se levante el velo que los oculta y sean comprendidos, porque su conocimiento entra de lleno en el campo de la razón, los religiosos son misterios *absolutos*, es decir, de tal naturaleza, que para conocer su existencia necesitamos que Dios nos los revele y aun conocida su existencia, jamás llegaremos a comprender su esencia, porque entre ellos y la razón no hay relación posible. Pero esto no obsta para que de la existencia de misterios científicos frente a la razón del hombre, deduzcamos la posibilidad y existencia de misterios religiosos frente a esa misma razón y esto, basados en la diferencia esencial que existe entre Dios y las criaturas.

¡Que el misterio es una obscuridad! Y ¿quién se lo ha contado? El misterio es una obscuridad «luminosa» que nos descubre nuevos mundos de ideas y nos da solución a muchos

problemas que de otro modo no alcanzaríamos a descifrar. Oiga lo que dice Balmes en su Filosofía. «El pecado original es un misterio, pero este misterio explica el mundo entero; «la Encarnación es un misterio, pero este misterio explica las «tradiciones del humano linaje; la fe está llena de misterios, «pero esta fe satisface una de las más grandes necesidades «del hombre; la historia de la creación es un misterio, pero «este misterio esclarece el caos, alumbrando el mundo, descifra «la historia de la humanidad; todo el cristianismo es un conjunto de misterios, pero estos misterios se entrelazan por «ocultos caminos con todo lo que hay de profundo, de grande, de sublime, de bello, de tierno en el cielo y en la tierra; «se enlazan con el individuo, con la familia, con la sociedad, «con Dios, con el entendimiento, con el corazón, con las lenguas, con la Ciencia, con el Arte.»

«El investigador que no se acuerda de la Religión y que «tal vez busca medios para combatirla, la encuentra en la entrada y salida de los caminos misteriosos; junto a la cuna del «niño como al umbral de los sepulcros; en el tiempo, como en «la eternidad, explicándolo todo con una palabra, arrostrando «imposible los despropósitos de la ignorancia y los sarcasmos «del incrédulo, y esperando tranquila que el curso de los siglos vengan a dar la razón al que, para tenerla, no necesita «ba que los siglos empezaran a correr.» Así es, mi querido amigo, de racional y benéfico ese

. océano insondable
que en vano el hombre atravesar pretende.

Termino recordándole lo que Aristóteles escribe en su Metafísica: «No pienses que todo lo sabes, pues esto es propio de Dios; ni digas que todo lo ignoras, lo cual es propio de los animales. Hay un medio que es propio del hombre: la ciencia mezclada de ignorancia.» Que es poco más o menos lo que ha dicho Pascal en sus *Pensamientos*: «El último paso de la razón es conocer que hay una infinidad de cosas que

están sobre ella y es muy grande su debilidad, si no llega a comprenderlo.»

Dejando para mi próxima la cuestión del milagro, me repito siempre suyo y affmo. s. s.

H. Miguel de Pauplona
ome





CARTA DÉCIMA

Pero ¿es posible el milagro?

MUY señor mío y amigo: Sin mayores preámbulos, porque no se necesitan, ya que mi anterior demostrándole lo racional del misterio, ha conseguido disminuir en Vd. la repugnancia que hacia él sentía, paso a tratarle del milagro, que es otra de las cuestiones que tienen el privilegio de poner los pelos de punta a toda esa nube de filósofos que se han dado en llamar positivistas y a otros muchos que, sin serlo, les siguen como comparsa de circo, por aquello de

¿A dónde vas, Vicente?

A donde va la gente.

No voy a copiarle las mil y una tonterías que se han dicho contra el milagro, ni voy a recordarle el cinismo con que Haeckel afirma que no puede admitirse el milagro, pues si se admite tendríamos que admitir también a Dios lo cual sería una tontería; ni el disimulo con que Renán, el gran traficante de ideas, se tira por el atajo escribiendo que, aunque el milagro pueda darse, hasta hoy no se ha comprobado ninguno, cosas todas que demuestran cómo nuestros adversarios, más que con razones, nos combaten con prejuicios, con ese miedo a la verdad, que tanto caracteriza al error, pues se dan cuenta de que, concedido el milagro, es necesario conceder la existencia de un Dios personal y providente, y esto es lo que no quieren. «No podemos —dicen— admitir la historicidad de estos hechos, porque de admitirla tendríamos que admitir el milagro.» Así hablan los que se creen representantes de la razón y de la ciencia a las cuales abofetean sin pudor, por no des-

pojarse de un prejuicio. Son como el gato de D. Mateo, que cerraba los ojos para no ver los ratones. Y listos son los que nos hablan de libertad de pensamiento..!

Empecemos por definir el milagro. El milagro es un hecho sensible, demostrable, que en sí o en el modo como se produce, no tiene explicación posible dentro de las leyes naturales y cuya causa por lo tanto hay que ir a buscarla fuera de la naturaleza, es decir, en Dios. Claro que al oír esto sueltan su hueca carcajada Huxley y Voltaire, Stuart Mill y Spinoza, Renán y Sabatier, coreados por la turba-multa de «Vicentes» que arman una algarabía de mil diablos. Pero no nos espantemos, amigo mío.

Vamos a ver. ¿Porqué ha de ser imposible el milagro? Dios que sacó el mundo de la nada, puesto que la materia no es eterna, que al sacarlo le impuso las leyes actuales como podía haberle impuesto otras; Dios, que es Omnipotente ¿no ha de poder suspenderlas, derogarlas, modificarlas en algunos casos aislados? ¿Desde cuándo un legislador no puede establecer una ley general, reservándose el derecho de dejarla sin efecto cuando él lo juzgue conveniente? Si un médico puede con sus medicinas acelerar la cicatrización de una herida y puede con sus instrumentos restituir la vista, batiendo unas cataratas; si puede devolver el movimiento a un parálítico sometiéndolo a las corrientes eléctricas; si yo puedo anular la ley de la caída de los cuerpos sosteniendo con mi mano una piedra que cae y puedo anular la ley de la gravedad levantándola en alto y esto por la sencilla razón de que una fuerza mayor destruye a otra menor; si cubriéndome con un traje de amianto puedo hacerme incombustible y colocándome un salvavidas hacerme insumergible ¿porqué Dios, causa de las causas, no ha de poder hacer eso mismo sin necesidad de recurrir a esos medios que nuestra limitada potencialidad exige? Si tuvo poder para sacar el Universo de la nada ¿no lo tendrá para modificarlo? No lo dude; el que puede lo más,

puede lo menos; y pretender poner límites a la potencia de Dios es repetir el ridículo de aquel

De par le Roy defense a Dieu
De faire un miracle en ce lieu, (1)

que dicen mandó poner Luis XV en el cementerio de S. Medardo. No basta suprimir el milagro en nuestro cerebro, en los libros, en peroratas ridículas. Es necesario suprimirlo en la historia, en el mundo, en los hechos reales, independientes de nosotros.

Me dirá Vd. que el orden y las leyes del Universo son inmutables, absolutas y que el suspenderlas implica la destrucción de su armonía. Me dirá que si una sola vez se produjera el milagro, destruiríase toda ciencia y haríase imposible toda previsión natural.

No exageremos. Ante todo, mi amigo, no hay en el mundo más leyes absolutas e inmutables que las morales y matemáticas, y esto porque se fundan en el Bien y la Verdad, que de suyo son inmutables como Dios; pero las leyes físicas que rigen el universo son contingentes, puesto que podrían haber sido de otro modo, si Dios hubiera querido. Ni crea que una excepción—y los milagros son siempre excepciones—anulen la armonía y la marcha ordinaria de las leyes. Estas siguen produciendo sus efectos. ¿No tenemos en nuestro mismo sistema solar los satélites de Urano y Neptuno, que con gran sorpresa de los sabios, mostraron sus movimientos inversos al que siguen los demás y que se tenía como ley general? ¿Se rompió por eso la armonía de los astros o se negó la existencia o la posibilidad del fenómeno? No, los hechos no se discuten, se comprueban y una vez comprobados, se les busca, sin prejuicios, la explicación. Recuerdo a este propósito que cuando se produjeron los primeros fenómenos de Lourdes, el Dr. Douzous, fué expresamente allí para defender los derechos de la ciencia contra lo que él y sus amigos llamaban «la supersti-

(1) Por orden del Rey se prohíbe a Dios hacer aquí milagros.

«ción.» Así es como pudo ser testigo ocular y tomar parte activa en el famoso milagro de la vela. Oigamos cómo nos lo relata él mismo.» Terminada su oración durante la cual había tenido la llama de la vela en contacto con su mano y desaparecida la transformación de su rostro, Bernardeta se dispuso a alejarse de la gruta. La detuve entonces y le mandé que me mostrara su mano izquierda; la que examiné detenidamente no encontrando en toda ella el menor rastro de quemadura. Dirigiéndome entonces a la persona que se había apoderado de la vela le mandé que la volviera a encender y me la diera. Inmediatamente apliqué la vela encendida a la mano izquierda de la niña repetidas veces y ella la retiró muy de prisa exclamando; «¡Señor, que me quemal!» Y continúa el Dr. Dozous: «El hecho de tener la mano durante más de un cuarto de hora sobre una vela encendida, como la había tenido la niña ante mis ojos cuando miraba extática a la visión, sin que presente señales de quemadura ni principios de carbonización, es absolutamente «*contrario*» a las Leyes de la naturaleza.» ¿Que dirán a esto, visto y escrito por uno de sus compañeros, esa nube de señores, que mueven su solemne armazón pontifical cuando oyen hablar de milagros y se sonríen con una sensación de suficiencia tan grande como su incapacidad crónica para todo lo que sea lógica y razón?

De sobra me sé yo que no conocemos todavía gran parte de las fuerzas ocultas de la naturaleza, pero de ahí a decirme que tal vez en ellas esté la explicación del fenómeno reputado como milagroso, hay un abismo inadmisibile. Tal vez un día la Ciencia, apoyada en la unidad de la materia, llegue a resolver el famoso problema de la «Piedra filosofal». Tal vez el tiempo dé razón al Dr. Voronoff en lo que se refiere al rejuvenecimiento de los organismos agotados y se consiga retardar en mucho la vejez fisiológica; pero no necesito yo conocer todas las Matemáticas, ni toda la Física, para afirmar que ni la Ciencia ni el tiempo conseguirán jamás resolver ni

la cuadratura del círculo, ni el movimiento continuo, porque lo que no puede ser, no puede ser.

¿Se necesita por ventura conocer todas las leyes de la naturaleza para saber que el fuego quema y que los cuerpos caen por la ley de la gravedad y que un organismo que hiede, por la completa descomposición de sus órganos, está muerto? ¿Se necesita saber mucha Anatomía y Fisiología para afirmar que un proceso de cicatrización o reconstitución de tejidos es siempre lento? Pues dígame ahora. Si yo veo que una persona no se quema, ni siquiera el cabello, en el fuego, o que se eleva por los aires o que camina por las aguas; si veo que un pulmón cavernoso se reconstruye en pocos momentos; que un rostro carcomido por el «lupus» vuelve a su estado normal al contacto del agua de una fuente ordinaria, o que un espinazo, descompuesto y desarticulado por el mal de Pott, se endereza robusto ante la bendición de un sacerdote, ¿no me bastará esto para afirmar que hay ahí un fenómeno que se verifica fuera de la marcha ordinaria de las leyes naturales y que todavía está por nacer el sabio que me explique por ellas esos hechos innegables, ante los cuales los espíritus equilibrados y prudentes se callan, y solo los superficiales y apasionados gritan y se alborotan y los falsifican, y cuando públicamente se les acusa de haber mentado como cínicos y se les arroja el guante para que salgan a recogerlo como hombres, cual lo hizo el Dr. Bertrin con el farsante Zola, ante el Cuerpo de Médicos y estudiantes de París, se escabullen sin pudor y se hacen el sueco, si es que no contestan con algún chiste adocenado?

Lea, mi querido amigo, «*La lotta contra Lourdes*» de Gemelli, lumbrera de la Filosofía y de la ciencia médica italiana antes y después de vestir el hábito Franciscano, y hoy Rector de una de las Universidades de Italia y allí verá, en la polémica pública que sostuvo con sus antiguos compañeros de estudio, el papel ridículo que hacen siempre nuestros adversarios porno llevar por guía una crítica imparcial de los hechos,

sino su pesado bagaje de prejuicios. Dése una vuelta por Lourdes; entre en el «*Bureau de Constatations*» por el cual, solo en catorce años, han pasado 2.712 médicos procedentes de todas las partes del mundo y al mismo tiempo que se da cuenta de lo falso de aquel lamento lanzado por Labatut, el poeta ciego,

Pasó con la sagrada profecía
De los milagros la época feliz;
No se alzan muertos de la tumba fría,
Ni verán ya los ciegos... ¡hay de mí!

podrá documentarse y estudiar con toda libertad en sus archivos lo que allí ha sucedido y está sucediendo todavía.

Pero si no quiere ir a Lourdes lea por lo menos la «*Revue de questions scientifiques*» de 1899, pág. 520, Bruselas; o la «*Medizinische Woche*» de Marzo 1903, Berlín; donde encontrará el caso de Pedro Rudder, innegable y aplastante, firmado por los doctores en medicina Hoestenberhge, Royer y Deschamps; o el número de Enero de 1918 de «*La Science et la vie*», donde encontrará algo interesantísimo sucedido al Dr. Carrel, honrado con el premio Nobel; lea el bonito folleto de un tal Alejandro de Arcaya que le pone al Dr. Lafora, con mano maestra, los puntos sobre las ies, o por lo menos lea *L'Osservatore Romano* del 10 de Enero de 1931 en su primera página y si no cierra Vd. voluntariamente los ojos a la luz, si no comete la ridícula tontería de creer que solo Vd. es el probo y el sabio y que todos los demás mienten o son ignorantes, se dará cuenta de que si la posibilidad del milagro es una verdad de filosofía racional, el hecho del milagro es de una historicidad evidente. Y le afirmo esto no como hombre de fe, sino como hombre de razón, que sabe y está muy enterado de que la Iglesia Católica no obliga a nadie a creer que las curaciones de Lourdes son milagrosas.

Por lo demás son ya un buen número las tesis que se han presentado en varias Universidades acerca de este asunto de los milagros (Lyon, Burdeos, París, Coimbra), con el fin de

obtener el doctorado en medicina. Claro está que los «amantes de la libertad de pensamiento» han hecho siempre oposición y hasta en algún caso se han declarado nulos los ejercicios y por lo tanto la tesis, porque «era puramente confesional y por lo mismo extraña en absoluto, al carácter científico de la Facultad», pero la verdad se va abriendo paso a través del materialismo de los médicos y se nota, como dice el Dr. Vallet, el sello de un liberalismo científico mejor orientado en juicios y pareceres, una concepción menos estrecha del proceso etiológico de las curaciones en general, que no se producen exclusivamente en un molde-tipo, en el único crisol de las causas segundas, sino que también pueden tener lugar con la intervención y asistencia de la causa primera, Dios. ¿Por qué entonces guardar silencio sobre ese proceso particularísimo, en verdad, pero no menos patente? Y si el estudio y la experiencia lo confirma ¿por qué no rendir a su autor el homenaje que le es debido?»

A estas preguntas del Dr. Vallet voy yo a añadir otra. Me querrá Vd. decir ¿por qué hay médicos que cuando un enfermo les pide un certificado de enfermedad, antes de ir a Lourdes, se lo niegan? ¿Por qué se niegan a reconocer por escrito su curación instantánea? O es que temen equivocarse al hacer el diagnóstico, o es que no saben cuándo se verifica una curación, (y entonces no tienen derecho a hablar de una ciencia que no poseen,) o es que tienen miedo al milagro. Sí, mi amigo, el miedo a la verdad, el miedo a meterse en una encrucijada de la que temen no poder salir sino confesando su ignorancia o la existencia del milagro. Y esto no es leal, no es sincero, es una verdadera inmoralidad científica. Y de esto hay mucho por esos mundos.

No quiero terminar esta carta sin recordarle, que tanto la posibilidad como el hecho del milagro, lo encontramos en todos los siglos, en todos los pueblos, a la base de todas las religiones, como algo natural de Dios y de sentido común en la humanidad. La misma oración no es sino la cristalización de



CARTA ONCE

Pero ¿existe la Providencia?

MUY señor mío y amigo: No ha podido llegar más a punto la suya y voy a decirle el por qué. Hace unos días recibí una carta en la que se me decía: «Lo que es Dios, bien mal se ha portado conmigo. ¡Tanto rogarle para que no muriera mi madre y aquí me ve ahora sola en el mundo!..» Hoy estaba leyendo unas páginas sobre Paul Bourget y encontré esta anécdota contada por Albalat. Había ido este a visitar a la madre de Guy de Maupassant, y recayó la conversación sobre la reciente y trágica muerte de su hijo:— «¿Por qué Dios me llevó a ese hijo tan bueno, tan fuerte, tan lleno de salud?.. ¿Dónde está la justicia de Dios?—decía la señora. Y como Albalat procurara consolarla, ella le interrumpió diciendo:—«No me hable V. de Dios. Si existiera Dios, la vida carecería de encantos. Gobernados por El, la vida no tendría sentido común. Pero, si, como dicen, Dios existe, ya nos veremos la cara! ¡Tendrá que darme cuenta de todas sus injusticias!» Y al leer esto no pude menos de recordar lo que afirman exclamó en cierta ocasión Lutero. «Si hubiera estado yo cuando Dios hizo el mundo, ya le habría dado más de un par de consejos.»

Pues bien, mi querido amigo. V. en la suya no hace sino caer en esa crítica injusta de Dios, hija de nuestro egoísmo y de nuestra ignorancia, que nos lleva hasta a poner en duda, si es que no negamos, la existencia misma de Dios. «Porque si en efecto Dios existe e interviene en los sucesos humanos —me dice V. en la suya—¿cómo explicar, las miserias, los

desequilibrios, las injusticias, los males de todas clases que torturan a individuos, familias y pueblos, haciéndonos a veces pesada y asqueante la vida? ¿Porqué lo permite Dios? ¿No le parece, R. P. que habría muchas cosas que corregir en el mundo y que no estaba muy lejos de la verdad aquel fabricante de aleluyas, que dijo:

¡Oh Desconocido! ¡Oh Extraterrenal!
O no nos gobiernas, o lo haces muy mal?

Voy, pues, a ver si hago un poco de luz en su cerebro sobre esa cuestión de la Providencia y Gobierno de Dios en el mundo, tan mal comprendida por amigos y adversarios.

Hemos visto ya que hay en el Universo un orden admirable impuesto por Dios y que este orden supone necesariamente no solo una inteligencia si que también un fin; es decir, que el Universo tiene en su conjunto una finalidad, a la cual tiende mediante el orden. Que así definió Sto. Tomás la Providencia: «*Ratio ordinis rerum in finem in Deo existens*»,* No me pregunte cual sea esa finalidad, porque lo ignoramos, ya que ni El nos lo ha dicho, ni nosotros podemos penetrar en los secretos de su mente. Pero es tan evidente que la hay, que Séneca, el gran filósofo español del paganismo, la adivinó cuando dijo: «*Ars aeterna cuncta temperantis Dei*» Arte eterna de Dios, reguladora de todas las cosas. Que es lo mismo que nos dice Ruiz aguilera.

...todo, la idea, el hecho,
Lo que habla, lo que canta, lo que llora
De tierra, cielo y mar en las regiones;
La razón, el instinto, las pasiones
Que ennoblecen al ser o lo degradan;
El errante cometa despeñado
De las celestes cumbres, la hoja seca,

* El plan existente en la mente de Dios y por el cual el Universo camina ordenadamente a su fin.

Que en su vértigo arrastra el viento airado,
Todo trabaja y cumple su destino
Como instrumento fiel del plan divino.

Ahora bien. El Universo que por su contingencia nos dice que Dios es su Creador, al realizar ese orden en el tiempo y el espacio, nos está diciendo también que Dios es su Conservador, ya que, no teniendo en sí mismo en ningún momento la razón de su existencia, necesita para subsistir que siga actuando sobre él la causa que le dió el ser, pues de lo contrario, volvería a la nada de donde salió. Me explicaré mejor con un ejemplo. Meto la mano en un pozo y saco del fondo una piedra, que sostengo en el aire. Mientras sujete yo la piedra, allí estará fuera del agua; pero si abro la mano, la piedra volverá a caer y a sumergirse en el fondo obscuro de donde salió. Así, la misma causa que sacó al mundo de la nada, es también la que lo sostiene en su existencia.

Pues bien, mi amigo, esta conservación del Universo, unida a la finalidad que Dios le ha dado y a la cual camina mediante el orden, es lo que se llama Providencia general, de modo que podemos decir que Dios está en el Universo con su esencia, presencia y potencia, esto es, llenándolo todo con su Inmensidad, dirigiéndolo con su Inteligencia y actuándolo con su Poder, sin que con esto caigamos en el panteísmo de la emanación, que afirma estar Dios diluido en el Universo, como un terrón de azúcar en un vaso de agua. Esto no.

Claro está que dentro de este fin y de este orden general existen otros fines y órdenes secundarios, no solo para cada grupo de criaturas, sino también para cada una de ellas, en particular, pero todos ellos, desde el astro más gigante hasta el más imperceptible microbio, concurren y están supeditados al general. Y aquí viene lo admirable, lo que demuestra en todo su esplendor la Sabiduría y el Poder de Dios; porque toda esa actuación constante de Dios en el Universo, que es lo que se llama el gobierno del mundo, lo realiza no directamente, sino mediante las causas segundas, esto es, mediante las leyes

que ha impuesto a sus criaturas, reservándose, sin embargo, el derecho de intervenir, cuando así lo juzgue necesario para sus fines. Ya lo dijo Santo Tomás: «*Deus utitur causis secundis, non quasi eis indigeat, sed quia id ejus bonitati et sapientiae convenit*». De modo que Dios actúa en el mundo, no a modo de Maese Pedro, que movía con la mano las cuerdas de los muñecos en su famoso retablo, sino como el Director de una orquesta colosal, que al empezar una sinfonía marca con su batuta el compás inicial y deja que los músicos sigan desarrollándola y él preside a todo, mirando a uno, avisando a otro, levantando de nuevo su batuta y así los lleva a todos, a través de acordes y estridencias a la realización artística de la obra que ha concebido.

Fray Luis de León expresa este pensamiento cuando escribe:

Ve cómo el gran maestro
 A aquesta inmensa cítara aplicado,
 Con movimiento diestro
 Produce el son sagrado
 Con que este eterno templo es sustentado.

Con lo que acabo de decirle, tiene V. la clave para solucionar la mayor parte de las dificultades que levanta nuestro egoísmo y no caer en la exageración de pensar que Dios ha de intervenir directa, personal y particularmente en cada uno de los fenómenos de la naturaleza. Aquello de «no se mueve la hoja del árbol, ni cae un cabello de nuestra cabeza sin la voluntad de Dios»... hay que saber explicarlo.

Y ¿qué dice a todo esto nuestro egoísmo? Pues que nada le importaría que se suspendieran todas las leyes del Universo, con tal que nada, ni nadie nos molestase. Que porqué ha de haber ricos y pobres; y porqué se ha de morir una madre, un padre, un hijo que tanta falta hacían y no mata Dios a tanto pillo, que maldita la falta que hacen en el mundo; que por

(1) Dios se sirve de las causas segundas no porque necesite de ellas, sino porque así conviene a su bondad y sabiduría.

qué no ha de llover cuando se necesita, para que las familias de los pobres labradores no caigan en la miseria y ha de venir una pedregada que deshace la cosecha, cuando estaba más en sazón; que por qué en un naufragio, en un descarrilamiento, al lado de un ladrón, de un vicioso, han de morir unas criaturas inocentes, etc., etc...., Pues, mi querido amigo, a todo esto no hay sino responder que las cosas pasan así, porque así son las causas segundas y las leyes naturales, que rigen el mundo. Lo verdaderamente curioso es que Vdes. que a veces gritan y vociferan, afirmando que el milagro es imposible, quisiéranlo a montones, con tal de encontrar algo de qué acusar a Dios, cuando los que nos quejamos, no hacemos en la mayor parte de los casos sino sufrir las consecuencias de nuestros descuidos y falta de previsión.

Si muchos pobres que se quejan de su miseria, hubieran sido más trabajadores y ahorradores; si se hubieran apartado a tiempo de quien los explotaba; si hubieran sido listos para dedicarse a otros trabajos más seguros; si aquella madre, padre o hijo hubieran cuidado mejor de su salud y hubieran hecho caso a los que les aconsejaban, tal vez vivirían hoy todavía; si a Guy de Maupassant, lo hubieran vigilado mejor cuando notaron que empezaba a perder la razón, no se hubiera suicidado y así de muchos casos en que las causas segundas producen fatalmente su efecto, por nuestros descuidos.

Pero, aparte de todo esto ¿no ve Vd. que si en el Universo se fuera a hacer lo que cada uno queremos, no habría orden posible, ni ley que se cumpliese con regularidad y a gusto de todos? ¿No ve que nadie se moriría, ni nadie trabajaría en los oficios humildes, ni el frío sería opuesto al calor, y el mundo sería un manicomio y cada hombre un Dios, que usaría en beneficio propio de todas las leyes del universo, aunque perjudicase a todos los demás? ¿No comprende que el orden y el fin de ese universo exigen que esas leyes se cumplan, aunque algunas veces, arranquen, al cumplirse, gritos de dolor del corazón herido de los hombres, y que siendo co-

mo somos parte nobilísima de la Creación por nuestra inteligencia y nuestra libertad, y teniendo en el orden general nuestro puesto de honor, debemos estar seguros de que a través de nuestras lágrimas y dolores, Dios nos lleva a la realización de su plan eterno? Lo ha dicho un poeta uruguayo:

Los ayes de las razas extinguidas, su soledad eterna,
Los destinos oscuros, los suspiros, las lágrimas secretas,
Los latidos que el mundo no comprende
En la eterna armonía se condensan.

Esto no quiere decir, que no podamos y debemos levantar los ojos al cielo en demanda de protección y consuelo en nuestras necesidades y desgracias. El fatalismo está muy lejos de nosotros, puesto que sabemos que Dios puede cambiar transitoriamente la marcha de las leyes naturales.

En fin, mi querido amigo, que si la intervención directa de Dios en sus criaturas no es tan frecuente, como el vulgo cree, tampoco es tan rara como Vdes. piensan.

Quedo de V. affmo. s. s.

Humberto de Tapia

CARTA DUODÉCIMA

El hombre y la evolución

MUY señor mío y amigo: Como esas nubes de tempestad que al alejarse lanzan todavía su último trueno, así Vd. al dejar la cuestión de la Providencia en la que tanto resplandece el Poder y la Sabiduría de Dios, lanza todavía no sé qué objeciones contra El. Siento de veras verle en este asunto por debajo de la comprensión de Lord Byron, quien, al verse azotado por las borrascas de la vida, pedía le dejaran inclinarse humildemente ante el que prueba al hombre, destrozándole el corazón y destruyendo sus ilusiones»:

Before the Chastener humbly let me low
O'er hearts divided and o'er hopes destroyed. (1)

No me cansaré de repetirlo, porque es una verdad de muy pocos comprendida. La mayor parte de las veces no somos víctimas de Dios, sino de nuestras imprevisiones, de nuestros abusos, de nuestras imprudencias y no hay por qué culpar a Dios de nuestros males, que ni los quiere, ni los manda, sino que los permite, dejando que cada criatura obre según su naturaleza y cada causa produzca su efecto. La intervención directa de Dios en la naturaleza constituye el milagro y Dios no hace milagros sin necesidad. ¿Que hay cosas que no comprendemos cómo un Dios tan bueno puede permitir las? Es verdad y a eso yo no puedo contestar sino con la respuesta que dió Virgilio a Caronte:

Caron no ti crucciare
Vuolsi cosí colá dove si puote
Chio che si vuole, e piú non dimandare (2)

(1) Déjame que en presencia de aquél que castiga me incline humildemente sobre los corazones rotos y las esperanzas destruidas.

(2) No te atormentes, Caronte. Así se ha determinado allí, donde se puede todo lo que se quiere, y no preguntes más.

Y recuerde que no miro las cosas más que de tejas abajo, que si yo hubiera de hablarle del hombre elevado por la gracia a un estado de vida sobrenatural, ahí sí que Dios se muestra padre, amigo, compañero de su criatura predilecta y agradece sus amores y siente sus ingraticudes. Ahí sí que veríamos cómo Dios escribe derecho en líneas al parecer torcidas y cómo los dolores, los desengaños, las enfermedades, todo eso que tanto nos desconsuela y nos humilla, son como instrumentos de que El se sirve para purificar y ennoblecer las almas, despojándolas del materialismo de la vida y haciéndoles sentir «*l'infinita vanità del tutto*» que diría Leopardi con una desesperación llena de paganismo.

Y dejado esto así para que Vd, vaya rumiándolo, voy a contestar a la nueva cuestión que me pone.

Yo no sé, mi querido amigo, por qué lógica tremendamente fatal; cuanto más se aparta el hombre de Dios, más se acerca a la animalidad; y a medida que pierde de vista la Teología, va internándose necesariamente en la Zoología. Le digo esto, porque ayer no más los panteístas nos aturdirían gritando: *¡Somos dioses!* y hoy el materialismo se desboca propalando a gritos que «*somos animales*». No me extraña por lo tanto que Vd. inficionado de la mentalidad moderna, me pregunte «si no querría hablarle del origen del hombre; si no podría decirle algo acerca de la «*evolución*» que afirma ser el hombre un animal perfeccionado a través de los siglos; si es cierto que existe en nosotros un alma libre, inmortal.»

Sí, mi buen amigo. Voy a decirle en pocas palabras lo que hay sobre el evolucionismo y el origen del hombre, pero no sin antes manifestarle que estoy ya harto, indigesto de esas cosas y que siento de veras que, cuando todo eso va pasando de moda por el descrédito en que ha caído, tenga yo que volver a tratarlo. Sin embargo voy a hacerlo no sólo porque después de Dios es necesario que hablemos del hombre, puesto que Dios y el hombre son los dos polos del eje en torno del cual gira toda nuestra controversia, sino porque no

ignoro que la cuestión de su origen arrastra una serie de consecuencias filosóficas, religiosas, morales y políticas que es necesario tener muy en cuenta, ya que si el hombre fuera un producto de la evolución, un animal perfeccionado, ni la religión, ni la moral, ni el alma, ni la conciencia, ni la responsabilidad, ni el derecho, ni el deber, tendrían significado alguno y la vida entera de la humanidad descansaría sobre una enorme mentira elaborada por el convencionalismo de los hombres. Asunto de tales proyecciones necesita estudiarse.

Sobre este problema de la evolución y de un modo especial de la evolución llamada «filogenética» o de formación de las especies actuales, entre las cuales se pretende incluir al hombre, es necesario que hagamos un poco de historia, ya que hoy los jóvenes de nuestras Universidades no pueden, ni deben fiarse ni aun de sus Profesores, que salvo honrosas excepciones, carecen de la probidad y sinceridad científicas, que hay derecho a esperar de ellos. Los prejuicios religiosos por un lado y la influencia que en ellos ejerce la etiqueta extranjera de algunos libros por otro, hacen que presenten ante sus discípulos, como verdades conquistadas e incuestionables, lo que no pasa de ser sino suposiciones e hipótesis de muy discutible consistencia. Al estudiar la exuberante variedad de especies animales y vegetales, que presenta la naturaleza, bien pronto se dividieron los naturalistas en dos sectores. Unos defendieron que las especies aparecieron en la tierra tal cual hoy las conocemos. Las especies son fijas, no varían. A estos se les llamó «*fixistas*». Otros sostenían que esta multitud de especies no han existido siempre, sino que se han originado por transformaciones y cambios lentos de un número reducido de especies primitivas. Estos eran los evolucionistas.

Esta teoría del evolucionismo transformista no hay que atribuirle a Darwin, que tuvo por lo menos unos cuarenta predecesores. La idea había anidado ya antes en el cerebro de Lamarck. Darwin fué su apóstol, convencido por una multitud de fenómenos recogidos a lo largo de sus estudios y viajes cien-

tíficos. Si algún mérito tiene Darwin es el haber dado una explicación del «modo» como se pudo verificar a través de los siglos la transformación de unas especies en otras, mediante la «*selección natural*» es decir, mediante la influencia que el ambiente ejercía en sus organismos y la adaptación de estos al medio en que vivían. Y aun esto se lo niegan algunos atribuyéndolo a Wallace. Lo cierto es que su libro sobre «*El origen de las especies*» hizo gran ruido y agrupó muchos adeptos a su alrededor. La teoría de la evolución no fué atea en su principio, pues Darwin ni rechazaba la intervención del Creador en la aparición de los seres vivientes, ni aplicaba su teoría al origen de la vida y del hombre. Fueron sus secuaces materialistas los que le arrastraron a aplicarla al hombre haciéndola atea.

Huxley y sobre todo Haeckel con su famoso «*monismo*», que abraza en su evolucionismo, tan rabioso como inaceptable, todo el Universo, son los que han dado a la teoría evolucionista un aspecto antireligioso convirtiéndolo en arma contra la Iglesia. De aquí se origina en parte el descrédito en que ha caído. Haeckel arranca de una afirmación gratuita, contraria a los datos de la ciencia y a los razonamientos filosóficos; la eternidad de la materia. Las acciones fisico-químicas de la materia producen el primer organismo viviente o «*monera*». Esta se bifurca en dos direcciones y aparecen los vegetales por un lado y los animales por otro. Rudimentarios ambos en un principio van evolucionando al correr de los siglos y, adaptándose al medio ambiente, aparecen las diferentes especies. Haeckel ha trazado el árbol genealógico del hombre, contando 22 ramificaciones desde la «*monera*». Hasta la 17 el hombre sube por el mismo tronco hasta los marsupiales y allí es donde arranca la rama de parientes hermanos que podemos llamar colaterales, prosimios, catarrinianos, antropoides, pithecoides y en la rama 22, el hombre.

Este ligero bosquejo de la teoría evolucionista creo le bastará para comprender cuanto voy a decirle.

Pues bien, mi querido amigo, respecto al hombre, tenemos en el campo de la Filosofía tres sectores de opinión bien definidos. Uno, el de los defensores de la evolución rígida, materialista, representada por la escuela monista de Haeckel y Buchner y para la cual el hombre no es en su totalidad sino un animal que ha evolucionado lentamente hasta su estado actual. Lo que el vulgo llama alma, razón, voluntad, libertad, conciencia, son tan solo diferentes modalidades que toma la energía vital, la cual a su vez no es sino otra modalidad de las fuerzas fisicoquímicas de la materia. Este evolucionismo rígido, que no es el de Lamark en su «*Filosofía Zoológica*» ni siquiera el de Darwin en su «*Origen de las especies*», es fruto del ateísmo materialista, lleno de prejuicios religiosos, que se ha propuesto explicar el mundo sin la intervención de Dios. Y como no podía menos de suceder, ha fracasado ruidosamente.

Ni la Morfología, ni la Embriología, ni la Paleontología le han podido suministrar argumento alguno serio. El «*Pithecanthropus erectus*» el «*Homo primigenius*» el «*Homo pampeus*» de Ameghino, los cráneos de Neanderthal y otros muchos descubrimientos parecidos, en derredor de los cuales tanto se gritó, han ido cayendo en el vacío por no servir científicamente para demostrar el origen animal del hombre. A este se le ve aparecer de repente en la época cuaternaria sin antecesores, con las mismas facultades del hombre actual y con las mismas tendencias religiosas, morales y sociales que nosotros, aunque en un estado más rudimentario. De modo que ese evolucionismo no es sino una hipótesis más o menos llamativa, apoyada por otras hipótesis no demostradas y que por lo tanto, distan mucho de ser un producto de la ciencia. Y sin embargo qué de sofismas, de falsificaciones de la verdad, para tomar un aspecto de probidad científica. ¡Con qué falta de pudor científico se mostró al mundo de los sabios el famoso «*Bathybius Haeckelii*», como si fuera el eslabón que unía al mundo mineral con la vida, y del que Huxley afirmó

entusiasmado que era un hallazgo portentoso, aunque después resultó no ser otra cosa sino un vulgar precipitado gelatinoso de sulfato de cal, mezclado con substancias orgánicas que secretan algunos zoófitos y esponjas, al ser rasgados por los anzuelos de los pescadores. Milne Edwards con su fina ironía declaraba ante las cinco Academias de Francia que el «Bathybio» no merecía el honor que se le había dispensado y debía por lo tanto bajar de su pedestal para sepultarse en la nada! ¡Qué manera de confundir las fuerzas brutas de la materia con el admirable metabolismo celular, es decir, con ese conjunto de composiciones que se verifican en los seres vivientes y en las que preside una tendencia fija a realizar un fin determinado que no es otro que el movimiento de la vida! La célebre vida artificial reproducida por Le. Duc y Herrera y que tanta sensación produjo en los impresionistas del materialismo que andan a caza de rodrigones que sostenga su edificio, se ha visto reducida a unos cuantos experimentos de Química recreativa, que recuerdo haber presenciado en la universidad de Louvain en las clases del químico Henry y del biólogo Meunier. ¡Qué manera de obscurecer y desvirtuar la función sensitiva de los animales, para reducirla a una simple irritabilidad mecánica, y darse el gustazo de unir en un origen común a plantas y animales! ¡Qué de trucos y escamoteos fotográficos y de dibujo, para poder demostrar a los cándidos la ley biogenética de Fritz Müller tan explotada por Haeckel, según la cual el hombre, como organismo, durante su desarrollo embrionario pasa por todas las etapas o estados que tuvieron sus antepasados, de modo que de ser esto cierto, la evolución ontogenética no es sino la historia en resumen de su evolución filogenética! ¡Qué modo de falsear con el ruido de una palabrería de relumbrón y con ejemplos de una candidez infantil, los conceptos de razón y de moral, para poder afirmar que el entendimiento humano no es sino el instinto animal perfeccionado. En fin, mi querido amigo, cuánto in-

genio y talento ha malgastado el hombre, para demostrar que no es sino un animal.

Este evolucionismo materialista y ateo es absolutamente inadmisibile desde el doble punto de vista filosófico y religioso. Ni ha sabido demostrar sus afirmaciones, ni ha podido resolver las objeciones que se le han hecho, cosas ambas que no conseguirá jamás, ya que es incapaz hasta de probar la transformación de una especie en otra.

El segundo grupo de filósofos que han pretendido dar una explicación naturalista del origen del hombre son los que defienden la llamada evolución moderada, siendo en su mayoría católicos y muchos de ellos eclesiásticos. Para ellos el hombre ha podido tener un doble origen. El cuerpo sería de origen animal perfeccionado por la evolución. Dios no habría hecho otra cosa que crear e infundir el alma racional en un animal, así perfeccionado naturalmente. Esta teoría expuesta por el inglés Mivart en su "*Génesis de las especies*," levantó gran oposición entre los católicos. Dicen que entonces Mivart envió su obra al Papa Pío IX y este en premio le concedió el título y la borla de Doctor, que el Arzobispo de Westminster se los entregó en acto público. El hecho es que dicha teoría fué respetada como defendible por filósofos de gran autoridad, como el Cardenal González, el P. Dierks, el famoso apologeta Duilhé de Saint Proget y Mons. D' Hulst. Hasta el P. Zham se atreve a decir que el origen del cuerpo del hombre por derivación animal, armoniza con enseñanzas enunciadas por San Agustín y Santo Tomás.

Sin embargo he de decirle, y ya ve Vd. si soy sincero, que tanto el P. Zham como Leroy, como Bonomelli, Obispo de Cremona, abandonaron dicha opinión, porque les hicieron saber que Roma no veía con buenos ojos el que por teorías más o menos ingeniosas, pero indemostrables, se abandonara la opinión tradicional de la Iglesia que no es otra, según Vd. debe recordar, sino que el hombre en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma es obra directa de Dios; y mientras no se nos de-

muestre lo contrario con argumentos seriamente científicos, estamos en nuestro pleno derecho al sostenerla, dando preferencia al relato de la Biblia, cuyos defensores formamos el tercer campo de opinión de que le he hablado. De hecho el día 30 de Junio de 1909 la Comisión Bíblica decidió que el pasaje bíblico donde se narra la formación del cuerpo de Adán se ha de entender literalmente, reprobando con ello la teoría de Mivart.

Esto es, mi buen amigo, lo que hay acerca del origen del hombre. La evolución que no es sino una tentativa de explicación del modo cómo ha llegado a su estado actual el mundo que nos rodea, es una nueva hipótesis científica que no puede perturbar en lo más mínimo nuestras creencias de católicos, mientras no lo apliquemos a lo que no debe aplicarse. Repito que el evolucionismo en su origen no fué ateo. El mismo Darwin decía: «Jamás fui ateo: jamás negué la existencia de Dios; creo que la teoría de la evolución es perfectamente compatible con la creencia de Dios». De modo que ya ve cómo el evolucionismo no es responsable del mal uso que se ha hecho de él, y admitiendo la intervención de Dios en el origen de la materia, en el principio de la vida y como creador del alma y del cuerpo de Adán, cosas todas de sana filosofía, puede Vd. ser tan transformista como le plazca. Podrán decirle entonces que no es lógico, que es temerario, que admite absurdos, pero no podrán decirle que falte a la fe, ni que va contra las enseñanzas oficiales de la Iglesia. Ya ve Vd. cuán poca es nuestro intransigencia.

Como esta va ya larga, me reservo para mi próxima el tratarle de la existencia e inmortalidad del alma. Queda entre tanto a sus órdenes su affmo. amigo y s. s.

H. Miguel de Pauplous
ome



CARTA DECIMATERCERA

No termina todo con la muerte

MUY Sr. mío y amigo: En verdad que no lo creía a Vd. tan leido como para conocer latines antiguos, pero por la cita que me hace veo que estaba engañado. Cierta es que Ovidio en sus «*Metamorfosis*» dice lo siguiente:

Unus erat toto naturae vultus in orbe
Quem dixere chaos, rudis indigestaque moles,
Hanc Deus et melior litem natura diremit.

Lo que traducido quiere decir. «Al principio, el aspecto de la naturaleza era uniforme y se le llamó, “*caos*., Mole ruda y desordenada que Dios, mejor dicho, la naturaleza puso en orden.» Sin embargo nada tiene que ver esto, aunque lo parezca, con la evolución de que le hablé en mi anterior, pues sabido es que gran parte de las escuelas filosóficas antiguas eran panteistas y confundían la divinidad con la naturaleza, de modo que para ellas no eran propiamente las fuerzas naturales las que obraban, sino Dios de quien eran una emanación. No eran por lo tanto ateos, como lo son nuestros evolucionistas. Por lo demás no seré yo el que niegue la existencia de cierta evolución en el mundo de los vivientes, debida a la plasticidad o adaptabilidad de los organismos al medio en que tienen que vivir y que se perpetúa por la consistencia del medio exterior y la transmisión por la herencia. Negarlo, sería desconocer las leyes más fundamentales de la Biología. Pero de ahí a lo otro hay mucho que andar.

Y satisfecha así su curiosidad, entro en la cuestión del at-

ma que dejamos pendiente. Me decía Vd. en la suya, si será verdad que todo termina con la muerte, si será cierto aquello de

Se nace para morir
Y una vez muerto no hay más.

Y como si protestase de semejante idea exclama: «Yo con mis pensamientos, mis anhelos, mis amores que quisiera fueran eternos; yo con mis ansias de inmortalidad, de felicidad absoluta; yo que ansío encontrar la verdad, el bien, la justicia ¿no seré más que un puñado de materia que se agita inútilmente y se imagina ser más que el polvo de los caminos? Sé que Vds. afirman que no es así, sino que hay en el hombre algo que es inmortal, que no muere con el cuerpo. ¿Me lo podría Vd. demostrar?»

¡Albricias mi amigo! Estas desazones que Vd. siente, son señales de que ha olfateado la verdad y la verdad es que existe el alma y que esa alma es inmortal. Lo cual quiere decir que no todo termina con la muerte, como quisieran muchos que no deben estar muy tranquilos de su vida. Vamos a verlo; pero prepárese a caminar un poco por las arideces del razonamiento filosófico, pues no son estas, cuestiones que puedan resolverse a base de fuegos artificiales y de experimentos de química recreativa.

Hay en filosofía dos axiomas de sentido común, que nos dicen que no hay efecto sin causa y que cada ser obra según su naturaleza, es decir, que de la naturaleza de las operaciones o efectos podemos deducir la del ser o causa de donde dimanen. Apliquémoslo a nuestro asunto.

Vemos ante todo que el hombre piensa. La filosofía, la ciencia, el arte, la industria son el grandioso monumento levantado por el pensamiento humano. Vemos que el hombre progresa en todos los órdenes. ¡Qué salto enorme entre las viviendas, costumbres e ideas del hombre primitivo, de los trogloditas y las de nuestras modernas sociedades! Vemos que

el hombre tiene conciencia de sí mismo, de las relaciones que lo ligan a sus semejantes, del bien y del mal, de la responsabilidad, de cosas tan abstractas como son el deber, el derecho, la justicia, la moral. Vemos que el hombre es libre y puede hacer lo que se le antoje y que no hay nada, ni nadie que pueda coartar su voluntad ni con halagos; ni con tormentos ¡Qué entereza la de los mártires! Mármol, poeta argentino, perseguido por el tirano Rosas, escribía en la pared de su prisión:

Muestra a mis ojos espantosa muerte,
 Mis miembros todos en cadenas pon.
 ¡Bárbaro! Nunca matarás el alma
 Ni pondrás grillos a mis ideas. ¡No!

Vemos que el hombre tiene además, conciencia de sí mismo, del «yo», como se dice hoy, y se da cuenta que de ese «yo» brotan todas las acciones que en él se realizan. Si le pregunto a Vd. ¿quién vive? Me contestará:—Yo. ¿Quién come?—Yo—¿Quién siente?—Yo—¿Quién piensa?—Yo. De modo que es el «yo» el que ejerce el monopolio de toda mi actividad.

Pues bien, mi querido amigo, de todo eso que observamos en el hombre, aplicando los dos axiomas de que le hablé, se deduce que hay en el hombre un principio único de actividades, superior al que en los animales se encuentra, ya que en ellos nada de eso existe. Eso es el alma. El principio por el cual vivimos, sentimos, nos movemos y pensamos, realizando la vida integral del hombre. He aquí un primer paso. Además el alma es inmaterial, es decir, espiritual, aunque de una espiritualidad imperfecta; y esto lo vamos a ver examinando su modo de obrar.

¿Se ha fijado V. en esa facultad que posee el hombre de abstraer, de generalizar sus ideas despojando a las sensaciones de todo lo que tiene de concreto, de individual? ¿Cómo ha llegado a levantar esos edificios admirables y fecundos de la Metafísica con sus principios generales, de las Ciencias con

sus leyes sintéticas, y sobre todo esa obra del genio humano, las Matemáticas, tan abstractas y tan exactas, que con sus aplicaciones han dado origen a ese portentoso de nuestro progreso, la Mecánica, con la exuberante riqueza de sus fórmulas complicadísimas? ¿Se ha fijado V. cómo el hombre no está como la materia, limitado por el tiempo y el espacio y sin salir de sí mismo se pasea por todos los siglos de la Historia y recorre toda la inmensidad del espacio? ¿Se ha fijado cómo hay en el hombre algo que no pasa y envejece como la materia, y aunque el cuerpo se derrumbe por los años y la enfermedad, nos sentimos siempre jóvenes y aunque lleguemos a centenarios, sentimos que somos el mismo que cuando niños a pesar de la continua renovación que sufre el cuerpo en todos sus elementos, pues no siete años, sino treinta días bastan para que sea completamente otro? Se ha fijado V. cómo en el reducido volumen de su cerebro encierra el hombre un mundo inmenso de ideas? El P. Zacarías Martínez decía, hablando de Menéndez Pelayo: «Milagro viviente de la ciencia a los veintidos años. Prueba notoria de la espiritualidad del alma humana porque la materia es incapaz de contener en la mezquina extensión de un cerebro tanto caudal de ideas y resplandores». ¿Se ha fijado V. en ese fenómeno extraño que presenta el hombre de poder pensarse a sí mismo, siendo a la vez sujeto y complemento directo de esa acción inmaterial? Pues todo esto, mi querido amigo, si sabe meditarlo, le dirá que ese principio vital que posee el hombre no es solo distinto y superior al de los animales, sino que es también inmaterial, espiritual, ya que realiza acciones que la materia es incapaz de realizarlas, siendo por lo tanto algo que tiene esencia y existencia propias, como nos lo indica su modo de obrar.

De aquí podrá V. deducir que no son objeciones que merezcan la pena de refutarse aquello de los materialistas Littré, Buchner, Le-Dantec, que nos dicen que el pensamiento es un movimiento de la materia o una secreción del cerebro y que el alma no es otra cosa que la reunión de las funciones del

cerebro y de la médula espinal, que es como si quisieran convencerme de que estoy pensando ahora con mi pluma. La misma Psicología experimental a pesar de sus tendencias materialistas, aporta pruebas contra el sensismo, demostrando que en las ideas se encuentran elementos extraños que no se hallan en la sensación. Lo cual viene a confirmar la espiritualidad del alma. Y lo mismo digo de toda la bulla que se armó con la Frenología de Gall y Lombroso, y el ángulo facial de Camper y la teoría de Blumenbach sobre el volumen y el peso del cerebro, cosas todas que de ser científicamente ciertas, que no lo son, no demostrarían sino ese hecho tan vulgar en todos los órdenes, es decir, que el obrero trabaja mejor con un buen instrumento, que con uno malo, y el cerebro no es sino el instrumento del alma, pues sabido es que estando destinada el alma humana a vivificar el cuerpo, su espiritualidad no es perfecta, ya que por su misma naturaleza no puede desarrollar toda su actividad, sino unida a él, de modo que todo el estupendo edificio levantado por el pensamiento humano, radica en las sensaciones que reciben los sentidos y que son como el polen con que el alma fabrica su miel, pero sin que esto quiera decir que no tenga el alma un campo de acción independiente de la materia, como hemos visto.

Pues de aquí mi querido amigo, a la inmortalidad del alma, no hay sino un paso que lo podemos dar bien seguros, apoyados en la lógica más sencilla. Porque si el alma es una substancia con esencia y actividades propias, si es espiritual y más que espiritual, simple; si es cierto que en la naturaleza nada se pierde, ni se aniquila, tenemos que deducir que el alma, después de separarse del cuerpo por la muerte, no se descompone ya que carece de partes, sino que sigue existiendo y obrando con su vida propia, o lo que es lo mismo, que el alma es inmortal. Por eso se ha comparado muy bien el alma y el cuerpo del hombre a dos socios que se unen para realizar el negocio de la vida, pero con la diferencia que el alma no pone todo su capital como lo pone el cuerpo; y de ahí resulta

que, fracasado el negocio por la muerte, el alma sigue viviendo con recursos propios.

Añada a esta prueba de orden filosófico esta otra que no tiene menos fuerza, la de la aspiración que sentimos a la inmortalidad, a la felicidad absoluta, a la integridad de la justicia, cosas todas que no se realizan mientras vivimos en este mundo, donde nos acecha de continuo la muerte, y siempre nos falta algo y la justicia da palos de ciego. ¡Cómo aborrece la naturaleza el vacío absoluto y protesta ante la idea de la muerte y queremos vivir, vivir siempre! ¡Cómo creemos en la supervivencia de nuestros muertos y el hombre habla con su madre, con su esposa, con sus hijos que se han ido para no volver! ¡Qué inquietudes y cuánto desasosiego en nuestro pobre corazón, que, como pozo sin fondo, nunca se llena y siempre quiere más y sueña con un estado de quietud y de hartura, que aquí no alcanza! ¡Qué de protestas ante las injusticias de los hombres y de la sociedad y con cuánta razón pudo decir Rousseau: «Aunque no tuviera otra prueba de la inmortalidad del alma, sino el ver cómo ríen y triunfan los malos y cómo sufren y lloran los buenos, esto me bastaría para no dudar de que no acaba todo para el hombre con la vida, sino que todo entra en orden con la muerte, porque Dios existe y el hombre es libre y por lo tanto, responsable de sus actos y la responsabilidad exige una sanción y si esta no existe en el mundo, es necesario que exista más allá. Pues estas aspiraciones, estos gritos de la naturaleza necesariamente han de tener un objeto que los sacie, pues de otro modo tendríamos que admitir efectos sin causa y tendencias sin fin. Es como, si sintiendo hambre y sed, no hubiera nada que pudiera apagarlas. Estos disparates los hace a veces el hombre, pero nunca la naturaleza que es obra de Dios. Por eso lo han creído y confesado todos los pueblos.

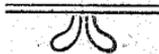
La existencia de un alma inmortal, la creencia de que no todo termina con la muerte es un postulado de Filosofía, de Psicología y de Historia, que no podrán borrarlo de la con-

ciencia humana todas las disertaciones y sofismas de los pseudosabios. Y en todo esto nuestra fe está muy conforme con nuestra razón.

Afiáncese bien, mi querido amigo, en esta verdad que es grandemente benéfica y consoladora para sostenernos en medio de los sinsabores de la vida y hacer que los individuos y los pueblos se mantengan en un nivel de honradez y dignidad, que desgraciadamente va desapareciendo, debido a las ideas materialistas que se nos predicán. Tenía razón Bossuet cuando decía que el hombre se hace igual a los animales y quiere morir como ellos, para tener también el derecho de vivir como ellos. Por el contrario admira Cicerón al escribir en su libro «*De senectute*:» «Si el creer en la inmortalidad del alma es un error, es un dulce error que no quiero me lo quite nadie mientras viva.»

Que tenga Vd. suficiente luz para meditar y entender estas verdades tan necesarias, es lo que desea su affmo. amigo y s. s.

Fr. Miguel de Gaeuplona
o. m. c.





CARTA DECIMACUARTA

El mundo de los espíritus

MUY Sr. mío y amigo: Bueno es que se ría Vd. de los que pasean par ahí su solemne armazón, afirmando muy satisfechos que el alma humana, cuya existencia e inmortalidad hemos demostrado con una lógica de chaquetilla ajustada, es la esencia que brota de la materia, como brota el aroma de las flores, pues detrás de todas esas frases, tan bonitas como huecas, no encontrará de verdad más que aquello que dijo uno de los grandes filósofos del pasado siglo: «¡Niegan el espíritu los que todavía no saben definir la materia!»

Y ahora, antes de seguir adelante, permítame haga una pequeña digresión en nuestra correspondencia para contestar a su amigo de A., a quien no he olvidado, el cual me preguntaba si hay alguna prueba para demostrar que existen el ángel y el diablo, lo que en el fondo equivale a preguntar si existe el mundo de los espíritus. No ignoro que ese mundo lo niegan todo el ejército, hoy en decadencia, de materialistas, racionalistas y positivistas afirmando que eso de ángeles y demonios es un producto de la imaginación religiosa de los pueblos, que la Iglesia ha sabido explotar en su provecho, un injerto fantástico, introducido en la Religión, sin consistencia filosófica alguna, que no debe admitirse porque no puede demostrarse.

Vamos a ver si proyecto un poco de luz sobre esta cuestión de la existencia del mundo de los espíritus. Ante todo, cuando hablamos de ángeles, buenos o malos, expresamos con esa palabra un mundo de criaturas meramente espirituales y de personalidad completa. La materialización que de ellas se

hace en estatuas, cuadros y estampas nada tiene que ver con su verdadera naturaleza, que es absolutamente inmaterial. Eso no es sino efecto natural del modo de concebir que tenemos los hombres y que ya expresó Sto. Tomás cuando dijo: «*Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur.*» (1)

No se extrañará Vd. por lo tanto, que tratándose de un mundo *invisible* de suyo y además, de una *creación libre* de Dios, no pueda demostrarse su existencia con argumentos de razón, no sólo, porque no hay una consecuencia necesaria entre la causa y el efecto, sino también porque, trabajando la razón a base de sensaciones, no tiene dónde apoyarse, por tratarse de seres meramente espirituales. Sin embargo, no debemos olvidar que no es la razón el único camino por donde la inteligencia puede llegar a la posesión de la verdad; tiene también otro que es la autoridad. Por ejemplo, yo no puedo llegar a demostrar por la razón los millares de nebulosas, que se esconden flotando por los espacios inconmensurables, ni tampoco el mundo de microbios que viven en una gota de agua: pero conozco y estoy cierto de su existencia por la autoridad de los sabios que me lo afirman y lo saben. No quiero volver sobre este argumento, que lo traté ya en otra de mis cartas. De modo, que el que yo no pueda demostrar una cosa, no quiere decir que no exista.

No obstante, en esta cuestión de los ángeles buenos y malos, tenemos, mi querido amigo, una porción de argumentos de congruencia, que aunque no produzcan una certeza absoluta, la producen lo suficiente como para no tener la temeridad de negar su existencia.

Yo no sé si Vd. se habrá fijado alguna vez en esa escala de perfección ascendente que presenta en su conjunto el universo. Abajo, en la parte inferior, el mineral, la materia bruta, dotada de fuerzas ciegas y sin organización alguna, pues aun los minerales más nobles por decirlo así, que forman

(1) La comprensión de las cosas se efectúa según la naturaleza del que comprende.

el objeto de la Cristalografía, no son sino el resultado de un juego de atracciones moleculares bien definidas en cada sistema y que obran siempre en el mismo sentido, dando por resultado la misma forma del cristal. Un poco más arriba aparece la materia viviente, organizada, con sus fuerzas, dirigidas todas a la realización de un fin, que es la conservación del individuo y de la especie; y en esta materia viva, que nada tiene que ver con los pueriles experimentos de Le Duc y Herrera, empeñados en reproducir químicamente la vida, tenemos primero los vegetales con su organización cada vez más complicada y perfecta y por encima de ellos, en una variedad sorprendente, los animales con su sensibilidad, su movilidad, e instintos a veces admirables, que no tienen aquellos y por encima del animal, el hombre con su razón, su conciencia, su libertad, compuesto misterioso de materia y espíritu. De modo que el conjunto del Universo visible presenta esta escala de seres en perfección creciente. Mineral, vegetal, animal, hombre.

Pues bien, mi amigo, cuando se considera esta curva armónica de perfecciones ascendentes y vemos que se detiene de repente en el hombre para de ahí saltar a Dios, se siente que la distancia es demasiado grande; que entre el hombre y Dios hay algo así como un vacío, una laguna; que la curva seguiría subiendo sin solución de continuidad y naturalmente, si después del hombre, compuesto de materia y espíritu, hubiera una criatura inmaterial o meramente espiritual, pero inferior a Dios. De este modo, lo visible tendría su prolongación natural en lo invisible y este mundo de seres espirituales serviría como de puente para unir el último de ellos, que es el hombre, con Dios, que es el primero y más perfecto. El célebre Monsabré, que además de teólogo era un formidable filósofo, sentía la fuerza de este argumento, cuando en una de sus Conferencias de París exclama: «¡Oh ángeles! yo tengo necesidad de creer en vuestra existencia. Sin ella el mundo sería para mí lo que un cuadro sin perspectiva, lo que un re-

trato sin expresión, lo que esta soberbia Basílica, si un techo vulgar, aplastando sus columnas, reemplazase a las bóvedas airoas que se levantan como una tiara, sobre el pueblo cristiano.»

Creo, mi buen amigo, que al argumentar de este modo, no salgo del terreno de lo racional y que no cometo exageraciones poéticas, que merezcan aquello de

Señales son de juicio
ver que todos lo perdemos,
unos por carta de más
y otros por carta de menos.

Pero, si así le pareciera, tengo todavía otra razón para olfatear la existencia de ese mundo de espíritus y es esta.

La perfección de una causa se gradúa por la perfección de los efectos que produce, de modo que será tanto más perfecta cuanto los efectos se acerquen más a ella. Así, cuanto los hijos más se parecen a los padres, más perfecta es la paternidad. Un artista es tanto mejor, cuanto la obra artística que realiza, más se acerca a la idea que concibió en su cerebro. Ahora bien, siendo Dios causa perfectísima, conviene que tenga efectos que se acerquen a El, cuanto una criatura puede acercarse al Creador y como Dios es espíritu purísimo, parece que no sería causa perfecta, si no hubiera producido una creación de espíritus desligados de la materia.

Pues bien, mi querido amigo, esto que nuestra razón presiente sin que pueda demostrarlo por argumentos científicos, viene la revelación y nos lo descubre, diciéndonos: «Sí, tu inteligencia tiene razón, ha previsto bien. Existe en realidad ese mundo de seres espirituales que llamas ángeles.» Digo *la revelación*, cosa que a Vd. tal vez le extrañe, pero ¿se ha fijado en la creencia universal de todos los pueblos y de todos los siglos respecto al asunto de que estamos hablando? La creencia en espíritus buenos y malos es tan antigua como el mundo. Existe en el pueblo pagano, como existió en el judío y la vemos hoy entre nosotros. El politeísmo de los pue-

blos antiguos con toda esa jerarquía de dioses mayores y menores, de genios y de monstruos, que tan nítida aparece entre griegos y romanos, no es sino una reminiscencia de ese mundo de espíritus que desciende de Dios hasta el hombre. Platón alude continuamente a ellos, cuando nos habla de lo que sucede al alma humana después de su muerte, y bien conocidos son los versos de Hesiodo

 Ii quiden doemones facti sunt, Jovis magni consilio,
 Boni, terrestres, custodes mortalium hominum.

Los libros antiguos de la China, de la India, de Egipto, y entre ellos la Biblia, aun tomándola como un libro meramente humano, tan respetable por su antigüedad, como el «*Abesta*» de los Indúes, que contiene la doctrina religiosa de Zoroastro, nos hablan de ellos con una naturalidad que traduce evidentemente la creencia popular de aquellos tiempos lejanos.

¿De dónde, pues, pudo nacer esa creencia tan universal? No hay más remedio que admitir una revelación primitiva con la que Dios descubrió a los primeros hombres toda la extensión de su obra y supongo que no será Vd. tan temerario como para negar a Dios el poder de comunicarse con su criatura a fin de darle a conocer ciertas verdades que necesita o le conviene saber. Y esto sin contar las muchas veces que esos espíritus buenos o malos se han dejado ver y se han puesto en comunicación con los hombres. El Espiritismo, en el que no todo es mentira, le hará comprender la posibilidad de esas apariciones y materialización de los espíritus.

De modo, que ya ve, que si no tenemos pruebas filosóficas o científicas de la existencia de ángeles y demonios, porque esto es imposible tratándose de espíritus, tenemos sin embargo las suficientes para no dudar de ellos.

Nada quiero decirle, puesto que no me lo pregunta, de la infinita variedad de espíritus en los que hay una gama de perfecciones tan variada y rica, como la gama de matices en los colores del arco iris; ni del origen de la diferencia entre

espíritus buenos o *ángeles* y espíritus malos o *demonios* que no fué otro que la fidelidad de unos y la claudicación de otros en el momento de la prueba a que Dios los sometió, como más tarde sometió al hombre y a la que nuestro gran Zorrilla alude cuando dice haciendo hablar a Satanás:

Yo reconozco tu poder soberano,
Eterno Jehová, y a solas lloro
De mi altivez el criminal extremo;
Mas odio tu poder porque te temo
Y porque te lo envidió no te adoro.

Pero no quiero terminar este asunto sin recordarle que el orden y la sabiduría de Dios en el gobierno del mundo exigen que sus ideas eternas sean ejecutadas por medio de sus criaturas. Y así como vimos que en el mundo material ejerce su gobierno por medio de las causas segundas preestablecidas, así vemos a Dios usar de los ángeles en las épocas críticas de la Historia de los pueblos, cuando se trata de su reinado sobre el mundo, sobre las familias y los individuos.

Doctrina racional y consoladora que nos asegura no estamos solos ya que los ángeles buenos tienen por misión no solo dar gloria al Creador, neutralizando las ofensas que le hacemos los hombres, sino también conducirnos, guardarnos, avisarnos de los peligros, como hermanos mayores que son, y recoger nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nuestros sudores para presentarlos al Señor. En cuanto a los ángeles malos o *demonios* nada debemos temer de ellos, pues no tienen más poder sobre nosotros que el que Dios quiera concederles. Son como perros atados que no pueden morder sino al que voluntariamente se acerca a ellos.

Creo que con esto habré satisfecho la curiosidad de su amigo y la suya. Queda como siempre a sus órdenes su afectísimo s. s. y amigo

Juan Manuel de Pauplona.
ome



CARTA DECIMAQUINTA

Una digresión involuntaria

Sr. Dn. N. de N.—San Sebastián.

MUY señor mío y amigo: El haberme dirigido su carta a Pamplona, donde no resido, y el hallarme ausente por una temporada en un pueblito de la sierra aragonesa donde el que esto le escribe

...con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa
Y a solas su vida pasa
Ni envidiado, ni envidioso,

ha sido causa de que no haya podido contestar antes, como hubiera sido mi deseo, a las dudas y reparos que V. me hace y que delatan un estado verdaderamente lamentable de conciencia. Gritos de náufrago que se debate en las aguas amargas de la negación son aquel *«yo no puedo seguir viviendo en el vacío; necesito creer en algo...»* con que empieza su carta y aquel otro con que la termina: *«Quiero creer en algo y nada encuentro digno de fe... ¿Soy acaso culpable de haberla perdido...? ¿Qué puedo hacer más de lo que hago?... Cuando nadie me responde ¿qué debo pensar? Padre, lo espero todo de vos. ¿Me atenderá?»*—Voy pues, a contestarle en líneas generales, ya que algunos de los puntos que V. toca, los he tratado ya en cartas anteriores, al hablar del estado patológico de las almas, y de los otros he de tratar en cartas sucesivas con la detención que se merecen.

Tiene V. razón al exclamar que no puede vivir en el vacío. La necesidad de la fe es tan imperiosa, que si no existiera, habría que inventarla. Por eso es un contrasentido el decir que no encuentra nada digno de fe. Vd. que vive de la fe que tiene en los hombres que trata y en los libros que lee ¿se la negará a Dios? ¿Acaso no son dignas de fe la existencia de Dios, de la Creación, de la Providencia, de la Encarnación, de la existencia del alma y la vida futura y otras muchas cuestiones de orden religioso? No hay una sola afirmación dogmática que aun desde el punto de vista de la razón, no presente una garantía de verdad y de certeza mucho mayor que la que pueden presentar las afirmaciones mejor demostradas de la filosofía y las ciencias. Por lo demás en otra de mis cartas demostré cómo en la fe no hay nada indigno para el hombre, ni por parte de Dios ni por parte de la razón.

Por eso no he podido menos de reirme al oírle decir que «sus creencias se vinieron abajo al robustecerse su sentido común.» Pero ¿V. sabe lo que es el sentido común? ¿O cree que los demás carecemos de ese sentido? Créame, mi querido amigo, que en todo eso no hay sino pedantería, orgullo, soberbia de pigmeos, que nos creemos «hombres fuertes» y gigantes, cuando rompemos con una tradición aquilatada por 20 siglos de estudio y controversia. ¡Espíritus fuertes! Frase vieja que ya San Agustín gran observador de la psicología humana ridiculizaba en su tiempo con estas palabras llenas de ironía: «*Vulgo etiam magnos spiritus superbi habere dicuntur; et recte, quandoquidem spiritus etiam ventus vocatur. Quis vero nesciat superbos inflatos dici tamquam vento distentos unde... illud Apostoli: Scientia inflat..?*» (1)

No, lo que V. sintió robustecerse, no fué el sentido co-

(1) Se dice vulgarmente que los soberbios tienen espíritus grandes y está bien dicho, pues al viento también se le llama espíritu. Y ¿quien ignora que los soberbios andan hinchados, como si estuvieran llenos de aire? ¿De aquí... aquello del Apóstol: «*La ciencia infla.*» (Y tanto que infla. ¡Sabemos demasiado para creer!)

mún, que si así hubiera sido, se habría dado cuenta de que algo serio y digno de respeto debe haber en creencias profesadas, estudiadas, defendidas por millones de creyentes durante 20 siglos de lucha incesante y de que por lo menos, es una ligereza imprudente el desecharlas por el pobre bagaje de ideas incomprendidas que encierra el cerebro de la juventud.

Y pasa V. a decirme que «no cree en la moral como precepto divino, pero que la cree necesaria para la sociedad, a la cual debe imponérsele *sea como sea*.» Le confieso que me deja viendo visiones ante la enormidad y falta de lógica de semejante afirmación. Con que Vd. que según dice, cree en Dios ¿no cree que Dios nos obligue a ser morales? Por muy imperfecto que a ese Dios se le imagine, supongo no llegará a tanto, como para mirar con indiferencia el que seamos buenos, honrados y morales, para no desear que hagamos el bien y evitemos el mal. Eso no puede ser, mi amigo. Dios dejaría de ser infinitamente bueno y es por eso por lo que todos llevamos impreso en el alma el instinto moral que nos indica lo que debemos y no debemos hacer y sentimos una voz que nos condena cuando faltamos al deber y es por eso también que cuando claudicamos y cometemos una inmoralidad cualquiera, todos instintivamente procuramos encubrirla y justificarla con falsos razonamientos y sofismas. Lo contrario no lo encontrará V. sino en seres cínicos y degenerados, vergüenza de la sociedad en que viven.

Y esta conciencia del bien, este instinto de una moral innata, inmutable, eterna, que existe desde que hay hombres sobre la tierra, no es obra del hombre, ni siquiera de la sociedad, como lo afirma la escuela sociológica de Durkheim y Levy-Bruhl, es obra de Dios, autor de la naturaleza, que porque es Bueno, nos quiere buenos y porque es eterno, necesario e inmutable, ha puesto en la conciencia esa tendencia inmortal al bien. Por este lado, mi querido amigo, la moral es un precepto divino, precepto sin ruido de voces, ni aparato de Códigos, pero no por eso menos real.

Pero si por precepto divino entiende Vd. una manifestación externa, sensible de la voluntad de Dios, no tengo sino demostrarle las páginas de la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, para que recuerde el Código admirable, severo unas veces y lleno de misericordia otras, con que Dios ha querido señalar el camino de la moralidad a los hombres. Dios, hablando unas veces directamente a los hombres o por medio de sus Profetas y Legisladores otras; Jesucristo—que aunque Vd. no lo crea es también Dios humanado,—enseñando aquella doctrina profundamente moralizadora a los pueblos, son la fuente y la base eterna, indestructible de esas Leyes morales contra las cuales protestamos, porque coartan nuestra independencia y nuestros pujos de libertad mal entendida.

Por otra parte, mi amigo, o el principio de moralidad viene de Dios o no existe en manera alguna tal principio, pues no hay hombre, ni fuerza capaz que pueda obligarnos a llevar una vida de abnegación y sacrificio, ya que la moral implica la represión de nuestros instintos y tendencias animales. Si la moral individual no es un precepto divino, hace bien el hombre en vivir como le dé la gana, procurando satisfacer por todos los medios sus apetitos y pasiones. No creo haya llegado Vd. a semejante aberración, negando la necesidad y la obligación de la moral individual y proclamando como un derecho natural esa vida sin honor, ni dignidad, que todavía condena el buen sentido de la humanidad.

Pero lo verdaderamente ilógico de sus ideas está al querer establecer una moral social, después de haberla quitado a los individuos, como si no fueran los individuos los que componen y forman la sociedad. Comprendo que Vd. se da cuenta de que suprimida la moral individual, como precepto divino, se realiza aquel «*homo homini lupus*» (1) de Hobbes y entonces no hay más remedio que implantar «sea como sea» según dice, la moral social, es decir a la fuerza, por el miedo,

(1) El hombre es un lobo para otro hombre.

poniendo un alguacil en cada esquina, un cañón en cada calle y una cárcel en cada plaza, procedimiento contra el cual protesta indignada nuestra conciencia de seres racionales. ¿Por qué no poner el remedio donde está la enfermedad, que es precisamente en el individuo? Pero a Vd. como a muchos otros, le sucede que sienta los principios y después se espanta de las consecuencias. Desengáñese, mi amigo, con individuos inmorales no formará nunca una sociedad moral, por muchos Códigos, Tribunales, Policías y cárceles que ponga. Lo más que conseguirá es dar un barniz de orden y de moral a pueblos que viven sin dignidad; pero por muchas flores que se arrojen a un estercolero, siempre habrá que taparse las narices al pasar por cerca de él que es precisamente, lo que está sucediendo en nuestras sociedades progresistas y civilizadas, por haber puesto en práctica el principio que Vd. con tanta ingenuidad sienta al proclamar la no existencia de la moral como precepto divino. Los sabios sientan los principios y el pueblo saca las consecuencias. Los de arriba no quieren a Dios y los de abajo con una lógica admirable contestan con aquel «*ni Dios, ni Roque*» tan español y que tantas coronas y tantos tronos y tantas glorias han arrastrado por el polvo de los pueblos. ¡Ojalá no lo hubiéramos visto.

No debilitemos, ni toquemos, mi amigo, los fundamentos de la sociedad, si no queremos que se resquebraje; que una vez que la base se ha movido y fallado, es pueril, y más que pueril, inútil, el ir a apuntalarla con paños calientes.

Muy poco voy a decirle de la bárbara negación que Vd. hace de la Divinidad de Jesucristo y de la ignorancia que manifiesta al afirmar que Jesucristo ni fundó la Iglesia, ni instituyó los Sacramentos, ni habló de misas, ni de curas y que nosotros no hacemos sino tergiversar las palabras de Cristo. —De todo esto he de hablar con detención en mis cartas, ya que no es Vd. solo el que tales barbaridades afirma. Pero al verle estampar con tanto aplomo en su carta todas esas cosas y llamarlas «la gran mentira del Catolicismo, de la Iglesia,

del Papa, del Clero...» no he podido menos de recordar las exaltaciones enfermizas de Nietzsche que en sus odios epilépticos nos habla del «*Grossen Drache des Christenthums.*» (1)

Pero ¿ha leído Vd. alguna vez siquiera el Evangelio? Porque afirmar lo que Vd. con tanto aplomo afirma, no puede hacerse sino desconociendo en absoluto o negándole toda historicidad y ambas cosas suponen una ignorancia de la materia que no da derecho sino a callar. Pero si algo sabe de esto ¿no recuerda Vd. aquel «*Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia?*» ¿No recuerda aquel «*Id por el mundo, enseñad y bautizad a las gentes?*» ¿No ha oído nunca aquel mandato de *perdonar los pecados*, dando potestad a sus Apóstoles *de atar y desatar* las conciencias? ¿No recuerda el momento aquel en que Jesucristo pronuncia «*Este es mi cuerpo, Esta es mi sangre,*» y cómo les dice a los suyos: «*Siempre que hagáis esto, hacedlo en recuerdo mío?*» ¿No recuerda Vd. aquellas palabras en las que hace a sus Apóstoles entrega de toda su divina misión en todo lo que El podía darla y en todo lo que ellos podían recibirla: «*Como me envió mi Padre, así os envío yo a vosotros?*» ¿Quiere Vd. palabras más claras y terminantes de la fundación de la Iglesia, de los Sacramentos y del Sacerdocio?

No sé porqué toda esa parte de su carta me huele a Protestantismo, a Teosofismo, a materialismo y racionalismo, en fin, a defensa de esa ensalada rusa que se ha dado en llamar «*religión natural*» es decir religión sin iglesias ni sacerdotes, sin dogmas, sin preceptos, sin cultos y casi sin Dios, ya que el que se admite, es un Dios de buen contentar y muy adaptable y transigente con nuestros caprichos, que nos permite el gustazo de vivir como nos dé la real gana, sin que por eso se le frunza el entrecejo, ni demuestre la menor contradicción. Todo esto será muy cómodo, muy festivo y hasta muy poético, pero también muy contrario a las conclusiones de la

(1) El gran dragón del Cristianismo.

filosofía más elemental, como he de tener ocasión de demostrárselo.

Pero si voy a decirle algo, acerca de la única prueba que Vd. aduce en confirmación de sus atrevidas palabras. «*Ahí están—exclama—los dogmas, exaltación de la ofuscación y del sofisma, acumulados Concilio tras Concilio,*» —Créame, mi buen amigo, que me tendría por muy dichoso, si fueran menos de doscientas las veces que he oído todas esas cosas que Vd. me dice y en las que no hacen sino repetir la misma placa y dar palos de ciego. Veo que desconoce Vd. por completo la función de los Concilios. Los Concilios ni crean, ni acumulan dogmas. No hacen sino estudiar, juzgar y discutir si una idea religiosa se debe o no se debe creer. Vd. comprenderá que siendo la Iglesia una sociedad religiosa es necesario que exista en ella el orden y la unidad de doctrina. ¿Y quien ha de fijar y mantener esa unidad y ese orden en las creencias, sino la autoridad competente? Los Protestantes saben por experiencia el desorden y la división que trae consigo el libre examen y el criterio particular. En la sociedad civil ¿quien establece las leyes y vela por su cumplimiento sino la autoridad? Y Vd. que pide se imponga a la sociedad, «sea como sea» una moral social ¿protesta porque hace eso mismo la Iglesia? Por otra parte, el Concilio no es sino un cuerpo consultivo del Papa que es en quien reside la verdadera autoridad dogmática y moral como único representante de Jesucristo; y yo quisiera que leyera Vd. las Actas de cualquier Concilio, para que se diera cuenta de la seriedad con que se estudian, se profundizan, se ponderan y se discuten las cuestiones religiosas antes de elevarlas a la categoría de dogmas. Entonces vería la base granítica de razón sobre que descansa su proclamación y tendría que confesar que para ser lógicos, antes de desechar uno solo de ellos, debiéramos negar todos los sistemas filosóficos y todos los postulados de la ciencia.

Me dice también que nosotros los católicos, cuando ar-

gumentamos, encaminamos nuestros razonamientos a una conclusión prefijada, con el fin de justificar nuestras creencias, es decir, que razonamos con la mente, como Vd. dice, «*enmarañada de prejuicios*», mientras los no católicos lo hacen con más libertad».—Mire Vd., mi amigo. En cuanto a religión, estamos ya bastante adelantaditos. Llevamos 20 siglos de lucha, de controversia con toda clase de enemigos, lo cual, aparte de otros motivos, nos garantiza la posesión de la verdad y no esperamos a ningún Cristóbal Colón que nos la descubra. Por eso nuestra situación es la misma que la del Profesor que demuestra la exactitud de un teorema a sus discípulos. El la conoce de antemano y a nadie se le ocurre el decir que entra en clase con la cabeza enmarañada de prejuicios. Sería una ridiculez, a la altura en que nos encontramos, pretender establecer el procedimiento de Descartes, queriendo rehacer nosotros mismos, basándonos en la negación absoluta, todo el edificio filosófico, científico y teológico de 60 siglos. Por este camino no se llega, sino a donde llegó Nietzsche, que Vd. me cita, el cual, por no saber a donde iba con todo su violento desgaste cerebral de iconoclasta, terminó en un sanatorio.

Nada más a propósito a este respecto que las palabras que escribe Ganivet en una de sus «*Cartas Finlandesas*»: «Lo que yo pienso es que nosotros, y con nosotros muchos otros, no hemos querido caminar por lo llano, sino por las trochas, ni pasar el río por la puente, sino tirándonos a él de cabeza, y que cuando llegamos al fin de la jornada con la ropa hecha una lástima y calados hasta los huesos, nos encontramos que otros han llegado al mismo punto, caminando muy a sus anchas por el camino real.» Y

Con estas cosas que digo
Y otras muchas que reservo,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

Déjese, mi amigo, de literatura barata en cuestiones que tanto importan; medite con seriedad y sin prejuicios en el fenómeno religioso; estudie a fondo la historia admirable de la Iglesia católica y no dude que Dios le ha de ayudar a resolver el angustioso problema que le ha planteado su conciencia. Es lo que desea muy de veras su sincero amigo y s. s.

Husquiel de Gaceplous





CARTA DECIMASEXTA

El por qué de los ricos y de los pobres

MUY señor mío y amigo: Con alegría me entero, por la suya, de la discusión que ha tenido con sus amigos acerca de algunos puntos de Religión sobre los cuales quiere que le dé mi parecer, Esto me demuestra que no son del todo inútiles mis cartas, lo cual, como puede usted comprender, no deja de halagarme, dando por bien empleado mi trabajo.

Me pregunta que cómo se puede compaginar con la Sabiduría y la Bondad de Dios ese hecho «odioso» de las desigualdades sociales, que parece una negación de su Providencia. «Por qué esa abundancia de riquezas en unos y esa pobreza en otros? ¿Por qué en unos todo ha de ser gozar sin trabajar y en otros todo trabajar, sin tener tiempo, ni medios para gozar? ¿No sería más perfecta la sociedad si, implantando un sistema de igualdad económica, todos trabajarán y todos gozarán por igual del banquete de la vida? Muy despreocupado parece Dios de la suerte de sus criaturas, cuando tantas injusticias y explotaciones permite en el mundo.»

No me extrañan, mi amigo, esas preguntas de marcado sabor socialista, que más que de Vd. supongo vendrán de las objeciones hechas por sus compañeros. Y al leerlas no he podido menos de recordar aquella frase de Felipe II: «¡Oh contento! ¿dónde estás, que no te tiene ninguno?» y viéndome en mi silencioso Convento, libre de esas desazones que Vdes. en el mundo experimentan, he levantado con gratitud los ojos al cielo y repetido los versos de Núñez de Arce:

*¡Oh monjes que en la celda solitaria,
En tan agrios lugares escondida,
Rompisteis con el don de la plegaria
Todas las servidumbres de la vida!*

Vamos, pues, a ver, sin prejuicios y con tranquilidad, lo que hay acerca de ese asunto de las desigualdades sociales, tan manoseado por los explotadores de las pasiones populares y que tanto malestar produce en las clases humildes de la sociedad, cuando no están bien arraigadas en los principios religiosos.

Las desigualdades existen. Este es un hecho innegable. Tracemos una línea horizontal, que simbolice la línea de nivel, es decir, lo necesario para la vida a que todos tenemos derecho. Por encima de esa línea van subiendo los ricos, los que tienen más de lo que necesitan, los que tienen de sobra hasta llegar a esas riquezas verdaderamente fabulosas, a esos latifundios inmensos con los que habría para sostener a un pueblo. Por debajo de esa línea y en capas cada vez más profundas, encontramos a los pobres, a los que no tienen lo necesario, desde el obrero que trabajando todo el día apenas puede sostener a los suyos, hasta esos infelices desheredados que se sumergen en la miseria más dolorosa. Esta jerarquía de desigualdades es incuestionable, como también lo es el que siempre ha existido en la tierra desde que hay hombres, apesar de todo el progreso y civilización a que hemos llegado y de todos los medios y toda la buena voluntad que han puesto sociólogos y gobernantes para que desaparezca. ¿De dónde nace pues esa desigualdad y a que obedece la persistencia de ese fenómeno social que nadie ha podido suprimir en la humanidad?

Esto solo nos dice ya que su causa debe hallarse en algo fijo y constante, independiente de la voluntad de los hombres. No hay duda de que las riquezas legítimas son siempre *expresión del trabajo* realizado por uno mismo o por sus antepasados, cuando se trata de riquezas heredadas. Pero ¿nos

encontramos todos en las mismas condiciones frente al trabajo? No. Unos son fuertes, robustos, activos, ahorradores; otros débiles, enfermizos, tardos de comprensión, holgazanes, gastadores, viciosos. ¿Cómo quiere Vd. que sea igual la suerte y el fruto de los unos y de los otros? Por eso, mientras los hombres no tengan el mismo grado de fuerzas físicas, intelectuales y morales, mientras no tengan todos las mismas aptitudes para el trabajo, habrá diferencias sociales y tendremos ricos y pobres, porque esas diferencias no son sino el eco de las desigualdades que se encuentran en la naturaleza humana. La riqueza, repito, es fruto del trabajo y como el trabajo no es el mismo en todos los hombres, ni en cantidad ni en calidad, es natural que tampoco lo sea su fruto. Decir, como se ha dicho, que la propiedad es un robo, es una de tantas tonterías, hijas de la pasión y de la envidia. El derecho de propiedad es tan natural y legítimo como el derecho a la vida, y el trabajo es el medio de adquirir ese derecho.

De aquí comprenderá Vd. que pretender una nivelación o igualdad de riquezas y de clases en la sociedad, que es el sueño de muchos socialistas avanzados, no solo es injusto, puesto que no se llega a ella sino pisoteando derechos muy sagrados, si que también imposible en la práctica, ya que por encima de todos los medios bruscos y violentos, por encima de todas las revoluciones sociales, está la naturaleza que se encarga de imponer sus leyes. Un ejemplo le hará comprender mejor esta imposibilidad. Tengo delante de mí un charco. Meto en él un palo y lo agito. Estoy haciendo una revolución en el charco. A impulso de aquella agitación todo se confunde y se mezcla, piedras, arenas, tierra, agua, yerbas, y brota lo que llamaríamos la igualdad del charco. Ya no hay en él capas superpuestas por orden de densidad. Para que esa igualdad subsista, es necesario que siga yo revolviendo sin cesar las aguas, pues desde el momento en que me detenga, la ley natural de la gravedad recobrará sus derechos y aparecerán de nuevo las diferentes capas. Las piedras abajo, luego la

arena, luego el agua, y flotando las yerbas y hojas. Es lo que sucede en las sociedades, cuando se las somete a un medio brusco como lo es la revolución social. Lo que ha pasado en Rusia debe ser para los pueblos una lección tan dolorosa como instructiva. No valía la pena de derramar tantas lágrimas y tanta sangre, de perturbar el orden, la paz y sobre todo la Religión de un pueblo, para volver después a lo mismo, pero con la vergonzosa diferencia de haber retrogradado dos o tres siglos en el camino de la civilización. Desengáñese, mi querido amigo. La igualdad que tanto se predica a las clases trabajadoras, filosóficamente es un error; socialmente es imposible y un fracaso, y desde el punto de vista político no es sino un banderín de enganche que los vividores y exploradores del pueblo agitan en ciertos momentos difíciles de las naciones para escalar cumbres a las que de otro modo jamás hubieran llegado.

Pero hay algo más en esta cuestión y es que esas desigualdades no solo son *naturales* sino que son *necesarias* para el orden y el progreso de la sociedad. ¿Se ha fijado Vd. cómo el mérito y la hermosura de un paisaje depende de las desigualdades? Montañas, valles, ríos, fuentes, mares, bosques, llanuras, líneas que suben, que bajan, luz, sombras, penumbras, colores. ¡Qué cúmulo de desigualdades para producir la belleza, es decir, la unidad en la variedad! Pues del mismo modo el progreso, el orden, la armonía de los pueblos exigen la diferencia de clases, porque es necesario que haya quien dirija y quien obedezca; quien piense y quien ejecute. El capitalista que entrega su dinero a un negocio; el técnico que lo desarrolla y organiza y el obrero que lo ejecuta, son los tres factores del progreso humano, cuya existencia y actuación simultánea son imprescindibles. De modo que la riqueza de unos, la ciencia de los otros y la fuerza de los últimos son elementos no solo útiles, sino necesarios en el desenvolvimiento progresivo de la humanidad. Si todos fuéramos iguales, si todosuviéramos lo necesario para vivir, si no existiera el ali-

ciente y la esperanza de poder mejorar nuestra situación ¿quién querría trabajar, ni estudiar, ni sacrificarse por los demás? ¿Quién haría los oficios bajos y humildes, los que exigen un esfuerzo mental o muscular? Nadie.

¿Se da cuenta ahora de la Sabiduría y Providencia de Dios en el gobierno del mundo, cuando dejando a la naturaleza, que siga sus leyes, no interviene para producir una igualdad que sería la muerte del orden y el estancamiento de la humanidad? Me dirá que hay explotaciones inicuas, que hay hombres que abusan de su situación y para enriquecerse trafican con la necesidad en que se ven los otros. Demasiado lo sé, mi querido amigo: pero ¿qué quiere? ¿Va Dios a quitar a los hombres la libertad, convirtiéndolos en máquinas? ¿Quiere que esté haciendo milagros, interviniendo directamente en cada caso particular? No. Para eso está la Ley civil, la autoridad, que son las que deben poner remedio y castigar esos abusos y explotaciones.

Es verdad que Jesucristo no quiso nunca legislar sobre el capitalismo. Su Evangelio no es un curso de Sociología o de Economía política. Pero es innegable que hay en su doctrina principios fundamentales que practicados con sinceridad, suprimirían la mayor parte de los problemas económicos que agitan a la sociedad. La igualdad, la fraternidad, el amor, la justicia, que con tanto valor predicó a los hombres son cosas que se han olvidado por desgracia. Aquellas condenaciones rotundas del capitalismo en sus tres desorientaciones más comunes, *el capitalismo idólatra* de los que viven con la obsesión del oro y hacen de las riquezas un dios al cual consagran toda su existencia: *el capitalismo libertino* de aquellos que olvidándose de que las riquezas no son el resultado de los esfuerzos de un hombre sólo, sino que en su producción intervienen muchos factores sociales, las derrochan y malgastan en lujos y vicios que son un escándalo y un mal ejemplo, como si tuvieran derecho a tirarlas de un modo estéril y ofensivo para los pobres; *el capitalismo estéril* de los avaros

que no responde a ninguna necesidad ni individual ni social, antes bien está amasado con las lágrimas y la desesperación de los que cayeron en sus redes, son condenaciones que no encuentran eco en la conciencia metalizada de muchos ricos. ¿Porqué echar pues la culpa a Dios de los abusos que cometemos los hombres y del poco caso que queremos hacerle?

Tampoco es cierta la queja de que unos gozan y otros sufren, de que unos ríen y otros lloran. Esto son exageraciones *«pour la galerie*, como dicen los franceses, y creo que Vd. tiene ya bastante edad, para no hacer esta clase de objeciones. Pero ¿Vd. cree que los ricos ríen y gozan siempre? ¿No ha oído aquello de

*Si a cada uno en la frente,
le pintaran su aflicción,
¡Cuántos que nos dan envidia,
nos darían compasión!*

¿No sabe Vd. que cuando Luis XVI estaba ya prisionero en la Bastilla, en vísperas de ser guillotinado, una mujer del pueblo se acercó al Delfín, que jugaba a las puertas del Palacio y le pidió una recomendación, diciéndole: «¡Oh niño, si me lo consiguieras, sería feliz como una Reina!—¿Como una Reina?—contestó el Delfín.—Yo conozco una que no hace más que llorar.» La felicidad no está en las riquezas. Si así fuera no habría ricos desgraciados y los hay a montones. No hace feliz el tener mucho, sino el desear poco, que por eso dice el poeta:

*«Sabio es aquel que la pasión modera,
Refrena los deseos, como dóciles
Caballos de una olímpica cuadriga
Y huye del vulgo.»*

Y de estos sabios cada día hay menos, porque todos queremos vivir y aparentar más de lo que somos, sin hacer caso del consejo que da Sancho Panza, «que no hay que estirar las piernas, más de lo que da la sábana», y de aquí los descontenten-

tos y el querer cambiar las bases de la sociedad, cuando lo único que hay que cambiar es el corazón de los hombres.

Además, a nadie que no esté verdaderamente incapacitado por enfermedad, idiotez o por su edad, se le cierran las puertas de la riqueza, mediante un trabajo perseverante y una vida moderada. ¡A cuantos hemos visto pasar por ese camino de la pobreza a la riqueza, de una vida más que modesta, a otra de abundancia y tranquilidad! Y por el contrario ¡cuántos hay que, por los vicios de su vida o por el fracaso de sus negocios mal calculados o mal atendidos, han pasado de la abundancia más grande a la más triste pobreza!

Me dirá Vd. que en la sociedad los que triunfan y suben y se enriquecen son los pillos, los granujas, los inmorales, mientras los buenos, los honrados, los morales no pueden prosperar. Aunque esto no sea verdad así en general, puesto que vemos gente buena y honrada, que es muy rica y gente mala e inmoral que es muy pobre, no deja sin embargo de darse con relativa frecuencia el caso de hombres y familias sin religión, que suben como la espuma y a quienes parece que la suerte ayuda de modo sorprendente.

No diré yo que este fenómeno encierre siempre alguna inmoralidad, pero no deja tener una explicación muy natural y es que como esa clase de gente no tiene conciencia, ni dignidad, salta con la mayor frescura por encima de todas las leyes divinas y humanas; se aprovecha de todas las ocasiones por sucias que sean; emplea todos los medios lícitos e ilícitos en esa encarnizada caza del dinero y no se detiene por ningún escrúpulo, mientras los buenos se encuentran atados en el desenvolvimiento de su vida por una malla de leyes morales, que les cierran muchos caminos de prosperidad material. Pero en cambio la tranquilidad de su conciencia, la paz de sus hogares, la alegría de una existencia libre de sobresaltos y sobretodo la esperanza que tienen de una vida mejor, son una compensación de sus privaciones y esté seguro que no han de querer cambiar su suerte por la de los otros.

Ya ve pues, mi querido amigo, cómo las desigualdades sociales, que nacen de la naturaleza misma de los hombres y juegan un papel importantísimo en el desarrollo de los pueblos, en nada entorpecen la Providencia de Dios. Los abusos que puedan ocurrir y los problemas que puedan suscitarse en la sociedad, es la misma sociedad la que debe remediarlos y resolverlos, ya que le sobran medios para ello.

Muchas más cosas podría decirle sobre este punto tan debatido, pero con lo dicho basta para que se de cuenta de la poca consistencia de sus objeciones.

Mande como guste a su affmo. amigo y s. s.

Fr. Manuel de Sampaio
ouc.



CARTA DECIMASÉPTIMA

Qué es la libertad

MUY señor mío y amigo: ¡Que le hable de la libertad! ¡Que a ver qué pienso yo de ella! ¡Que le han dicho que nosotros los hombres de Iglesia somos sus mayores enemigos y quisiéramos retrogradar la sociedad a los tiempos de la Inquisición; que tenemos esclavizado el pensamiento y encadenada la conciencia de las gentes sin permitir que entren a gozar de la conquista de las libertades modernas..!

Créame, mi amigo, que esos entusiasmos, esos gritos y pujos de libertad me irritan y me asquean como una mentira, como una hipocresía, como un sarcasmo. Porque ¿qué entienden ellos por libertad? ¿De qué libertad nos hablan? ¿No saben que esas tres palabras «*Libertad, Igualdad, Fraternidad*» de las que tanto se usa y abusa, sólo fueron verdad al salir de los labios de Jesucristo y que los hombres no hemos hecho más que falsificarlas, constituyendo hoy las tres más grandes mentiras de nuestras sociedades egoistas y materializadas? ¿No saben que por confesión misma de Victor Hugo, cuyo testimonio les debiera avergonzar: «*El árbol más hermoso de la libertad fué plantado hace 19 siglos por Dios mismo sobre el Gólgota, la Cruz, en la cual se ofreció Jesucristo por la libertad, la igualdad y la fraternidad del género humano?*»

¡*La libertad..!* ¡Si apenas existe entre los hombres..! ¡Si hoy se vive y se obra por prejuicios, por instintos, por pasiones!

*He visto la libertad y está la pobre llorando.
Los pies cargados de grillos y con esposas las manos.*

Voy pues a decirle lo que hay y lo que pienso sobre te-

ma tan interesante y práctico, aunque comprenderá que debo andar con cuidado pues, según dicen, hay moros en la costa.

Ante todo preguntémosnos. ¿Qué es la libertad? Algo bueno, noble y deseable debe ser cuando todos los pueblos la vocean con exaltación

«Liberté, Liberté chériel!»

grita el coro de de la Marsellesa.

«Oid mortales el grito sagrado,

Libertad, Libertad, Libertad»

se canta en el himno argentino y así en todos los siglos y en todos los pueblos. Antes estas exaltaciones de la libertad, que más que de la cabeza brotan del corazón del hombre, razonemos friamente, filosóficamente. ¿Qué es la libertad? La libertad es una facultad característica y exclusiva del hombre, por la que se distingue de todos los demás seres de la creación. Es el sello de su nobleza y de su dignidad, es el resultado de la inteligencia y la voluntad combinadas; es, en una palabra, el poder que tiene el hombre de determinarse en un sentido o en otro, de hacer o no hacer una cosa sin que haya nada, ni nadie que pueda doblegar su voluntad. Puedo yo en este momento ponerme a leer o seguir escribiendo; puedo, según me plazca, seguir sentado o irme a pasear; puedo hacer el bien y cumplir una ley o hacer el mal y desobedecerla; puedo ante un pobre darle una limosna o pegarle una bofetada. Más aun, por la libertad puedo resistir directamente a Dios, y burlarme de sus mandatos y maldecirlo, como puedo bendecirle y obedecerle.—«Sacrifica a los dioses»—decían los Emperadores a los primeros cristianos.—«¡No quiero!»—contestaban ellos. Y nada podían todas las amenazas y suplicios de los perseguidores. Eso es la libertad. Poder hacer lo que nos dé la gana.

No voy a entretenerme en refutar a toda esa nube de astrólogos, frenólogos y seguidores de la Escuela de Lombroso que en nombre de no sé qué determinismo fisiológico, de no sé qué finalidad inmanente y no sé qué fatalismo, se em-

peñan en negarle al hombre esa libertad de sus actos, afirmando unos que obra a impulsos de «*lunadas*» o influencias astrales; otros, que obligado por las protuberancias del cráneo que responden a desarrollos anormales de ciertas zonas del cerebro; éstos que impulsados por fuerzas atávicas que lleva en la sangre, o por influencias del clima y del ambiente social y aquellos, que los amorales, los asesinos y ladrones no son sino pobres enfermos de la mente, verdaderos irresponsables que más que castigos, necesitan un buen caldito de gallina para fortificar la cabeza. Y no voy a entretenerme en refutarlos, porque todos estos que así hablan son los primeros en creerse libres y se ofenderían de quien les escupiese al rostro el nombre de *esclavos* o de *hombres-máquinas* y todo ese ruido de teorías y explicaciones no demuestran otra cosa sino la escasa potencialidad de nuestra inteligencia que apenas se mete tres centímetros bajo la superficie de un problema, no consigue sino oscurecer las ideas más claras y los fenómenos más evidentes.

El hombre se ha sentido siempre libre. La conciencia del «deber» es innegable aun en los hombres más desaprensivos. Todos comprenden que deben hacer el bien y evitar el mal y si «deben» es porque «pueden». No tienen otra razón de ser las leyes, los códigos, el establecimiento de premios y castigos que han existido siempre en las sociedades. El mismo Rousseau que defendía ser la sociedad la que hace al hombre malo, no vaciló en escribir estas palabras: «*Oigo hablar mucho contra la libertad del hombre y desprecio todos esos sofismas, porque por más que quieran demostrarme que no soy libre, el sentimiento íntimo que tengo de mi libertad, más fuerte que todos los razonamientos, los desmiente sin cesar.*»

Por otra parte, negada la libertad en el hombre, desaparece necesariamente la responsabilidad y todo eso de bien y de mal, de virtud y de vicio, de moral y derecho serían palabras sin sentido y lo mismo es entonces un criminal que un

santo; lo mismo un hombre honrado, que un canalla, lo mismo una Religiosa que exhala el aroma de su vida pura en medio de los enfermos de un hospital, que una mujerzuela de mal vivir, ya que quitada la libertad, no quedan en el hombre sino actos necesarios. Y contra todo esto protesta el sentido común más rudimentario.

Sí, mi querido amigo. Hay en el hombre una facultad innegable que le coloca sobre todos los seres de la tierra. La libertad. El hombre es dueño de sus actos, puede mientras vive hacer lo que quiera de su vida; puede subir por el sendero de las cumbres y puede arrastrarse como un reptil por el fango de todas las claudicaciones. De esa libertad brotan esas tres clases de hombres, que se encuentran en todos los pueblos, y a veces dentro de los límites restringidos de una misma familia. Hombres buenos, morales, honrados, incapaces de engañar ni hacer mal a nadie, hombres cuya vida es una línea recta y cuya alma tiene la transparencia del cristal; hombres en una palabra que son la alegría y el honor de su familia y la gloria del pueblo donde nacieron. A su lado se mueven hombres sin honradez ni moralidad, tenebrosos, subterráneos, arrastrados siempre por motivos inconfesables. Lo mismo engañan a la mujer a quien prometieron amar, que al patrón a quien deben servir, que al obrero a quien explotan con frialdad. Hombres que a veces no saben guardar ni las apariencias de respeto y educación que se debe a los demás y no inspiran más que repulsión y desconfianza. La vida es una línea curva, tortuosa, que rastrea como las culebras por los lodazales de la sociedad, siendo vergüenza de las familias y lepra de los pueblos. Y entre estos dos tipos extremos encontramos otros más numerosos. Son los hombres débiles en los que no hay unidad de acción entre su razón y su voluntad. A veces vuelan, suben como águilas, a veces caen y se arrastran sin decoro. Su vida es una línea quebrada compuesta de levantamientos y caídas. ¿Quién no ha tropezado en su camino con estas tres clases de hombres que son un argumento incontestable de la libertad humana?

Existe por lo tanto en el hombre la libertad, es decir, el hombre puede hacer de su vida y de sus acciones lo que le dé la gana. Pero esa libertad, que de suyo no tiene límites, necesita ciertas limitaciones, si ha de cumplir el fin para que se nos ha dado, que no es otro que nuestra perfección, ya que las facultades todas del hombre tienden a ennoblecer y no a degradar la naturaleza humana.

De aquí la necesidad que hay de distinguir entre la libertad física y la moral, entre el «poder» hacer una cosa y el «deber» hacerla, entre lo «posible» y lo «lícito», que de no hacer esa distinción, vienen todos los engaños y el confundir la fuerza con el derecho. La libertad, como toda arma peligrosa, es necesario saber usarla, para que no sea un elemento de destrucción. Por eso, aunque el hombre sea libre para hacer lo que le dé la gana, no lo es sino dentro de ciertos límites, si se ha de perfeccionar con ella. Estos límites no son otros que la verdad y el bien que son el objeto propio de la inteligencia y la voluntad. Dentro de esos dos límites es donde la libertad se manifiesta en todo su esplendor.

Y esto no es coartarla, sino asegurarla. ¿Qué sería de un tren de viajeros, si la locomotora protestase, en nombre de la libertad, de los rieles que la dirigen y aseguran la actividad de la expansión formidable de su vapor? ¿Qué catástrofes no produciría! ¿Qué diríamos de una nave que en nombre de la libertad rompiese timón y brújula y se echase a rumbear a su gusto por la inmensidad del océano? ¿Se ha fijado Vd. en un torrente, en una caída tumultuosa de aguas? Para mí es la imagen más perfecta de la libertad y de las limitaciones que necesita para ser un factor de progreso y de perfección. Mírelo cómo baja precipitándose nervioso y agitado por las pendientes; mírelo cómo golpea y lame el suelo con sus lenguas y abofetea todo con sus brazos; mírelo cómo desnuda el terreno y arranca piedras, árboles, puentes, arrastrándolo todo entre sus aguas sucias y turbulentas: mírelo cómo inunda los campos y penetra en las casas, sembrando por todas partes el

espanto, la desolación y la miseria. Pero deje que se acerque un hombre de ciencia, un ingeniero hidráulico, y al ver aquella fuerza salvaje y destructora de las aguas, la encajona en una potente tubería de hierro, la lanza con todo su ímpetu bien dirigido sobre una turbina y la convierte en luz, en electricidad, en fuerza motriz, que lleva la alegría, el progreso y el bienestar a miles de pueblos. Así es la libertad, mi querido amigo, fuerza salvaje de torrente, cuando obra sin hacer caso del orden, de la ley, de la moral; elemento de progreso y perfección, cuando se sabe dirigirla dentro de los límites de la verdad y del bien. Los marinos sajones cantan:

El soplo de las tormentas ayuda a nuestros remeros

Y el mugir de las borrascas y el retumbar de los truenos

Nos llevan, como en su cuna, a donde llegar queremos.

Es lo que los hombres debemos hacer con la libertad.

Usarla de modo que nos lleve a donde debemos ir. Cuando Giotto trazaba su famoso círculo diciendo: «Podéis juzgar mi destreza al ver que sé describir un círculo impecable» cree Vd. que dejaba en gran libertad ni a sus ojos ni a su mano?

¡Libertad de pensamiento!... Pero ¿se ha fijado que esta libertad no existe sino en los locos? Precisamente por eso los llevan al manicomio. Ni el filósofo, ni el sabio, ni el artista son libres para pensar lo que les dé la gana en sus respectivas materias. El filósofo tiene que sujetar su inteligencia a las leyes inflexibles de la lógica, si ha de llegar a la verdad. La Física, la Química, las Matemáticas tienen sus Leyes, sus fórmulas, a las cuales debe someterse el sabio en sus investigaciones y experimentos. El artista encuentra en la música las leyes de la armonía, y el pintor las de los colores, de la perspectiva y de las proporciones; el arquitecto, las de la gravedad y resistencia y sólo sujetando su inteligencia a esas leyes, llegan a ser grandes filósofos, grandes artistas y grandes sabios. De modo que la inteligencia desde el momento en que se propone evitar el error que la degrada y llegar a la verdad que la ennoblece, deja de ser libre para pensar lo que

le dé la gana, porque de otro modo el mundo sería una inmensa casa de locos en la que nadie nos entenderíamos.

Pues lo mismo sucede con la voluntad. El hombre si ha de perfeccionarse y ennoblecerse, no puede ser libre para hacer lo que le plazca, sino que debe encajonar su libertad dentro de los límites del bien, de la Ley moral, del derecho y sólo entonces se puede esperar de él la honradez, la fidelidad, el respeto, la justicia, la civilización. Deje que el hombre haga lo que le dé la gana y tendremos la sociedad convertida en una manada de fieras que hay que cazarlas a tiros por las calles. Por eso dice el cantar:

Quando oigas que en la calle, todos gritan ¡Libertad!
Cierra prontico la puerta, que te van a acogotar.

No es libertad todo lo que se pide con ese nombre. ¡Libertad! pide el artista y aparece el desnudo más provocativo en los museos, en los teatros, en los cines, pervirtiendo la inocencia y excitando las pasiones. ¡Libertad de imprenta! y se insulta, se difama, se calumnia y se pone en peligro la patria desde la mesa de una redacción. ¡Libertad de enseñanza! y se suprime el catecismo y la Religión en Escuelas, Institutos y Universidades, borrando de la juventud la idea de Dios única base de la moral y el respeto a la autoridad que es la garantía del orden. ¡Libertad de comercio! y brotan los explotadores y acaparadores sin conciencia que encarecen la vida y hunden en la miseria a los pueblos. ¡Libertad de trabajo! y sale esa nube de vividores que explotan y esclavizan a los obreros siempre niños y siempre ingenuos. ¡Libertad de palabras y en mítines y conferencias, reuniones y conversaciones se miente, se insulta, se incita al crimen, se soliviantan las pasiones y los instintos animales que todos llevamos dentro. Y todo eso y otras cosas que me callo, así son libertad, como yo soy turco. Abusos y nada más que abusos, amigo mío. Porque ¿que hay en el fondo de todos esos gritos sino la fiera humana que quiere romper los barrotes de la jaula, una aspiración inconfesable de traspasar los límites que la ley, el

orden y la moral imponen a la fuerza bruta de la libertad humana? Libertad sin Dios, ni religión proclamada y enseñada ante jóvenes incautos y ante el pueblo sin instrucción. Y la prueba está en que todos esos que tanto se entusiasman con la libertad entendida a su modo son los más intransigentes, los más tiranos y los que no permiten que nadie piense de otro modo distinto al de ellos.

El pensamiento libre proclamo en alta voz
Y... muera el que no piense igual que pienso yo.

Inconsciencia que si no fuera asqueante, sería digna de compasión. Esos son nuestros grandes enemigos porque no cesamos de recordar la necesidad que hay para el individuo y la sociedad de encauzar la libertad dentro de los límites de la ley y de buena gana nos cortarían la cabeza, como a Luis XVI. ¡Qué verdad tan amarga encierra la frase pronunciada por Juana Roland, desde su cadalso! «¡Oh Libertad, Libertad! Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» A la libertad pueden aplicarse las palabras de Pascal:

«Qui fait l'ange, fait la bête.»

Es cuestión de saber usar de ella.

Termino, mi querido amigo. Es fácil gritar ¡viva la libertad! Lo difícil es ser libre dentro de los límites de la verdad y del bien. Yo no encuentro definición más clara y exacta de la libertad que la que da Santo Tomás: «*Vis electiva mediorum, servato ordine finis.*» Es la facultad de elegir los medios, dentro del orden que conduce al fin. Lo cual Cicerón ya había dicho, al afirmar que «la libertad consiste en ser esclavo de la Ley.» y el inmortal García Moreno lo condensó en aquella frase lapidaria: «*Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores.*» Lo contrario, no producirá nunca sino esa nube de libertinos, desazón de familias y lacra de los pueblos en que viven.

(1) Lo que hace al ángel, hace a la bestia.

Que haga el bien, pudiendo hacer el mal y que ejercite siempre su libertad dentro de la ley, del orden y de la moral, es lo que hoy le desea su affmo amigo y s. s.

fr. Miguel de Pauplona
o. m. c.





CARTA DECIMAOCTAVA

El porqué del hombre

MUY señor mío y amigo: No sé si ante las preguntas que en su última me hace y que demuestran bien a las claras la preocupación originada en su espíritu por el problema religioso, no sé—digo—si voy a poder mantenerme en el terreno puramente filosófico, ya que algunas de ellas tocan en las fronteras de lo sobrenatural que me había propuesto no traspasar, pues con mi correspondencia no pretendo otra cosa sino demostrarle la racionalidad de nuestras creencias religiosas frente a las dudas y objeciones que Vd. me hace.

Cierto, ciertísimo, aquello de la fuente de Dobson:

Time flies, you say ¡Ah, no!

Time stays, we go. (1)

Somos nosotros los que con nuestro incesante movimiento y nuestro continuo pasar por la vida, hemos elaborado la idea de tiempo. Somos nosotros los que marchamos. Pero ¿a donde? ¿Hacia algo real y positivo que se presenta a nuestro espíritu como una estación de llegada, o vamos hacia el vacío y la nada de donde nos sacó Dios con su fuerza creadora? Esto último no es posible desde el momento en que existe como vimos, en el hombre un elemento inmortal, el alma, y no tiene razón por lo tanto aquel

Cae en mortal cautiverio
cuanto el alma, inquieta y muda,
Busca y ama, anhela y nombra.

Nuestra vida en el misterio

(1) Tú dices que el tiempo pasa. ¡Oh no! Somos nosotros los que pasamos.

Nuestro destino en la duda
 Nuestro término en la sombra,

con que Núñez de Arce pagó tributo al excepticismo irreflexivo de su tiempo, tan de moda entre los que se jactaban de «*intelectuales*». Lo racional y lo indiscutible es que si el hombre es inmortal en su parte más noble y si el hombre sin embargo pasa y desaparece, en algún sitio se ha de encontrar después de su muerte y hacia algún término se ha de mover mientras vive. No está por lo tanto fuera del lugar lo que Vd. con cierto aire zumbón me pregunta:

«Pero, R. P. ¿qué es eso del cielo y del infierno? ¿Qué son esos goces y tormentos tan materiales, tan sensualistas, tan exagerados de que Vdes. nos hablan y que, si conmueven a las mujeres, no logran convencer a los hombres? ¿Qué son esos destinos de las almas, esos premios y castigos, esas alegrías y esos tormentos que con más o menos variantes se encuentran en todas las religiones? ¿Es cierto que hay algo que esperar y algo que temer después de esta vida?»...

¡Muy bien, mi querido amigo! Con sus preguntas me introduce Vd. en la cuestión importantísima del fin que tiene el hombre y hacia el cual se ha de dirigir libremente, si quiere evitar el fracaso de su inmortalidad. Saber a dónde vamos, saber donde está el término de nuestra vida y una vez conocido, tener el valor de encauzar hacia él nuestra conducta, he ahí el gran problema, la gran cuestión, que bien pocos se atreven a afrontar, porque presienten que ella implica la rectificación de todos sus errores y de todos sus vicios, que es lo que no están dispuestos a realizar.

Voy pues a decirle lo que hay de cierto sobre asunto de tanta importancia.

Hemos visto en nuestras cartas anteriores como recordará, que es una verdad filosófica y científica que el hombre viene de Dios, que en su origen es obra directa de la divina omnipotencia, por mucho que griten y protesten todos los secuaces del evolucionismo materialista. Pero aquí viene el pro-

blema. ¿Qué fin se propuso Dios al sacarle de la nada y colocarle entre los seres de la creación? ¿Cual es el término, la estación de llegada a que se dirige su existencia tan movediza y donde por lo tanto ha de encontrar su fijeza, su inmovilidad y su reposo, como la piedra, que lanzada al espacio por una mano vigorosa, llega, después de recorrer una trayectoria más o menos larga, a descansar en su centro de atracción? Que la existencia del hombre en la tierra obedece a algún fin, creo que no hay ni que discutirlo, pues si nosotros a pesar de nuestra imperfección damos siempre alguna finalidad a nuestras obras, me parece no se lo hemos de negar a Dios, inteligencia absoluta y sabiduría infinita. El problema por lo tanto no está en demostrar que el hombre tiene un fin impuesto por Dios y al cual debe dirigirse libremente, porque libre es su naturaleza, sino en determinar cuál sea ese fin que debe realizar, so pena de sufrir un fracaso de consecuencias irremediables.

Pues bien, mi querido amigo, para solucionar ese transcendental problema de la vida tenemos dos caminos. Uno, estudiar a Dios, causa del hombre, porque en la causa se encuentra la razón de ser de los efectos y otro estudiar al hombre, ya que en su naturaleza deben palpitar las tendencias a esa finalidad.

Estudiemos a Dios. Puesto que El ha sido el Creador del Universo, incluso el hombre, es lógico deducir que toda la creación es una demostración de su Poder y Sabiduría. Se ha portado en su obra creadora algo así como el artista que hace una exposición de sus obras para demostrar el valor positivo de su genio. Claro está que el valor intrínseco del artista ni aumenta, ni disminuye con eso; ni será más porque le alaben, ni será menos porque le critiquen, pero es innegable que de la exposición pública de sus obras surge para él una gloria, que es lo que busca al realizarla y todas ellas contribuyen a ese resultado. Eso mismo ha hecho Dios con la creación; publicar mediante las criaturas su Poder, su Bondad,

su Sabiduría y el hombre como parte integrante y sobre todo, inteligente de esa creación, tiene como fin, reconocer y manifestar en su ser y en la conducta de su vida, la gloria de Aquel que le creó.

Añada a esto que Dios por el hecho de ser causa, y origen del hombre, tiene sobre él derecho de propiedad perpetuo inalienable, de modo que el hombre es de Dios y para Dios y como al decir de los juristas «*res clamat domino suo*» (1) se deduce que hay en nosotros algo que nos sujeta a Dios y que nos dice que todo cuanto hagamos por independizarnos de El, es un atropello que cometemos contra ese derecho. El es el océano de donde han salido todos los ríos, y todos los ríos tienden a volver al mar de donde salieron, como los efectos refluyen a sus causas y en ellas encuentran la razón de su existencia.

Además, Dios es el Bien infinito y por lo mismo es el amor sin límites, ya que el bien tiende a comunicarse y la comunicación del bien constituye la esencia del amor. De aquí se sigue que, al Crear Dios al hombre y al mantenerlo en la existencia, no ha pretendido otra cosa, que comunicarle algo de su bondad, de sus perfecciones, de su felicidad, cosas todas que el hombre debe reflejar en su vida y que constituyen también el fin de su existencia.

Todo esto significa, mi querido amigo, que el fin y la razón de ser del hombre no es otra que dar gloria a Dios, *conociéndole*, puesto que tiene inteligencia, *amándole*, puesto que tiene razón y *obedeciéndole*, ya que está dotado de libertad. Esto es lo que se llama el fin próximo del hombre, el fin que debe realizar en esta vida y que se perfeccionará en la otra.

Me dirá Vd. que es mucha filosofía ésta, que todo este razonamiento le resulta vago, obscuro, sin suficiente valor demostrativo. Y ¿que quiere Vd. que yo le haga? Las cosas son así y yo no tengo la culpa de que Vdes. no se hayan

(1) Las cosas tienden a su dueño.

acostumbrado a profundizar en estos problemas que niegan y rechazan con una temeridad tan grande como su ignorancia, porque más que de ideas viven de sensaciones.

Pero estudiemos también un poco nuestra misma naturaleza y en ella encontraremos algo que nos ayudará a solucionar la importante cuestión de nuestro destino.

Es innegable que existen en el hombre señales de una orientación fija hacia un punto misterioso que le atrae, como atrae el polo magnético a la aguja imantada de una brújula. Estamos imantados, mi amigo. Hay en nosotros inquietudes, aspiraciones y anhelos que nos traen en continuo desasosiego. Hay sueños, ansias, deseos que quisiéramos realizar. Hay en una palabra un hambre insaciada e insaciable de felicidad. Todos la buscamos. Como jauría de perros cazadores que rastrean la presa, vamos los hombres oteando por todos los caminos de la vida con la esperanza de poder acallar alguna vez esa aspiración, esa hambre de felicidad que todos sentimos y que sin embargo nada ni nadie sacia, porque nada nos satisface y todo nos desilusiona, pudiendo exclamar que

*Por todas partes implacable y frío
Fué detrás de mis pasos el hastío.*

¿Es posible, mi querido amigo, que Dios haya lanzado el hombre a la existencia, para que pase por el mundo, como otro Sísifo, cargado con el peso enorme del vacío que siente en su corazón, para que se agite sin descanso en derredor de algo que no existe, para que sienta hambre de una felicidad que jamás encontrará, para que muera desesperado después de haber sentido la mordedura de aquella bestia

*Che mai non empie la bramosa voglia
E dopo il pasto ha piu fame che pria? (1)*

Esto no puede ser. La Bondad de Dios lo repugna. Es necesario que todas esas aspiraciones tengan un objeto que las sacia y cuya existencia real, y positiva es precisamente la

(1) Nunca llena su insaciable hambre, y cuanto más come, más la siente.

causa que las produce, pues de otro modo tendríamos el absurdo de que había en el hombre una tendencia sin fin y un efecto sin causa.

¿Dónde está, pues, esa felicidad a la que el hombre tiende naturalmente, si en el mundo no se encuentra? ¿Dónde está ese fin, ese descanso, esa plenitud de todos sus deseos, si el mundo no se la da? ¿Dónde?.. En Dios, mi querido amigo, sólo en Dios. La inteligencia no se sacia, sino con toda la verdad, con la verdad absoluta y la Verdad absoluta es Dios. El corazón no descansa, sino con todo el bien, con todo el amor, y el Amor y el Bien absolutos, eternos, son Dios. El cuerpo y el alma buscan goces y deleites que no hastien, que no cansen y sólo Dios es la Belleza absoluta y la fuente inagotable de todos los deleites. Sólo Dios puede saciar esas aspiraciones del hombre; sólo Dios es su fin, su descanso, su plenitud, su destino, que por eso cantaba Santa Teresa:

*Nada te turbe, nada te espante,
Todo se pasa, Dios no se muda,
Sólo Dios basta.*

y antes lo había dicho San Agustín: Señor, nos hiciste para Tí, sólo para Tí; por eso sufre nuestro corazón, mientras no descansa en Tí.»

Ya lo ve, pues, mi amigo. Tanto si miramos a Dios como como si estudiamos nuestras inquietudes y aspiraciones, vemos que el fin del hombre, el por qué de su existencia es el mismo Dios que le creó. Conocer a Dios y conociéndolo amarle y amándolo poseerle y poseyéndolo gozarle y con este gozo ser felices. Este es el fin y la felicidad «naturales» que consiste en el conocimiento discursivo de Dios y en el amor que de este conocimiento resulta; amor, que mientras vivimos en este mundo, se traduce por la obediencia a sus Leyes. Esto llegaron a comprenderlo los grandes filósofos del paganismo. La naturaleza del hombre no exige más y Dios podía muy bien haberse detenido aquí, pero su amor sin límites nos ha asignado otro destino superior, sobrenatural, que no entra ya

en el terreno de la razón y de la Filosofía y que constituye lo que llamamos «*el Cielo*», del que Vd. parece reirse, sin duda por no haber entendido su significado y por eso voy a decirle unas palabras.

Ante todo el cielo que, como le digo, es el destino sobrenatural del hombre, no es un lugar sino un estado del alma. El cielo es la posesión de Dios mediante el conocimiento y el amor, realizado de un modo que jamás hubiera soñado el hombre. Por eso donde está Dios está el cielo para las almas y como Dios está en todas partes, en todas partes puede estar el cielo.

Además el cielo no consiste, como Vd. dice, en goces materiales y sensualistas, sino en la visión y el amor de Dios, de donde resulta el reposo, el descanso, la satisfacción de todas las aspiraciones que tanto torturan aquí abajo al hombre, la unión de todos los bienes, la ausencia de todos los males y la seguridad de que este estado de plena felicidad ha de ser eterno como Dios es eterno y el alma inmortal. Esto es el cielo del que se ha dicho con mucha razón que todo cuanto podamos hacer y padecer en la vida por conseguirlo no es nada en comparación de esa gloria y esa dicha que Dios tiene preparada a los que han sabido amarle sobre la tierra y que hacía exclamar a Santa Teresa.

*Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

Si nosotros lo materializamos es para comprenderlo de alguna manera.

La naturaleza humana ni es capaz, ni exige de suyo semejante elevación, como es ver a Dios, no indirectamente por medio de la razón, sino cara a cara, ayudados de esa ley de óptica especial, de esos anteojos de larga vista, que los teólogos llaman «*lumen gloriae*», luz de la gloria, y allí sumergirnos en los resplandores de la verdad eterna, y sentir el amor sin límites, el gozo sin medida, la satisfacción y el des-

canso de todas nuestras aspiraciones, todo lo cual lo describe Dante en sus admirables tercetos de esta manera:

*Lume é lassu che visibile face
Lo creatore a quella creatura
Che solo in lui videre ha la sua pace.
Luce intellettuale piena d' amore,
Amor di vero, bien pien di letizia,
Letizia che trascende ogni dolore. (1)*

Este fin que esperamos los cristianos dista mucho, como ve, del fin natural y de la doctrina puramente filosófica que nace como consecuencia de la existencia de Dios Creador por un lado y de la inmortalidad del alma por otro, pero no las contradice, sino que las sublima. Aquí, como siempre, la fe y la revelación completan y perfeccionan la visión restringida de la razón. Como dice muy bien Hettinger. »El cristianismo por todo su contenido pertenece a un orden sobrenatural. Su esencia es toda misterio y milagro, de modo que la vida eterna (ese destino que corona la existencia del hombre) debe ser considerada como el más grande milagro y el misterio más sublime, ya que siendo la esencia de Dios inaccesible para la razón, es un misterio el que ésta pueda conocerla directamente y como lo que no se puede conocer no se puede desear, resulta que su posesión por el amor es también un milagro.

Pero ya le digo que estamos en pleno terreno de lo sobrenatural que me había propuesto no tocar. Que Dios, mi querido amigo, le ilumine, para comprender estas ideas que encierran la solución del transcendental problema de nuestro destino. Se lo desea muy de veras su affmo. amigo y s. s.

Miguel de Pauplous
ome

(1) Y allí hay una luz que hace visible el Creador a la creatura, la cual con solo verle encuentra su paz. Luz del entendimiento, llena de amor; amor de la verdad y del bien lleno de alegría; alegría que ahuyenta todo dolor.



CARTA DIEZ Y NUEVE

¿Es verdad que el infierno existe?

MUY Sr mío y amigo: Veo por la suya que, a pesar de lo árido de los razonamientos, ha comprendido Vd. perfectamente la importante cuestión de nuestro destino y la diferencia que existe entre nuestro fin natural y el fin sobrenatural a que Dios ha querido elevarnos sin ningún derecho de nuestra parte. ¡Con qué facilidad admitimos lo que nos alaga, lo que nos conviene! Pero quisiera que no olvidara que la consecución de ese último fin, es decir, el cielo, la felicidad, implica de nuestra parte una vida moral, recta, de mortificación constante de nuestras pasiones, una vida de sujeción a la leyes, de hacer el bien y evitar el mal y que sin esta cooperación libre, valiente y esforzada no llegaremos nunca a conseguirlo.

«Pero—exclama y me ha hecho reír su salida—a pesar de tanta dicha como S. R. pinta, me parece que siento olor a chamusquina, me parece que tenemos en puertas el infierno, esa idea antipática y repulsiva que tan odiosa hace a la Religión y tanto desdice de la Bondad y Amor de Dios y de la cual se sirven Vdes para espantar a los espíritus apocados y analfabetos».

Sí, mi querido amigo, hoy quiero hablarle del infierno, no solo porque así me lo pidió Vd. en su carta anterior, sino porque es lógico que después de haber tratado de nuestro último fin, que es Dios conocido y amado, tratemos del reverso de la cuestión, es decir, del infierno, ya que no todos los hombres caminan por la línea recta del deber. Y cónstele desde ya, que aquí no se trata de espantar ni engañar a nadie, sino de investigar qué hay de cierto en ese asunto, dejando a un

lado todo sentimentalismo y guiándonos tan solo por la luz fría de la razón.

Mi afirmación categórica es ésta. El hombre que *voluntariamente* se desvía del fin para el que Dios lo creó, llega después de la muerte a un término de penas y castigos que no tendrán fin, o lo que es lo mismo, existe el infierno y el infierno es eterno. Voy a decirle en qué me fundo para lanzar esta afirmación tan tremenda.

Sabemos ya, que el hombre es libre y que por ser libre puede resistir a Dios, desentenderse de El y contrariando las inclinaciones de su naturaleza, oponerse a la realización de su último fin. Este apartamiento y desobediencia, esta rebelión consciente y voluntaria a los designios de Dios es lo que llamamos el pecado. Que haya hombres así, que nada quieren con Dios, ni con su alma, ni con su conciencia, hombres que ponen obstáculos al plan de Dios, Vd. lo sabe tan bien como yo. Lo ha dicho Amado Nervo:

En la armonía eterna pecar, es disonancia.

Pecar, proyecta sombras en la blancura astral.

En la madeja santa de luz de los destinos,

Pecar es negro nudo, tosco nudo aislador.

Pecar, es una piedra tirada en los caminos

Del amor.

Pues bien, de la existencia de la libertad por un lado y de la existencia de un Dios justo por otro, nace en el hombre el sentimiento de la responsabilidad. Nos sentimos responsables porque nos sentimos libres y de no ser almas degeneradas, todos sentimos interiormente el remordimiento, cuando abusando de la libertad, pisoteamos las leyes de la moral y del deber y ahogamos la voz de la conciencia que nos dice: «Haz el bien y evita el mal.» Entonces es cuando el hombre comprende que es digno de castigo y que debe haber por lo tanto una sanción. Y esta sanción para los transgresores voluntarios y conscientes de la ley, es el infierno.

Así lo ha comprendido siempre la humanidad que no ha

podido nunca separar la idea de Dios, de la idea del premio o del castigo, como si lo uno fuera consecuencia de lo otro. Por eso la creencia en el infierno se encuentra lo mismo en la India que en Egipto, lo mismo en Persia que en China, lo mismo en Oriente que Occidente. Tomará distintas formas, se envolverá en un ropaje de fábula o de leyenda, pero en el fondo, siempre se encuentra el castigo como sanción de la vida culpable. Recuerde a Leteo y Aqueronte, ríos del infierno por donde Carón dirige su barca fatídica cargada de almas quejumbrosas. Recuerde a Minos y Radamantos, jueces del Averno. A veces esas penas son producidas por un gusano que nunca muere; por un buitre que arranca a pedazos el hígado del infeliz Ticio. A veces es Teseo condenado a inmovilidad eterna o Sísifo que sube la pendiente abrupta de la montaña cargado de un enorme peñasco sin poder nunca llegar a la cumbre, o Tántalo que agoniza de sed sin poder tocar el agua que le llega a los labios.

¿Quién no recuerda aquellos versos de Virgilio que parecen martillar al pobre condenado:

Sedet, aeternumque sedebit

Infelix Theseus (1)

y aquellos otros de Ovidio que imitará más tarde el inmortal florentino:

Sisiphon aspiciens, cur hic e fratribus, inquit,

Perpetuas patitur pœnas? (2)

El mismo poeta Virgilio, después de hacer una descripción espeluznante del Averno, que así llama él al infierno, exclama desalentado:

Non mihi si linguæ centum sint, oraque centum

Ferrea vox omnes scelerum comprehendere formas,

Omnia poenarum percurrere nomina possim. (3)

(1) Y allí está sentado el infeliz Theseo y lo estará eternamente.

(2) Mirando a Sísifo preguntó: ¿Porqué sufre éste ese castigo eterno?

(3) Aunque tuviera cien bocas y cien lenguas, aunque mi voz fuera resistente como el hierro, no podría contar todas las formas de castigos que allí hay, ni decir todos los nombres de los crímenes que allí conducen.

Y Platón afirma categóricamente que «aquellos cuyo estado de alma ha sido reconocido, como incurable a causa de sus crímenes, son precipitados al fondo del Tártaro de donde no saldrán jamás.» Y Lucrecio pedía a gritos que se arrancara de la humanidad ese pensamiento del infierno que no dejaba gozar con tranquilidad los placeres de la vida.

¿Me querrá Vd. decir de dónde pudo venir a los pueblos paganos esa creencia tan unánime y persistente del infierno? Déle Vd. la explicación que quiera, pero la lógica más vulgar nos dice que algo serio debe haber en el fondo, cuando tan universal y firme es el asentimiento que le han prestado todas las religiones y todas las filosofías desde la más remota antigüedad.

La razón por su parte nos dice que el bien y el mal son dos líneas divergentes que no pueden nunca confundirse en un mismo punto, sin que desaparezca desde ese momento la distinción radical que los caracteriza. El bien siempre estará separado del mal, como la verdad del error y lo blanco de lo negro y nunca podrán tener el mismo término. Por eso, si hay un cielo como término del bien, necesariamente ha de haber un infierno como término del mal. Si el bien y el mal produjeran el mismo resultado final, si un hombre justo y un hombre pecador llegaran al mismo destino en un momento cualquiera ¿dónde estaría su diferencia? ¿Dónde la Justicia y Sabiduría de Dios? Poco importa para el caso que el pecador llegara más tarde, como pretenden algunos. Desde el momento en que llegara, desaparecería la diferencia y tendríamos el absurdo de que el bien y el mal habían llegado al mismo destino y dos líneas divergentes se habían encontrado en un mismo punto y la Justicia de Dios se había visto burlada, vencida, impotente ante el hombre, que hacía de su vida lo que le daba la gana, seguro de salir con la suya y de llegar algún día a la felicidad. Y esto comprenderá Vd., mi querido amigo, que no puede ser mientras Dios sea Dios.

¡Que no puede conciliar las penas del infierno con el

amor infinito de Dios! Y ¿puede Vd. conciliar la vida inmoral, rebelde, acanallada de muchos y el desprecio consciente y voluntario con que se burlan de lo más santo y sagrado, con la Justicia también infinita de Dios? Ciertamente que Dios es amor, pero así como se arroja a la basura una fruta podrida por mucho que nos guste, así como una madre saca de casa el cadáver de su hijo por mucho que le ame, así Dios, a pesar de su amor, separa de sí las almas que por sus abusos de la libertad quedaron en estado incurable después de la muerte. Dios es amor, es verdad. Pero ¿ha pensado Vd. alguna vez en lo que es un amor infinito ultrajado, ofendido, despreciado, traicionado a sangre fría, a pesar de todos los llamamientos, de todos los avisos, de todos los beneficios? El amor lo perdona todo; menos el no ser correspondido, y el pecador no ha querido amarle y ésto libremente, conscientemente. Si hay algo con lo que no se puede jugar es con el amor y sobre todo con el primer amor. Por eso Dante pone al amor de Dios entre los cuatro arquitectos que han fabricado el infierno.

Giustizia mosse il mio alto fattore,

Fecemi la divina potestate

La somma sapienza, il primo amore (1)

Con lo dicho tiene Vd, mi querido amigo, más que suficiente para darse cuenta de las graves razones que afirman la existencia del infierno, a lo cual he de añadir algo para demostrarle que ese infierno es también eterno; no tendrá fin.

Fijese en cómo toda la antigüedad pagana creyó inseparables el infierno y su eternidad. El hígado del infeliz Ticio que se reproduce sin cesar a medida que el buitre lo devora; el no poder llegar jamás Sísifo a la cumbre de la montaña con su peñasco, porque siempre se le cae; el vaciarse el pozo de Tántalo cada vez que el agua le llega a los labios, todo esto no son sino figuras que simbolizan la eternidad de las penas.

(1) La Justicia movió a mi gran Hacedor; fabricáronme la divina Omnipotencia, la más alta Sabiduría y el primer Amor.

Hay una antiquísima canción bretona que dice refiriéndose al infierno:

*Las puertas están cerradas
Dios echó los cerrojos,
Y no las volverán a abrir
Porque las llaves se han perdido.*

Es que todos se han dado cuenta de que el infierno dejaría de serlo, si hubiera por cualquier motivo una esperanza de término,

Sí, mi amigo, el infierno es eterno, porque el principio y fin de las cosas son eternos por su naturaleza. El principio no puede tener otro principio, y el fin no puede tener otro fin, pues de lo contrario, no serían ni principio, ni fin. La vida del hombre se desenvuelve entre esas dos eternidades, y como la eternidad, por su misma naturaleza excluye la noción de tiempo, no tiene pasado, ni futuro, sino que es algo indivisible, resulta que al abrirse las puertas de la eternidad para el hombre, lo que es, es y nada más. Este pensamiento es el que cristaliza Dante en su terceto cuando hace hablar al infierno:

*Dinanzi a me non fur cose create
Se non eterne, ed io eterno duro.
Lasciate ogni speranza voi chi entrate! (1)*

Dicen que no hay proporción entre el pecado que se comete en un momento y la eternidad del castigo. Pero ¿quién les ha dicho que la medida del castigo se toma de la duración del delito? ¡Si no es el tiempo lo que se castiga, sino la ofensa, la rebeldía, la contumacia! Y como el pecado es una ofensa infinita, porque recae sobre Dios, que es infinito, de aquí que la justicia exija que el castigo tenga carácter de infinito y esto se consigue, haciendolo eterno.

Pero ¿no podrían los condenados arrepentirse en el in-

(1) Ante mí no hay criaturas; sino cosas eternas, yo soy eterno. Perded toda esperanza los que aquí entráis.

fierno? ¿No podrán sus penas expiar la culpa que cometieron? No, mi querido amigo. Dios no nos puede salvar a la fuerza. Somos libres y libremente nos acercamos o nos alejamos de El. De modo que, para que un condenado saliera del infierno, necesitaría hacer un acto libre de arrepentimiento y amor y esto es lo que no puede, porque ni en el cielo ni en el infierno existe la libertad. Esta es factor del tiempo, de la vida y termina con la muerte, límite justo y necesario impuesto por Dios a la actividad libre del hombre. Si así no fuera, ¿qué haríamos de la vida, si pudiéramos arrepentirnos más allá de la muerte? Si aun siendo tan incierta y corta la vida, si aun sabiendo que con la muerte empieza lo irremediable, jugamos tan a sangre fría con nuestro destino, ¿qué haríamos si tuviéramos por delante toda la eternidad para arrepentirnos? ¡Cómo nos burlaríamos y reiríamos de Dios! Por otra parte, las penas que allí se sufren, no expían nada, porque no son un remedio curativo, son un castigo merecido y nada más.

Sé que todas estas razones, por fuertes que sean, dejarán en su espíritu cierta obscuridad que les quita la evidencia, pero recuerde que estamos pisando los umbrales de lo sobrenatural donde todo es misterio y milagro y en esas regiones nuestra razón no puede tener la claridad que tiene en el terreno puramente filosófico; pero dése cuenta cómo la fé, que nos asegura que hay un infierno eterno, no hace sino iluminar y confirmar lo que la razón presente y olfatea.

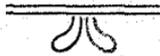
De todos modos—le diré con Balmes—dentro de cincuenta años esta cuestión pavorosa estará prácticamente resuelta para Vd. y para mí y ojalá que no tengamos que llorar eternamente el habernos aventurado demasiado, fiados en negaciones absurdas y en dudas sin consistencia, olvidados de que por mucho que neguemos y protestemos, no hemos de impedir que la justicia de Dios siga su camino, como no perturba la marcha de los astros el puñado de arena arrojado al aire por un niño.

Dónde está el infierno, quiénes se encuentran en él, de

qué naturaleza son sus penas y otros problemas parecidos, que el hombre puede ponerse, son de bien poca importancia ante la verdad innegable de que hay un infierno de sufrimientos indecibles y eternos, castigo de la desviación voluntaria de nuestro destino y que en el estado en que nos sorprenda la muerte, así quedaremos sin remedio.

Que medite sobre estas verdades tan serias y de tanta transcendencia, es lo que le desea su affmo. amigo y s. s.

Benigno de Pauplona



CARTA VEINTE

Existencia del Purgatorio

MUY señor mío y amigo: Veo que le ha impresionado profundamente mi última carta en la que, suprimiendo todo sentimentalismo y toda exageración imaginativa, me concreté a demostrarle la existencia del infierno, ese lugar y estado de las almas en que de modo tan trágico, resplandece la Justicia eterna de Dios, sobre los hombres que tuvieron la desgracia de salir de este mundo rebeldes y contumaces en el mal. Y tiene Vd. razón al aplicarles a esos infelices el verso de Lord Byron:

«*Wrung wiht the wounds wích kill not, but ne'er heal.*»
porque efectivamente allí sufren heridas que no matan, pero tampoco cicatrizan.

Me felicito, pues, de que mi carta haya sido para Vd. un descubrimiento por las razones que abogan en favor de una verdad que Vd. creía elaborada por la Iglesia para espantar a espíritus débiles. Así irá dándose cuenta de que la fe no anda reñida con la razón y de que somos algo más «*racionalistas*» de lo que Vdes. nos suponen.

„La cuestión del infierno, —me dice,—ha traído a mi memoria el recuerdo del Purgatorio, del que he leído y oído decir que es otra de las invenciones clericales, un artículo de comercio, que explota admirablemente la Iglesia, sorprendiendo la credulidad y el sentimentalismo de las gentes sencillas, para sacarles bonitamente el dinero a cambio de oraciones, sufragios y misas. ¡Parece—prosigue Vd. con frase volteriana—que las almas del Purgatorio son bastante productivas!...»
¡Qué triste es, mi buen amigo, repetir siempre las mismas

(1) Heridos con heridas que no matan pero que tampoco cicatrizan,

objecciones sin tener siquiera el mérito de la novedad! Esos chistes burdos, hijos de la ignorancia y de la mala fe, esa falta de razones serias con que los incrédulos nos combaten, son la mejor prueba de la razón que nos asiste a los católicos y del buen terreno en que nos encontramos.

Veamos, pues, lo que hay acerca del Purgatorio. Y ante todo debo recordarle que la existencia de un lugar donde las almas se purifican de sus manchas mediante el dolor, y en el que pagan las deudas que tienen contraídas con Dios, es una verdad tan accesible al hombre que, como ha dicho Mr. Bougaud, podría muy bien pasar sin pruebas, y tan natural y necesaria que aunque no lo afirmara la fe, la hubiera descubierto la razón. Y buena prueba de ello es que en pleno paganismo nos hablan de ese lugar de expiación de las almas, Platón siguiendo a Sócrates, Virgilio interpretando a Pitágoras y Cicerón en su libro *«De República»* tratan de él. Sabido es que los sacrificios, las ofrendas y las oraciones por los muertos son fenómenos fijos y constantes, que se encuentran en todas las Religiones de todos los tiempos anteriores al cristianismo. No tengo porqué recordarle la famosa ofrenda de 12.000 dracmas de plata, enviada a Jerusalén por los soldados de Judas Macabeo, para que se orase por los caídos en la guerra que sostenían contra los enemigos de su Religión y de su Patria. Supongo que sabrá Vd. que ni Pitágoras, ni Sócrates, ni Platón, ni Virgilio, ni Cicerón, ni los Macabeos del pueblo judío eran curas o frailes, pues ni siquiera pertenecían a la Iglesia Católica, que todavía no existía en el mundo.

Y nada quiero decirle de los mahometanos y de muchos de los protestantes, que, apesar de no hacer muy buenas migas con los católicos, admiten también el Purgatorio. Le digo ésto, para que se dé cuenta de la ignorancia estúpida que supone el atribuirnos la invención de una idea que palpitaba en la conciencia de los pueblos muchos siglos antes de que existieran la Iglesia y los sacerdotes católicos en el mundo. Por lo demás, el sacerdote no explota, ni puede explotar nada del mi-

nisterio sagrado que ejerce. No hace sino vivir del altar, como todo hijo de vecino vive del oficio que ejerce. El sacerdote también es hombre y tiene sus necesidades, mayores de las que muchos piensan y a las cuales tiene que acudir con los exiguos haberes que percibe, sujetos a tarifas bien determinadas por los Superiores y generalmente deficientes. Pero en fin, en ésta como en otras muchas cosas la ignorancia es muy atrevida y los que más gritan son los que más debieran callar por ser los que menos dan.

Dejando pues, a un lado estas tonterías faltas de seriedad, voy a demostrarle el argumento de razón en que nos apoyamos para admitir la existencia de ese lugar de expiación, que se llama Purgatorio y en el que se encuentran, como dice la «Divina Comedia»

.....*color che son contenti*
Nel fuoco, perche speran di venire,
Quando che sia, alle beate genti. (1)

He aquí el argumento. Si existe Dios, existe el Purgatorio y si el Purgatorio no existe, tampoco existe Dios. Es así que existe Dios. Luego.....

Este argumento que así enunciado suena como un sofisma y parece una exageración, pues se diría que hace depender la existencia de Dios de la existencia del Purgatorio, es no obstante de una lógica aplastante cuando se coloca a la Justicia divina frente al problema que plantean los diferentes estados en que se encuentran las almas al salir de este mundo.

Sabemos ya que las almas íntegramente puras tienen por premio inmediato el cielo; las almas que salen del mundo obstinadas en el mal tienen su castigo en el infierno. Pero ¿es que morimos todos en el bien absoluto o en el mal absoluto para ser dignos de entrar inmediatamente en uno de esos dos

(1) Los que están contentos en el fuego, porque tiene esperanza de llegar algún día a vivir entre los bienaventurados.

lugares definitivos? No. Hay una infinidad de estados de almas intermedio. Como dice Häse, uno de los protestantes que admiten el Purgatorio, «la mayor parte de los que mueren son demasiado malos para ir directamente al cielo o demasiado buenos para ir al infierno.» Porque ¿quién es el hombre, por bueno y santo que sea, que al atrevesar el mundo, no se ha manchado más o menos con el polvo de su peregrinación? ¿Quién es capaz, sin que con esto admitamos las doctrinas deterministas de la escuela de Lombroso, de calcular, aun en los que llamamos grandes pecadores, el grado de responsabilidad y por lo tanto de culpabilidad que encierran sus actos, sabiendo como sabemos lo débil de nuestra razón, lo fuerte de las pasiones, el atractivo del mal, cosas todas que oscurecen la inteligencia y debilitan la voluntad del hombre y que tan difícil hacen en la práctica la aplicación de esas ciencias de la Moral, el Derecho penal y la distribución de la justicia en los Tribunales?

Si yo le hiciera a Vd. esta pregunta atrevida;—Su difunta madre ¿era buena como un ángel o mala como un demonio?—Seguramente que Vd. me contestaría:—«Mi madre era buena, muy buena pero...» En ese «pero» mi amigo, está escondida la necesidad del Purgatorio. Esos «peros» son los que forman un estado intermedio entre el bien y el mal absolutos, y todos tenemos algún «pero» en nuestra vida.

Esos miles de sacerdotes, de religiosos, de seglares, que mueren, después de haber llevado una vida santa, aunque no exenta de pequeñas faltas y negligencias; esos miles de pecadores arrepentidos y perdonados, que salen de este mundo sin haber satisfecho del todo la pena debida a sus pecados; esos miles de almas a las que Dios, en un supremo esfuerzo de su amor, arranca un acto de arrepentimiento en la última hora y salen deudas todavía de la divina Justicia ¿me querrá Vd. decir qué va a hacer Dios de todo ese ejército de almas, no tan limpias como para entrar de inmediato en el cielo, pero que están muy lejos de merecer el infierno? ¿No comprende

lo necesaria, lo racional que es la existencia de un lugar intermedio

*Dove l'humano spiritu si purga
E di salire al ciel diventa degno (1)*

y que si este lugar no existiera, no existiría tampoco la justicia de Dios, lo que equivaldría a negar el mismo Dios, de quien la justicia es un atributo necesario e inseparable?

Ese es el Purgatorio, solución necesaria y admirable del problema que plantean las almas, y obra maestra del amor de Dios. En él se unen y se abrazan su Justicia que purifica y castiga y su Bondad que salva y perdona. En él las almas espían y pagan sus deudas mediante el dolor, aceptado no sólo con resignación, sino con alegría. Dolor misterioso del fuego que las atormenta para purificarlas, como atormenta al metal para que suelte las escorias que lleva, y dolor moral que nace del amor, de los deseos incontenibles que sienten de unirse a su Dios, que es su fin, y su centro. Separe Vd. de su norte la aguja imantada de una brújula; ponga un obstáculo a la piedra que cae; aleje a dos corazones que se aman y verá que golpes y que saltos da la aguja, y cómo protesta la piedra detenida, (lo que llamamos «*peso de los cuerpos*» no es sino la protesta que lanzan contra el obstáculo) y cómo sufren los corazones alejados. Esto le dará una idea del sufrimiento moral que purifica a aquellas almas, las abriga y ennoblece, porque el dolor es lo que perfecciona y dignifica. Como ha dicho Musset:

*Les moissons pour mûrir ont besoin de rosée,
Pour vivre et pour sentir l'homme a besoin de pleurs,
La joie a pour symbole une plante brisée
Humide encore de pluie et couverte de fleurs. (2)*

(1) Donde se limpia el alma y se hace digna de subir al cielo.

(2) Las mieses necesitan del rocío para madurar; el hombre necesita de lágrimas para saber vivir y gozar. Una planta rota, humedecida todavía por el agua de las borrascas y cubierta de flores, es el símbolo de la alegría.

Justo es, mi querido amigo, que se borren con un bautismo de lágrimas las satisfacciones y alegrías pecaminosas que se recibieron en la vida contra la voluntad de Dios.

¿Que no puede Vd. comprender cómo obra el dolor en la purificación de esas almas? Un ejemplo se lo hará ver. Estamos en invierno. Durante la noche el hielo ha cubierto los cristales de mi ventana y me impide contemplar el hermoso panorama de la campiña. Sale el sol y con sus rayos asaetea los vidrios. El hielo se funde, la ventana se transparenta poco a poco y a las dos horas toda la poesía del campo inundado de luz y cubierto de nieve, llega a mis ojos que lo contemplan extasiados. Así sucede con aquellas almas. A medida que el dolor remueve y deshace la capa de herrumbre moral que las cubre, impidiéndolas la visión clara de Dios, se sienten más atraídas hacia El, ven más claro, se acercan más a su centro, a su fin, a su felicidad, hasta que como las aguas, que después de haber formado charcos, se levantan al cielo convertidas en vapor por el calor del sol; como el globo que se eleva tranquilo cuando le sueltan las amarras; como el buque que enfila majestuoso su proa hacia la inmensidad del océano cuando levantan sus áncoras, así ellas se desprenden del fuego y se elevan y entran en la visión y goce de Dios por toda la eternidad.

Sin embargo, por terrible que sea ese doble sufrimiento, moral y físico, que se padece en el Purgatorio, no debemos exagerarlo, como lo hacen algunos, hasta el extremo de decir que el Purgatorio no es sino el Infierno, suprimida la eternidad. Esto no es posible, mi amigo, porque no siendo las culpas de unos y otros de la misma gravedad, mal pueden merecer el mismo castigo cuantitativo ni cualitativo; y no siendo el estado, llamémoslo psicológico, del alma el mismo, ya que en el Purgatorio reina la resignación, el amor, la esperanza, mientras en el Infierno todo es odio y desesperación, mal pueden ser iguales los sufrimientos morales.

Mi seráfico Dr. San Buenaventura dice a este propósito

en su «Breviloquium»: *«Affliguntur animæ in Purgatorio minus graviter quam in inferno et gravius quam in hoc mundo, non tamen ita graviter quin semper sperent et sciant se in inferno non esse.* Lo que puesto en romance quiere decir que las almas sufren en el purgatorio menos que en el infierno y más que en este mundo, pero nunca tanto que pierdan la esperanza de salir de allí y no se den cuenta de que no están en el infierno.

No sé qué más decirle, mi buen amigo, de esta verdad tan racional tan clara, tan justa y sobre todo tan consoladora para los que se van y para los que se quedan. ¡Qué horizontes tan grandes nos abre a la esperanza y cómo nos asegura acerca del porvenir de los seres queridos que nos precedieron en el paso transitorio por el mundo! Con cuánta probabilidad, gracias a esta verdad, hija de la Justicia y el Amor de Dios, podemos esclamar al recordarlo: ¡Tal vez sufren, pero se han salvado! Y si a ésto añadimos el pensamiento tal vez más consolador todavía de que, por la comunión y fraternidad que existe entre las almas del cielo, las de la tierra y las del purgatorio, que forman la gran familia humana, podemos con nuestras oraciones, sacrificios y sufragios, disminuir sus sufrimientos, acelerar su purificación y adelantar el momento de su entrada en la eternidad feliz, comprenderá toda la ternura que encierra esta verdad que sólo los que han oscurecido su inteligencia y endurecido su corazón pueden negarla.

Queda de Vd. affmo. amigo y s. s.

fr. Miguel de Pauplona

o. m. s.

CARTA VEINTIUNA

Hemos de resucitar

MUY señor mío: Es mucha verdad que los católicos estamos firmemente convencidos de la resurrección de los muertos, es decir, que creemos que ha de llegar un día en que las almas volverán a unirse con sus cuerpos, en que el hombre volverá a rehacerse y cuerpos y almas unidos recibirán la sanción completa de su vida. Y como Vd. me pregunta en qué razones fundamos *esa extraña creencia* y cómo resolvemos las objeciones que se nos hacen, voy a contestarle para que se dé cuenta una vez más, de lo racional de nuestra fe y de la luz que ella proyecta sobre verdades que la razón no hace sino entrever confusamente.

Muy mal hace Vd. mi amigo, en calificar de «*extraña*» una idea que ha palpitado en la humanidad desde su cuna. Es necesario ignorar toda la Historia antigua para hablar de ese modo; pues, aun dejando a un lado al pueblo judío que vivía de ella, enseñada por sus Doctores y Profetas—(recuerde la famosa visión de Ezequiel en que los huesos se animan y se cubren de carne y viven; las trágicas lamentaciones de Job, que en sus grandes infortunios se consolaba con esa esperanza; las palabras de María, la hermana de Lázaro, cuando al decirle Jesús, que su hermano resucitaría, ella le contesta desconfiada, que sí, pero que será en la resurrección del último día y aquellas otras que el mismo Dios dirige a su pueblo: «Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de ellos, y sabréis que soy yo el Señor.»)—dejando, digo, a un lado todo ésto, no debe Vd. ignorar que desde las primeras huellas del hombre primitivo se nota el respeto, la veneración, el cuidado, que inspiraban los cuerpos de los difuntos, como si algo misterioso hubieran visto en ellos. Aquel enterrarlos en una

orientación determinada; aquellas piedras y túmulos con que señalaban el lugar de su descanso; aquel embalsamamiento a que los sometían los pueblos más civilizados; aquel rodearlos de armas y utensilios domésticos y hasta de comida, como si de ellos hubieran de necesitar algún día ¿no hace pensar en que algo muy trascendental presentían en aquellos cadáveres? Desde las Pirámides de Egipto que ocultan bajo la fría mirada de su esfinge las tumbas de los faraones, hasta el mausoleo de Adriano, desfila por la Historia toda la antigüedad pagana con sus hipogeos, sus necrópolis, sus urnas cinerarias y sus sarcófagos, atestiguando no sé qué de misterioso y de sagrada esperanza que brotaba de los cuerpos de los difuntos y que hacía exclamar a Lactancio:—«No sólo los Profetas, sino también los oráculos, los poetas y los filósofos están acordes en admitir la resurrección.»

En uno de los Libros sagrados de los Egipcios se leen estas palabras: «Todos los días se pone el sol y sale de nuevo; todos los meses desaparece la luna y otra vez se llena; todos los años se renueva la vegetación y el Nilo tiene sus crecidas. Si pues todo renace, el grano de trigo que se entierra, el gusano que se esconde en su capullo de seda para salir convertidos en mariposa y el árbol cortado retoña con nuevo vigor ¿porqué no ha de renacer el hombre cuya imagen es todo éso?» Los antiguos negros australianos tenían una frase que encierra más filosofía de la que ellos creían.—«Todos hemos de resucitar—decían—pero entonces seremos blancos.»

Al recordar estas cosas diríase que el hombre ha presentado siempre que la resurrección de los cuerpos debe ser una consecuencia de la inmortalidad del alma y espera por lo tanto, encontrar algún día nuevamente unidos aquellos cuerpos y almas que la muerte había transitoriamente separado. Esta aspiración natural y esta idea es la que expresaba el poeta J. A. Calcagno, al escribir:

«Cuando la noche que anubló tu frente

*Con su denso crespón cubra la mía,
 Y el mundo a que voló tu alma inocente
 Abra ante mí su misteriosa vía,
 De esos ojos tan puros cuya lumbre
 Me hablaban de los ángeles y el cielo,
 ¿No veré yo la dulce mansedumbre
 En las altas regiones del consuelo?*

Ya ve Vd., pues, cómo no hay motivo para llamar «*extraña creencia*» a una idea generalmente admitida desde los tiempos más remotos y que se apoya por otra parte en razones muy dignas de tenerse en cuenta, como lo va a ver.

Le confieso que la resurrección de los muertos no es una cuestión propiamente filosófica, porque ni en Dios, ni en el hombre, ni en la naturaleza hay nada que necesariamente la exija. La resurrección es un milagro y entra por lo tanto de lleno en el terreno de lo sobrenatural; pero hay razones de conveniencia, que nos hacen presentir la realidad futura de ese milagro.

El cuerpo, como Vd. sabe, es una parte esencial del hombre. No hay hombre sin cuerpo; y el cuerpo y el alma unidos son los que forman no sólo al hombre, sino a la persona, de tal modo que a pesar de tener el alma existencia y funciones propias, independientes de la materia, es imperfecta e incapaz de realizar toda su perfección separada del cuerpo, al cual por su misma naturaleza está destinada a unirse. De aquí precisamente brota esa repugnancia invencible que todos sentimos a la muerte, la cual no es otra cosa sino la separación violenta de esos dos elementos constitutivos del hombre, y comprenderá Vd. que ha de haber en el alma, mientras permanece separada del cuerpo, algo así como un vacío, una tendencia natural a volver a unirse con él, ya que sólo en él se completa y se perfecciona. Y como «*nihil violentum durabile*» nada que sea contra la naturaleza de las cosas puede ser eterno, parece deducirse que esa separación que produce la muerte, tiene que ser un fenómeno transitorio. Dios no

puede, ni en el cielo, ni en el infierno, dejar las cosas incompletas.

Además, la infinita Justicia de Dios exige también la resurrección. En efecto, las acciones buenas o malas del hombre son producto, no sólo del alma, sino también del cuerpo, por la íntima unión que existe entre ellos. El alma se sirve del cuerpo para realizar sus actos y por su parte, el cuerpo con sus sensaciones, sus pasiones, su cerebro, sus nervios, su sangre, excita, conmueve, debilita y oscurece la libertad del alma, de modo que el cuerpo, que durante la vida ha sido socio, cómplice y compañero del alma en el bien y en el mal, parece que debe también tener su parte en el premio y en el castigo, lo cual no puede verificarse, si el cuerpo no entra también a gozar de la felicidad del alma, debida a la virtud, o de los sufrimientos del infierno, merecidos por el pecado. De aquí la necesidad de la resurrección final.

Esto es suficiente para darse cuenta de cómo la creencia en la resurrección, es perfectamente racional y cómo la fe no hace otra cosa sino asegurar, iluminándola, una idea que la razón presente en confuso.

Pero pasemos a las objeciones que Vd. me hace y que es el lado más interesante de esta cuestión.

1.º—La resurrección,—me dice—es imposible, ya que el cuerpo se descompone en sus elementos con la muerte y se dispersa en todas direcciones. Los gases se difunden en la atmósfera tan movediza, los líquidos son absorbidos por la tierra y la parte sólida se pulveriza y parte entra de nuevo en el torbellino de la vida, atraída por las raíces de las plantas, parte es arrastrada por el viento, de modo que donde quiera que ponemos nuestro pie, podemos repetir aquello de Núñez de Arce:

*Ese polvo árido y yerto
ha pensado y ha sentido,
es el despojo perdido
de la humanidad que ha muerto.*

¿Quién será capaz de seguir los caminos que lleva ese polvo? ¿Quién capaz de reunirlo?»

¿Quién? Dios, mi querido amigo. Dios, que si no tuvo dificultad para sacar al hombre de la nada, mucho menos la ha de tener para rehacerlo. Si nada se pierde ni se aniquila en la naturaleza, en la naturaleza se ha de encontrar el polvo de las generaciones que de la tierra salen, de la tierra se alimentan y a la tierra vuelven y por lo tanto en la tierra están. Podrá esconderse a nuestra vista, pero no se esconde a la de Dios, al cual, para reunirlo, le bastará dar un silbido, como silba el pastor para congrega su rebaño disperso.

2.º—«Pero ¿es que habrá en la tierra materia suficiente para dar a cada alma un cuerpo? Fíjese R. P. en los millones y millones de hombres que han pasado por el mundo y que entre nosotros, como en las casas de los pobres, el vestido que dejan unos, lo aprovechan los demás.

Ya lo ha dicho Ruiz Aguilera:

*Pasa la forma, la substancia queda
Y en manos del Artífice divino
Que sabiamente la modela, cubre
La desnudez de nuevas generaciones.*

¡Quién sabe, si al hacer el reparto de cuerpos, va a resultar que no llegan para todos!»

Aunque no sé si me habla en serio, ya que eso más que objeción parece un chiste de mal gusto, voy a contestarle con un cálculo sencillo, que bien podía Vd. habérselo hecho antes de escribir lo que antecede. Sabe Vd., mi amigo, que la superficie de sólo los continentes de la tierra es de unos 144 millones de kms. cuadrados o sea 144 billones de metros idem., que se convierten en cúbicos, si tomamos esa superficie a un metro tan sólo de profundidad. Note que me coloco en el peor de los casos. Dando a ese volumen una densidad media de 3 kgs. por metro, tendremos a nuestra disposición **432 billones de kilos**, para repartirlos entre todos los hombres que han pasado hasta hoy por la tierra. Pero ¿cuántos

han sido estos? Para calcularlo necesitaríamos conocer la antigüedad del hombre, problema éste no resuelto todavía por la ciencia. Por éso, dejando a un lado, por exageradas, las cronologías históricas de los pueblos orientales y las geológicas de Hansen y De Mortillet con sus 200.000 años, voy a dar al hombre una antigüedad de 40.000 años, que es el doble de lo que le asignan los investigadores más serios como Kirwan y Lapparent. Pues bien; 40.000 años son 400 siglos, que a tres generaciones por siglo, nos dan 1.200 generaciones y como cada generación terrestre consta de unos 1.500 millones de individuos, tendremos que hasta hoy han pasado por la tierra **un billón ochocientos mil millones de habitantes**, los cuales a 60 kgs. de peso medio, nos dan **108 billones de kgs.** de modo que de los 432 billones de kgs. que sólo un metro de espesor de la superficie de los continentes pone a nuestra disposición, no se han gastado todavía más que 108, de los que habría que rebajar por lo menos dos terceras partes, a causa de la fuerte cantidad de agua que entra en la constitución de los elementos del cuerpo humano. Como ve, no hay porqué apurarse, pues todavía hay reservas para más de 1.500 siglos.

3.º) «Además—sigue Vd. diciendo—según las célebres experiencias de Flourens, el cuerpo del hombre se renueva sin cesar, pudiéndose comparar a un río cuyas aguas, siempre distintas, pasan de continuo. De aquí resulta que, aun sin contar el caso de los caníbales que se comen unos a otros, muchas moléculas de un cuerpo pueden pertenecer sucesivamente a dos y más individuos por las continuas transformaciones que sufren. ¿A cual de los cuerpos las va a dar Dios, si hay muchos que las reclaman como suyas?»

Esta objeción que Vd. me hace es la misma que la que hicieron a Jesucristo respecto a la mujer que había estado casada sucesivamente con siete maridos. «En la resurrección—le preguntaban—¿de cual de ellos será esposa?

Ante todo reflexione, que no es admisible por el absurdo

ridículo que encierra, el que todas las moléculas de materia que han pertenecido y pasado por un cuerpo durante su vida deben volver a él. ¿Ha reflexionado Vd. la montaña de carne, los miles de kilos que tendría que tomar cada alma, si así fuera? Pero esto ni la Filosofía ni la Religión lo afirman. Es cierto que hemos de resucitar con nuestro propio cuerpo, es decir, que cada individuo será «idéntico» al que fué en vida, pero ¿en qué consiste esta identidad del individuo? ¿Qué se necesita para que exista? Partamos de que hoy no se admite en Fisiología la renovación total del cuerpo humano, ya que si así fuera, no tendrían explicación posible fenómenos como los de la herencia, el instinto, la vejez. En la edad adulta, sobre todo, hay muchas células incapaces de renovarse por la calcificación que sufren. ¿Porqué, si no, persiste en nosotros la conciencia de nuestra identidad y sentimos que somos los mismos de hace veinte o treinta años y decimos con la mayor convicción: «Hace tantos años, cuando era niño, me herí en «este» dedo, se me rompió «esta» pierna?» Es que en todo cuerpo hay un principio de identidad, que permanece a través de todos los cambios de la materia; es que no se necesita la completa identidad de la materia para que exista la identidad de la persona.

El mismo Flourens en su obra «*De la vie et de la intelligence*» dice estas palabras: «Toda la materia aparece y desaparece, se hace y se deshace; queda firme, sin embargo, una cosa en el humano individuo, a saber: la fuerza que vive en medio de la materia y que la rige.»

De donde parece deducirse que la identidad física del cuerpo se apoya a lo más, en una pequeña cantidad de materia, que permanece fija y con la cual el alma forma y desarrolla su individualidad. Y de ser ésto así ¿quién nos dice que ese «germen fisiológico» puede entrar en la composición de nuevos organismos, al descomponerse el cuerpo por la muerte? ¿No es posible que permanezca intacto, incapaz de nuevas alteraciones químicas?

4.º) «He oído—continúa Vd.—que la Iglesia afirma que Dios congregará a todos los hombres resucitados en el valle de Josafat. ¿Cómo es posible esto si no hay valle ni continente en el mundo, capaz de reunir tanta gente?» La Iglesia, mi amigo, no dice nunca semejantes tonterías, que son de ordinario cosecha de la credulidad popular que todo lo materializa. Josafat es una palabra que significa «reunión». De modo que al decir que Dios nos congregará en el valle de Josafat, cometemos una gran inexactitud, una anfibología que se presta a interpretaciones falsas y pueriles. Con eso no se quiere decir sino que Dios congregará en su presencia a todas las generaciones resucitadas. ¿Dónde? Donde El quiera. Lo mismo sobre la tierra, que en el espacio, que sobre cualquier astro. Allí donde El lo determine, allí estará el valle de Josafat, el valle de la imponente reunión.

Sea de todo eso lo que fuere, no es precisamente la ciencia la que puede hacer una objeción seria y precisa al dogma de la resurrección, dada la ignorancia en que se encuentran frente a los misterios que encierra la materia y el cuerpo del hombre. Es necesario que nos demos cuenta de que con todo el ruido de nuestras objeciones, no hacemos otra cosa, sino proyectar en la Omnipotencia y Sabiduría de Dios las obscuridades de nuestra ignorancia.

Pero por encima de estas dudas y obscuridades vibrará siempre el eco de la conciencia humana en aquellas palabras del Credo católico: «*Specto resurrectionem mortuorum;*» espero la resurrección de los muertos, que Dante nos recuerda en estos versos:

*Non v'accorgete voi, che noi siam vermi
Nati a formar l'angelica farfalla,
Che vola alla giustizia senza schermi?* (1)

Es cuanto deseaba decirle su affmo. y s. s.

Fr. Miguel de Pamplona

(1) No os acordáis que somos gusanos destinados a convertirnos en resplandeciente mariposa, que volará sin temor hacia la justicia eterna?

CARTA VEINTIDOS

Existencia de la Revelación

 UY señor mío y amigo: Hace tiempo que estaba esperando el reparo que en la suya me hace, ya que en el transcurso de nuestra correspondencia me he visto obligado repetidas veces a hacer alusión a un asunto, que lógicamente pensando, no podía Vd. dejar pasar sin pruebas.

En efecto, le he hablado con frecuencia de verdades por nosotros conocidas y que sin embargo trascienden a nuestra razón; le he dicho que el origen de muchas de las creencias comunes a toda la humanidad no tienen explicación, si no admitimos el hecho de una revelación primitiva; hemos tratado de ideas a cuya verdad objetiva la razón no podía suministrar más que argumentos de conveniencia. Todo esto tenía que llamar forzosamente la atención de un espíritu reflexivo como el suyo y producir esa serie de preguntas cuya contestación va a ser el objeto de esta carta.

Me dice que no ve la necesidad de admitir ciertas ideas indemostrables por la razón y por la historia y que le parece mucho menos admisible el fundar la exactitud de dichas ideas en comunicaciones con la divinidad, cosa esta que más que argumento en su favor, tiene todas las apariencias de una retirada estratégica, parapetándonos, ante la imposibilidad de dar una explicación que satisfaga a la razón, en ciertas comunicaciones con Dios cuya realidad sería difícil demostrar. ¿«Es que Dios—sigue Vd. diciendo—puede hablar al hombre? Y dado caso que pueda ¿lo ha hecho? Y si lo ha hecho ¿quién posee y dónde está el depósito de esas revelaciones? Ya sé R. P. que Vd. me dirá que en su religión; pero no olvide que también las otras religiones dicen lo mismo.»

Sí, mi querido amigo. Todo ésto que Vd me pregunta está muy en su punto y como comprenderá, es cuestión capitalísima y transcendental en el estudio que vamos haciendo, ya que si demostramos, como hemos demostrado, que Dios existe y que ese Dios se ha comunicado con el hombre para manifestarle algunas verdades e imponerle algunos preceptos, no tenemos más remedio que creerle y obedecerle.

Espero poder deshacer sus reparos de un modo tan evidente, que Vd. mismo, al pensar en la futilidad de las objeciones que me hace, va a ser el primero en sonreír y de seguro repetirá aquello de

*«Dicen que vienen los rusos
Por las puertas del cantón,
Y los rusos que venían...
Eran sacos de carbón.»*

Empecemos, ante todo por definir qué es eso de la Revelación. Revelación no es otra cosa que descubrir algo que, ya sea por su misma naturaleza, ya por circunstancias especiales, está oculto. Por eso, cuando en cuestiones religiosas hablamos de revelación, queremos significar la manifestación hecha por Dios al hombre de algunas verdades o preceptos que éste necesita creer y cumplir, si ha de realizar el fin para el cual Dios le creó. Y fijese bien que la Revelación no versa de ordinario sino sobre cuestiones religiosas, que son las únicas que interesan de veras a la humanidad, por las consecuencias que llevan consigo. Los problemas científicos e históricos los deja Dios a las disputas de los hombres.

Ahora bien, ¿es posible esta comunicación de Dios con el hombre? Claro que sí. Porque si un hombre puede revelar a otro sus conocimientos y así instruirlo en lo que ignora ¿porqué no ha de poder Dios hacer lo mismo? ¿Será por la oposición que hay de naturaleza, espiritual, la suya, material la nuestra? Tampoco; porque si siendo espiritual ha podido producir un mundo material, más fácil le ha de ser comunicarse

con él, que crearlo. Además de que el hombre no sólo es materia; es también espíritu y si el alma, que es espiritual, puede comunicarse con el cuerpo que es material, no sé porqué no ha de poder establecerse esa comunicación entre dos espíritus como son Dios y el alma. ¿Será por que el hombre sabe tanto como Dios y nada tiene que aprender de él? Afirmer esto, mi querido amigo, sería tan ridículo como decir que en el hueco de la mano puede encerrarse toda la inmensidad del océano. ¿Será que la revelación destruye o inutiliza la razón? No sé porqué ha de destruir a la razón el que otro nos enseñe lo que no sabemos. Olvidamos con demasiada frecuencia que para llegar al conocimiento de la verdad hay dos caminos, la razón con su esfuerzo propio, y la autoridad, que sabe lo que nosotros ignoramos. Por otra parte, la revelación no destruye la razón, antes la supone y la necesita, como el telescopio o el microscopio que agrandan el campo de visión, necesitan y suponen el ojo del observador.

Como vé no hay objeción ninguna seria que destruya la posibilidad de esas comunicaciones entre Dios y los hombres.

Un ejemplo. Estamos en los valles de Suiza cerrados por todas partes de altísimas montañas. En las cumbres se ve brillar con reflejos de plata la nieve, mientras los valles, abrasados por los rayos del sol y la atmósfera caldeada de aquel pequeño espacio amurallado, están sedientos de agua y humedad. Entonces la nieve se derrite, baja por las laderas, se filtra en las capas y llega al valle y lo fecunda. Esto es la revelación. La comunicación benéfica de las cumbres con los valles. Dios que en la creación hizo al hombre participante de su ser, por la revelación lo hace participante de su verdad.

Afirmo además, que no sólo es posible la revelación, sino que es tan necesaria, que Dios no sería el Dios Providente y Bueno que todos confesamos, si no se hubiera comunicado con el hombre. Porque Vd. comprenderá que tratándose de verdades como las religiosas, es necesario que todos los hombres puedan conocerlas con facilidad, con certeza, con seguridad,

ya que en ello va nada menos que la realización de los designios de Dios y el porvenir eterno de las almas.

Ahora bien: ¿podía dejar Dios asunto de tal importancia a merced de la luz siempre vacilante de la razón? No quiero decir con ésto, como lo hacen Fideistas y Tradicionalistas, que la razón sea en sí incapaz de llegar a conocer las verdades y preceptos de la ley natural, pero la experiencia y la historia nos muestran cuán difícil, cuán pocos y con cuántos errores llega la razón a ese conocimiento. Unos porque son tardos de inteligencia; otros porque las múltiples atenciones de la vida les impiden ocuparse en ello; éstos por los prejuicios y pasiones que les privan de la serenidad necesaria y aquellos por otras causas, lo cierto es que son muy pocos y éstos con grande trabajo y muchos errores llegan al conocimiento racional de esas verdades. Si en pleno cristianismo, teniendo a nuestra disposición tantos libros que tratan de Religión, tanto catecismo que explica sus verdades, tanta predicación que las recuerda, hay sin embargo tanta ignorancia, tantos errores y tanta superstición, no sólo en el pueblo, si que también en las clases elevadas que se tienen por instruidas y aun en los que se creen sabios, ¿qué sería si nada de eso existiera?

La pura y genial filosofía...

¡Mírala revolcarse en su impotencia

¡Carnal matrona de infecundo seno

Que no puede engendrar una creencia!

Recuerde la historia de Egipto, de Grecia, de Roma, maestras de los tiempos paganos y verá por todas partes la idolatría, el fetichismo, los sacrificios humanos, la esclavitud, el fatalismo y los vicios más incomprensibles.

Y ¿qué remedio pusieron a semejante degradación aquella nube de filósofos, de oradores, de legistas con todo el ruido de sus códigos, discursos y academias? Ninguno. Víctima, de los mismos errores, confirmaban con la autoridad de su fa-

ma las aberraciones del pueblo. Platón, el divino, enseñaba la comunidad de mujeres; Séneca, el moralista, predicaba el suicidio y los austeros Catón y Cicerón confesaban con la mayor naturalidad el vergonzoso uso que hacían de los jóvenes efebos. En fin, que cuarenta siglos de paganismo nos dicen lo que puede esperarse del hombre abandonado a su razón.

Y si ésto no le convence, mire el materialismo, el sensualismo, el ateísmo a que han llegado los que desechando esa comunicación de Dios con el hombre, han hecho de la razón su única luz y su único guía. Todo lo cual le demostrará que no es a los sabios a quienes hay que pedir el remedio. Ya lo dijo Voltaire con una de sus frases lapidarias: «No conozco un solo filósofo que haya reformado las costumbres, no digo del mundo, pero ni siquiera de la calle en que vive.»

Y si ésto es así ¿negará Vd., mi querido amigo, la necesidad moral en que el hombre se encuentra de que alguien que no le engañe, le manifieste las creencias que debe tener y el camino que debe seguir para realizar el fin de su existencia? ¿Y quién puede ser ése sino Dios, infinitamente Sabio e infinitamente Bueno? Y esta necesidad moral se convierte en físicamente imprescindible, si recordamos el estado sobrenatural a que Dios, en su amor, ha querido elevar al hombre, pues en este caso se trata de verdades que la razón no puede alcanzar y de preceptos que no surgen naturalmente de las relaciones mutuas entre Creador y criatura, sino que dependen de la voluntad libre de Dios.

De aquí a la existencia real y positiva de la Revelación, no hay sino un paso. Porque una vez demostrada su necesidad, la lógica misma nos obliga a admitir su existencia, pues de lo contrario tendríamos que negar la Providencia y Bondad de Dios y en consecuencia el mismo Dios, ya que siendo el hombre su criatura predilecta, de quien El es su principio y su fin, no es posible que lo entregue a los extravíos de la razón y lo vea impasible sumergirse en toda clase de errores, produciéndose de este modo el fracaso completo, no sólo de

tólica para conocer a fondo el contenido de esa revelación y más necesario todavía, una vez conocido, creerlo y practicarlo, ya que nos viene de Dios, que infinitamente Sabio e infinitamente Bueno, no puede ni engañarse, ni engañarnos.

Creo que con ésto he contestado a todos sus reparos acerca de la Revelación, beneficio inmenso, ya que por él hemos conocido y conservado intactas las ideas directrices de nuestra vida y todo cuanto necesitamos saber para cumplir nuestros deberes y realizar nuestros destinos.

Que llegue Vd. a conocerla y abrazarla, le desea su affmo. amigo.

H. Miguel de Pauplona
ome



ma las aberraciones del pueblo. Platón, el divino, enseñaba la comunidad de mujeres; Séneca, el moralista, predicaba el suicidio y los austeros Catón y Cicerón confesaban con la mayor naturalidad el vergonzoso uso que hacían de los jóvenes efebos. En fin, que cuarenta siglos de paganismo nos dicen lo que puede esperarse del hombre abandonado a su razón.

Y si ésto no le convence, mire el materialismo, el sensualismo, el ateísmo a que han llegado los que desechando esa comunicación de Dios con el hombre, han hecho de la razón su única luz y su único guía. Todo lo cual le demostrará que no es a los sabios a quienes hay que pedir el remedio. Ya lo dijo Voltaire con una de sus frases lapidarias: «No conozco un solo filósofo que haya reformado las costumbres, no digo del mundo, pero ni siquiera de la calle en que vive.»

Y si ésto es así ¿negará Vd., mi querido amigo, la necesidad moral en que el hombre se encuentra de que alguien que no le engañe, le manifieste las creencias que debe tener y el camino que debe seguir para realizar el fin de su existencia? ¿Y quién puede ser ése sino Dios, infinitamente Sabio e infinitamente Bueno? Y esta necesidad moral se convierte en físicamente imprescindible, si recordamos el estado sobrenatural a que Dios, en su amor, ha querido elevar al hombre, pues en este caso se trata de verdades que la razón no puede alcanzar y de preceptos que no surgen naturalmente de las relaciones mutuas entre Creador y criatura, sino que dependen de la voluntad libre de Dios.

De aquí a la existencia real y positiva de la Revelación, no hay sino un paso. Porque una vez demostrada su necesidad, la lógica misma nos obliga a admitir su existencia, pues de lo contrario tendríamos que negar la Providencia y Bondad de Dios y en consecuencia el mismo Dios, ya que siendo el hombre su criatura predilecta, de quien El es su principio y su fin, no es posible que lo entregue a los extravíos de la razón y lo vea impasible sumergirse en toda clase de errores, produciéndose de este modo el fracaso completo, no sólo de

los destinos de la humanidad, sino de sus mismos planes. ¿Con qué derecho podría Dios echarle en cara el haber desbaratado su obra, si ante la imposibilidad moral y física en que el hombre se encuentra, pudo El remediarlo y no lo hizo?

De todo lo dicho debe Vd. concluir que la Revelación existe y buena prueba de ello es el ver que todas las religiones la admiten y todas se jactan de poseer doctrinas reveladas y comunicaciones con la Divinidad. En todas encontramos sacerdotes, oráculos, sibilas, augures, que reciben mensajes de Dios para comunicarlos a los hombres. Zarathustra se decía enviado de Dios y su libro Zendavesta es tenido como el depósito de sus comunicaciones con el cielo. Mahoma aseguraba que su doctrina habíale sido revelada por el arcángel San Gabriel. Confucio es venerado como el revelador de la voluntad divina y Buda y Manú y los Bramanes y los libros vedas y el Shintoísmo de Hasegawa, todos alargan sus raíces y echan sus cimientos sobre esa comunicación con la Divinidad, lo mismo cuando Sertorio simula escuchar de noche a su cervatilla, que cuando, como nos dice Ovidio en su «Metamorfosis:

«Protinus ereptas viventi pectore fibras.

Inspiciunt, mentesque Deum scrutantur in illis». (1)

¿No es esta unanimidad de prácticas y creencias un fenómeno revelador de que la humanidad ha tenido siempre como posible, necesaria y realmente existente esa comunicación de Dios con los hombres? Aquí aquello de Cicerón: «*De quo omnium natura consentit, id verum esse necesse est...*» No puede menos de ser verdad lo que por sí mismo ha llegado a imponerse a todos los hombres.

Y si Vd., mi querido amigo, convencido de lo que antecede, quiere saber dónde se encuentra hoy la única y verdadera Revelación, le contestaré que en la Sagrada Escritura;

(1) Miran y escudriñan las fibras del corazón todavía palpitante de las víctimas y buscan en ellas los designios de los dioses.

en la tradición constante, cerrada, inmovible del pueblo judío y del pueblo cristiano; en el magisterio infalible de la Iglesia Católica. Dios habló al hombre durante siglos, unas veces directamente; otras mediante los Patriarcas y Profetas; por último le habló por Jesucristo, el Dios hecho hombre. Y para que sus palabras no se obscureciesen, ni deformasen al contacto del tiempo y de los hombres, instituyó a la Iglesia Católica como único depositaria de las verdades reveladas.

Y no basta decir, como Vd. dice, que todas las religiones se creen en posesión de esas verdades. Es necesario que puedan demostrarlo, como nosotros lo demostramos, con esos dos argumentos irrefutables de la divinidad de nuestra Religión, *la profecía* y *el milagro*, que de sólo Dios pueden venir, porque sólo Dios conoce lo futuro y tiene en sus manos las leyes de la naturaleza y cuando Dios manifiesta su Sabiduría y su Poder en el seno de una Religión, es prueba evidente de que en ella está la verdad, ya que Dios no puede poner los atributos de su Divinidad a servicio de la mentira. Y no lo dude, mi amigo, la Religión Católica, a despecho de todos los ataques de Judíos, Protestantes, Cismáticos y Racionalistas está en disposición de demostrar, donde y cuando quiera, la verdad de sus afirmaciones, con las profecías más luminosas y los milagros más estupendos, lo cual prueba hasta la evidencia que ella sola es la que se encuentra en posesión de toda la Revelación.

Como ve, la revelación es un hecho real, tan histórico como puede serlo cualquier otro hecho de la historia. Mediante ella Dios nos da, en las verdades religiosas y necesarias para la consecución de nuestro último fin, una seguridad que en vano buscaríamos en todas las filosofías de los hombres o en los esfuerzos de nuestra razón, que por perfectas que sean aquellas y por intensos que sean éstos, siempre tienen algo de inconsistente y de neblina, efecto de la imperfección de la fuente de donde dimanar.

Necesario nos es por lo tanto acercarnos a la Iglesia ca-

tólica para conocer a fondo el contenido de esa revelación y más necesario todavía, una vez conocido, creerlo y practicarlo, ya que nos viene de Dios, que infinitamente Sabio e infinitamente Bueno, no puede ni engañarse, ni engañarnos.

Creo que con ésto he contestado a todos sus reparos acerca de la Revelación, beneficio inmenso, ya que por él hemos conocido y conservado intactas las ideas directrices de nuestra vida y todo cuanto necesitamos saber para cumplir nuestros deberes y realizar nuestros destinos.

Que llegue Vd. a conocerla y abrazarla, le desea su affmo. amigo.

H. Miguel de Pauplona
ome





CARTA VEINTITRÉS

Necesidad de la oración

MUY señor mío y amigo: Sin más preámbulos, porque el asunto es de suyo tan extenso como interesante, voy a contestar a las objeciones que Vd. me hace respecto a la oración, aunque no sé si podré realizarlo con el orden y tranquilidad que se merece, ya que el tema es de los que tienen el privilegio de ponerme de mal humor por la desconsideración y superficialidad con que Vdes. lo tratan.

Me dice que los hombres no rezan por que son demasiado fuertes para caer en esas debilidades; que eso de rezar más parece oficio de gente vaga y sugestionable; que, por otra parte, la oración tiene que ser inútil, pues Dios conoce de sobra nuestras necesidades, y que por satisfacer nuestros egoísmos no ha de trastornar el orden y las leyes ya establecidas; que además, orar es hacer una ofensa a Dios, pues supone que no nos ha dado todo lo que necesitamos para cumplir nuestro fin en la vida, etc. etc.

Quiero pasar por alto, mi buen amigo, la ignorancia enciclopédica que en materia religiosa demuestran esas afirmaciones. Muy bien dijo el que dijo:

*El torpe materialismo
De esta edad indiferente
Cubre de sombras mi frente
Y abre a mis pies un abismo.*

Porque ¡ mire que se necesita tупé y estar ayuno en historia para afirmar que el orar es oficio de vagos, débiles y sugestionables!.... Aquellos monjes de la Edad media que repartían el día entre la oración y el trabajo y que al mismo tiempo que desecaban pantanos, convirtiéndolos en huertas y jardi-

nes, salvaban toda la cultura antigua, base de nuestro progreso y civilización, conservando, transcribiendo y divulgando códices y manuscritos y de los cuales ha dicho el protestante Gibbson, que uno sólo de sus monasterios hizo más por las letras que las dos Universidades de Oxford y Cambridge juntas.....; aquellos héroes de las Navas y Lepanto, que con los famosos Cruzados y los exploradores y conquistadores de América eran forjadores de glorias, realizando hazañas de leyenda, nada de lo cual les impedía para caer de rodillas ante Dios...; aquellos dos Franciscos, Javier y Solano, pasmo de la Historia, que armados de la oración, abrazaron y recorrieron llenos de egoísmo el oriente y el occidente, llevando el nombre de Dios y de su Patria y con ellos la civilización a regiones que ni en sueños se han atrevido a pisar esos tipos sainetescos, héroes ridículos de opereta, que tantos ascos hacen de la oración.....; los miles de religiosos y religiosas que, gracias a la oración, tienen el valor de sacrificar su vida por el bien de sus hermanos en hospitales, orfanotrofios, leproserías y escuelas...; aquellos hombres inmortales, que Vd. debe conocer, porque son faros que han iluminado durante siglos todos los sectores de la actividad humana, Cisneros, O'Connell, García Moreno, Cantú, Manzoni, Leverrier, Cauchi, Pasteur, Recamier, Sechi y cien otros que si fueron abanderados del progreso, fueron también hombres de oración.....; y hoy mismo, ese ejército de jóvenes, de hombres y mujeres, que los hay en todos los pueblos y ciudades, en todas las clases de la sociedad, que si saben orar, saben también ser modelo de honradez y moralidad en el cumplimiento de sus deberes como individuos y como ciudadanos, ¿merecen por ventura el título de vagos, débiles y sugestionables, con que los ridiculiza esa nube de mosqueteros de café que se pasan las horas muertas en casinos, cabarets, cines y teatros, o haciendo de postes, al anochecer, en las esquinas de las calles, planeando aventuras la mar de gloriosas para el progreso de la humanidad?

De sobra me sé yo, mi buen amigo, que los hombres de nuestros días no oran ni rezan, ya que, si así lo hicieran, no habría ni tanta inmoralidad, ni tanta cobardía moral entre ellos. Pero dejemos a un lado a toda esa gente que sufre de incapacidad crónica para darse cuenta de ciertas cosas y entremos en el asunto.

Ante todo conviene no confundir «orar» y «rezar», ya que por confundirlo se espantan muchos hombres, pues creen que la Religión obliga a desgranar continuamente «Padre nuestros», «Ave Marías», Novenas y Rosarios, ir a Misa con un libro y asistir a todas las procesiones con un cirio en la mano y cantando a pleno pulmón. No, mi amigo. Así como haríamos muy mal en condenar estas cosas que son muy buenas y muy recomendables, mientras no haya en ellas exageraciones y fanatismos, que la Religión es la primera en condenar, así haríamos muy mal en no comprender que el hombre por sus ocupaciones y hasta por su psicología especial, no es ni puede ser, tan rezador como la mujer, que por su misma naturaleza más sentimental y expresiva, tiende naturalmente a exteriorizar en palabras los afectos de su alma delicada y sensible.

Orar no es otra cosa sino levantar a Dios nuestra mente y nuestro corazón para rendirle el homenaje que como criaturas le debemos y pedirle lo que necesitamos. De modo que la oración es un contacto espiritual que se establece entre Dios y el alma, entre la criatura y el Creador, entre nuestra debilidad y su omnipotencia. Si este contacto se hace por medio de palabras, entonces el orar se llama rezar. Y no voy a tratar aquí de la oración hecha con palabras, porque esto supone ya una buena dosis de fe y espíritu religioso de que Vd. carece por ahora, ni tampoco de la oración más subida llamada contemplación, a la que no llegan más que las almas verdaderamente espirituales a las cuales se refería Fr. Luis de León cuando escribía:

Huella el suelo tu planta

*Y la tierra te manda sus ruidos,
Mas tu alma se levanta
Y pasea encendidos
Por entre eternos soles sus sentidos,*

sino de la oración considerada como un movimiento del alma hacia Dios.

Víctor Hugo, el profeta de la democracia francesa, cuyo cerebro era un volcán de romanticismo, se pregunta en una de sus obras, que no quiero nombrar: «¿Qué es orar?» Y en su imaginación ve cómo aparecen dos infinitos; uno interior, dentro de nosotros y otro superior, fuera. El inferior es el alma, el superior es Dios. Y hecho esto se contesta: «Orar es poner en contacto con el pensamiento el infinito inferior con el infinito superior. El pensamiento, la meditación y la plegaria son grandes irradiaciones misteriosas y tenemos obligación de respetarlas. ¿Dónde se dirigen estos magestuosos rayos del alma?.. Hacia la luz.»

Pues bien, la oración así considerada, es tan natural al hombre como lo es a los ríos el volver al mar donde salieron y a los niños el correr hacia su madre. El comercio del hombre con Dios, con todo ese cortejo de altares, templos, sacerdotes, sacrificios, ceremonias y cultos, es un fenómeno constante tanto en los pueblos primitivos como en los civilizados. El hombre se ha sentido siempre atraído hacia algo superior que proteja su debilidad, su ignorancia y su pobreza moral. Por eso, el hombre haorado siempre, porque encuentra dentro de sí algo que le dice que en Dios está su principio, su causa y su fin. De aquí que para no orar es necesario ahogar antes una de las tendencias más fuertes del alma humana, lo cual nunca se consigue por completo, pues hay momentos en la vida del hombre tan difíciles, que la naturaleza atropella por todo, recobra sus derechos y vuela hacia Dios.

Y esto lo ha expresado muy bien el escritor Aquiles Mauri: «La oración nació del primer suspiro, de la primera alegría,

del primer dolor del corazón humano. El hombre, colocado como está entre una fuerza inmensa por una parte y una inmensa debilidad por otra, nació sólo para orar».

¿Qué hombre en efecto no ha orado ante la tumba de una madre o ante el cadáver de una esposa o de un hijo? ¿Quién no ha levantado sus ojos al cielo en demanda de ayuda, cuando una catástrofe moral o física ha amenazado aplastar nuestra vida, destruyendo nuestro porvenir? ¿Quién no ha sentido en esos momentos la tristeza de haber olvidado la oración voluntaria y humilde, gracias a la cual

*...cuanto más el ánimo atormenta
el agudo aguijón de los dolores,
Tanto más grande el ánimo se ostenta?*

No, mi querido amigo, la oración no es una autosugestión, es una necesidad de nuestra naturaleza, que sólo en Dios, de donde procede, encuentra su perfección. La oración no es una debilidad, pero nace de la debilidad moral en que todos nos encontramos. Por eso necesitamos todos de la oración hombres y mujeres, porque todos debemos honrar a Dios, todos tenemos un alma que salvar y todos sentimos desfallecimientos ante el cumplimiento del deber. Y si Vd. se fija en que las grandes caídas morales, los grandes vicios, los mayores crímenes, las lacras más vergonzosas de las familias y la sociedad se encuentran en los hombres, mucho más que en las mujeres, se convencerá de que si hay algún ser débil ante la moral, la honradez y el cumplimiento del deber, que necesite de la oración como fuente de energías, es precisamente el hombre, y que al proclamarnos los más fuertes, no hacemos sino confundir el valor moral con la fuerza muscular, la espiritualidad con la animalidad.

Ya lo ve, mi querido amigo. La oración nos es necesaria como fuente de energías morales y obligatoria como criaturas dependientes de Dios, a quien debemos el homenaje de nuestras alabanzas; pero todavía la necesitamos mucho más,

considerando el orden sobrenatural al que Dios, a quien debemos el homenaje de nuestras alabanzas gratuitamente nos ha elevado y para el cual no hay ni tendencias, ni fuerzas en nuestra naturaleza, necesitando, por lo tanto de su ayuda, para vivir y mantenernos en ese plano superior; ayuda que no conseguiremos sino pidiéndola humildemente con la oración.

En cuanto a la objeción que me hace, diciendo que la oración es inútil, porque Dios es inmutable y lo tiene ya todo previsto y determinado y no ha de cambiar la marcha del Universo para atender a nuestras súplicas, debo decirle que esta objeción nace del falso concepto que tenemos de Dios, pensando que El conoce y obra como nosotros. Y no es así. En nosotros, el conocer y obrar es sucesivo, porque imperfectos como somos, nos desenvolvemos dentro de las leyes del tiempo y el espacio; pero en Dios, que es inmenso y eterno, todo es simultáneo, todo presente. En El no hay pasado ni futuro, porque es como el centro desde donde se divisa toda la circunferencia de la creación hasta en sus menores detalles. Por eso, cuando el hombre dirige a Dios una plegaria, no hay que pensar que esa plegaria llega entonces a su conocimiento. La vió desde la eternidad y si la juzgó digna de ser oída, dispuso las leyes naturales de tal modo que la realización de lo que pedimos entrase en el curso regular de los acontecimientos, sin necesidad de milagros, aunque nada obsta para que pueda hacerlos y aun a veces los haga.

Me dice también Vd. que Dios no se cuida de nuestras pequeñeces y que el hombre tiene ya todo lo que necesita para cumplir su fin en esta vida. Esto, mi buen amigo, no deja de ser una ofensa que Vd. hace a la Sabiduría y Providencia de Dios, para el cual nada hay pequeño, sobre todo tratándose del hombre, su criatura predilecta, y es desconocer todo el orden sobrenatural para el cual nos falta todo, por estar, como le he dicho, por encima de nuestra naturaleza y olvidar ese hecho de experiencia diaria que nos dice que el hombre, si bien teóricamente tiene todo lo que necesita para

cumplir los preceptos de la ley natural, es sin embargo tan grande su inclinación al mal, tan frecuentes las dificultades y tan fuertes sus pasiones, que en la práctica no hay hombre, que sin la ayuda de Dios, pueda mantenerse toda la vida en el camino de la moral y la honradez. Negar estas cosas que todos las sentimos, pero que no todos tenemos el valor de confesarlas, no es si no ganas de perder el tiempo.

En cuanto a afirmar que Dios no necesita de oraciones, porque ya conoce nuestras necesidades, no deja en cierto modo de tener Vd. razón. Pero si El no las necesita, las necesitamos nosotros para pedirle las gracias de que carecemos y rendirle el homenaje de nuestra dependencia. El que Vd. no necesite de mi dinero, no me exime a mí de pagarle lo que le debo. Sabemos pensar y hablar y Dios quiere que nos dirijamos a El libre y conscientemente, como corresponde a lo que somos.

En fin, si todo ésto bien meditado no le convence de la necesidad que tenemos de la oración y si el orgullo le impide caer de rodillas ante Dios, para repetir con los versos de Harencourt:

*Oh! ne pouvoir plier l'orgueil de mes jarrets
Sur ces dalles que tant de douleurs ont baises!
Ne plus pouvoir prier sur les marches usées
Des vieux autels que j'adorais! (1)*

tenga al menos el buen sentido de respetar a los que, más filósofos y menos cobardes que nosotros, saben ser consecuentes con sus ideas religiosas.

Es lo menos que puede pedirle su affmo. s. s.

H. Michel de Pauplous
ome

(1) ¡Oh! que no pueda yo doblar el orgullo de mis rodillas sobre estas losas que tantos dolores besaron! ¡Que no pueda ya orar sobre el gastado pavimento de los viejos altares que adoré de niño!



CARTA VEINTICUATRO

La religión es una obligación natural

MUY señor mío y amigo: Creo que el saber a dónde se va cuando uno se mueve, es un gran principio de sentido común; porque eso de caminar—y quien dice caminar, dice razonar—a tontas y a locas y como a ver lo que sale, es perder fósforo y tiempo, dos cosas de gran valor en la vida, sobre todo tratándose, no de descubrir la América ni de inventar la pólvora, sino de problemas religiosos planteados, estudiados y discutidos desde hace ya muchos siglos.

Comprendo perfectamente lo que Vd. me dice respecto a la diferente posición en que nos encontramos los dos en esta controversia, que se reduce a saber quién tiene razón, si Vd. defendiendo sus puntos de vista en materia religiosa o yo afirmando los míos. Es verdad que Vd. busca la luz que ilumine su inteligencia y la paz que tranquilice su corazón, porque las ideas que se ha formado de Dios, del universo y del hombre, ni le convencen, ni le satisfacen del todo, antes bien encuentra en ellas algo de inconsistente y nebuloso, mientras yo estoy convencido de las mías, aquilatadas como las tengo con el estudio y la meditación, de modo que poseo una fe racional y filosófica, que quisiera comunicar a los demás, seguro de hacerles un gran bien. Por éso contesto a sus objeciones, procuro aclarar sus dudas y le expongo algunas de las razones en que apoyo mis creencias, esperando que un entendimiento como el suyo no ha de dejar de comprenderlas.

Por fortuna no pertenece ya Vd. a ese ejército de inconscientes, que ni siquiera han aprendido todavía a no hablar de lo que ignoran y porque fuman a destajo y vuelven a casa al amanecer, después de haber gastado la suela de los zapatos

en aventuras fáciles y donjuanescas, o porque han leído algún artículo de diario o revista ilustrada, o algún libro de un autor cualquiera; se creen con derecho a desdeñar todo lo que huele a religión y a escupir por el colmillo, haciendo ascos de los que de tales cosas nos ocupamos. A todos estos tipos trashumantes y ridículos, que se encuentra uno a docenas en cada vuelta de esquina, se les podría aplicar aquello de «El arriero y el burro»:

*Contra el amo se desata,
Y levantando su voz,
Que es lo mismo que su pata,
Lanzó en el aire una coz.*

Sabe Vd., mi amigo, que la Religión cristiana sólo pide una cosa a los hombres y es, que no la condenen sin conocerla. Y ésto es también de sentido común.

Vamos, pues, a entrar en uno de los puntos más interesantes de nuestra correspondencia, ya que tiende a llevar a la práctica ciertas ideas, que hasta ahora no hemos hecho sino tratar teóricamente. Me pregunta Vd. cuál es la idea exacta de Religión y si es necesario tener alguna. Me dice si no le basta al hombre ser honrado y cumplir las obligaciones que la sociedad impone, y quiere saber, si no son iguales todas las religiones y si no puede cada uno creer en materia religiosa lo que crea por conveniente, sin molestar a los demás. Todo ésto y algo más, quiere Vd. saber y yo voy a contestarle por orden para no confundir las ideas.

Ante todo, veamos qué se entiende por religión. Una vez demostrada contra los ateos la existencia de un Dios creador fuera de nosotros y la existencia en nosotros de un alma inmortal, contra los materialistas, fácil es comprender que Dios y el hombre no son dos realidades independientes una de otra, sino que, por lo menos están unidas por la relación de causa y efecto. Por eso dijo Cicerón en su tratado «*De legibus*», que entre Dios y el hombre existe una sociedad na-

tural y primitiva. Esa sociedad, es decir, el conjunto de esas relaciones y lazos que unen al hombre con Dios, forman la esencia y la base de la religión, que se llama *natural*, no sólo porque se funda en la misma naturaleza humana, si que también porque el hombre puede llegar a conocerla por su sola razón.

El hombre comprende que viene de Dios con todos los atributos dignificadores que posee, inteligencia, voluntad y libertad. Conoce que es su criatura, una de las manifestaciones de su fuerza creadora, y más que un hijo a su padre, más que un siervo a su señor, siente que le debe el homenaje de su dependencia, de su agradecimiento, de su obediencia y respeto. Por otra parte, criatura contingente y limitada, se ve débil en muchas cosas y en muchos momentos y su misma naturaleza le arrastra hacia su causa y su principio para buscar allí lo que le falta. Y como todas estas relaciones le unen a Dios, unas mediante la inteligencia que las conoce y otras mediante la voluntad que se siente ligada a El por la obediencia y el amor que le debe, se deduce que el complejo de la religión abraza verdades que hay que aceptar y preceptos que debe cumplir, los cuales al exteriorizarse constituyen el culto, compuesto de ritos, oraciones y sacrificios, que no son otra cosa sino la manifestación de la dependencia que de Dios tenemos.

Comprenderá Vd. mi buen amigo, que la religión, así entendida, es algo natural y obligatorio para el hombre, es decir, que el reconocer, aceptar y realizar esa dependencia, es un deber ineludible de la vida. Dios pudo no habernos creado, pero desde el momento que lo hizo, existen de nuestra parte obligaciones, que no podemos ni debemos olvidar, y el cumplimiento de esas obligaciones es lo que se llama religión.

Y aquí tiene Vd. explicado el origen del fenómeno religioso en la humanidad, cuya constancia verdaderamente abrumadora no han podido negarla los mismos adversarios de la religión. La religión es inseparable del hombre; se la encuen-

tra en todos los grados de cultura, en todas las épocas de la historia, en todos los climas y en todos los pueblos. Si usted ha leído algo de la historia de los pueblos más remotos y de las más antiguas civilizaciones del Asia, habrá visto que la religión era siempre una de las grandes columnas de su existencia. Si Vd. conoce algo de las tribus americanas, hoy desaparecidas, se habrá dado cuenta de que la idea religiosa llenaba toda su vida: si ha hojeado las páginas de Grecia y Roma desde su cuna, habrá tropezado por todas partes con templos, altares y sacrificios y se habrá sorprendido al notar que sus más hermosas obras de arte son los templos y las estatuas de sus dioses. Ciertamente que no mentía Salustio al afirmar que sus antepasados habían sido religiosísimos: «*Maiores nostri religiosissimi*», y que Plutarco no hacía sino pintar la realidad cuando escribía: «Si recorres la tierra podrás hallar ciudades que carecen de murallas, de letras, de leyes, de monedas; ciudades sin teatros ni gimnasios; pero nadie vió jamás un pueblo sin templo, ni dioses; un pueblo que carezca de oraciones, juramentos, oráculos y sacrificios. Creo más fácil asentar una ciudad en el aire, que fundarse y perseverar sin religión ni dioses». Tan inseparable es el hombre de la religión, que el gran antropólogo Quatrefages ha señalado la religiosidad como uno de sus atributos más característicos.

De sobra me sé yo que hay hombres irreligiosos, pero éstos nada significan. Son seres tarados, colocados al margen de la gran corriente humana. También hay ciegos y enfermos, pero su minoría nada demuestra contra la normalidad de la vida física. La irreligión, como el ateísmo, no aparece en la humanidad sino en estado errático, aislado, como esas piedras extrañas que se ven en los valles y que no tienen el menor parentesco con la naturaleza que las rodea. Los hombres verdaderamente irreligiosos acusan un porcentaje tan irrisorio, que según cálculos hechos por el Profesor de ciencias misionales de Munich, Aufhauser, apenas si llegan a nueve décimas por ciento de la población mundial; poco más o menos

como los enfermos de un hospital en una ciudad populosa.

Pues ¿porqué hay tantos que no practican y hablan contra la religión? Pues sencillamente porque así es la triste psicología del hombre. Unos por vanidad, ya que así se creen más hombres; otros por cobardía, por no tener el valor de afrontar las risas y chistes de los que carecen de vergüenza y de la educación más vulgar; otros por acallar los gritos de sus conciencias manchadas, porque

*La conciencia a los culpados
castiga tan pronto y bien,
que hay muy pocos que no estén
dentro de su pecho ahorcados;*

los menos culpables por haber tenido una educación religiosa deficiente, seguida de la instrucción atea del Estado; por haber sufrido la influencia de personas descreídas o de lecturas y espectáculos irreligiosos e inmorales, y todos por haberse dejado dominar por un orgullo y una necedad, que corre parejas con su ignorancia y falta de preparación. Esta y no otra es la causa de su irreligión. Mucha falta de estudio y de educación, a pesar de las vueltas que dan a cuatro ideas de erudición folletinesca,

*Pretendiendo alumbrar al mundo entero
Con la luz de su estúpida mollera...
Y es su cabeza una percha de sombrero.*

Veo que vuelve Vd. a la carga y me va buscando las cosquillas con la irreligión de hombres como Littré y otros parecidos. Vd. ignora algo que yo sé. Nunca he temido a los hombres que buscan con sinceridad la verdad, pues ellos comprenden por lo menos, el respeto que se debe al fenómeno religioso y en muchos casos ese respeto los ha llevado a la luz que buscaban. Littré era demasiado genio para no ver la luz cuando se le ponía delante. A los veinte años dominaba ocho o nueve idiomas y escribió profundamente de ciencias, filosofía y sociología y aunque se nota la influencia que en

sus ideas tuvieron los escritos de A. Comte, no es menos cierto que hay mucho de original en sus obras. Pero tuvo una desgracia. Sus padres no le bautizaron y él descuidó la religión cayendo en el positivismo, afirmando que las preocupaciones religiosas había que combatir las como un caso de neurastenia. Sin embargo, tuvo la suerte de contraer matrimonio con una dama creyente, de quien tuvo una hija que heredó las virtudes de su madre. La alteza de pensamientos, la honradez y moralidad de costumbres que la Religión producía en estos dos seres que amaba, hizo que Littré terminara por pedir las aguas del bautismo, pronunciando las palabras del Credo, resumen de todas las verdades religiosas. De modo que ya ve a qué queda reducida la irreligión de este hombre que tanto le seduce. Y lo mismo podría decirle de otros mil, entre ellos el célebre Lavedán, Director de la «Ilustración» de París y Guido Bacelli, Profesor de medicina legal y patológica de la Universidad de Roma, por no citarle sino dos de los más recientes. A mí no me espantan los sabios, me espantan los ignorantes y los irreflexivos.

Convéznase, mi querido amigo, es tan clara, tan racional, tan filosófica la obligación que tenemos de ser religiosos, que sólo los que no han meditado un cuarto de hora sobre ello, pueden desecharla y reirse de ella, porque conociendo la naturaleza de Dios por un lado y la del hombre por otro, surge inmediatamente la obligación que tenemos de realizar esos cuatro actos que constituyen la esencia de la religión: *adorar* a Dios como primer principio: *agradecer* sus beneficios: *pedirle* lo que necesitamos y *satisfacer* por las transgresiones que cometemos contra su voluntad. El decir que la religión es cosa de mujeres y que Dios no necesita de nuestros homenajes, no es sino ganas de decir tonterías, ya que por un lado todos, hombres y mujeres, somos criaturas de Dios y de El dependemos y por otro, la religión no se funda en la necesidad que tiene Dios de nosotros, sino en la obligación que tenemos nosotros y esta obligación no podrán borrarla todas

las argucias de los sofistas. Solo una vida sin moral o una ciencia materialista pueden oscurecer en la conciencia el sentimiento religioso, que ha sentido el hombre de todos los siglos.

Yo no le prohibo, por ahora, que lea Vd. todas esas obras de hombres de ciencia que me cita, pero me ha de permitir le recuerde las sabias palabras de Ampere cuando decía que «con un oído debemos escuchar a los sabios y con otro las verdades eternas».

Por lo demás habrá Vd. comprendido que en la presente carta no le hablo sino de la religión natural que se funda en la naturaleza misma del hombre, ser contingente, producto de la omnipotencia y bondad divinas, religión que puede ser conocida por solo las fuerzas de la razón y que tiene un fin meramente natural, pero, por algo que en mis anteriores le he expuesto, se habrá dado cuenta de que esta religión natural está sublimada por otra que se llama religión *sobrenatural* y positiva, que dependiendo solamente de la libre voluntad de Dios, sólo por la revelación puede ser conocida, y no la hubiéramos conocido si Dios no nos la hubiera manifestado.

El hombre comprende, aunque de un modo vago la suma de relaciones naturales que a su Creador le unen y los deberes que esas relaciones imponen; pero tratándose de asunto tan transcendental como el de la eternidad de su criatura predilecta, no quiso Dios dejarlo abandonado a su razón siempre débil, vacilante y oscurecida, sino que quiso perfeccionarlo, completando la suma de verdades religiosas, aclarándole los deberes que tiene, haciendo más íntimas y numerosas esas relaciones y presentándose El mismo, como fin último, absoluto y sobrenatural del hombre, señalándole lo que debe creer y lo que debe obrar para unirse con El mediante el entendimiento y la voluntad en esta vida, y así llegar a la visión directa y a la unión efectiva con Dios en la otra.

Esto es lo que se llama el orden o religión sobrenatural, que no tiene otro fin sino elevar, perfeccionar y completar el orden y religión natural.

Creo que con ésto tiene Vd. más que suficiente para darse cuenta de la base inconvencible en que se apoya la Religión, sin hacer caso a «esas manifestaciones ruidosas y esos fanatismos exagerados» de que Vd. me habla y que yo soy el primero en condenar, cuando merecen ser condenados, pues no debe Vd. olvidar que esas y otras manifestaciones del espíritu religioso, hechas con seriedad y sobriedad, constituyen el culto, es decir, la exteriorización de la religión, cosa tan natural, como natural es a las ideas de la mente y a los afectos del corazón revestirse del ruido de las palabras y la materialidad de los actos.

Anímese, mi querido amigo. Con esta carta nos acercamos ya a las puertas del templo, símbolo de la Religión, donde Dios y el hombre, que nunca debieran haberse separado, vuelven a unirse, y donde tantos hijos pródigos, como Vd., han vuelto a encontrar la luz que habían apagado y la paz que habían perdido. Unos pasos más y podrá Vd. contemplar la visión que cantó M. del Palacio:

*«En la más cercana cumbre
alza un templo sus arcadas,
en cuyas humildes gradas
se postra la muchedumbre.*

Hasta muy pronto se despide su affmo. amigo y s. s.

J. Miguel de Paeuplona
o. m. c.



CARTA VEINTICINCO

Sin religión no hay moral

MUY señor mío y amigo: Yo creo que el hombre, por el mero hecho de ser racional, debiera ser filósofo, es decir, debiera levantarse sobre esa vida animal, que toma cada día un relieve más vergonzoso, para profundizar las grandes verdades, que son el eje de nuestra vida. Si así fuera, no le hubiera extrañado a Vd. el que yo haya definido al hombre diciendo que es un *animal religioso*, pues decir animal religioso es lo mismo que decir *animal racional*, ya que si es verdaderamente racional, no puede menos de comprender la existencia de Dios y la obligación en que estamos de reconocer su soberanía y confesar nuestra dependencia, cosas ambas, que son precisamente la base de la Religión. Como ve, «animal religioso» y «animal racional» no es sino un juego de palabras que encierran la misma verdad. Para destruir la Religión sería necesario destruir antes a Dios y al hombre y, mientras esto no se consiga, Dios y el hombre se buscarán siempre y no impedirán que se encuentren ni todas las protestas, ni todas las violencias, ni todos los chistes de una minoría imbecil y despreciable, por lo ignorante y lo viciosa. En Dios, como lo ha dicho Donoso Cortés, está el derecho y la concentración de todos los derechos. Dios no debe nada a nadie y el hombre se lo debe todo a Dios. No es por lo tanto de extrañar que donde quiera que se encuentren rastros de hombres, se encuentren también rastros de religión.

Establecida, pues, la necesidad de ese *minimum* de religión natural (más tarde le he de hablar con detención de la religión positiva o revelada) voy a contestar hoy a la otra pregunta que Vd. me hace. «¿No le basta al hombre en mate-

ria de religión, con ser honrado y cumplir las obligaciones que la sociedad y la vida imponen, sin necesidad de admitir esa moral religiosa, individual, de precepto divino, que Vdes. tanto predicán? En otras palabras, comprendo que el hombre y la sociedad necesiten de la moralidad, pero ¿no podrían ser morales sin necesidad de Dios, ni de Religión?»

Pues bien, mi amigo, ya que Vd. comprende que la moral es necesaria individual y colectivamente, porque un hombre vicioso, no es un hombre, sino una vergüenza, y con una sociedad inmoral no se va más que al fracaso en todos los órdenes de la vida, voy a hacerle ver que, sin religión no puede sostenerse esa moral.

Definamos antes el concepto de moral. Convendrá V. conmigo en que, al hablar de moralidad en los individuos o en las sociedades, nos referimos a las manifestaciones de la vida en cuanto se adaptan o no a una regla, a una ley, que es la pauta y el molde de ese modismo de las acciones que llamamos moralidad. No basta que se nos diga «apártate del mal y haz el bien», sino que necesitamos saber qué es el mal y qué es el bien. Por otra parte, fácil es comprender que la moral es la verdad práctica, como la ciencia es la verdad teórica y así como el adaptar nuestra inteligencia a la verdad teórica, es decir, a la naturaleza de las cosas, constituye la ciencia, así el adaptar nuestra vida a la verdad práctica, a la ley, constituye la moral.

Además, así como la ciencia para ser tal, necesita que la verdad sea fija, invariable, incommovible, porque de otro modo lo que hoy es verdad, mañana sería mentira y no habría ciencia posible, así la ley que rige la moralidad de la vida, debe ser fija, invariable, incommovible, pues de lo contrario la moralidad cambiaría de unos individuos a otros, de unos pueblos a otros, de unas épocas a otras y podría suceder que lo que para V. es una gran moralidad, fuera para mí una gran inmoralidad, y lo que hoy juzgamos como un escándalo asqueroso, mañana lo juzgaran como una virtud muy edificante.

Se deduce de aquí, que ni la ciencia, ni la moral pueden depender de la libertad del individuo, sino que deben basarse en algo exterior y trascendente, que no es sino la verdad absoluta y el bien absoluto. Es decir que, así como no se da ciencia independiente, así tampoco se da moral independiente, a no ser que queramos admitir tantas ciencias y tantas morales, como son las obscuridades de la inteligencia y los caprichos del corazón humano.

Ahora bien: ¿quién puede ser esa verdad y bien absolutos, esa ley fija, incommovible, invariable de moralidad, sino Dios que si por un lado tiene derecho absoluto sobre los hombres, es por otro la suma Sabiduría y el Bien sumo? La moral si no se apoya en Dios no existe y por eso habrá notado que la moral atea es profundamente individualista, incapaz de moralizar al hombre y mucho menos a la sociedad. Dios imprimiendo su voluntad en los gritos de la conciencia, que es lo que se llama la ley natural, o manifestándonos esa voluntad, ya directamente por la revelación, ya indirectamente por sus representantes legítimos, que es lo que se llama ley positiva, he ahí, mi amigo, la regla fija que hace que nuestras acciones sean buenas o malas, morales o inmorales, según se adapten o se alejen de ella.

Dispéñeme le haya hecho caminar por estos témpanos de hielo del razonamiento filosófico, pero he querido hacerle comprender que, dependiendo el hombre de Dios no solo en cuanto a su inteligencia, si que también en cuanto a su corazón, la Religión que, no es otra cosa que la manifestación de esa dependencia, abraza dos series de relaciones, una de verdades que hay que creer y otra de preceptos que hay que observar, de modo que la moral, como la fe, forman parte integrante y esencial de la Religión, y es inútil pretender fundar una moral verdadera y eficaz al margen de la Religión.

¿No vé Vd., mi querido amigo, que si desecha la Religión empieza por faltar a uno de los deberes más serios e ineludibles? Y ¿qué moral es esa que empieza por faltar a un deber

fundamental? ¿No ve Vd. que sin Dios, sin Religión, que tienen el poder y el derecho de penetrar en las profundidades de la conciencia y en las raíces mismas de la vida, no es posible que el hombre se sienta sujeto por motivos eficaces para no hacer el mal y realizar el bien, es decir, para ser moral de veras, lo mismo en su interior, que en su exterior, lo mismo cuando lo ven, que cuando no lo ven? Quite Vd. la Religión con sus ideas de Dios, de inmortalidad, de sanción y ¿qué pone Vd. para que los jóvenes sean castos, obedientes, serios, para que repriman las pasiones que se levantan empujadas por el exceso de la vida animal?

*Quand on ne croit a rien, que faire de la vie?
Il faut l'user a force de luxure,
Jusqu'e au jour ou la mort passant par aventure
Et la trouvant caurvée et vaincue a moitié,
Dans la fossée commune la poussera du pied (1)*

Quite V. la Religión y ¿qué pone para que los ricos no se embrutezcan y abusen y malgasten; para que el comerciante no engañe, ni robe, ni falsifique; para que el obrero no se deje vencer por la envidia, el odio y la desesperación, para que no aparezca al exterior la fiera salvaje que todos llevamos dentro?

En nuestros días por un conjunto de causas, que todos conocemos, va desapareciendo en nuestra juventud la religión y con la religión, la moral. ¿No se ha fijado cómo va subiendo, cual oleada inquieta, esa juventud alocada, que no creyendo ni en Dios ni en el alma, no aspira sino a alcanzar de cualquier modo los goces materiales y sensualistas de la vida, y atropella con violencia todos los derechos y todos los deberes? Espanta el porvenir, mi amigo porque si así son ellos, educados sin religión, sin más escuelas que el cine, el teatro, el baile, la novela, el cabaret, el mitin, el prostíbulo, el periódico

(1) Cuando no se cree en nada ¿que se va a hacer con la vida? gastarla a fuerza de vicios, hasta que encontrándola por casualidad la muerte y viéndola encorvada y casi vencida la arrojará al hoyo de una patada.

calumniante y difamador, hombres que rezuman sensualismo y animalidad por todas partes ¿qué serán sus hijos y sus nietos, si no viene una reacción salvadora que llame a todos al buen camino? «Todo el que no haga de la religión la base de su vida está perdido, dijo un día en Aquisgrán Guillermo II y tenía más razón que un santo. Y Diderot había dicho antes: «La religión debe ser la primera lección de todos los días».

Esto deberían meditar seriamente los que se empeñan en suprimir la enseñanza religiosa en las escuelas, para producir generaciones inmorales porque escépticas y ateas. Es inútil pensar que la instrucción ha de levantar el nivel moral. No; hay mucha distancia entre la cabeza y el corazón y no es difícil encontrar hombres muy instruidos, que son unos perfectos canallas. Lo necesario es educar el corazón y solo la religión es capaz de educarlo. Por eso el célebre Portalis dejó escritas estas palabras; «Es necesario poner la religión como base de la educación. Sin ella las costumbres se corrompen.»

Dicen que la ciencia, la instrucción descubriéndonos las leyes y secretos de la naturaleza, no necesitará de Dios, ni de Religión; que ella sola se encargará de educar a los hombres, haciéndolos cada vez mejores y mostrándoles el camino del deber. «Cada escuela que se abre—dicen—es una cárcel que se cierra». Palabras, mi amigo, nada más que palabras. Si no ¿cómo me explica el que a medida que tanto avanzan las ciencias según dicen ellos, y a medida que aumenta el número de escuelas, es mayor la inmoralidad y no sólo no es posible cerrar cárceles, sino que va a ser necesario levantar una cárcel al lado de cada escuela?. Acabo de leer un estudio del Dr. Enrique Presch acerca de la delincuencia infantil en Buenos Aires, con estos resultados. La delincuencia es del 1 por 100 en los niños procedentes de escuelas católicas y de un 87 por 100 para los de las escuelas laicas, sin religión. Creo que éste sólo dato vale por muchos razonamientos.

Me habla Vd. del honor, de la honradez. ¡La Religión del honor!.. Permítame Vd. que me ría. Tengo ya bastantes

años y he corrido ya mucho para dejarme alucinar por el honor sin religión. Moralidad de barniz, de superficie, sepulcros blanqueados. Sí, mi amigo, y ésto lo sabe Vd. también como yo, el honor sin religión es muy compatible con aquellas tremendas palabras de lady Macbeth: «Todos los aromas del oriente y todas las aguas del océano no bastarían para lavar las manchas de tus manos enguantadas». Hay hombres y señoras y jóvenes y viejos, muy caballeros, muy correctos, muy educados, muy planchados y lavados, incapaces de cometer una falta de urbanidad, ni de decir una palabra inconveniente en público, y que, a pesar de toda la consideración y prestigio de que gozan, debieran estar a la sombra de un presidio, si no supieran guardar al exterior las apariencias de una honradez y moralidad que no tienen en su conciencia. Y esto no es de hoy, pues hace ya bastante que escribió el poeta italiano:

*En tiempo de las bárbaras naciones
Colgaban de la cruz a los ladrones,
Pero hoy, en el siglo de las luces,
Del pecho del ladrón cuelgan las cruces.*

No niego que haya hombres sin religión que sean hasta cierto punto morales; pero lo son por excepción, por temperamento, porque no les pide al cuerpo otra cosa; tal vez porque son parásitos de la Religión, viven, sin darse cuenta, de su ambiente y sus enseñanzas, pero no porque encuentren fuera de ella un motivo lo suficientemente eficaz para hacerlos morales. Racine que era un gran observador y un gran filósofo escribía a su hijo estas palabras: Me complazco en creer que haciendo todo lo posible para ser un hombre honrado, te persuadirás de que no puedes serlo sin dar a Dios lo que se le debe. Y la experiencia nos demuestra que no hay moral, sin religión.

Estas palabras de Racine expresan una verdad incontable que, ni aun siendo ciegos, podríamos negar. A medida

que baja el nivel religioso sube la inmoralidad hasta en los niños. ¿Qué importa que vigilen los padres y maestros? ¿Qué importa que se establezca policía pública y secreta? ¿Qué importa que tengamos códigos y cárceles y hasta patíbulos, si todo esto no puede llegar al corazón, a la conciencia, que es donde está la fuente de la vida? Sin Dios, sin la Religión que penetra en el alma y la purifica, no tendremos sino una moral exterior, hipócrita, fingida, producto del miedo a ser vistos, pero nunca una verdadera moral eficaz de convencidos, que es lo que hace falta.

Pues bien, mi querido amigo, si en el individuo, no es posible la moral sin religión ¿podrá serlo en la sociedad, que al fin y al cabo está formada de individuos? ¿Es posible formar una sociedad moral con individuos inmorales? ¿Qué es hoy la sociedad? Un verdadero asco. Una lucha de ambiciones, de egoismos, de mentiras, en la que triunfa el que más puede o el que más tiene.

*Sea un ome nescio e rudo labrador,
Los dineros le fazen fidalgo e sabidor.
Quanto más algo tiene tanto es de más valor,
El que non ha dineros non es de sy señor.*

Esta subversión de valores, que así ridiculizaba al Arcipreste de Hita, puede hoy aplicarse a todos los órdenes de la vida. Añada Vd. a eso la inmoralidad en el arte, la inmoralidad en el comercio, la inmoralidad en la familia, la falta de sinceridad en el trato, las ambiciones, los egoismos, las envidias, el hambre de tener y gozar y aparentar más de lo que se puede y extráñese luego de los crímenes, de los atracos, de las revoluciones, en fin, de todos esos fenómenos sintomáticos del malestar social que padecemos y no tienen otra raíz sino el haber pretendido levantar la sociedad sobre bases materialistas, huérfanas del principio religioso.

Le Play, gran observador de los fenómenos sociológicos ha dicho: «Donde declina la fe religiosa o la observancia del Decálogo, allí se altera la moralidad, el amor al trabajo, el

vigor de la raza, la fecundidad de la familia. Allí germinan las discordias sociales, que causan la ruina de los pueblos. Por eso un pueblo sin religión es una vergüenza, un peligro para la paz y el progreso de la humanidad y Napoleón veía claro al afirmar que un pueblo sin religión debiera ser barrido a cañonazos. Había comprendido la sentencia de Platón: «Aquel que destruye la religión, destruye los fundamentos de toda sociedad humana, porque sin religión no hay sociedad posible.» Y Mr. Harding, Presidente de los Estados Unidos decía por su parte no hace mucho: «La espantosa guerra última (1914) ha hecho ver al mundo el grave error que padecía y padece; el haberse apartado de la religión, cuando esta le es indispensable, si el mundo quiere tener moralidad y honradez y asegurar la paz futura de los pueblos.

Desengáñese, mi amigo. La anarquía política será siempre el corolario necesario de la falta de religión en los pueblos. Las sociedades, como los individuos, aspiran a la felicidad. Si se les quita la religión ¿qué felicidad les daréis? La felicidad de la tierra. Comer, beber, gozar y divertirse. Pero ¿cómo podrán conseguir esto si nadie se lo puede dar de valde, porque todos buscan lo mismo y nadie se ha de sacrificar por los demás? Entonces viene el desengaño y con el desengaño la reacción. Les han quitado el cielo y ellos piden la tierra y atropellan a los que creen ser un obstáculo y estos a su vez reaccionan y viene la lucha, la revolución y se implanta el despotismo, la tiranía y el despotismo sin religión, frente a un pueblo sin creencias, es algo horroroso. Recuerde la Francia de 1793.

Y para no cansarme yo ni cansarle a Vd. con citas que abundan, terminaré evocando la frase de Napoleón: «El servicio más grande que he hecho a Francia consiste en haber restablecido en ella la Religión Católica» y la de Federico VI de Prusia dicha a su Ministro al darse cuenta del aumento alarmante de la criminalidad en sus Estados: «Hacedme cuanto antes religión en el pueblo».

De este modo, mi querido amigo, la Religión proporciona también la felicidad en esta vida mediante la moralidad, la honradez y el cumplimiento del deber, que enseña a individuos y sociedades. ¿No le parece a Vd. que si hubiera más religión habría más tranquilidad en los individuos, más alegría en las familias, más estabilidad en las autoridades, más cultura en los pueblos y no necesitaría la sociedad de toda esa nube de abogados, policías, jueces, tribunales, cárceles y reformatorios, cuyo sostenimiento nos cuesta un ojo de la cara?

Pues mientras esto no comprendamos y sigamos despreciando la Religión, no tendremos más remedio que repetir la irónica poesía del Peruano R. de la Palma:

*Vi elevar un altar a la virtud...
Vi ¡oh prodigio! constancia en la mujer,
Y ciencia en la indolente juventud.*

Vió, dice, a la vejez honrada y a los dignos en el poder y a la justicia en su trono y la caridad y el patriotismo triunfando en los corazones y termina admirado de tanta felicidad:

*—¿Pero donde vió Vd. tanto primor?
—En sueños, queridísimo lector.*

Que comprenda Vd. que estos sueños no pueden traducirse en realidad sino mediante la religión, es lo que le desea su affmo. s. s.

Husquiel de Fauvelona



CARTA VEINTISEIS

No todas las religiones son iguales

MUY señor mío y amigo: Me apresuro a contestarle, accediendo a sus deseos, pues veo se ha dado cuenta de que tanto en el orden de las ideas como en el de los hechos, el punto que hoy vamos a dilucidar es de la mayor importancia, dado el modo de pensar, de hablar y de escribir, que muchos tienen.

En mi anterior dejé demostrado que la Religión es algo natural y necesario para el hombre y la sociedad, si han de conservar su propia dignidad y responder al fin por el cual existen.

Recordemos tan solo aquellos versos:

*«Aurea prima sata est ætas, quæ, vindice nullo,
Sponte sua, sine lege, fidem rectumque colebat (1)»*

Ahí tiene Vd. confesada por un pagano, Ovidio, esa religión natural que nosotros, después de veinte siglos de luz, parece no queremos comprender. Justo es que suframos las consecuencias que sufrimos en el orden individual y social ya que «el hombre sin Religión—según frase de Montesquieu—es un animal salvaje que no siente su fuerza sino cuando muerde y devora». Recuerde la Revolución francesa, dése una vueltita por Méjico y Rusia y se convencerá de ello. El hombre debe por lo tanto ser religioso, por obligación y por dignidad.

A esto paréceme que nada tiene Vd. que objetar. Al me-

(1) Y apareció aquella primera edad de oro, que espontáneamente, sin necesidad de leyes ni jueces, rendía culto a la rectitud y la justicia,

nos no lo hace en la suya. Lo que yo no puedo admitir es que ese *mínimum* de religión natural y necesaria sea, como Vd. quiere, producto de un sentimiento subjetivo, individual. Yo no puedo admitir ese sentimiento inmanente de los modernistas, muy parecido a la «*la sobrenatural luz interior*» de Calvino. Es cierto que existe en los hombres el sentimiento religioso que no es sino el resultado de la dependencia que tenemos de Dios, hacia el cual nuestra naturaleza se siente atraída como los ríos al mar, como los efectos a su causa, como el hijo hacia su madre. Pero de ahí a querer encontrar la esencia de la religión en ese sentimiento subjetivista hay un abismo; afirmarlo es caer de lleno en los caprichos de un individualismo egoísta y utilitario, incompatible con los derechos de Dios y los deberes del hombre. Aparte de que si eso fuese verdad estaría demás todo el orden sobrenatural y toda la religión positiva y tendríamos que admitir, como Vd. pretende, que todas las religiones son buenas, todas iguales, ya que todos, católicos, protestantes, judíos, budistas, mahometanos y fetichistas, poseen de su religión ese sentimiento íntimo y subjetivista y entonces sí que sería verdad eso que Vd. llama «cadena vergonzosa de luchas y odios que han ensangrentado la historia del mundo por defender la supremacía de unas religiones sobre otras». Y a esto es a lo que voy a contestarle.

Es innegable, mi querido amigo, que existen en el mundo muchas y muy diversas religiones y que cada uno considera la suya como verdadera; pero no es cierta esa distinción que Vd. establece entre Religión y religiones, influenciado por las lecturas que ha tenido, afirmando que la Religión es algo natural, pero que las religiones son invenciones humanas; que la Religión es la lengua universal con la que el hombre habla a Dios, y las religiones no son sino dialectos de esa lengua; que la Religión es un fenómeno histórico que va desenvolviéndose con el progreso y la civilización de los pueblos, como lo notó ya Byron.

*Religions take their turn;
'Twas Jovesth's, it is Mahomet's and other creeds
Wich rise with other years, till man shall learn
Vainly his incense soads, his victim bleeds;
Poor child of Doubt and Death, whose hope is
built on needs. (1)*

Que las religiones no son otra cosa que el sentimiento religioso en función del clima, el carácter, la instrucción, el gobierno de cada pueblo, lo cual hace que una Religión se adapte mejor que otra a un país dado, teoría desarrollada por Rousseau y resucitada más tarde por el novelista ruso Tolstoi y que Voltaire cantó en su «Zaire:

*«J' eusse été près du Gange esclave des faux dieux,
Chretienne a Paris, musulmane en ces lieux.
L'instruction fait tout. (2)*

De la existencia de muchas religiones en el mundo a caer en estas afirmaciones, haciéndolas a todas buenas, iguales y aceptables hay un abismo infranqueable para todo buen filósofo.

No, mi amigo, eso no es, ni puede ser verdad, aunque se afirme y se practique con una desaprensión tan grande como nuestro idiotismo. Afirmar semejante cosa es la ausencia más completa de sentido común y hacer el ridículo con un éxito bárbaro ante los que nos escuchan, porque padecen de incapacidad crónica para pensar por cuenta propia. Sostener que dos afirmaciones contrarias son verdaderas, buenas y

(1) Y aparecieron las religiones. La de Júpiter, la de Mahoma y las de otras creencias que fueron brotando con los años, hasta que el hombre se dió cuenta de que en vano quemaba incienso y sacrificaba víctimas. ¡Pobre hijo de la duda y de la muerte, cuyas esperanzas brotan siempre de sus necesidades!

(2) En las orillas del Ganges hubiera adorado a los falsos dioses; en Paris hubiera sido cristiana como soy aquí musulmana. Todo lo hace el ambiente.

aceptables es el mayor de los absurdos. ¿Pueden tener razón los que afirman que Colón fué italiano y los que afirman que fué español? ¿Pueden tener razón los que señalan al Norte las fuentes del Amazonas y los que sostienen que están al Sur? No. Pues aplique esto mismo al problema de las religiones y tendrá resuelto el problema, porque si mientras unos dicen que «sí» los otros dicen que «no», debemos concluir en buena lógica que no todas pueden ser verdaderas, ni todas iguales, ni todas aceptables, ni para Dios, que es la Verdad por esencia, ni para el hombre, que, como racional, es buscador de la verdad.

¿Quien es Jesucristo? Jesucristo es Dios—decimos los católicos.— ¡No!, replican los mahometanos, es tan sólo un profeta. —¡Ni lo uno ni lo otro!— gritan los racionalistas.— Fué un hombre como nosotros, un filósofo, un conductor de pueblos, un sociólogo». ¿Pueden tener todos razón? La Eucaristía es una realidad, el Papa es infalible, la confesión es de origen divino, el Purgatorio existe, afirmamos los católicos—¡Mentira!, dicen los protestantes. La Eucaristía es un símbolo, el Papa no es infalible, la confesión es una invención de la Iglesia romana, el purgatorio es otra de sus invenciones«. ¿Pueden todos tener razón?»—El Mesías hace veinte siglos que vino, decimos los cristianos. «¡No! El Mesías no ha venido todavía, afirman los Judíos. ¿Dirán los dos la verdad?—Las religiones monoteístas defienden que no hay más que un sólo Dios; las politeístas que hay muchos dioses; los materialistas que éso de Dios es un mito elaborado por el miedo del hombre primitivo?

*Primos in orbe deos fecit timor, ardua e coelo
Fulmina dum caderent. (1)*

¿Pueden estar todos en la verdad? ¿Pueden tener razón las religiones que tienen como costumbres religiosas agradables a Dios los sacrificios humanos, la poligamia, el divorcio,

(1) Los primeros dioses fueron hijos del miedo producido por los rayos que se desprendían de las nubes.

los ritos más eróticos y obscenos y las que proclaman el «no matarás» defienden la monogamia, la indisolubilidad del matrimonio y predicán como una virtud la castidad más absoluta y la más perfecta virginidad?

Si todo ésto es bueno, verdadero y agradable a Dios, ¡ah! entonces el hombre puede hacer lo que le dé la gana, ya que Dios admite y se satisface con las cosas más contrarias y disparatadas en orden a creencias y cultos. Pero, mi buen amigo, repito que esto no puede ser, que esto no es digno del hombre; ni digno de Dios; esto es sencillamente un absurdo que repugna a la razón porque la ofende y a la santidad de Dios a quien ultraja. Esto será muy cómodo para los que quieren vivir a sus anchas, pero falta que sea verdadero y, o Dios no existe, o no puede ser indiferente ante semejantes absurdos. Es así que Dios existe... Luego saque Vd. la consecuencia.

Lo que en esto pasa es otra cosa muy sencilla y es, que con todo el ruido que metemos, no buscamos sino evadir la fe y la moral que nos impone una Religión, que por ser la verdadera y se lo he de demostrar no puede transigir con esa vida indigna y llena de egoismos sensualistas que llevamos. Si fuéramos sinceros al proclamar que todas las religiones son buenas e iguales, debiéramos respetarlas todas y practicar al menos una, ya que tenemos obligación y necesidad de ser religiosos. Y no sucede nada de eso, sino que no practicamos ninguna y descargamos todo nuestro desprecio y nuestras burlas sobre la Religión católica, la más filosófica en sus creencias y la más pura en su moral, ¡Ah, mi buen amigo! Ese odio, esas persecuciones, esas burlas es la gran señal de nuestra apostasía por un lado y de la divinidad del catolicismo por otro; es el homenaje que hace el error a la verdad, el vicio a la virtud..

No soy amigo de anécdotas en esta clase de asuntos en que sólo debe imperar el razonamiento, pero yo que he visto y oído protestar a gritos y burlarse cínicamente de algunas

señoritas católicas que recolectaban por la calle el óbolo de la caridad pública para sostener sus instituciones benéficas de asilos, escuelas y hospitales como si eso fuera una explotación hipócrita y a los mismos que eso hacían quedarse con la boca abierta llenos de admiración, cayéndoseles la baba, las alabanzas y el dinero ante las mujeres protestantes del «Ejército de salvación» que penetran en cafés, bars y teatros en busca de limosnas para mantener sus obras enemigas del catolicismo, no puedo menos de recordar un hecho que pone de relieve el espíritu de intransigencia hacia todo lo que sea católico, que late en los defensores de la igualdad de todas las religiones.

Era en un Restaurant. El mozo sirve a los comensales una fuente de empanadas.—Mozo,—exclama uno—¿son de cerdo estas empanadas?—Sí señor. Jamón y ternera.—Pues entonces tráigame unas costillas de carnero. Soy judío y mi religión no me permite comer carne de cerdo. (Silencio, admiración y signos de respeto y aprobación en todos los comensales). Al terminar la comida se levanta el caballero y dice:—«Señores, les debo a Vdes. una explicación de lo que he hecho. Yo no soy judío, ni cosa que se le parezca. Soy católico práctico. Pero confiesen que si hoy hubiera sido viernes y hubiera yo pedido una comida de vigilia, muchos de Vdes. me hubieran tratado de ridículo, de incivil, de intransigente. Pero he dicho que soy judío y todo ha pasado muy bien. Lo cual quiere decir que se puede ser judío, pero no católico y que todas las religiones son respetables, menos la mía». Y se marchó.

Este hecho, demasiado frecuente por desgracia, le dirá a Vd. sobre el asunto que estamos tratando, más que un libro entero.

¿De donde procede, pues, esa diversidad de religiones que tanto le intriga a Vd? Se lo voy a decir en pocas palabras. Cuando se estudia a fondo el fenómeno religioso a través de los pueblos y los siglos, que son los dos factores de la

historia, se nota que hay en las diversas religiones un denominador común, un substracto único, idéntico en todas ellas dentro de su aparente variedad. Es la existencia de un ser superior del cual depende el mundo y el hombre, y al cual debe rendirle el homenaje de su dependencia; son ciertas creencias de la supervivencia de las almas, de los premios y castigos, de la diferencia entre el bien y el mal, etc. etc.— Este hecho innegable para todo el que ha saludado la historia de las Religiones, demuestra ya por sí solo, y es la única solución del problema, que la especie humana ha iniciado su evolución de un foco común, de una familia primitiva, que debió ser depositaria, parte por revelación, parte por la lógica natural de la razón, de un conjunto de verdades religiosas y morales con sus correspondientes manifestaciones externas, las cuales fueron conservándose y modificándose al correr de los siglos, produciendo a medida que se alejaban del foco de origen, esas variantes que falsearon las ideas primitivas, envolviéndolas en supersticiones, mitologías, magias y sortilegios, dando lugar a esas formas religiosas tan distintas en la superficie, pero tan idénticas en el fondo. Así como el hombre modificó el color de su piel, su lenguaje y hasta su anatomía por la adaptación al medio que tuvo que soportar, así cambió también su psicología e ideología religiosa. Sólo desde este punto de vista puede decirse que la religión en abstracto es la lengua universal de la que las religiones no son sino los falsos dialectos. Y aun esto no es del todo exacto ni aceptable ya que existe, en medio de sus dialectos, la lengua verdadera y primitiva, que todos debemos aprender.

Le dejo, mi querido amigo, sentado ante ese mar que forman las religiones en la historia y cuyo misterio nuestros enemigos no llegan a comprender, para que mirándolo en silencio y serenidad, oiga el grito majestuoso que de él brota, como trueno prolongado en el vientre de una nube, y que nos llama a la investigación de la verdad en este problema de vi-

da o muerte. Espero que podrá Vd. repetir con Núñez de Arce:

*¡Cuántas veces sentado en tu ribera,
¡oh, mar! como si oyera*

La abrumadora voz de lo infinito

Ha despertado en la conciencia mía

Honda melancolía

Tu atronador, interminable grito!

Entre tanto se despide hasta la próxima, de Vd. affmo.
amigo y s. s.

H. Miguel de Pauplona
omc.





CARTA VEINTISIETE

«Olfateando la verdadera religión.»

MUY señor mío y amigo: Leyendo y glosando estaba para Vd. unas deplorables «tercinas» que nada tienen que ver con las del vate florentino, pero que ponen de relieve la triste mentalidad de algunos individuos y de algunas Revistas, por demás desaprensivas, cuando recibo la suya anunciándome el efecto que mi última le ha producido y pidiéndome le descorra el velo de mis ideas respecto a la verdadera religión. Los tercetos a que me refiero y que encajan perfectamente en el asunto que estamos tratando, demuestran una ausencia tan grande de reflexión y de lógica, una psicología tan ridícula y despreciable, que si no diera compasión haría reír a carcajadas. Vea aquí una muestra con su comentario.

*Yo me dejaría guiar por Calvino
Y comulgaría con Tomás de Aquino
Y me mataría por el gran Rabino.*
(Pero ¿han visto Vdes. más grande pollino?)

*Cuando se desborda mi inconoclastismo
Me elevo una estatua dentro de mí mismo
Y me hago universo de mi panteísmo.*
(Igual que mi perro. Lo mismo, lo mismo.)

Y ¡que haya hombres que escriban estas cosas y Revistas que las lancen al público...! Pero dejemos esto a un lado y sigamos nuestro camino.

Nos encontramos, mi querido amigo, después de lo que en mi anterior le dije, como el viajero que tras larga travesía del mar va entrando en los canales del puerto. Quiero decir

que, una vez demostrada la necesidad y la obligación que tiene el hombre de ser religioso, y puesto en evidencia que no todas las religiones son iguales, ni buenas y que éso de decir «yo practico la religión a mi manera», es una de tantas vaciedades ridículas que nuestra ignorancia suele pronunciar para encubrir la repugnante desnudez del alma, tenemos ya delante la cuestión de mayor trascendencia que se nos ha presentado hasta ahora, el punto, no diré el más difícil, porque no lo es cuando se busca la verdad sin prejuicios, pero sí el más delicado, como lo es el del buque a su llegada al puerto, que necesita de todo el tino y experiencia del práctico para entrar a la dársena que tiene señalada, sin perderse entre la multitud de bocas y canales que le salen al encuentro y entre los cuales ha de atravesar. Si conseguimos llegar sin tropiezo, está Vd. salvado del naufragio. Por eso le doy en estos momentos el mismo consejo que dió Virgilio a Dante al penetrar en el último círculo del infierno.

. *ed ecco il loco*
ove convien che di fortezza t' armi. (1)

Vamos, pues, a tratar hoy de demostrar cuál de las muchas religiones que existen presenta los caracteres y garantías de la verdad y en consecuencia, cuál es la religión que el hombre debe admitir y practicar.

Ante todo hemos de confesar, mi buen amigo, que siendo la religión algo tan natural y necesario que sin ella quedaría frustrado el fin del hombre, Dios, que es bondad, amor y sabiduría, tuvo que comunicarse con él para darle algunas señales o pruebas por las que pudiera conocer de una manera clara e inconfundible la verdadera religión, con la seguridad de no equivocarse en asunto de tanta trascendencia. Si así no fuera ¿con qué derecho habría Dios de exigirselo y castigarlo, si a pesar de sus esfuerzos y buena voluntad, no lo había conseguido?

(1) He aquí el sitio donde es necesario que seas fuerte.

Ahora bien ¿cuáles son esos caracteres que debe presentar la verdadera religión? Basta meditar sobre lo que es la religión para determinarlos. La verdadera religión debe ser de tal naturaleza que se adapte a todos los tiempos, a todos los lugares, a todos los hombres, porque Dios es Dios de todos y porque el hombre donde quiera que se encuentre siente y necesita la religión. De aquí se deduce también que la verdadera religión debe imponerse al hombre no por el miedo ni por la fuerza, sino por la convicción que engendra su excelencia y su propio valor intrínseco. Debe así mismo producir en el hombre y los pueblos que la abrazan y practican un efecto de dignificación y ennoblecimiento, no parcial sino absoluto, ya que siendo la religión un lazo que une al hombre con Dios, que es bien y es verdad y es al mismo tiempo su principio y su fin, esa unión y ese contacto debe producir naturalmente la semejanza. La verdadera religión debe además presentarse a cielo abierto, no temer la prueba del análisis y la crítica de los hombres, como no la temen la verdad y el bien, para que, como patrimonio de todos, todos puedan conocerla y estudiarla. Y debe sobre todo poseer pruebas evidentes e irrecusables de su divinidad y estas pruebas no son otras, sino la profecía y el milagro que de solo Dios pueden venir, porque solo Dios, eterno y omnipotente, es capaz de predecir lo futuro y obrar al margen de las leyes naturales.

Convendrá Vd. conmigo en que la religión que posea todas estas notas y caracteres será la verdadera, puesto que presenta todas las garantías de ser la que Dios quiere y el hombre necesita.

Dejando, por el momento, a un lado todo ese fárrago de formas religiosas inferiores, hijas del sentimiento religioso en su estado bruto, que se encuentran enquistadas en pueblos primitivos de baja civilización y que no pueden resistir la crítica más trivial, vamos a fijarnos en las cuatro religiones que se dicen divinas y que por su contenido dogmático y moral, más han llamado la atención de la humanidad y más eco han

encontrado en la conciencia popular. Son el judaísmo, el budismo, el mahometismo y el cristianismo cuyos iniciadores han sido, como sabe, Moisés, Saka-Muni, Mahoma, y Jesucristo. Vamos a examinarlas una a una para ver con cual de ellas nos quedamos. Yo me olvido por un momento de lo que soy y lo que creo, para razonar un rato al lado de Vd.

El judaísmo es sin duda alguna una religión revelada. Basta leer sus libros para convencerse de ello; pero esa misma revelación atestiguada por dogmas de una majestad sobrehumana, por preceptos morales de un rigorismo impresionante, por profecías innegables y milagros evidentes, le da al judaísmo un carácter innegablemente transitorio y de preparación. Es una religión imperfecta que espera. Toda su razón de ser es el Cristo o Mesías prometido y profetizado y debe desaparecer el día en que El aparezca. Y de hecho se nota que esa religión ha quedado históricamente anquilosada, inmobilizada desde hace dos mil años. No es ya una religión universal, proselitista como es la verdad viva. Es una estatua de sal petrificada que no se atreve a mirar de frente hacia adelante. Es la religión de una raza, de un pueblo disperso, incoherente. Los judíos intelectuales han pasado al campo del racionalismo, de la política, de la banca, del comercio. Sus movimientos subterráneos y su espíritu calculista han hecho desaparecer aquellas grandes figuras morales que hicieron un tiempo la gloria y el honor de ese pueblo. La idea mesiánica no late sino en el pueblo bajo, ignorante y eso más como una tradición que como una esperanza. El Sionismo, de que tanto se ha hablado, tiende directamente a formar una nación política, no una sociedad religiosa. El mismo culto religioso, que no puede celebrarse sino en Jerusalen, da al judaísmo un carácter particularista y restringido, que no responde a la universalidad del sentimiento religioso, que debe poder satisfacerse en todas partes. De todo esto se deduce que el judaísmo no puede tener la pretensión de ser una religión universal. Es una religión truncada que se ha detenido a mitad del ca-

mino en medio del incesante movimiento de la Historia. El Mesías era toda su razón de ser y no lo conocieron.

En cuanto al budismo he de empezar por decirle que, ni aun después de leer la obra de Burnouf, he podido comprender cómo un espíritu tan abierto como el de Brunetiére hubiera podido verse por ella detenido durante quince años en su marcha hacia el catolicismo. Un hombre como Saka-Muni que pisoteando deberes fundamentales abandona su mujer y sus hijos para hacerse ermitaño y modifica a su modo otra religión, el Bramanismo, adquiriendo, con su propaganda entre el pueblo, fama de Budá o Doctor y muere prosáicamente de un modo muy poco divino, a consecuencia de una indigestión; una doctrina en la que, bajo algunas verdades austeras y de exhibición que predica, late el más burdo ateísmo y confunde la inmortalidad del alma con el «*nirvana*», que es lo mismo que confundir el dinamismo de la vida con el ensimismamiento del pájaro bobo; una religión que, a pesar de sus pretensiones a la universalidad, no ha podido salir de límites relativamente restringidos, ni implantarse sino en pueblos, como la India y la China, que poseían organizaciones religiosas inferiores; una religión que por ser en el fondo aristocrática y no popular, como debe serlo la verdadera religión, no ha producido en las masas el ennoblecimiento moral que siempre produce la verdad y el bien, y que cientos de años después de la muerte del fundador viene a contarnos milagros tan infantiles como el presentarnos a Buda volando por el horizonte mientras arroja un chorro de fuego por uno de sus ojos y de agua por el otro: una religión, en fin, que no admite en su cielo a las mujeres sino a condición de reencarnarse antes en el sexo masculino y que a fuerza de degenerar llega hasta a convertirse en una mezcla de politeísmo, de magia y de idolatría, no puede ser divina, ni verdadera, ni puede siquiera aspirar a penetrar en los países medianamente civilizados.

Y del Mahometismo ¿que le podré decir yo a Vd. que no lo conozca? Fundado por el camellero de la Meca, por el prófu-

go de Medina con residuos de otras religiones, sin más fin que el de atraer adeptos para formar, más que una religión, un ejército que llenara sus ansias de venganza y de conquista, ni por sus dogmas imperfectos y adulterados, ni por su moral de un relajamiento asqueroso, ni por el mecanismo y superficialidad de su culto, puede presentar condiciones de una religión seria y aceptable. El fundador y la doctrina son en el mahometismo de un corte mucho más burdo y quedan a un nivel mucho más inferior que Buda y el Budismo. Courbet, especialista en el estudio de las religiones, nos pinta a Mahoma como un hombre indiscutiblemente listo y sagaz, pero sensual, ambicioso, ladrón, cruel y vengativo; un verdadero tipo de beduino astuto, de conductor atrevido con suerte. La poligamia, la esclavitud, la servidumbre vergonzosa de la mujer, su cielo materialista, la guerra como medio de conquista religiosa, el fanatismo salvaje y cerrado de su fe, que prohíbe toda discusión, todo razonamiento, todo análisis de sus creencias, hacen del mahometismo una religión anacrónica y fósil, estancada como las aguas de un charco. Hay una barrera infranqueable entre ella y los demás pueblos y religiones. No tiene ni apologética que la defienda, ni almas de grandes virtudes morales que sean fruto de la santidad de sus doctrinas, ni fuerza de expansión propia de la verdad y del bien. Profecías que atestigüen su divinidad no conozco ninguna, y en cuanto a los milagros, el mismo Mahoma confesó que no podía hacerlos, aunque sus secuaces afirman con toda la ingenuidad infantil de civilizaciones rudimentarias, que en cierta ocasión rompió la luna en dos pedazos y después de pasarlos por las mangas de su túnica, los volvió a unir.

Vea, pues, mi amigo, cómo de las cuatro religiones que se dicen verdaderas, divinas y reveladas, hay tres que distan mucho de serlo y no pueden en modo alguno satisfacer la aspiración religiosa de la humanidad. Ni Vd., ni yo, ni nadie, se decidiría a abandonar su religión para hacerse judío, budista o mahometano, porque en vez de una ascensión ennoblecedora tendríamos la sensación de una caída.

No quiero decir con esto, que todo sea falso y nada bueno haya en esas y en todas las religiones. Aunque no fuera sino esa finalidad que todas tienen de unir al hombre con la divinidad y reconocer mediante el culto su dependencia de Dios, sería más que suficiente para afirmar que cualquier religión vale más y es preferible al ateísmo. Pero aquí no tratamos de la verdad parcial, sino de la total y absoluta.

Esto solo nos bastaría ya, mi querido amigo, para abrir los ojos y comprender que, si de las cuatro religiones que se presentan en el mundo con pretensiones de verdaderas, hay tres que no pueden serlo en manera alguna, es necesario que la cuarta lo sea, so pena de quedarnos sin ninguna, lo cual no es posible. Sé que este argumento por eliminación no convence, pero es un relámpago que ilumina. No crea, sin embargo, que es el único que posee para demostrar su verdad. En mi próxima hemos de mirar de frente y con frialdad a la religión cristiana para analizarla y ver si presenta las notas y caracteres de la verdadera religión. Por hoy me contento con que Vd. se dé cuenta de que no es en esas religiones donde hemos de encontrar a Dios y en Dios la luz de nuestra inteligencia y la tranquilidad del corazón.

Estoy seguro que siguiéndome paso a paso por estos caminos, ha de exclamar Vd. por fin con el vate florentino:

*Lo Duca ed io per quel cammino ascoso
Entrammo a ritornar nel chiaro mondo;*

E quindi uscimmo a riveder le stelle. (1)

Contando con la gracia de Dios y la sinceridad de sus esfuerzos, se lo promete su affmo. amigo y s. s.

Huizuel de Pauplona,
ome

Mi guía y yo salimos por aquel camino oculto a la superficie de la tierra..... y desde allí pudimos contemplar de nuevo la estrellas.

CARTA VEINTIOCHO

La verdadera religión es el Cristianismo

MUY señor mío y amigo: No le extrañe que haya postergado algún tanto el tratar del cristianismo, que es el centro ideológico de toda nuestra controversia. Es que al querer demostrarle cómo él es la única religión verdadera, la única que, por presentarse con todos los caracteres y garantías de la verdad, puede y debe abrazar el hombre, siento todo el peso y responsabilidad de mi empresa, con la angustia que supone el tener que exponerle en pocas páginas un asunto que por la abundancia y variedad de los argumentos y por la amplitud de sus consecuencias, es capaz de llenar libros enteros.

Ante todo debo decirle que el Cristianismo no es como afirman Tyrrell, Sabatier, Harnack y demás partidarios del evolucionismo religioso, la forma religiosa más perfecta a que la humanidad ha llegado en su desarrollo psicológico y moral a través de los siglos. El cristianismo no es fruto del progreso y civilización de los pueblos; al contrario. Históricamente se demuestra que el progreso y la civilización son productos del cristianismo y que hay en éste factores que están al margen y sobre toda evolución humana. Es cierto que entre *la religión primitiva* de las primeras generaciones, que era una mezcla de tendencias naturales y de verdades reveladas de la cual se originaron por adulteración todas las religiones, el *judaismo* que cristalizó en la ley mosaica y *el cristianismo* iniciado por Jesucristo, existe una admirable coordinación histórica. La una sucede a la otra, como los eslabones de una cadena, que sin solución de continuidad, va atravesando los siglos desde la aparición del primer hombre hasta nuestros días; pero esto no es una evolución, sino el desarrollo de un plan sabiamente concebido para conservar y transmitir en la

humanidad el depósito de la verdad religiosa, llegando en Jesucristo a su complemento y perfección definitiva. No es esa verdad religiosa la que ha ido adaptándose a los pueblos, sino que han sido los pueblos los que se han adaptado a ella. Todos sabemos que a la aparición del Cristianismo, Roma y Grecia eran las dos cumbres del progreso humano y sin embargo, todo el desarrollo de esos pueblos fué a desembocar en su evolución, al politeísmo y la idolatría del Panteón romano y el Olimpo griego, siendo el cristianismo quien derrocó aquellas alturas, haciendo que la humanidad mirara a otro lado y desandara el camino que había hecho. Este es un fenómeno innegable y perfectamente histórico.

¿Qué es, pues, el cristianismo? Es la religión fundada por Jesucristo en la Judea y propagada por sus secuaces en el mundo. No creo haya necesidad de detenernos en demostrar la existencia real e histórica de Jesucristo. Negar esa existencia, como lo han hecho algunos hipercríticos, es tan ridículo como negar la existencia del mundo exterior. Aunque no tuviéramos el testimonio de testigos oculares que le vieron, oyeron y trataron, aunque careciésemos de los Evangelios y cartas de sus discípulos, aunque no existieran ni la historia de Flavio Josefo, ni las páginas de Plinio, el joven, Tácito y Suetonio, que de él nos hablan, creo que veinte siglos de cristianismo con sus luchas, sus triunfos, sus mártires, sus sabios y hasta sus perseguidores, son inexplicables sin la existencia de un Cristo real e histórico, tan histórico, por lo menos, como Moisés, Saka-Muni y Mahoma.

Y ¿sobre qué documentos nos apoyamos para determinar la personalidad y figura de Jesucristo, para conocer su vida y su doctrina? Tenemos, mi querido amigo, libros tan perfectamente históricos, que de ellos se ha dicho que «los hechos de Sócrates, en que todos creen, están menos atestiguados que los de Jesucristo». Estos libros son *los Evangelios*. No se sonría Vd, pues no voy a acudir a la revelación divina para demostrar su veracidad. Basta aceptarlos como simples docu-

mentos históricos, sin más autoridad que la que damos a los escritos de Jenofonte, César o Tito Livio. Y esta autoridad la tienen, pese a todos los esfuerzos en contrario, hechos por la Escuela protestante y racionalista de Tubinga. Son libros escritos por testigos directos o inmediatos de los sucesos que narran y con un estilo y naturalidad tan sorprendentes, que encuadran a perfección con los autores, con los acontecimientos y con el ambiente geográfico y social de aquellos tiempos. Su veracidad y lealtad son tan grandes, que cuentan hasta las cosas que podían muy bien haberse callado, por ser en descrédito y vergüenza de los mismos que las escribían, y uno de ellos nos afirma claramente que escriben lo que de Jesucristo, vieron, oyeron y tocaron con sus manos, por haber vivido con él hasta su muerte. Los mismos enemigos de la doctrina cristiana en los dos primeros siglos de su existencia, como los gnósticos Basílides y Marción, apoyaban sus argumentos en la autoridad histórica de los Evangelios. Con razón ha podido decir Rousseau que «los Evangelios tienen caracteres de verdad, tan grandes y sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que, de no ser ciertos, el inventor de ellos sería más grande que el héroe». Tenemos, pues, que los Evangelios, por sus caracteres intrínsecos y extrínsecos, son perfectamente históricos y merecen toda nuestra credibilidad, pudiendo apoyarnos en ellos con toda confianza, sin temor a equivocarnos.

Ahora bien: ¿qué nos dicen de Jesucristo los Evangelios? Nos dicen ante todo que era un hombre. Nos cuentan la familia de la cual descendía, el lugar donde nació, el trabajo en que se ocupó, las ideas y doctrinas que enseñó durante tres años, el complot que le armaron sus enemigos y del cual salió condenado a muerte y el modo como lo ajusticiaron y enterraron. Pero en medio de todo esto perfectamente humano, palpita la convicción profunda de que aquel hombre era Dios, era el Mesías prometido y esperado durante cuarenta siglos. Y esto es lo que hace atractiva e inquietante la figura de Je-

sucristo, y aquí es necesario que nos detengamos, para reflexionar un momento.

El Judaísmo, como le dije en mi anterior, vivía obsesionado con la idea tradicional de uno que vendría enviado por Dios y en el cual cifraban todas sus esperanzas de libertad y grandeza. Todos piensan en él y lo desean con impaciencia. Los profetas, sumergiendo su mirada telescópica en la obscuridad del tiempo, lo ven en la lejanía. Isaías lo retrata hasta en sus menores detalles; se diría que es su fotografía. Miqueas señala el lugar donde nacerá. Daniel fija su nacimiento a las siete semanas (490 años) después de la vuelta del cautiverio de Babilonia. Zacarías predice el modo como ha de morir. El pueblo, exaltado con la idea de su Mesías, no cesa de clamar: «*Ven, Señor: no tardes! ¡Cielos, lloved al justo!*» Y Juan el Bautista, apenas Jesucristo se presenta en público, tiene una sospecha y le envía sus mensajeros para preguntarle:—«*¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro?*» Y lo curioso es que esta idea mesiánica había rebasado las fronteras judías y se la encuentra en Persia, India y China, tan fuerte como entre los druidas de los bosques de las Galias. Tácito, Suetonio, Platón y Cicerón nos hablan de ella con frases verdaderamente impresionantes. ¿Quién no conoce los famosos versos de Virgilio en sus Eglogas:

*Ultima Cumei venit jam carminis aetas
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo,
Jam nova progenies coelo demittitur alto, etc. (1)*

Pues bien, mi querido amigo. Aquí empieza lo verdaderamente interesante. Todas esas profecías, hechas con siglos de anticipación, se realizaron hasta en sus menores detalles en Jesucristo. Lo cual significa que era a Jesucristo a quien se referían. Decir que esto fué una simple coincidencia, sería

(1) Ya se acerca el tiempo cantado por la Sybilla de Cumas; ya empieza otra vez un gran periodo de siglos; ya se desgaja del cielo una nueva familia.

tan necio como afirmar que el mundo se hizo por casualidad. Ni puede decirse que Jesucristo se aplicó a sí mismo esas predicciones sin que le correspondieran. Nadie nace cuando, donde y como quiere. De modo que si Jesucristo pudo apropiárselas es porque en él se realizaban y si en él se realizaban, es que a él se referían y por lo tanto él era el Mesías prometido.

Por otra parte, tenemos que el mismo Jesucristo afirmaba sencilla pero categóricamente que era Dios. «*El que me ve, ve a mi Padre, porque yo y el Padre somos una misma cosa.*» «*El está en mí y yo en El.*» Y esta afirmación era tan pública, que cuando en cierta ocasión pregunta a sus enemigos por qué quieren apedrearle, le contestan:—«*Porque siendo hombre, te haces Dios.*»—Ahora bien. O Jesucristo era verdaderamente Dios, al sentirse y proclamarse como tal, o era sencillamente un impostor o por lo menos un iluso, que, como dice Nietzsche, «pretendió sublevar al pueblo judío contra el orden imperante, con un lenguaje que aun hoy lo llevaría a uno a Siberia.» Y esto no lo fué en manera alguna Jesucristo. Afirmarlo es falsear la historia. Su vida pública y privada no fué la de un subversor del orden. «*¿Quién de vosotros—exclamaba un día—podrá acusarme de un solo pecado? Nunca he ocultado mis enseñanzas, ni he hablado a escondidas. Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.*» Y el pueblo lo sabía bien. «*Sabemos,—le decían—que eres sincero en tus palabras y que enseñas la verdad de los caminos de Dios.*» Y ahí están Renán, Strauss y compañía, llamándole hombre santo, sabio, justo y virtuoso a boca llena, a pesar de no querer reconocer su divinidad.

Pero tenemos, además, que Jesucristo no solo aseguraba que él era Dios, sino que lo demostraba con hechos, como la profecía y el milagro, que son el sello y la firma de Dios. Hace profecías de sí mismo, de sus discípulos, del pueblo judío, de la ciudad de Jerusalén, de su obra. Profecías que se cum-

plieron exactamente. Realiza milagros los más estupendos; todo esto en nombre propio y con el fin de demostrar su divinidad: «*Ut credant quia tu me missisti*»; para que cuando sucedan os convenzáis de que yo soy el Mesías. ¿Cree Vd. mi amigo, que si Jesucristo hubiera sido un impostor o un iluso que se creía Dios sin serlo, hubiera Dios cooperado a esa farsa con las dos pruebas más grandes de la divinidad, como son la profecía y el milagro? Con razón, pues, podía decir: «*Si no hago obras de Dios no me creáis, pero si las hago y no queréis creer en mis palabras, creed en mis obras y os venceréis de que el Padre está en mí y yo en mi Padre*».

Yo no sé si Vd. se habrá detenido a pensar en el milagro de su resurrección, que es una de las pruebas más luminosas de su divinidad. Jesucristo la había prometido y afirmado con palabras que no dejaban lugar a dudas. «*Tertia die resurgam*.» Al tercer día resucitaré. ¿Ha pensado Vd. en lo que significa resucitarse uno a sí mismo, señalando matemáticamente el tiempo en que ha de realizar ese fenómeno curioso? Eso descubre en la personalidad misteriosa de aquel hombre un desdoblamiento de actividades, que no puede explicarse sino recurriendo a la divinidad. Porque para *resucitar* es necesario que esté muerto y para *resucitarse* es necesario que haya en él algo que no haya muerto y sea activo. Estar muerto y estar vivo, ser y no ser al mismo tiempo, devolverse a sí mismo la vida en un momento fijado de antemano, he aquí el hecho incontrovertible, aun desde el punto de vista histórico, que no tiene explicación posible, sino admitiendo que Jesucristo era Dios y hombre, mortal e inmortal al mismo tiempo.

Convendrá Vd. conmigo en que todo esto y muchas otras cosas más, que puede Vd. leer en los Evangelios, son inexplicables sin la divinidad de Jesucristo; pero aun suponiendo que Jesucristo no fuera Dios, demostraría a lo menos que todo es obra de Dios y que por lo tanto en él está la verdadera religión, de origen divino, la única que presenta todas las garantías para ser admitida como tal.

Añada Vd. a esto el recuerdo de la fundación, propagación y efectos que el cristianismo ha producido en el mundo y se convencerá todavía más, de que hay en esa religión algo que no es humano, que no tiene explicación posible en las leyes ordinarias del desenvolvimiento de las sociedades. Porque cuando se piensa que doce hombres salidos de la clase más humilde, despreciados, perseguidos y hasta ridiculizados por el fracaso y la muerte de su jefe, obedeciendo a lo que un día les dijo: «*Id por el mundo y predicad mi doctrina a todas las gentes*», se separan unos de otros y predicán en un ambiente extraño y hostil, como era para ellos el pueblo judío con todos sus prejuicios, el imperio romano con todo su orgullo y el pueblo griego embriagado de arte, de sabiduría y de elocuencia, una doctrina llena de afirmaciones que la razón no comprende y de preceptos austeros que condenan todas sus costumbres y, a pesar de las persecuciones sangrientas que contra ellos se levantan y los van diezmando día tras día, se muestran cada vez más fuertes y más numerosos y forman la ola que humedece todas las playas y el viento que agita todos los bosques y la nube que riega todos los campos y en menos de cuatro siglos subyugan al mundo, haciéndole caer de rodillas a los pies de la cruz, de tal modo que Tertuliano podía lanzar al rostro del Imperio esta frase: «Somos de ayer y llenámos el mundo; si nos apartáramos de vosotros os asustaríais de vuestra soledad...», se comprende que el cristianismo, humanamente pensando, debía haber fracasado y el no haber esto sucedido es un milagro de orden moral tan inexplicable, por lo menos, como los milagros de orden físico y tuvo razón Dante al repetir el conocido argumento de Tertuliano:

*Se il mondo se rivolse al Cristianesimo
Diss'io, senza miraculi, quest'uno
E tal, che gli altri non sono el centesimo. (1)*

(1) Si el mundo se convirtió al Cristianismo sin milagros, esto solo es ya un milagro tan grande, que los demás no son ni la centésima parte.

Bien quisiera detenerme, un momento siquiera, en hacerle ver los efectos de ennoblecimiento moral, de honradez, de santidad, de amor y fraternidad que el cristianismo ha producido en individuos y pueblos, cuando se le ha recibido y practicado con sinceridad, pues, siempre ha resultado cierto

Que los brazos del déspota se cierran

Donde los brazos de la Cruz se abren.

Digo «con sinceridad», porque si a pesar de 20 siglos de cristianismo estamos todavía como estamos, no es por culpa suya sino de los hombres, que en vez de sujetarse a sus enseñanzas, se alejan de él y le persiguen.

Sobre estos frutos ennoblecedores del cristianismo han escrito páginas inolvidables hombres, que por sus ideas bien distintas de las nuestras, constituyen un argumento de fuerte valor apologético. Oiga lo que dice el positivista Taine al hablar de la influencia del Cristianismo en la sociedad:

«Siempre y en todas partes, durante mil ochocientos años, tan pronto como sus alas se fatigan o quebrantan, las costumbres públicas y privadas se degradan. Italia durante el Renacimiento; en Inglaterra bajo la Restauración; en Francia bajo la Convención y el Directorio, se ha visto al hombre hacerse pagano como el primer siglo e inmediatamente se le ha visto como en los tiempos de Augusto y de Tiberio, voluptuoso y duro, abusando de los demás y de sí mismo. El egoísmo brutal y calculador volvió a prevalecer; la crueldad y el sensualismo se entronizaron en los corazones y la sociedad se convirtió en un degolladero y en un prostíbulo. Cuando se ha dado este espectáculo y se le ha visto de cerca, se puede valorar lo que ha aportado el Cristianismo a nuestras sociedades modernas; lo que ha introducido de pudor, de dulzura y de humanidad; lo que ha mantenido de honradez, de buena fe y de justicia. Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni siquiera el honor feudal, militar y caballeresco; ningún Código, ninguna administración, ningún Gobierno bastan para suplirlo en este servicio. Nada hay fuera de él capaz de

sostenernos en nuestra pendiente natural y detener el deslizamiento insensible con que incesantemente y con todo su peso original, nuestra razón retrograda hacia los bajos fondos».

Este testimonio imparcial basta para convencerse de que en el Cristianismo hay una fuerza de dignificación y ennoblecimiento, que irradiando de la Verdad y del Bien, atributos propios de la divinidad, en vano la buscará Vd. en las demás religiones.

No quiero terminar sin decirle que el Cristianismo no teme, sino que ama la luz, el ciclo abierto, la crítica de los sabios y después de 20 siglos de existencia, combatida por toda clase de enemigos y estudiada a fondo por toda clase de hombres, posee un apologética irrefragable, una historia tamizada por la crítica más austera, no habiéndosele encontrado nunca ni un error en sus doctrinas, ni una inmoralidad o injusticia en sus leyes. Y la historia del pasado nos garantiza el porvenir y puede estar seguro de que el cristianismo durará lo que duren el mundo y los hombres, porque tiene la promesa de su Fundador, y los pueblos, los siglos y las generaciones nada pueden, nada valen y nada significan ante Dios.

Dígame ahora, mi querido amigo, si una religión que tales argumentos encierra; que tiene como fundador a un hombre que lleva en sí todos los caracteres de la divinidad; que realiza en su persona todas las profecías del Mesías prometido; que predica enseñanzas sublimes y obra milagros estupendos; que funda una religión esencialmente expansiva y profundamente moralizadora, que resiste impasible a todos los ataques, como si su punto vital fuera inaccesible al desbordamiento de los odios y de las pasiones humanas y que, además de todo esto, se adapta a todos los tiempos, a todos los climas y a todos los hombres, dígame—repito—si esa religión no presenta en sí todos los caracteres de ser la única verdadera, la única digna de Dios y del hombre.

Sé que la fe no es producto de los argumentos de la razón; pero el hombre que necesita de Dios y necesita de la fe, cuan-

do ve por la razón dónde está la verdad, cae instintivamente de rodillas y entonces viene la gracia de lo alto y lo que no era sino certeza humana, se convierte en fe divina y entonces comprende que un cuarto de hora a los pies de un crucifijo, vale más que todos los argumentos de la razón y termina por exclamar con S. Pedro: «*Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo*» o como el Centurión en la cumbre del Calvario: «*Verdaderamente que éste era el Hijo de Dios*».

Que lo que ellos vieron y comprendieron vea y comprenda Vd., es lo que hoy, más que nunca, le desea su affimo amigo y s. s.

Huáquil de Tancoploua





CARTA VEINTINUEVE

Termina la primera serie de cartas

MUY señor mío y amigo: Comprendo perfectamente que, después de haberle puesto ante los ojos los fuertes argumentos que militan en favor del Cristianismo, demostrando ser ella la única religión verdadera que el hombre debe profesar, comprendo—digo—que Vd. exclame con aquel grito tan conocido de los antiguos peregrinos, que se dirigían en fatigosas jornadas a los Santos Lugares.

«Ecco apparir Gerusalem si vede».

Sí, mi buen amigo; el Cristianismo; he ahí la Jerusalén terrestre donde encuentran su refugio y su descanso las almas ansiosas de verdad. He ahí la ciudad de luz, donde todo error tiene su réplica y toda duda su explicación. Pero como en el Cristianismo encontramos varias ramificaciones, a saber, el catolicismo, el protestantismo y la Iglesia ortodoxa, distintas unas de otras en la apreciación de ciertas verdades dogmáticas y morales, desearía Vd. saber cuál de ellas tiene razón, cuál es la que encierra el verdadero concepto de Iglesia de Cristo.

No pienso detenerme hoy en demostrarle que sólo el catolicismo es el representante legítimo de la obra realizada por Jesucristo, que solo el catolicismo es el cristianismo integral, sin raspaduras, ni adulteraciones, que solo él en su historia y en su doctrina, partiendo de San Pedro, primer representante del divino Fundador, hasta nuestros días, presenta una encadenación jerárquica sin solución de continuidad y que todas las demás religiones, que se llaman cristianas, no son sino ramas laterales más o menos desgajadas del tronco central, que

es por donde corre la savia viva, en toda su pujante vitalidad.

Por eso no es extraño el encontrar escritores que identifiquen el cristianismo con el catolicismo, ya que solo este es el depositario de aquel y le atribuyan al segundo todo lo que hemos dicho del primero. Así, por ejemplo, el gran Doñoso Cortés escribe en su «Ensayo»:

«*El Catolicismo* es un sistema completo de civilización, tan completo, que en su inmensidad todo lo abarca; la ciencia de Dios, la ciencia de los ángeles, la ciencia del universo, la ciencia del hombre. Allí se aprende cómo y cuándo han de acabar y cómo y cuándo han tenido principio los seres y los tiempos; allí se descubren secretos maravillosos, que estuvieron siempre escondidos a las especulaciones de los filósofos gentiles y al entendimiento de sus sabios; allí se revelan las causas finales de todas las cosas, el concertado movimiento de los sucesos humanos, la naturaleza de los cuerpos y la esencia de los espíritus, los caminos por donde andan los hombres y el término a donde van..... Los niños, amantados a sus fecundísimos pechos, saben hoy más que Aristóteles y Platón, luminares de Atenas.»

Todo lo cual no podría decirlo, si el catolicismo no fuera la plenitud del Cristianismo, como este lo fué del Judaismo y el Judaismo a su vez la plenitud y perfeccionamiento de la religión primitiva.

Por lo demás, fácil es conocer la historia y el origen, a veces bien poco edificante, de esas religiones cristianas que, separadas del tronco principal del catolicismo, se mantienen vivas por las raicillas que a él las unen, constituyendo un verdadero caso de parasitismo espiritual. Pero le repito que no es hoy mi intento detenerme en ese estudio. Me basta por ahora haber traído al naufrago de antaño al puerto de la religión cristiana, después de haber disipado en su mente las nubes que la oscurecían. Y al contemplar desde aquí los esfuerzos que Vd. y yo hemos hecho para encontrarnos donde nos encontramos, no puedo menos de repetir:

*¡Dichoso el corazón que peregrino
En recto caminar llegó a la cumbre,
Y dichosos los guías que acertaron
A iluminar el áspera subida
De la fe, con los vivos resplandores.*

No quiero, sin embargo, despedirme de Vd. y cerrar esta primera serie de cartas, sin resumir cuanto le he dicho, no con palabras propias, que esto sería repetirme de un modo enojoso, sino con un enjundioso articulito de costumbres, brotado del espíritu observador y psicológico del conocido Curro Vargas. Titulado como título mis cartas, hemos coincidido también en la apreciación del origen de muchos de nuestros flamantes incrédulos. Dice así...

„UNO DE TANTOS... (1)

—De modo que usted...

—Fuí educado, como la mayoría, en los principios del catolicismo, pero esa educación religiosa también fué, como en la mayoría, harto superficial.

A mi padre no le oí hablar nunca de la Religión, sino de negocios, de proyectos y de otras mil cosas semejantes. Mi madre sí me enseñó a rezar y a ir a misa los domingos y días de precepto, pero en realidad como una costumbre, como una tradición. Y claro, a los quince años «pensé en hombre de mi tiempo», que esas «cosas» de la Religión eran puerilidades, antiguallas, pura rutina, sin contenido alguno... La ignorancia de la Religión (lo que sabía de ella era bien poco) y las pasiones más tarde, secaron el débil brote de mi fe, de la cual quedó apenas un recuerdo borroso... Y entonces hice lo que

(1) He de agradecer muy de veras a Curro Vargas el permiso que me dió para insertar en mis cartas este jugoso artículo, aparecido en «*El Debate*» del 15 de abril de 1930. La coincidencia del título y del contenido llamaron mi atención, tanto más, cuanto el culto Abogado que se esconde tras dicho pseudónimo, ignoraba el trabajo que yo iba publicando en nuestra Revista «*Verdad y Caridad*».

tantos millares y millares de hombres «educados religiosamente así»: fabricarme una moral mucho más cómoda que la estrecha y severa moral cristiana; viví en pagano, entregándome al sensualismo y a todos los placeres, que, como es lógico, completaron la bancarrota de mi fe... No obstante, hubo un momento en que comencé a sentir una fatiga de cuerpo y de alma, bajo la forma del hastío... Nunca hasta entonces me había preguntado a mí mismo si realmente existía un Dios. No tuve tiempo de ocuparme de eso. ¿Lo había o no lo había? me dije en una ocasión. ¡Bah, no lo hay, pensé, y aún admitiendo que lo haya, pertenece, sin duda, a un orden inaccesible e incomprensible, para los humanos. Y como lo que no comprendo no lo creo, para mí no hay Dios o como si no lo hubiera, si lo hay.»

Sin embargo, confieso que la respuesta no me satisfacía del todo, al recordar que la electricidad, el calor, el pensamiento, la luz, la vida inclusive, no sabemos en realidad «lo que son», no hay sabio que lo sepa hasta ahora, y, a pesar de eso, únicamente un imbécil o un loco opinarían: «Pues en vista de ello, suprimamos, neguemos, la existencia de la luz, del calor, del pensamiento, etcétera, etcétera.» En suma: que la famosa pregunta me llegó a inquietar... y acudí a los libros, ninguno católico desde luego. ¿Qué me contestaron esos libros? Unos me hablaban de la Naturaleza, de la Materia, de la Casualidad, del Destino, afirmando que cada una de esas cosas era Dios. No me convencieron. La Materia. Bien. Pero ¿y qué es la Materia, quién la ha creado? La Naturaleza. Perfectamente. Pero ¿quién la ha hecho y le dió sus leyes? El Destino. ¿Y qué es eso? La Fuerza. No está mal. Pero ¿cuál es su origen?

No, me dije, hay una primera causa de todas esas «segundas causas»: esto es innegable, evidente. El mundo resulta en sí mismo un inmenso portento de mecánica, una maravilla de arte, que no ha podido hacerse sola. ¡No se hacen a sí propios los relojes ni tampoco por casualidad: hace falta el

relojero! Decididamente yo no era lo bastante bruto para ser ateo. Había Dios. Tal pensé y así se lo dije un día a uno de mis amigos más íntimos, quizá mi único amigo creyente, que hubo de hablarme de misterios, de dogmas, etcétera, etcétera ¡Ah, no, no! Yo quería una religión científica, de hombres cultos, incapaces de admitir lo que no se puede razonar y explicar. Y busqué con la ciencia ultramoderna «mi» religión con un entusiasmo grande, perseverante, Tremendo fracaso! La Ciencia, ¡ay!, me conducía a un laberinto de hipótesis o de hechos, que tampoco se podían razonar.

¡Qué desengaño, qué desilusión!

Entonces fué cuando razoné mi vuelta a la lejana y balbuciente fe que perdí, diciéndome a mí mismo: «La inteligencia humana es limitada, es finita, y el absurdo consiste en pretender que se iguale con la inteligencia infinita de Dios. O sea, que esos misterios insondables no contradicen a la razón, sino que están «sobre ella», más allá, más altos». Mi alma, a pesar de esto aún seguía torturada por la duda. Me era aún preciso un esfuerzo, el necesario para «querer» abrazar la verdad que conocía, puesto que sólo conocerla no basta. Y lo hice, realicé ese esfuerzo supremo, el último, venciendo el orgullo de crearme un espíritu superior, pleno de soberbia y de egolatría. Por fin, en cierta ocasión entré una tarde, y casi sin darme cuenta, en una iglesia de barrio. No había casi nadie en el oscuro y pequeño templo. Recordé a medias una oración de la infancia, la balbucí frente a un Cristo agonizante y lívido, que con los brazos abiertos parecía decirme dulcemente: «Acércate, hijo mío. Te reconozco». Eres «aquel» de la primera comunión..., ahora con canas y algunas arrugas. Acércate, hijo, y no huyas de Mí, que estoy deseando poderte perdonar y salvar. Arrodiolate y ámame.»

Caí de rodillas ante el Crucificado, recé y... lloré. Al levantarme, me sentí otro hombre, y... lo sigo siendo. ¡De esa manera se pierde la fe y a veces, por la misericordia de Dios, se recupera!

Y el hijo pródigo de la Verdad añadió, suspirando y contemplando el cielo, todo estrellas. ¡Qué firmamento, qué maravilla! ¡Cómo tortura ese Infinito al hombre sin Dios! ¡Ah, y cómo acaricia con promesas de gloriosa y eterna supervivencia a los que creen y a los que esperan!..

CURRO VARGAS

Como ve, mi amigo, lo que aquí dice Curro Vargas se une admirablemente con lo que yo le escribía en la primera de mis cartas y con ello termino por ahora, una vez que brilla de nuevo en su espíritu el fuego sagrado encendido por Dios en las almas, fuego que si no estaba apagado, estaba al menos cubierto de ceniza, amontonada por los sofismas de la inteligencia, las pasiones del corazón y el alejamiento de Dios.

Ni crédulo, ni incrédulo, me he presentado a Vd. como filósofo creyente, mostrándole los motivos que tenemos para creer lo que creemos, pues si bien es cierto que la fe es una gracia de Dios, no lo es menos que esa fe descansa sobre un pedestal filosófico, elaborado y preparado por la razón. El retorno de algunas almas a la fe y al sentido común. Eso es lo que he pretendido, acordándome de aquella frase de uno de los mayores pensadores cristianos. «*Non enim crederet homo, nisi videret ea esse credenda.*» Es decir, que el hombre, por su misma naturaleza de animal racional, exige siempre algún motivo para creer. Y esos motivos son los que yo he procurado exponerle.

Hasta luego, mi querido amigo. Vuelvo por algún tiempo al silencio de mi celda, de donde Vd. me sacó. Y si me pregunta el porqué de este retiro, quedándonos todavía tanto por tratar, le contestaré con aquello de nuestro Romancero:

*Muy doliente estaba el Cid,
De trabajos muy cansado,
Cansado de tantas guerras
Como por él han pasado.*

Pocas fuerzas me ha dejado el ajeteo de la vida, pero ¡vive Dios! que quisiera emplearlas, pocas o muchas, en hacer que algún alma ame lo que yo amo y crea lo que yo creo, y así, en este trabajo, morir, como dicen que murió Pizarro, haciendo en el suelo una cruz con las últimas gotas de mi sangre y besándola con mi último aliento.

A los que quieren creer, a los que buscan la verdad con sinceridad, a los espíritus rectos que trabajan por deshacerse de los prejuicios y la desorientación que saturan el ambiente de este inmenso manicomio de dementes en que vivimos, toda mi compasión, mi amor y mi ayuda. Pero a los que no buscan la verdad, sino que la temen y la huyen; a los que con una desaprensión, llena de la inconsciencia y de cinismo, no tienen siquiera la educación de respetar las creencias de los demás; a los que se burlan y se ríen empleando armas de mala ley, como el chiste, el ridículo, el sofisma, la mentira, y la calumnia, bajando a un nivel al que no pueden bajar las personas decentes que saben respetar su dignidad; a toda esa nube de pedantes sin instrucción, les dirijo los versos de F. de Ugarteche que cité al principio:

*Sobre el bridón, calada la visera,
Os aguardo. Lanzad vuestros bridones.
Si no embestís, aquí y donde quiera,
Os llamaré cobardes y follones.*

Miquel de Pauplona,
ome

CARTA TREINTA

En que se aclaran algunos conceptos.

MUY señor mío y amigo: Quebrantando el propósito que me había formado de suspender por algún tiempo nuestra correspondencia, vuelvo hoy a tomar la pluma, no para reanudarla, como Vd. desea, sino tan solo para poner en claro los dos conceptos que me cita, pues, sería yo el primero en lamentar el que, por deficiencias de redacción, quedara Vd. en sombras, respecto a algunas verdades, cuando la religión católica es todo luz.

Confieso que son para mí tentadoras las cuestiones que va poniendo sobre el tapete la nueva Constitución de la república española. Libertad de cultos, separación de la Iglesia y el Estado, laicismo oficial y de la enseñanza, escuela única, divorcio, etc., etc., temas todos fecundos en consecuencias y dignos de meditación detenida; pero no quiero precipitarme y prefiero dejar que se calme esta fermentación pasional y tumultuosa que sufrimos y que nos impide razonar con serenidad y sin prejuicios.

Tenga pues un poco de paciencia, que yo le prometo tocar esos tópicos con toda la detención que ellos se merecen, pero no sin protestar desde ahora de todos los errores que envuelven y de todos los atropellos y ultrajes que infieren a la religión cristiana base insustituible del progreso y civilización de los pueblos. Es verdaderamente lamentable y triste que se pretenda legislar con tanta desaprensión a espaldas de la razón, del derecho, de la libertad y de la historia, cerrando los ojos a la experiencia y sin querer ver los fracasos y el ridículo a que semejantes doctrinas han arrastrado a otras na-

ciones. ¡Cuán cierto es que las venganzas del odio, como los egoísmos de la pasión, son ciegos de nacimiento! Que Dios les haga ver la tremenda responsabilidad que están contrayendo ante Dios y ante la Historia.

Por hoy, voy a contentarme con esclarecer los dos puntos que Vd. me señala en la suya, pues ante todo y sobre todo deseo que mis ideas se adapten por completo a las enseñanzas dogmáticas y morales de la Iglesia, fuera de la cual ni hay luz, ni hay salvación para las almas. Por eso la exactitud y claridad de las ideas es de capital importancia en esta clase de cuestiones.

Me dice Vd. en la suya que al releer la serie de cartas que le he escrito y cuyos originales le he mandado antes de darlos a la imprenta, ha encontrado algunas frases oscuras o inexactas que le parece no estaría demás el aclarar, a fin de que no induzcan a error a los incautos. Así al final de la Carta sexta en la página 49 al rebatir la objeción que se me hizo preguntándome por qué son tan pocos los Sabios-santos y los Santos-sabios, digo que esto, aparte de otras razones que insinúo, consiste en que «ciencia y santidad es cuestión de especialistas, que enfocan sus esfuerzos en distinta dirección.» Esta solución, dice Vd., peca de naturalista, pues parece que hace depender la santidad de solo el esfuerzo humano, cuando es bien sabido que es efecto principalísimo de la gracia.

Tiene Vd. razón, mi querido amigo. En la obra de nuestra santificación es incuestionable que intervienen dos factores, no de igual valor, pero sí igualmente necesarios. La gracia de Dios por un lado y nuestro esfuerzo o cooperación por otro. Cierto que nada podemos sin la gracia divina en orden a la santidad, porque siendo esta una realidad sobrenatural, necesita de una causa también sobrenatural, que no puede encontrarse en el hombre y a esto principalmente aludía Jesucristo al decir: «*Sine me nihil potestis facere,*» nada podéis hacer sin mí; pero cierto también, que ese factor sobrenatural, que es la gracia, exige como condición indispensable y necesaria pa-

ra producir su efecto, nuestro esfuerzo y cooperación, que por eso decía San Agustín: *Qui creavit te sine te, non salva-bit te sine te.* (1) A este esfuerzo humano es al que me refiero al afirmar que el ser santo depende de la dirección que damos a nuestras energías, las cuales nada podrían, repito, por sí solas en lo tocante a la santidad, sin la gracia divina, que es la que eleva y sobrenaturaliza nuestros actos.

Es por eso que en el problema de la santidad doy por su-puesta la gracia, que es el factor fijo y constante, que no falla, porque Dios que quiere que seamos todos santos, no la niega a los que hacen lo que está de su parte y me refiero tan solo a nuestro esfuerzo o cooperación, que es el factor móvil y variable de la santidad.

Pero como el esfuerzo del hombre es limitado, resulta, y lo sabemos por experiencia, que todo lo que gasta de energía en una dirección lo disminuye en las otras, cumpliéndose el aforismo filosófico, «*pluribus intentus, minus est ad singula sensus*», (2) es decir, que lo que se gana en extensión se pierde en intensidad y viceversa. Así, cuanto más es el amor a una cosa o persona, mayor es también la indiferencia hacia las demás. Y de hecho la experiencia nos lo dice con una elocuencia irrefutable. ¡«Qué triste y despreciable me parece la tierra cuando miro al cielo»! exclamaba un Santo. Es la inhibición del mundo material que se produce en las almas que buscan la santidad. ¡Qué le importaban a un San Francisco de Asís, y con él a tantos otros, todas las leyes y todos los misterios de la naturaleza, si tenía todas sus energías dirigidas hacia Dios, que para él lo era todo? ¡«*Deus meus et omnia*»! El santo se espiritualiza y desdeña la materia. No le interesa. Por el contrario el hombre de ciencia entrega sus esfuerzos, su vida al estudio de los fenómenos, de los misterios, de las leyes del universo y eso le absorbe y a eso consagra sus energías, olvidado de dirigir las y emplearlas en la obra sobrena-

(1) El que no necesitó de tí para crearte, necesita de tí para salvarte.

(2) La atención a muchas cosas, se disminuye a cada una de ellas

tural de su santificación. El sabio se materializa y desdeña el espíritu. No le interesa.

Esto es lo general, lo común, lo que sucede de ordinario y por eso es que son pocos los Santos-sabios y los Sabios-santos, es decir, los hombres que saben repartir y concentrar sus energías de tal modo, con tal equilibrio, que lo que dan a la ciencia no lo pierda la virtud y la virtud a su vez no ahogue a la ciencia. Y en este sentido es en el que digo que, supuesta siempre la gracia, el problema de la santidad es cuestión de enfoque, de especialistas, es decir, de saber dirigir nuestra actividad con constancia hacia el perfeccionamiento moral de nuestro ser. Esto y no otra cosa quiso decir también Santo Tomás, cuando preguntándole su hermana, qué se necesitaba para ser Santo, le contestó: «*Querer.*»

Creo, mi querido amigo, dejar aclarado con esto el primero de los reparos que Vd. me hace en su carta, y creo también que se dará cuenta de que si son pocos los Santos-sabios y los Sabios-santos, no es porque haya oposición alguna entre la ciencia y la santidad, ya que la existencia de uno solo de ellos bastaría para demostrar lo contrario, sino porque el hombre, débil y limitado de suyo, se entrega sin reserva en una u otra dirección, despreocupándose de lo demás.

Pero pasemos al otro punto que le ha llamado la atención y en el que parece haber sorprendido alguna contradicción en mis palabras, pues mientras en las páginas 136 y 137 afirmo que Dios, al realizar la creación del mundo, le dió por fin publicar su poder, su bondad y su sabiduría, es decir, su gloria externa, en la página 82, al hablar de la Providencia, digo que el fin del Universo nos es desconocido, lo ignoramos, porque ni El nos lo ha dicho, ni nosotros podemos penetrar en los secretos de su mente.

Vamos a ver si aclaramos esta aparente contradicción.

Para ello no tengo más que recordarle las dos clases de fines que distinguen los filósofos; el «*finis operis*» y el «*finis operantis*», es decir, el fin que se propone el autor de una

obra y el fin propio de la misma obra, los cuales no siempre se confunden, sino que de ordinario el uno sirve de medio para llegar al otro. Un ejemplo le aclarará estas ideas. Un arquitecto, por ejemplo, sobre todo si se presenta por primera vez al público, al levantar un edificio, pretende demostrar a las gentes sus conocimientos arquitectónicos, sus aptitudes, la confianza que en él pueden depositar los clientes en lo sucesivo. Esto es lo que se llama el fin del autor (*finis operantis*). Pero al lado de este fin y como medio por el cual lo consigue, hay otro que imprime al edificio, según sea el objeto a que se destina: habitación, comercio, industria, espectáculos, etc. Es lo que se llama el fin de la obra, (*finis operis*).

Esto mismo ha sucedido en Dios al realizar la gran obra de la creación, El ha tenido un fin general al crear el Universo, al salir fuera de sí, mostrándose al exterior, ya que todo ser inteligente, y Dios lo es en grado absoluto, obra por alguna razón y con algún fin. Pues bien, este fin del Creador o Autor (*finis operantis*) no ha sido, ni ha podido ser otro que su gloria, la manifestación pública y externa de sus infinitas perfecciones, que por eso cantaba David: *Cæli enarrant gloriam Dei*, (1) y por cielos se entiende todo el conjunto de los astros, el Universo entero con todo su contenido humano del cual dice más en particular la Sagrada Escritura que lo creó «*in laudem, et nomen et gloriam suam*. (2)

Pero al lado de este fin que podemos llamar subjetivo o intencional, tiene el universo en su conjunto y en sus partes otro fin propio hacia el cual camina a través de los cambios, y vicisitudes de la materia, que se mueve y evoluciona sin descanso en todas direcciones. El Cosmos es un hervidero de mundos unidos, en su origen, en sus movimientos y en su finalidad, por leyes invisibles, pero estupendas, impresionantes. Cada uno de ellos es un inmenso laboratorio de fenómenos físico-químicos, que los modifican y transforman lenta pe-

(1) Los cielos cantan la gloria de Dios.

(2) Para alabanza, renombre y gloria suya.

ro constantemente. La humanidad, a su vez, dividida, dentro de su unidad de origen y de especie, en tribus, razas, pueblos y naciones, va evolucionando a través de los siglos, en medio de ese abigarrado conjunto de episodios que forman la historia del género humano, la curva sinuosa del progreso y civilización de los pueblos. Tanto el mundo de la materia como el hombre, tienen una finalidad propia, hacia la cual caminan inexorablemente. Pero ¿cuál es este fin? ¿A dónde van caminando los astros, la humanidad? ¿Cuál es el término de su evolución y el punto de llegada de su continuo moverse? ¿Porqué caminos los lleva Dios a la realización de sus destinos?

He aquí, mi querido amigo, el «*finis operis*» el fin próximo, intrínseco, del universo, que yo afirmo que ignoramos, porque el problema de los orígenes y del fin de las cosas, está fuera de la ciencia, porque está fuera de toda observación y experiencia. Aquí es donde podemos exclamar: «*Quam incomprehensibilia sunt iudicia Ejus et investigabiles viae Eius! Quis consiliarius Ejus fuit?*»

Y precisamente de esta ignorancia en que estamos respecto a los caminos por los que lleva Dios a sus criaturas, brotan los problemas que levanta ante el hombre la existencia innegable de la Providencia divina por un lado y por otro los ayes y protestas que arranca el dolor de los corazones, triturados por las tragedias de la vida, para depositarlos, en demanda de una explicación, a los pies de aquel que sabe sacar bienes de los males y sabe escribir derecho en líneas al parecer torcidas.

Distinga, mi querido amigo, el fin de Dios en la Creación, que conocemos y sabemos no ser otro que manifestar sus perfecciones infinitas del fin próximo y propio que tienen las criaturas según su naturaleza, que es el que ignoramos, y habrá resuelto la aparente contradicción a que Vd. alude.

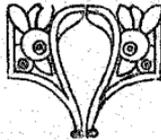
(1) ¡Cuán incomprensibles son, Señor, tus juicios y cuán ocultos tus caminos! ¿Quién fué tu consejero?

Y nada más le respondo porque nada más me pregunta, mas sí quiero aprovechar esta ocasión para rogarle subsane un error y una deficiencia, debidos a descuidos de cajistas y correctores. En la página 59, línea 4, donde dice «**su ciencia**», debe decir «**su esencia**», pues de otro modo no se expresa la idea que en mis cartas le expuse. Además la *Carta octava* ha quedado sin epígrafe indicador de la materia que trata y que debe ser este «**Dios personal**». No ignoro que en la impresión de estas cartas se han deslizado algunas otras erratas de menor calibre, fáciles de subsanar a la simple lectura y por esto no se las indico.

Adios, mi querido amigo. Vuelvo al silencio de mi celda, desde donde observo la tempestad que se va formando sobre nuestro horizonte. Dejémosla pasar y entonces, Dios mediante, reanudaremos nuestra correspondencia y podremos más tranquilamente filosofar sobre las cosas y los hombres.

Que estas horas de inquietud y desorientación político-religiosa no turben la firmeza de sus convicciones, con tanto trabajo adquirida, es lo que le desea una vez más su affmo. s.s. y amigo

H. Miguel de Scauplona
 ouc.





INDICE Y CENSURA

INDICE

	<u>Páginas.</u>
BAJO EL PÓRTICO	1
CARTA PRIMERA—Las causas de un naufragio	3
CARTA SEGUNDA—Conflictos que no existen. . . .	10
CARTA TERCERA—Incrédulos intelectuales.	20
CARTA CUARTA—Incrédulos pasionales, ignorantes y miedosos	28
CARTA QUINTA—Sin fe no puede vivir el hombre . . .	33
CARTA SEXTA—Una descarga en diferentes direcciones	43
CARTA SÉPTIMA—Existencia de Dios.	50
CARTA OCTAVA—Dios personal	60
CARTA NOVENA—Racionabilidad de los misterios . . .	67
CARTA DÉCIMA—Pero ¿existe el milagro?	73
CARTA ONCE—¿Qué es eso de la Providencia?	81
CARTA DUODÉCIMA—El hombre y la evolución	87
CARTA DECIMATERCIA—No termina todo con la muerte	95
CARTA DECIMACUARTA—El mundo de los espíritus. . .	102
CARTA DECIMAQUINTA—Una digresión involuntaria . .	108
CARTA DECIMASEXTA—El porqué de los ricos y de los pobres	117
CARTA DECIMASÉPTIMA—Qué es la libertad	125
CARTA DECIMAOCTAVA—El porqué del hombre	134
CARTA DIECINUEVE—¿Es verdad que existe el infierno?	142
CARTA VEINTE—Existencia del purgatorio.	150
CARTA VEINTIUNA—Hemos de resucitar	157
CARTA VEINTIDOS—Existencia de la revelación . . .	165

CARTA VEINTITRÉS—Necesidad de la oración.	173
CARTA VEINTICUATRO—La religión es una obligación natural.	
CARTA VEINTICINCO—Sin religión no hay moral.	188
CARTA VEINTISEIS—No todas las religiones son iguales	196
CARTA VEINTISIETE—Olfateando la verdadera religión	204
CARTA VEINTIOCHO—La verdadera religión es el Cristianismo.	212
CARTA VEINTINUEVE—Termina la primera serie de cartas	222
CARTA TREINTA—En que se aclaran algunos conceptos	229
INDICE Y CENSURA	137



NIHIL OBSTAT

LIC. PAULUS VELILLA DEL RINCON.

Censor.

Pampilonae, 24 Augusti 1931

IMPRIMATUR

† Thomas, Episcopus Pampilonensis.

NIHIL OBSTAT

P. PIUS AB ESTELLA.

Censor Ord.

IMPRIMATUR

Fr. Carmelus ab Iturgoyen

MIN. PROV.



